278.9'5
Sol t
v. 2
C. 2

INSTITUTO TEOLOGICO DEL URUGUAY
MONS. MARIANO SOLER
BIBLIOTECA

TEOSOFÍA

SEGUNDA PARTE

INTRODUCCIÓN

No existe religión ni ciencia mas demostrada, ni más discutida que la verdadera, esto es, que la católica; aunque contra ella se repitan eternamente los mismos sofismas recalentados y presentados con diverso cariz, según las épocas. Pero hé aquí lo que sucede; cada conquista de la ciencia es un triunfo de la religión. Y la razón es evidente: la ciencia humana es falible, y en los principios de toda investigación es atrevida, oponiendo á la religión infalible como verdades, lo que apenas cuenta con probabilidades más ó ménos razonables. Pero la reli-

9512

gión no se inmuta, ni teme, porque está cierta de que no llegará jamás á ser desmentida por la ciencia verdadera, puesto que ella es infalible y al fin la verdad científica concluirá por darle razon. Así ha sucedido siempre y así tiene que suceder. Tranquila en medio de las alarmas de los tímidos y de la algazara de los enemigos, espera con absoluta confianza el día del triunfo, esto es, el día de la luz.

Por tanto en esta segunda parte, sin excluir la apología del cristianismo, procuraremos defenderlo de una manera especial contra los sofismas científicos que la incredulidad racionalista le ha opuesto para justificarse, aunque con la fortuna de siempre, esto es, de quedar vencida, aun en el terreno que ella escoge, contribuyendo de este modo á demostrar la verdad absoluta del cristianismo.

Procuraremos, pues, responder á las objeciones aducidas por sus enemigos en nombre de la razón, de la historia y de las ciencias, objeciones y dificultades que son simples prejuicios opuestos en nombre de una ciencia mentida y de una falsa historia, repetidos inconscientemente por la mayoría de los que procuran justificar su racionalismo y su incredulidad, que en verdad constituyen en presencia del progreso de las ciencias, un anacronismo y una vulgaridad. Pero la religión solo debe sus triunfos á la paciencia y á la caridad para con sus enemigos y á la convicción engendrada por su verdad y sus beneficios inmortales.

Desde luego debemos afirmar que no puede

sacarse argumento alguno ni de las investigaciones arqueológicas y lingüísticas, ni de los progresos de las ciencias naturales, ni de los descubrimientos geroglíficos, ni del adelanto general de las ciencias, contra el conjunto de las doctrinas sobre que se funda el cristianismo. Aun esto no basta; apelamos á los hombres especiales en el saber; á los que consagraron sus días á averiguar y estudiar los sofismas ó las cuestiones que parecían en su infancia oponerse á la religión.

Invocarémos el testimonio de los sábios: William Jones, fundador ilustre de la sociedad asiática de Calcuta, al felicitarse porque los trabajos de los sócios han concurrido á confirmar el relato de Moisés sobre el orígen del mundo, añadía estas palabras que no deben olvidarse: «Nuestro testimonio en este punto merece tanta más confianza, cuanto que, aun cuando el resultado de nuestro trabajo hubiera sido diferente, le hubiéramos publicado del mismo modo y con la misma franqueza. La verdad es antes que todo.»

El sabio Cibot escribía desde la China: «Explícanse aquí sin dificultad muchos hechos consignados en los anales de la Iglesia, que son difíciles de comprender á causa de las costumbres reinantes.... No tratamos de ofender á nadie, pero nos atrevemos á decirlo á la faz de los cielos y de la tierra. Una dificultad sobre la Escritura santa que admira y embaraza en Paris, causaría lástima en Pekin el que por tal se tuviese.»

El traductor del Zend-Avesta, del Boun De-

besch, Anquetil-Duperron, que conocía además del Zend, el Pehlvi y el Parsis, después de diez años que vivió en la India, certificó no haber hallado en los escritos mas antiguos de los persas é indios nada que fuese contrario al relato de Moisés y á las tradiciones de la santa Escritura.

Uno de los colaboradores mas distinguidos de la sociedad asiática de Calcuta, el mayor Rennell, autor de varias obras importantes, entre otras sobre la historia del Hindostan, y la geografía de Heródoto, ha declarado «que, después de haber comparado con grande atención las doctrinas de los cristianos y de los indios, la semejanza que ha encontrado le hace afirmar sin dificultad alguna, que toda la historia y las antigüedades de la India confirman cuanto se ha dicho en los libros santos.»

«Examínense, dice el grande orientalista Abel Remusat, los alegatos de Voltaire con relación á la India, en que pretendía fundar sus opiniones sistemáticas contra la Biblia, y las mas de las veces se hallarán desmentidos por la cronología, ó contradichos positivamente por los hechos.»

Se sabe la uniformidad de los sábios y de los geólogos Cuvier, Haüy, Dolomieu, Déluc, Biot, Bertrand, Fresnel, Beudant, Ferussac, y otros, en favor de la cosmogonía de Moisés. Véase además la opinión de los señores Balbi, Dubois-Aymé, Bory de Saint-Vicent; y sería muy largo el contar las confesiones que se han escapado á los incrédulos, mostrar la refutación de sus paradojas escritas por ellos mismos, así como citarlos todos desde Bayle hastael autor del *Orígen de los cultos*, el famoso Dupuis, el cual contradiciéndose, habla de este modo sobre el Génesis: «La autenticidad de este libro y el respeto que siempre se le ha tenido, no permiten desechar su cosmogonía como un tejido de sueños y visiones.» Nos limitaremos á citar aquí una reflexión de Benjamin Constant que nos dispensará de cualquier otro trabajo.

«Los autores del siglo diez y ocho que han tratado los libros de los hebreos con un desprecio mezclado de furor, pensaban acerca de la antigüedad de un modo miserable y superficial; y los judíos son la nación entre todas cuyo genio, carácter y religiosas instituciones menos han conocido. Para pensar en divertirse como Voltaire á costa del Génesis ó de Ezequiel, son necesarias dos cosas que hacen bien triste la diversión: la ignorancia mas profunda y la mas infeliz liviandad.»

Todo ha contribuido á poner de manifiesto los esplendores del cristianismo y de la revelación; no solamente la historia y la filosofía, sino también las ciencias naturales y las más modernas, como la arqueología, la cosmogonía, la geología, la antropología y la prehistoria que han contribuido poderosamente á desacreditar el darwinismo y la palingenesía, resucitada por Flammarión.

POLÉMICA RACIONALISTA

Objeciones vulgares contra la Religión católica

1

La ciencia y la religión nos obligan á desvanecer todos los sofismas, aún los vulgares, con el propósito de ilustrar á los hombres mas faltos de instrucción religiosa. Vamos á compendiar las principales siguiendo al filósofo Mateos bajo el título de *Polémica racionalista.*

Empezamos por Strauss, que ha afirmado con tono triunfal: « Las narraciones evangélicas se apoyan en creencias, en ideas y en mitos sin fundamento histórico. »

La hipotesis es una patente contradicción con el carácter de las narraciones evangélicas. ¿Hay cosa más opuesta á todos los sueños imaginarios de los judios que la vida oscura, desgraciada y perseguida de Jesús? En vez del Mesías glorioso que esperaban, dominador y conquistador que debía borrar de Israel el oprobio de sus dos cautividades, y hacer de la casa de David, la mas brillante

de todas, nos encontramos con el reputado hijo de un carpintero, que nace en un establo y que no tiene mas auxiliares que doce pobres pescadores. ¿Es esto lo que se pretende presentar como un mito brillante é ingenioso?

Se dirá que la doctrina del Evangelio se compone de opiniones que reinaban entonces y que las reasume. Pero lejos de esto, las derriba todas. En lugar del estrecho mosaismo que dominaba en Judea, Jesucristo fijó las bases de una religión, cuyas conquistas espirituales deben abrazar un mundo entero. Al esclusivismo judío opone la caridad cristiana, al respeto supersticioso de las practicas y de las formas, el culto *en espíritu y en verdad*. Su doctrina aparece como un fenómeno sin precedente alguno que le esplique, y sus contemporáneos gritan asombrados, que ningún hombre había hablado como Él. Ni tenemos necesidad de repetir aquí lo que dejamos dicho de la autenticidad de los Evangelios y de la vida de Jesucristo.

¿Qué queda, pues, al sistema místico para defenderse? Nada que pueda sostener el exámen; nada que tenga una apariencia de razón. Ha hecho mucho ruido y no ha persuadido á nadie, no ha tenido mas que débiles ecos.

Las masas se han detenido espantadas ante un libro cuyo único fin era concluir con el cristianismo para poner en su lugar una filosofía sin misión. El buen sentido público hizo pronta justicia.

Pero obra providencial en cierto sentido, este libro ha producido excelentes frutos.

Ha servido por la discusión para mostrar

la vida de Cristo como un hecho histórico que domina todos los otros y que se encuentra por cima de todas las contestaciones posibles.

Ha derribado para siempre el racionalismo y el naturalismo de todas las escuelas, combatiéndolas con sus propias armas. Ha demostrado, en fin, que un sistema no puede destruir una religión.

Los que deseen mas esplicaciones sobre tan importante materia, pueden leer las indagaciones del doctor Fr. Hoster sobre el Evangelio de San Mateo, y especialmente la vida de Jesucristo bajo el punto de vista científico por Juan Kulm, doctor de teología de Turinga, y su Manual de teología y de filosofía cristiana; así como las Apologías de Hettinger y Bougaud.

Mas moderna que la obra de Strauss es la de Patricio Larroque, *Exámen crítico de las doctrinas de la religión cristiana,* que ha sido esplotado maravillosamente por la incredulidad de todos los matices.

Ataca todas las verdades del cristianismo en nombre de la ciencia y de la filosofía; y á esta ha añadido otra que se titula: *Renovación religiosa*: la religión del futuro á la que aspira Larroque, es simplemente el *Racionalismo*, renovación del naturalismo pagano, recalentado con nuevos sofismas.

Larroque es un adversario tan osado, (1) que

(1) Preferimos á Larroque para la impugnación de las objeciones racionalistas porque él las ha compendiado y reunido en su obra.

asevera que el cristianismo concluyó su misión y que no es la menos impura de las religiones; que el judaismo y el islamismo son superiores en la noción de Dios (sic).

« Hoy, dice, no hay mas creyentes verdaderos que ciertas buenas gentes que ven en el progreso de las luces la razón de la decadencia de la fe, y que por lo mismo rechazan la instrucción. Hay otros que ensayan una conciliación entre el dogma cristiano y las luces actuales; fingen que creen, pero no creen; otros aturden con todas las trompetas para atraer al mundo á sus iglesias, son los charlatanes del cristianismo; otros, en fin, son hombres *prácticos*, escépticos en el fondo, que quieren la religión para el pueblo y no para ellos. Al lado de estas categorías están los poetas que quieren poetizarlo todo, más para los cuales todo es poesía, pura poesía.»

Los racionalistas hacen bien en ridiculizar á tales gentes, pero hacen muy mal uso de su talento cuando no perciben que hay cristianos inteligentes y honestos, cristianos que son creyentes y aman la instrucción; creyentes persuadidos de que la fe nada tiene que temer de la filosofía ni del progreso científico, que no son charlatanes, ni hipócritas, ni escépticos que quieren la religión para otros y no para ellos, porque entonces no sabrían cual es el bien mas grande en la vida. Con mas meditación, con mas estudios, con mas observaciones que las que puede haber hecho según su obra Larroque, hubiera conocido que la divinidad del cristianismo responde a las exigencias de las inteligencias mas elevá-

das, cuando á la par se presta á las menos cultivadas, lo que nunca conseguirán las teorías racionalistas.

Es preciso suponer que los racionalistas de nuestros dias, impugnadores del cristianismo, proceden como hombres serios, prudentes y con cierto decoro capaz de seducir á los que que no tienen una suficiente instrucción religiosa.

Larroque, Julio Simon, Saisset, Vacherot, Renan y otros, han sobrepujado á D'Alembert, á Diderot, á Voltaire. Es en nombre de la ciencia por el que aquellos atacan al cristianismo y sus errores parecen hijos de buena fé; al menos asi nos conviene juzgarlos cristianamente. Es mas cristiano creer, faltos de otras pruebas, que han atacado al cristianismo por convinciones, hijas de errores en cierto modo involuntarios, y por lo mismo no se les debe tratar como á hombres sin conciencia. El cristianismo no debe tener mas armas que la persuación; esta exige la discusión, y la discusión sincera no puede valerse de epitetos injuriosos, y mucho menos de censuras que pudieran irritar á los que debemos convencer.

El racionalismo es hoy una hueste rebelde, y por desgracia no quiere leer lo que se publica contra sus producciones. Por esto, los que hemos examinado atentamente el cristianismo, debièramos formar una falange compacta para resistir á los enemigos de la divinidad del cristianismo. Bien se nos alcanza que la organización de esta falange correspondía á los gobiernos verdaderamente católi-

lleos. Esto es lo que sucederá con el tiempo, y lo que hoy no puede suceder por causa de la política liberal y estéril que lo domina todo, aun en las naciones católicas.

Trabajemos, no obstante individualmente, porque escrito está que toda semilla dará su fruto.

Los citados racionalistas principian, y así lo hace Larroque, fijando lo que debe entenderse por razón. «No es más, dicen, que el conjunto de facultades por las que distinguimos lo verdadero de lo falso, el mal del bien.» Aun aceptando que tal definición se aplica á las facultades del órden moral lo mismo que á las del órden intelectual, la razón no es el conjunto de facultades, es la *inteligencia en posesion de verdad*. Por la inteligencia discernimos lo verdadero de lo falso, el trabajo intelectual no es la *razón*, conduce sí al descubrimiento de la verdad, y forma la razón, poniendo al alma en comunicación con la verdad; la razón por tanto es la *verdad poseida*.

Si Larroque hubiera analizado más esa palabra *razón*, no se hubiera valido de una definición incompleta para atacar á San Pablo y á Tertuliano. Lo que el cristianismo sostiene, lo mismo que el espiritualismo, es que la inteligencia no puede conducir á los hombres á la posesión de la verdad completa y que por lo mismo necesita del socorro de la revelación. El cristianismo distingue la razón incompleta que el hombre forma por su trabajo intelectual, de la razón completa y perfeccionada por la verdad revelada.

Esto esplica los ataques y los elogios de que

la razón es objeto por los escritores del cristianismo, especialmente por San Pablo. En presencia éste de los errores, de las contradicciones, de los absurdos sistemas de la filosofía antigua, que eran la razón humana de la época en la que él vivía, tenía razón para gritar: «que á los ojos de Dios *esta razón era una locura;* y que el cristianismo que era otra para los filósofos, era la verdad y la sabiduría; que el espíritu humano había caído de tal modo que había perdido el sentido y que el error se había apoderado tanto de las inteligencias que con razón se podía llamar sabiduría lo que la *razón* formada por tales filosofías llamaba absurdo.

La impugnación que Larroque hace á Tertuliano, se esplica del mismo modo.

Verdad es que la razón no es responsable de las locuras humanas, de los errores y de las preocupaciones. Pero tampoco lo es el cristianismo de las supersticiones por las que tanto le vitupera Larroque.

Para este la razón, en lo que la constituye esencialmente, *no es mas que una emanación* de la inteligencia suprema, nada más que un rayo de la luz divina mostrando la verdad á nuestra inteligencia. El cristianismo para todo hombre sensato, tampoco es más, considerado en su esencia, que la manifestación de la inteligencia suprema: por lo que la razón y el cristianismo no pueden subsistir mas que en una perfecta armonía como demostraron Leibnitz y tantos espiritualistas, en cuyo estudio no hubiera perdido nada Larroque, mas bien hubiera ganado en economizar objeciones hasta la saciedad contestadas.

Hubiera hecho mejor en meditar las consecuencias que se desprenden de su misma definición de la *verdad*. Si es la inteligencia suprema la que muestra la verdad á nuestra inteligencia, se infiere claramente que la verdad no es el producto de nuestra inteligencia, de nuestro espíritu. Procede de un venero divino, de Dios. ¿Cómo procede, pues, preguntaríamos á los racionalistas que huyen con tanto horror de los misterios?

Su buena inteligencia de la verdad les debía conducir á la buena inteligencia de la razón. Si, la verdad es lo que es la realidad completa, como la verdad completa existe en Dios. Por la reflexión adquirimos el conocimiento de las realidades íntimas que constituyen nuestro ser intelectual, como por los sentidos los de las realidades esteriores. Pero todas estas realidades no tienen su razón de ser más que en Dios, que es el Ser por esencia y de quien toda verdad emana. Esto es lo que dice el cristianismo; esto mismo confiesa el racionalismo; ambos parten de un misterio, del más soberano de los misterios.

El cristianismo admite verdades del órden natural; reconoce en el hombre una *conciencia intelectual* que le dirije en el conocimiento de lo verdadero; una *conciencia moral* que le dirige en la práctica del bien. Reconoce que la inteligencia y la voluntad tienen por base á las verdades primeras que Dios ha depositado en en el alma, que forman su esencia y que son la base de la razón.

El cristianismo no ataca á la razón en sí misma ni al trabajo intelectual. Lo que enseña

es que la inteligencia abandonada á sus propias fuerzas, es demasiado débil para conducir al hombre á la posesión cierta de todas las verdades que importa conocer, y por lo mismo, no puede formar una razón completa; ni aun Descartes mismo se atrevió á establecer una certidumbre absoluta, que solo corresponde á Dios. De modo que la contradicción que Larroque encuentra en que los cristianos ataquen unas veces á la razón y en otras apelen á ella, no quiere decir más que es incompleta, y esto no obstante tenemos que valernos de ella. Con solo haber estudiado bien á Platon, hubiera visto confirmado cuanto llevamos expuesto.

Pero Larroque pregunta: «¿Es digno de la sabiduría infinita hacer conocer verdades que no se pueden comprender? ¿Es lógico decir que Dios ha hecho la razón humana incapaz de conocer ciertas verdades y á pesar de esto que se las ha hecho conocer en esta vida?»

¿Y por qué ha de ser indigno de la sabiduría infinita èl hacer conocer á los hombres verdades incomprensibles? Si la inteligencia no pudiera conocer sinó las verdades que comprende, era preciso que desechase casi todas. Los racionalistas y entre ellos Larroque, ¿creen en la existencia de Dios, la comprenden? ¿Comprenden como esta palabra exige el infinito? ¿Por qué admiten á Dios no comprendiéndole? Hé aquí por que es digno de Dios revelarnos verdades incomprensibles. La comprensión no es necesaria para la aceptación de la verdad.

La mayor parte de las verdades no son más que hechos del órden inteligible, del órden físico, del órden moral, social, etc., que están

rodeados de misterios que no podemos menos de aceptar, por que sin tal admisión no podríamos vivir. Los mismos racionalistas confiesan que podemos razonablemente aceptárlos y por lo mismo debieran confesar que Dios puede revelar verdades incomprensibles. Las verdades más ciertas que admitimos por la exigencia misma de nuestra naturaleza son de suyo misteriosas. La ciencia no hace más que patentizar todos los hechos que se suceden en la germinación y desarrollo de un grano de trigo. ¿Pero cómo un grano seco produce todas estas maravillas? Por lo mismo, lejos de ser ilójico que Dios nos haga conocer lo que sin su revelación no conoceríamos, es sumamente lógico y piadoso.

«Si alguno viniere á decirnos: que cuatro veces uno hacen tres; que un círculo es un cuadrado, etc., responderíamos que son dos errores evidentes. Si añadiese que son otras tantas verdades reveladas por Dios mismo, replicaremos justamente: es imposible que Dios haya revelado semejante cosa.»

Diríamos á Larroque que cualquiera haría bien en responder así, porque sería imputar á Dios errores evidentes. ¿Pero hacen eso los cristianos? Larroque cree que sí, porque los misterios cristianos son iguales á las aserciones, *un círculo es un cuadrado*, *cuatro veces uno hacen tres*. Esto es lo que Larroque debía probar y no lo prueba.

Los misterios están por encima de la razón, pero no *en contra*.

Para que estuvieran en contra era preciso que fueran contrarios á las nociones primeras y esenciales de la razón. Si la razón no

tuviera que admitir los hechos, por admirables que parezcan, luego que son patentizados, si esto no fuese conforme con las nociones esenciales de la razón, no se vería obligada á admitir la revelación y todo lo que esta contiene.

«Es un sofisma, añade, comparar los misterios de los conocimientos racionales, puramente negativos, á los misterios cristianos.»

¿Y por qué? Porque á pesar de la ignorancia en que estamos de ciertas propiedades de un ser, conocemos su existencia; es decir, que basta que el hecho de esta existencia sea *demostrado*, para creer en esta existencia.

Pues del mismo modo, diríamos á Larroque, razonamos los cristianos; lo que es lógico para los racionalistas no puede ser ilógico para los cristianos. Sostenemos que el hecho de las verdades reveladas, equivale al hecho de su existencia y que esto basta para creer en ella sin que sea necesario tengamos un conocimiento completo ó una comprensión absoluta.

Si los racionalistas razonan así sobre los conocimientos naturales, es de admirar que los que seguimos su misma huella, seamos llamados antiracionales. ¡Pobre lógica naturalista!

Larroque confiesa que en Dios hay misterios y que el racionalista debe de indagar las profundidas del Ser infinito. Eso mismo reconocemos y practicamos los cristianos. ¿Es un derecho exclusivo de ellos?

II

Sobre la influencía social del cristianismo, Larroque niega abiertamente que nuestra religión haya tenido una influencia benéfica y civilizadora. Una religión debe ser juzgada por sus obras, y la civilización que los pueblos cristianos ostentan por todas partes no convence á Larroque que pregunta: ¿cómo ó por qué un dogma particular puede civilizar el mundo?

Es una candidez filosófica aislar completamente al dogma de la moral, es una pretensión tan antifilosófica que era preciso mandar al que la hace al estudio de la metafísica.

Lo que esta demuestra es que los principios de moral suponen los dogmas, y los unos y los otros forman un conjunto armónico en el que todas las partes, estrechamente ligadas entre sí, no pueden aislarse sin producir desórden y confusión.

Larroque confiesa, porque no puede menos de confesarlo, « que las naciones de la tierra más adelantadas hoy en civilización son las cristianas.»

Pero no cree que esta civilización sea hija del cristianismo, añadiendo por prueba, además, de la esterilidad del dogma, que las naciones cristianas del Oriente, en Abisinia, en Armenia, en el Líbano, etc., tienen bien poca civilización. Esta segunda prueba ha ocurrido á pocos, porque son pocos los que ignoran que tales pueblos eran civilizados antes que el mahometismo los oprimiese.

Sepultados hoy en el mas cruel despotismo, ¿cómo han de progresar? ¿Diría Larroque que el amor de la libertad es un principio infecundo en el corazón del hombre porque un preso aherrojado y vigilado no puede hacer uso de ella?

Tal es la robusta prueba alegada por Larroque. Pero si hubiera comparado á los pobres cautivos cristianos en su vida interior, con los musulmanes que los oprimen, hubiera apreciado mejor la acción de la doctrina cristiana en una sociedad, aunque todo se oponga á su libre espansión.

Verdad es que Larroque tiene todo el valor necesario para afirmar, que los musulmanes han estado á la cabeza de la *civilización*.

Si por civilización entiende el brutal genio conquistador, no ofrece duda que los musulmanes poseen una gran parte del Asia, del Africa y de la Europa. ¿Pero qué instituciones sociales fundaron en los paises conquistados?

Los pueblos sometidos á su imperio fueron reducidos á la esclavitud: los vencedores se hicieron notables filosófos; ¿pero quién ignora que no produjeron más que áridos comentarios sobre Aristóteles?

Lo que hicieron los musulmanes fué to-

mar de los pueblos conquistados todas sus especulaciones filosóficas. ¡A lo que obliga el impremeditado ódio al Cristianismo!

Larroque formula otra objección en los siguientes términos:

«El renacimiento de las letras, de las ciencias y de las artes en Europa ha coincidido con el de la filosofía. Pero el movimiento filosófico fué efectuado, no con ayuda del cristianismo, sino á pesar suyo, y el progreso de la civilización, desde que despertó, ha estado siempre en razón directa con el decaimiento del dogma cristiano.»

Aunque sobre esta objección nos hemos ocupado ántes especialmente en el paralelo fllosófico-histórico entre las religiones, conviene decir de paso: que el cristianismo encontró á la sociedad organizada, que la aceptó tal como era, y su influencia civilizadora consistió en la fuerza de su doctrina, que se propagó poco á poco y por medios persuasivos.

Después de muchos siglos de luchas, el Cristianismo comenzó á triunfar de la vieja sociedad greco-romana, de la que el egoismo y el despotismo eran la base.

Los bárbaros detuvieron la marcha civilizadora del cristianismo, que tuvo que apoderarse de los recien llegados y educarlos en nuevas creencias, en nuevas luces y en nuevas aspiraciones. Verdad es que en algunas circunstancias algunos individuos del clero olvidaron su misión, pero también lo es que el clero salvó la civilización.

Las bases de toda civilización, son la

autoridad y la libertad, dirigidas una y otra por la justicia.

El cristianismo no confunde á la autoridad con el despotismo, ni á la libertad con la licencia.

El cristianismo, considerado socialmente, contiene: 1.° la moral más pura que puede hacer al hombre justo y virtuoso: 2.° una teoría de la autoridad que la reduce al mejor servicio social: 3.° un gran respeto por la libertad individual auxiliado por el *amor fraternal*, que es el resúmen de todos sus preceptos. Si estas no son condiciones civilizadoras, pudiera decirnos Larroque cuáles otras ha encontrado la filosofía moderna, Que en el siglo XVI surgiese una reacción contra la sociedad feudal: que se favoreciesen ciertos abusos, no lo disputaríamos por cierto. ¿Pero esas reacciones contra tales clases de hombres ó contra tales abusos, pueden considerarse como reacciones contra el cristianismo? La filosofía ha motivado también muchas exageraciones, muchos abusos. ¿Le son imputables? No; dice Larroque, porque fueron producto de elementos sociales extraños. ¿Y quién os dice que el cristianismo no tuvo que luchar con idénticos obstáculos?

Las recriminaciones no conducen á la verdad, ni por los abusos se puede juzgar del uso.

Lo que á todos debe decirse es: ¡estudiad una doctrina en sí misma: separadla de lo que no la pertenece; no la confundais con lo que condena; no la estudieis con prevención

ni la juzgueis por los detalles, y después ved si la filosofía ha enseñado una verdad social que el cristianismo no haya enseñado antes; y si la filosofía no ha enseñado algunos errores que el cristianismo ha vituperado siempre!

Era preciso probar que la filosofía moderna ha enseñado verdades sociales contrarias á las del Evangelio, y que tales verdades engendraron la civilización moderna. Hé aquí lo que no ha probado Larroque, ni se probará jamás.

El autor pasa en seguida á la crítica de que el carácter poético y sentimental que se atribuye al cristianismo, y el heroismo de sus mártires nada prueban en favor de nuestra religión.

Examina *el Genio del Cristianismo* de Chateaubriand, que agotó, según él, todos los encantos de la imaginación y todos los intereses del corazón. Sobre esto pudiéramos decirle, que el cristianismo sea la más poética de las religiones, no merece ninguna atención: que Chateaubriand no fné quizás feliz en querer poetizar el cristianismo, tampoco ofrece duda, sin que por esto deje el cristianismo de satisfacer tanto al *sentimiento* como á la inteligencia. No diremos en verdad «el cristianismo es poético, luego es verdadero;» pero sí diremos, «el cristianismo es verdadero luego es poético» porque nada mas poético que la *verdad*. Y bien mirado, el hombre en sus alegrías como en sus dolores ¿no tiene necesidad de una doctrina amiga, simpática, que le guíe, que le anime,

que le consuele y que responda á las aspiraciones de su alma? ¿No lo hace el cristianismo? Una religión no podría ser verdadera si á la vez no satisfaciese á las necesidades del espíritu y del corazón, y si por sus dogmas no saciase la sed de verdad que atormenta al espíritu humano, si por su moral y sus instituciones no prestara al amor un alimento nutritivo é inagotable.

Los mártires cristianos, dice Larroque, nada prueban, porque todas las religiones han tenido sus mártires. ¿Pero han tenido tantos? Larroque debió mirar esta cuestión de otro modo. Debió decir: el establecimiento del cristianismo es un hecho. La razón de la certidumbre de este hecho es el testimonio. Los testimonios sobre los que se apoya este hecho histórico, le patentizan como un hecho extraordinario y divino. Cuanto más numerosos son estos testimonios, cuanto mas claros y desinteresados, mas apoyado está el hecho.

Aunque yá hemos hablado de esta materia, preguntamos: ¿testigos que se dejan degollar en masa por sostener la verdad de un hecho ¿no prueban? Ha habido sin duda hombres enérgicos que sostuvieron sus opiniones hasta la muerte, ó que miraron la sumisión como una afrenta, como una deshonra; ¿pero qué son estos comparados con esa multitud de todas las edades, de todos los sexos, que se dejan sacrificar sin murmurar, sin arrogancia, y que piden á Dios por sus verdugos en el momento de sacrificarlos? La muerte de los mártires de

los tres primeros siglos, es una demostración en la que debemos convenir ó negar la historia.

El primer dogma que después ataca Larroque, es el del pecado original, sobre el que tenemos ya dicho lo bastante. A pesar de todo, no debemos omitir que después de haber indicado el pasage del Génesis que refiere la caida, añade: «Para admitir que el Creador ejerza su soberano dominio sobre una criatura inteligente, de una manera tan pueril, ¿que idea se puede formar del poder infinito y de la sabiduría que preside á todos sus actos? Porque Dios no puede prescribir á un ser racional y libre mas que lo que es bueno en sí, ni prohibir sino lo que es esencialmente malo, la prohibición de Dios hecha á Adan y Eva, es relativa á un objeto indiferente, permitiendo á un ser que sobrepuja en inteligencia á Adan y Eva el tentarlos hizo su caida infalible, condenarlos después de su caida, es de parte de Dios una horrible injusticia»... A lo que contestamos: El primer principio de Larroque, no es un axioma. ¿Quién le ha dicho que Dios no puede prescribir al hombre, sino lo que es esencialmente bueno ó malo? ¿Si Dios es la razón del bien, lo que él prescribe no es necesariamente bueno? Con relación á Dios no hay nada indiferente. Su voluntad determina la naturaleza de los actos que prescribe. ¿Sabemos lo que iba envuelto en tal prohibición? ¿Aunque no fuera más que el ensayo de la obediencia, no era esta nada? ¿era pueril? Larroque debió haber meditado

que el recitado del Génesis se apoya en dos ideas fundamentales; en que Dios creó al hombre *bueno* y en que le creó libre.

Para ser libre, tenía que ser experimentado, porque la libertad solo puede ser conocida entre dos actos contradictorios. ¿Qué prueba ó que ensayo pudo Dios proponer al hombre? Si le hubiera propuesto una cosa difícil haciéndole tentar por un ser malo que le sobrepujara en inteligencia y en habilidad, hubiera hecho su caida infalible. He aquí porqué le impuso una ley positiva, fuera de la ley natural, sobre la que el enemigo podía *ilusionarle*: le impuso una ley que era fácil observar, y por esto es pueril para Larroque. ¡Qué lógica! Partiendo de esta idea, no podía fijar su tercer principio. La caida hubiera sido infalible si Adan se hubiera encontrado desarmado en presencia de su enemigo artificioso, y bajo el peso de un mandato que le hubiera sido difícil observar. Pero había salido de las manos de Dios con la perfección que soportaba su naturaleza humana; era libre: si su inteligencia era menos viva que la del ángel caido, estaba esclarecida por la luz de Dios y su voluntad no era perversa. No tenía que hacer mas que ejecutar una órden fácil. ¿Poner al hombre en esta especie de prueba, era por ventura hacer su caida infalible? ¿Condenarle después de una desobediencia, que era fácil evitar, era condenarle injustamente? Larroque al fijar sus principios, olvidó cuanto podia olvidar; la naturaleza del hombre primitivo y la facilidad de respetar el mandato

de Dios. La crítica que reputa de *pueril*, la prueba mas suave á que Dios pudo someter al hombre, no merece en verdad gran consideración. Los racionalistas no han querido ver en el recitado genesiaco mas que á un hombre comiendo un fruto, y condenado por esto. Ellos que no miran al conjunto y que se contentan con la superficie de las cosas, pueden vanagloriarse de un modo de razonar que no les envidiamos.

Después de criticar á Moisés, pasa Larroque á criticar á San Pablo y á los padres de la Iglesia. Según San Pablo, la muerte vino del pecado de Adan; según los padres y los concilios, sin el pecado hubiéramos sido completamente dichosos. «Todo esto, dice Larroque, está en oposición con las primeras nociones relativas á la constitución orgánica y moral del hombre.» Del hombre tal cual se encuentra sin la menor duda; pero del hombre tal cual fuè, de ningún modo. Todo lo que asevera Larroque, viene á reducirse á esta proposición que no honra verdaderamente á su autor. Lo que dicen San Pablo y la Iglesia del hombre primitivo es falso, porque es contrario á lo que es el hombre actual. Pero como San Pablo y la Iglesia afirman que el hombre primitivo no se asemeja al actual, el argumento de Larroque es verdaderamente ridículo. El argumento que sigue es mas que ridículo; es risible: consiste en que la Iglesia afirma que sin el pecado de Adan no tendría el hombre que sufrir ningun trabajo y según el Génesis, Adan fué puesto en el

paraiso para *guardarle* y *cultivarle*, dos cosas que suponen trabajo.

El trabajo en nuestra actual condición supone *pena*, fatiga; pero la pena no proviene mas que de la lasitud, del cansancio, y no del trabajo mismo. El trabajo no es mas que la aplicación de los órganos á un objeto cualquiera. Esta aplicación moderada es hoy mismo un venero de placer; con mas razon lo sería en el paraiso terrenal. ¿Y la idea de guardar el paraiso, no indica la de desórden? No: y á nuestra vez preguntamos á los racionalistas: ¿la libertad puede existir sin contradicciones, puede existir sin adversarios? He aquí por qué el Génesis afirma la existencia de un enemigo y porqué era preciso guardar el paraiso.

III

Otra objección de Larroque consiste en que las consecuencias del pecado afectaron no solo á la humanidad, sino á los reinos animal y vegetal. Que siendo para el hombre la muerte consecuencia del pecado, debió serlo también para los animales y para las plantas. Sin el pecado original todo hubiese vivido, y el mundo se hubiera visto absorvido por seres vivos.

La muerte puede ser una pena para un ser destinado á la inmortalidad, más para un ser desnudo de este destino, de esta aspiración, y de toda reflexión, ¿qué puede ser la muerte? No puede ser ni una pena ni la consecuencia de una lucha entre un principio material que tiende á la descomposición y un principio espiritual que por su naturaleza es inmortal. La muerte para todo ser material no es más que la asimilación de una sustancia que existe. *La manera de ser de la materia* es destructible, pero la materia en sí misma no es destruida por la descomposición de su manera de ser, no es más que *modificada, trasformada.* Se puede decir que la muerte, dando á esta palabra el sentido del Génesis y de la Iglesia, no existe ni para los animales ni para las plantas, sino solamente para el hombre. Así la Iglesia no considera la muerte sino como la separación de dos elementos diversos, espiritual y material, que forman el hombre, y no la mira sino como un castigo con relación al hombre.

Si la doctrina cristiana no nos presenta ninguna teoría ni sobre la muerte de los animales, ni sobre el espacio destinado á la humanidad por la Providencia, cuántas objeciones inventa Larroque están desnudas de fundamento. Los que respetamos la revelación y no la entendemos á nuestro antojo, no tocamos con esas dificultades, y si nos tocan tenemos en la omnipotencia de Dios suficiente garantía contra tales dificultades.

Para proclamarse filósofo no basta hacer

objeciones contra la revelación: es preciso partir de principios incontestables, no deducir sino consecuencias legítimas; es preciso sobre todo, dar de las cosas ideas exactas, y no juzgarlas por una vista superficial y por algunos detalles que no pueden dar una idea completa.

Larroque afirma después, que Dios entregó la razón humana á la desgracia; que todos somos hijos de cólera según San Pablo: que San Agustin añade que todos nacimos para ser condenados; que el concilio de Trento declara que el pecado original es propio á cada uno; que Bossuet considera á todos los hombres como odiados por Dios en la persona de su primer padre; y concluye: «El dogma del pecado original, tal como los católicos y protestantes le han definido hasta aquí, choca tan abiertamente con todas las ideas de moralidad y de justicia, que no es susceptible de ser enmendado ni corregido; es de aquellos que es preciso ó desechar enteramente ó conservarle sin mitigarle ni temperarle.»

Es verdad; pero antes de desecharle era preciso estudiarle y conocerle. Si así lo hubiera hecho, se hubiera convencido de que las palabras *pecado* y *condenación*, significan otras ideas que las vulgares que él ataca.

Según la doctrina cristiana, hay una diferencia *esencial*, radical, entre el pecado original, y las faltas personales; el pecado original no es más que un *defecto* de *naturaleza* ó mas bien, es la *naturaleza misma* que cada uno trae

al nacer y que hereda necesariamente de los que se la han trasmitido. Hé aquí porqué San Pablo llama á los hombres *hijos de cólera* por *naturaleza*. Esa palabra *cólera* escita la susceptibilidad de los racionalistas.

Tal sentimiento procede sin duda de un buen natural, pero si hubieran estudiado más los sagrados libros, hubiera advertido que tales espresiones no deben de ser tomadas en un sentido estricto. Una religión no se asemeja á un sistema filosófico. La religión se dirige á hombres sencillos de todas clases, lo mismo que á los más instruidos, que son los menos, y por lo mismo usa de espresiones simbólicas, figuradas, metafóricas. Un filósofo no se para en las cortezas de las cosas; busca la idea entre la envoltura de las palabras. En vez de atenerse á la letra Larroque debió bajar al espíritu, y haciendo esto sobre el pecado original, no hubiera encontrado mas que lo que hemos expuesto hablando de la caida. Viciada la naturaleza en el primer hombre, veneno de toda la humanidad, el hombre no debía tener ni en esta vida ni en la otra el destino primitivo que la bondad de Dios le concediera, si hubiera conservado la integridad de su naturaleza. Si esto no es lógica, no hay lógica entre los hombres.

«Pero ese terrible dogma, añade Larroque, motiva el que los hombres no tengan simpatías por los dolores de sus semejantes: por lo mismo, los idólatras, los mahometanos, los budistas, los racionalistas, han tenido y tienen más caridad que los cristianos.»

Tal argumento no merecía contestación, porque no es mas que empeño en negar la historia, en negar lo que todos ven y lo que todos palpan. ¿Quién ignora que la caridad es la base de toda la moral cristiana, que el que mas caridad tiene es más cristiano, y que sin la caridad, según San Pablo, todo es inútil? La caridad cristiana no ha podido disipar el egoismo, como el sol no puede muchas veces disipar las nubes; pero ni la caridad cristiana, ni el brillo del sol se oscurecen por esto. Con dificultad se habrá lanzado una acusación más grave y mas infundada contra el cristianismo, pues deriva de un principio que debió demostrar á su autor que era falso, porque si una consecuencia deribada necesariamente de un principio es falsa, es preciso que el principio no sea verdadero.

En vez de que el cristiano no vea en los hombres mas que el objeto de la venganza de Dios, no ve más que á hermanos, sus coherederos, es verdad, en la posesión de una naturaleza caida, pero regenerados como él, por Dios mismo.

La *caida* y la *reparación* no pueden ser segregadas en el estudio del cristianismo.

No separándolas admitiendo como normal y digno de Dios el actual estado de la humanidad, como le consideraban los racionalistas, la transición de un mejor estado á este estado, que es en lo que consiste el dogma del pecado original, no ofrece esas dificultades tan encarecidas y encomiadas.

Verdad es que algunos teólogos han sostenido

doctrinas contradictorias sobre el pecado original, como Larroque se fatiga en demostrar inútilmente. Decimos inútilmente, porque los sistemas no son de fé en la Iglesia; porque la doctrina solo es la que debe ser creida; y esta doctrina se limita á tres puntos: 1.° La caida de la humanidad en una transición de un estado mas perfecto al estado actual. 2.° El pecado de Adan y Eva fué la ocasión y el principio de la caida de la humanidad. 3.° Hay otro destino para la humanidad en la vida futura. Esta es la doctrina, y ¿puede ésta secar ni endurecer las almas? No queremos insistir mas sobre la caida y pasemos á la Trinidad.

IV

Consiste este dogma en admitir un Dios único en tres personas distintas. La palabra *persona* es una palabra impropia que no presenta una idea clara. Larroque cita á San Agustin, que dice con razón, que no se sirve de la palabra *persona* para expresar que haya tres en Dios, sino para no guardar silencio sobre tal verdad; de lo que nuestro buen crítico se mofa diciendo; «Cuando los teólogos dicen que hay en Dios tres personas no es precisamente para decir esto, sino por decir

alguna cosa; no se podría hacer una confesión mas ingénua....»

Lo que San Agustín, como todos los cristianos afirman, es que si Dios es incomprensible para nuestra inteligencia, ¿cómo podremos encontrar en el lenguaje una palabra propia para significarle? Esto, no obstante, nos vemos precisados á servirnos de palabras para espresar nuestras ideas.

Hé aquí porque se ha elegido la palabra persona, pero añadiendo que esta palabra no es *por si misma*, la expresión exacta de la idea ó de la creencia en la Trinidad.

Porque la palabra *persona* quiere decir *sustancia*, y la palabra sustancia lleva consigo la idea de *ser*. Según el dogma cristiano no hay en Dios *tres seres*, sino un solo *ser*, *una sola esencia*. Si nos servimos de la palabra *persona*, es porque no hay otra más exacta. ¿Y porqué no hay otra mas exacta? Porque no comprendemos á Dios. Si tuviéramos una idea exacta de lo que en Dios es espresado por la palabra *persona*, comprenderíamos la esencia misma de Dios.

Larroque debió considerar la teoría cristiana de este modo: no hay más que un solo Dios; en Dios hay *tres* cosas, que no son *seres* y que esto, no obstante, tienen en su *ser* colectivo propiedades que las distinguen unas de otras.

Esta trinidad misteriosa no puede ser denominada. Se ha convenido en servirse de la palabra *persona* para representar la idea intermedia de esa Trinidad en la unidad de esencia; pero se ha convenido á la vez, en que la pala-

95 12

bra *persona* no equivaldría á la palabra ser, faltos de espresiones *propias* para determinar un objeto que sobrepuja al entendimiento humano.

Esto es lo que Larroque debió deducir de San Agustín, y no afectar dando á la palabra *persona* la significación de *sustancia, de ser*, ni afirmar ligeramente que los cristianos admiten *tres seres* que no son más que un *ser*, lo que es completamente falso.

Es achaque del siglo el censurar lo que no se estudia profundamente, y pocos más que los racionalistas adolecen de él, con sentimiento nuestro. La prueba es que ni San Agustín ni los teólogos que Larroque cita pretendieron demostrar la Trinidad, sino dar de ella una idea, incompleta.

Sabían y sabemos que tal dogma no es accesible de una manera completa á nuestra inteligencia, y lo que intentaron fué esponerla de modo que no se viese un misterio contrario á la razón.

Si los racionalistas admiten un Dios necesariamente infinito y procuran esplicarle, ¿por què la inteligencia de los teólogos ha de tener menos derechos que la de ellos?

Larroque ha perdido mucho tiempo en impugnar lo que no ha comprendido, y quisiera que se le diese una definición justa de la palabra persona. ¿Es un ser? ¿Es un atributo? No sale jamás de este dilema. Como nosotros resolveríamos ese dilema es obligándole á estudiar su propio ser, obligándole á estudiar metafísica; precisándole á comprender cual es su sustancia racional; y después le preguntaríamos

cual es, ó que entiende por atributo en Dios. ¿Todo atributo no es más que una simple facultad? En el ser necesario, ¿no es necesariamente sustancial? ¿Estos atributos esenciales tienen seres propios? ¿No son el mismo ser aunque distintos entre ellos? ¿Puede ser el mismo ser sin tener alguna cosa que les sea propia? Lo que les es propio, ¿no es necesariamente esencial? Los atributos diversos en Dios, ¿no son más que concepciones de nuestra inteligencia? ¿No tienen en sí mismo alguna realidad? Lo que no tiene realidad, ¿puede ser objeto de una concepción particular de nuestro espíritu? De cuestión en cuestión, pudiéramos traer á Larroque á confesar que si los teólogos no pueden determinar la persona, los filósofos tampoco pueden determinar el atributo; que ambas imposibilidades proceden de la misma causa, porque si la inteligencia del teólogo es finita, la del filósofo, lo es igualmente.

Larroque aconseja á los teólogos que se callen si no pueden demostrar nada; pero no advierte que él afirma sin demostrar también; que si él afirma y no demuestra á Dios debía callarse sobre él, y como son pocas cosas las que demostramos, debieramos callar todos y engordar en un ocio venturoso: hé aquí el *racionalismo*.

«Cuando se admite á un Dios Padre y Dios Hijo, no hay razón para eximirse del politeismo. Un padre y un hijo, suponen abuelos y nietos, y á esto no puede darse una razón satisfactoria.» Es verdad: no hay chico entèterado del Catecismo que ignore que la idea de paternidad en Dios corresponde á la de

principio *primero, necesario*; ni que la idea de filiación en Dios, corresponde á la producción esencial y coeterna. Un principio necesario que existe por la necesidad de su ser, ¿puede tener un principio generador, ó un padre en lenguajé usual? La idea cristiana de paternidad divina es la del principio *primero y necesario* que la metafísica patentiza, y las diatribas de Larroque sobre tal paternidad son superficialísimas y de mal gusto. Por lo mismo que un principio necesario no puede tener un princio anterior, del mismo modo este primer principio no puede producir nada más completo que su propia esencia, que es infinita. La idea de paternidad ó de generación eterna, en Dios, no admite ni prioridad, ni sucesión, ni nada incompleto, ó de finito. Si los racionalistas no niegan que Dios es una inteligencia infinita y que esta inteligencia no es otra cosa que su ser en cuanto es inteligente, no pueden tampoco negar que Dios, como inteligencia infinita, produce de toda eternidad lo que los cristianos llamamos su Hijo. ¿Para qué preguntan por tanto, por qué no puede ser el hijo padre á su vez?

Lo repetimos con sentimiento. Si Larroque hubiera estudiado su espíritu, sombra del espíritu soberano, no hubiera cometido tantos errores metafísicos en sus sonoras impugnaciones.

Pero sus erreres no son solo filosóficos sinó históricos, «Los evangelios, dice, no contienen una sola palabra que autorice á realizar la abstracción del Espíritu Santo, á mirarla como una persona distinta. Los teólogos invocan es-

tas palabras de San Mateo: *bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.*» Larroque quiere que la idea de San Mateo no sea más que una abstracción, porque San Mateo llama al *Espíritu Santo, Espíritu de Dios.* Y añade; «El Espíritu de Dios no es otra otra cosa que Dios considerado como ser espiritual,» No es más, por tanto, que un atributo, Verdad es que en muchos pasages del Nuevo Testamento se habla del Espíritu de Dios como de un atributo, sin indicar su *personalidad;* en Dios todo es sustancial, su Espíritu lo mismo que su Verbo, y el uno y el otro no pueden ser separados, nadie dirá que el *Espíritu* fuese para Jesucristo y para San Mateo, que ha referido sus palabras, una pura abstracción al decir: *bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.*

La epístola de San Juan en que dice: «Tres dan testimonio en el cielo; el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo: estos tres son uno:» Este es el argumento más fuerte para Larroque pero no le convence. Hay otro que tampoco le convencerá, que es el pasage relativo al bautismo de Jesucristo por San Juan,

La Trinidad, por tanto no fué para Larroque más que una invención de los primeros cristianos. Aquí tenemos á Strauss con sus invenciones místicas. La prueba que da Larroque consiste en que Celso que escribió contra el cristianismo en el segundo siglo, no atacó á la Trinidad, porque Origenes su adversario, no le refutó sobre este punto, ¿ quién asegura á Larroque, que Celso, en vez de ridiculizar como él la Trinidad, no viese un bosquejo de

esto dogma en las filosofías religiosas de la India y aun en la filosofía de Platon? Platon que divisó el dogma de la Trinidad, fué según Larroque, quien pudo inspirar á San Justino, que fué filósofo platónico, la idea de la Trinidad. Más lógico le debía haber parecido que San Justino el filósofo, hecho cristiano, completase sus ideas platónicas por la creencia en tal dogma.

El silencio de Celso y un testimonio incompleto de Lactancio, que se espresó de una manera inexacta sobre los dagmas cristianos, son todas las pruebas que Larroque nos dá de su soñada invención. Si hubiera registrado los Actos de los Apóstoles, hubiera visto que el Santo Espíritu era considerado como una *personalidad*, manifestándose de una manera visible, no solo á los apóstoles, sinó á los que eran incorporados á la sociedad cristiana. Si hubiera considerado que un Símbolo de los apóstoles que pertenece al primero ó segundo siglo, es una antigua profesión de fé, y que en ella se menciona expresamente el dogma, ó más bien que es el eje de todos los dogmas, no se hubiera fatigado en vano.

V

Viniendo al dogma de la Encarnación, Larroque condensa todos sus ataques contra el

cristianismo, por que si Jesús es Dios, su palabra es la verdad. Si no es Dios, no es más que un hombre cuya moralidad puede ser discutida. Larroque se inclina á creer que Jesucristo ha existido y á que no puede ser considerado entre los pobres maniáticos que se creyeron dioses. Esto es ya un paso más sobre Strauss. Pero si ha existido, añade, es todo lo que sabemos de él.

Hé aquí sus pruebas. El historiador Josefo no ha hablado de Jesus, y el pasage del libro diez y ocho de su historia, donde se hace mención de él, es apócrifo: en el libro veinte habla de él como de paso, pero solamente de manera para patentizar su existencia. Tácito hace mención en el libro quince de sus Anales, pero lo bastante para probar que ha existido. Plinio el Jóven, en su Epístola noventa y cuatro, libro diez, habla de él menos como de un personage histórico, que como objeto de adoración de los cristianos. Suetonio en la vida de Claudio, habla de un tal Chrest, que insurreccionaba á los judios de Roma. Examinemos estos argumentos.

Josefo, judío de nación y fariseo, no refirió en detalle la vida de Jesucristo. ¿Por qué? Porque esta vida era la condenación de su nación y de su secta. Josefo nació algunos años después de la muerte de Jesucristo y murió antes del fin del primer siglo de la era cristiana.

No conoció por sí mismo ni la vida ni la doctrina de Jesús.

Educado en la secta farisaica, como él mismo nos lo enseña, debió por su educa-

ción mirar á Jesús como un impostor legalmente condenado, no ofreciéndole más que objeto de desprecio, al mencionarle, por decirlo así de paso.

Aunque el número de cristianos fuese considerable al fin del primer siglo, los judíos y sobre todo los fariseos, que eran los más hábiles de la nación, no pudieron dar á los cristianos la importancia que tuvieron después.

Debían más bien inclinarse á rebajar tal importancia que les condenaba.

Lo pasmoso sería que Josefo hubiera hablado de Jesús detalladamente. Porque sus correligionarios le hubiesen reprochado ciertamente de estenderse á propósito en una historia tan grave como la suya, sobre un impostor á quien ellos habían juzgado digno del último suplicio.

Larroque no es el primero que haya negado la autoridad del testo del libro diez y ocho de Josefo: tiene la buena fè de confesar, que los eruditos católicos y protestantes, desecharon ese pasage antes que él y por las mismas razones que él invoca. Con la misma buena fé, reconoce que el testo del libro veinte, no puede ser desechado razonablemente.

Este texto es corto, pero es más importante que lo que Larroque opina. El historiador habla de la muerte de Santiago, hermano de Jesús, llamado *Cristo*.

Hé aquí el pasage literal: « Muerto Festo, Neron dió el gobierno de la Judea á Albino, y el rey Agripa quitó la gran sacrificatura

á Josefo para dársela á Anano, hijo de Anano.

Este Anano padre, había sido considerado como uno de los hombres más felices del mundo, porque gozó cuanto quiso de esta gran dignidad, y tuvo cinco hijos que la poseyeron de èl, lo que no había sucedido con ningún otro.

Anano, uno de ellos, de quien ahora hablamos; era un hombre audaz, emprendedor, de la secta de los saduceos.

Se aprovechó de la muerte de Festo, y de no haber llegado aun Albino, para reunir un consejo ante el que hizo comparecer á *Santiago, hermano de Jesús, llamado Cristo:* y á algunos otros, acusándolos de haber contravenido á la ley, condenándolos á ser apedreados (1). »

De aquí se infiere que en tiempo de Josefo se daba el título de *Cristo*, esto es, un título sagrado, al mismo Jesús, cuya muerte había sido pedida por la nación. Josefo lo justifica por esta sola palabra.

No podía decir mas por respeto á sus ideas religiosas; pero basta para patentizar este gran hecho en el seno mismo del judaismo y en Jerusalen, es decir, que se rodeaba de una aureola sagrada, al mismo á quien los fariseos, los mas religiosos de los judíos, habían condenado al suplicio infame de la cruz.

Hé aquí, pues, que la sola palabra que á

1) Historia de los judíos, por Flavio Josefo.

Josefo se le escapó, prueba mas que lo que los racionalistas quisieran.

Respecto á Tácito, el pasage es el siguiente: «Que el pueblo daba el nombre de cristianos á los partidarios de una secta á la que se imputaban los mas grandes crimenes. Este nombre, añade, procedía de *Cristo*, que había sido condenado al último suplicio por el procurador Poncio Pilato, bajo el reinado de Tiberio.»

Para Tácito los cristianos eran malvados que tenían por gefe á otro malvado, juzgado digno del suplicio, y á los que el pueblo solamente daba alguna importancia. No podía por tanto, por su dignidad de historiador, decir más: la condenación oficial de sus partidarios bajo Neron, era bastante á los ojos de Tácito, para hablar transitoriamente y con desprecio de los cristianos y de su gefe. ¡Así es como se escribe la historia áun en nuestros días!

Tácito no conocía á los cristianos, y su texto lo prueba, pues que se contenta con referir las acusaciones del vulgo. No podía conocer á los cristianos perseguidos desde la muerte de Jesucristo; y que se veían obligados á ocultar sus creencias y su culto. Este mismo secreto es lo que daba lugar á acusaciones infames.

A pesar del misterio que rodeaba á los cristianos, tenían ya bajo el imperio de Neron, es decir, treinta y tantos años después de la muerte de Jesucristo, bastante importancia en Roma misma para que el pueblo se ocupase de ellos y para que el Emperador los juzgase dignos de sus violencias. Hay que notar que Tácito, murió cerca de un siglo después de la muerte de Jesucristo y que en su tiempo los cristianos perseguidos por todas partes, se veían precisados á ocultarse en las catacumbas.

INSTITUTO TEOLOGICO DEL URUGUAY
MONS. MARIANO SOLER
BIBLIOTECA

¿Què hay que estrañar que un historiador que se ocupaba bien poco por su carácter de las sectas religiosas, no haya hablado mas largamente de los cristianos?

Las líneas que les ha consagrado tienen no obstante su importancia.

Debemos añadir qne él y Josefo patentizan hechos que apoyan los recitados del Nuevo Testamento y los monumentos mas antiguos de la historia de la Iglesia.

En efecto, Tácito da como un hecho cierto la muerte de Jesucristo, condenado por Poncio Pilato, bajo el reinado de Tiberio y Josefo menciona la muerte de Santiago, hermano de Jesús, llamado el Cristo, hecho referido en los anales de la Iglesia.

Plinio el Jóven, contemporáneo de Tácito, habla de los cristianos con más detalles que este historiador.

Tuvo relaciones directas con ellos en su cualidad de procónsul en el Ponto y en Bitinia.

Escribió á Trajano, que las inmoralidades que se les atribuían, no eran ciertas; hizo justicia á la pureza de sus costumbres no señalándoles otro exceso que el culto que daban á Cristo como á un Dios.

El texto de Plinio derriba las teorías de

Larroque entre su Cristo histórico y su Cristo objeto de adoración.

Porque en verdad, Tácito contemporáneo y amigo de Plinio, no duda de la existencia histórica de Jesucristo, y afirma sin la menor duda que fué condenado por Poncio Pilato, magistrado romano bajo el imperio de Tiberio.

¿Como un personage que era bien real para Tácito, no hubiera sido mas que un mito para Plinio que conocía mejor á sus discípulos y á sus doctrinas? ¿Es porque Plinio hacía de Cristo un objeto de culto para los cristianos, por lo que se supone que no quiso patentizar su existencia real. Es evidente que Plinio no reprochaba á los cristianos el adorar á un ser fantástico é imaginario, sino de adorar el Cristo. Pero el Cristo era un personage conocido de su tiempo, y sus discípulos comenzaban á hacerse notables.

Larroque consagra una larga nota á un texto de Suetonio, que es el siguiente en la vida de Claudio: « Echó de Roma á los judíos, que á la instigación de Chrest, estaban siempre en alboroto.»

Este Chrest ¿sería Jesucristo, á quien Suetonio hubiera por error hecho vivir en Roma bajo de Claudio? ¿Quiso designar uno de esos numerosos impostores que en tal época procuraban seducir á los judíos llamándose el Cristo ó el Mesías? ¿Quiso decir que los cristianos que hubiera confundido con los judíos, se insurreccionaban en nombre de Cristo?

Esta última interpretación es muy poco probable, porque los primeros cristianos no se insurreccionaron y Suetonio conocía á los cristianos, á los que atribuía los mismos crimenes que el vulgo.

Larroque no concede valor alguno más que á los historiadores estraños al cristianismo, que es igual á si nos dijera que á los griegos no se les puede creer cuando escriben historia de Grecia. El cristianismo posee escritos de los primeros siglos, y estos no hacen fe para los racionalistas, sin duda porque los primeros cristianos no tendrían la moralidad de Tácito y Suetonio.

Los textos evangélicos no son para los racionalistas de ninguna autoridad, y aunque afirman que Jesùs existió, no lo suponen mas que un hombre de *alta moralidad*. Y como esta preciosa cualidad le impedía proclamarse Dios no siéndolo, no fuè él, sino la credulidad supersticiosa la que despuès le hizo Dios. Afirma Larroque que los tres primeros evangelistas, Mateo, Marcos, y Lucas, no hablaron de Jesucristo, como verdadero Hijo de Dios. Que aunque le dan este título algunas veces, es en el mismo sentido que los Profetas llaman á los hombres hijos de Dios y á Dios padre de los hombres. Además estos tres Evangelistas llaman á Jesús el *hijo del hombre*.

Todas las citas históricas de Larroque eran inútiles, porque los cristianos no niegan tales textos, antes se apoyan en ellos precisamente para probar que Cristo era hombre á la vez que Dios, y reunía en su persona las dos naturalezas divina y humana. Tal tra-

bajo es lastimosamente inútil, y el útil y el provechoso era el de fijar la cuestión en estos términos: Mateo, Marcos y Lúcas ¿no dieron á Jesús el título de Hijo de Dios? No es preciso mucha erudición para probar á Larroque que si le dieron. Todos tres refieren al principio de sus recitados, que en el momento en que Juan bautizaba á Jesús en el Jordan, la voz de Dios se hizo oir desde lo alto de los cielos, para declarar que Jesús era *hijo querido*, en el que se reconocía á sí mismo y se complacía. ¿Podía Dios declarar de esta manera que Jesús era su hijo, sino lo hubiera sido más que de una manera como los demás hombres!.... Hay más: habiendo llegado Jesús á las cercanías de Cesarea, interrogó á sus discípulos diciéndoles: «¿Qué se dice del Hijo del hombre?—Ellos le respondieron:—Los unos dicen que vos sois Juan Bautista, otros Elías, otros Jeremías, ó alguno de los profetas.—Jesús les dijo:—¿Y vosotros qué decis que soy?—Simon Pedro le respondió diciendo:—*Tú eres el Cristo, Hijo de Dios vivo*.—Jesús le respondió:—Tú eres dichoso, Simon, hijo de Juan, porque no es la carne ni la sangre quien te ha revelado esto, *sinó mi Padre que está en los cielos*.»

Hé aquí pues, como Jesús no era considerado por sus discípulos como un simple enviado de Dios, no era un Elías, ni un Jeremías, era para ellos el *Cristo*, *Hijo de Dios vivo*. Hay más: cuando Jesús compareció ante el gran sacerdote, según los tres evangelistas citados, éste le dijo: «Te conjuro por el Dios vivo, nos digas si eres el Cristo, Hijo de Dios.—Jesús le respondió:—Tú lo has dicho: *yo lo soy*. Y os declaro que vereis al Hijo del hombre sentado á la derecha del poder de Dios, viniendo sobre las nubes del cielo.—Entónces el príncipe de los sacerdotes desgarró sus vestidos diciendo:—Ha blasfemado: ¿para qué necesitamos testigos? Vosotros habeis oido su blasfemia ¿qué os parece?—Ellos rospondieron:—¡¡Es digno de muerte!!»

Y esta es la razón de la condenación del ractonalismo. Sin embargo, preguntamos á Larroque: ¿hubieran considerado el gran sacerdote y sus asesores á Jesús como un blasfemador si hubiese pretendido ser hijo de Dios como lo son los demás hombres? ¿si hubiese dicho simplemente que era *un enviado* de Dios como los demás profetas? Si Jesús mismo no se hubiera proclamado *verdadero Hijo de Dios*, ¿se hubiera dicho que sus jueces le tendrían por juez á la vez, cuando con esta humanidad de que estaba revestido, bajaría del cielo con la magestad divina?

Jesús proclamó él mismo su divinidad. Mateo, Márcos y Lúcas creyeron en esta divinidad. Larroque solo es el que lo critica sin ver con atención lo criticado. Pero hé aquí una objeción del mismo: «Mateo después de haber referido que Jesús acababa de curar á un paralítico, añadé que la multitud glorificó á Dios por haber dado tal poder á los hombres» ¿Qué quiere decir esto? Que el historiador sagrado se hace intérprete de las acla

maciones de la multitud que ignoraba aun que Jesús era el Hijo de Dios y le tomaba por un hombre. No disputamos que no fuese esta la opinión del vulgo. Pero por esta narración en la que el historiador refiere, segun debía, las cosas como pasaron, ¿se puede concluir, que el historiador tuviese la misma opinión que el vulgo?.... ¡qué lógica! Y añade: «En San Marcos y en San Lucas, Jesus á quien habían llamado bueno, rehusa esta calificación: *¿Por qué me llamais bueno?* Nadie es bueno sinó Dios solo.—En San Mateo, Jesús responde: Un solo ser es bueno, Dios.»

¿A quién respondió Jesús de tal modo? A un hombre rico que no le reconocía por Dios, que le miraba solo como á un sabio á quien se debía consultar. El elogio de este jóven era excesivo, puesto que no miraba á Jesús sino como un hombre: Jesús le sugiere la misma respuesta que á Simon Pedro: Vos sois bueno porque sois el hijo de Dios vivo; pero el jóven no hace ni sigue el consejo de Jesus de renunciar á sus riquezas. Los que creían en Dios podían elogiarle, pero no podían admitir los mismos elogios de los que no le creían más que un hombre. San Agustín interpretó esta respuesta diciendo: «Con razón me llamaríais bueno, cuando me reconocieseis por Dios, pero ahora que no me considerais más que como un hombre, ¿por qué me llamais bueno?» Esto para Larroque no es más que una muestra del arte de acomodar los textos al interés de las doctrinas. ¡Es verdad, porque las doctrinas no

tienen valor alguno en los textos! ¡Qué lógica!

En San Mateo, en San Márcos y en San Lúcas, Jesús después de haber preguntado á sus apóstoles qué pensaba el pueblo de él, y después de habèrsele dicho que se le consideraba como á un profeta, les dirigió esta pregunta: «Y vosotros ¿qué decis quien soy?» Entónces Pedro le respondió: que le consideraban como *Cristo*, *Hijo de Dios vivo*. Es decir que Larroque no escrupuliza en eliminar las circunstancias que comprometen su tésis, ni en suprimir las palabras que prueban contra él. ¡Qué imparcialidad!

Hé aquí otro argumento: «Si Jesús se hubiera dado por Dios, no lo hubiera dejado ignorar á sus discípulos. Pero hé aquí dos de estos últimos que no lo sabían, ni aún después de su muerte. *Un hombre, profeta poderoso en obras ante Dios y ante el pueblo.* Ellos son desengañados después de su muerte: «Nosotros esperábamos, dicen ellos, que sería quien libertase á Israel.» Estas últimas palabras ¿no prueban que los discípulos de Jesús miraban así como el resto de la nación, al Mesías esperado como un hombre poderoso suscitado por Dios para libertar al pueblo judío del estrangero?»

VI

Los discípulos antes de ser iluminados por el Espíritu Santo, no tenían una idea exacta de la misión de Jesucristo: este es un hecho cierto atestiguado cien veces en las Escrituras. Pero concluir de esto que los discípulos no le miraban como Hijo de Dios, es llevar las cosas á un estremo que la crítica no autoriza. ¿Pero quien se sirvió de las espresiones *de un hombre profeta*? Era un discípulo llamado Cleofas, que no pertenecía al colegio apostólico. Otros discípulos, como Nicolás, elevado al diaconado por los apóstoles, fueron gefes de sectas, como la de los gnósticos, que propalaban varios errores. Pero tales errores condenados por los apóstoles prueban más contra la tésis de Larroque. Si los apóstoles condenaron á los que no querían ver en Jesucristo más que la naturaleza humana ó la naturaleza divina, es porque le consideraban como *Dios-Hombre*. En cuanto á Cleofas, no es de estrañar que la muerte ignominiosa de Jesús le desilusionase, como dice Larroque; pero cuando abrieron sus ojos por Jesús resucitado, su fe fué más firme en la divinidad de Jesucristo.

Otro argumento: «En San Mateo, Jesús después de haber anunciado su venida gloriosa, añade que el Padre solo conoce el

día y la hora.» Esta objeción es poco séria. Jesús siendo *hombre* y *Dios* habla de sí mismo, ya como de un *hombre* ya como *Hijo de Dios*. Y no podía ménos de hacerlo así pues que el dogma de la divinidad unida á la humanidad en su persona es la base misma del cristianismo. Pero como hombre, y hecha abstracción de su divinidad, no conocía lo que Dios solo conocía, aunque como Dios tuviese el mismo conocimiento que el Padre.

Estas respuestas no satisfacen á Larroque porque los teólogos, dice, abusan de la *sutil distinción* de las dos naturalezas. Pero esta distinción procede de la *doctrina* y de los *hechos* y es inevitable.

Los mismos apóstoles atribuyen á Jesús sentimientos humanos, de desanimación, de temor, etc., y San Lúcas afirma que Jesús niño, crecía en sabiduría, á medida que adelantaba en edad, porque comprendía que el *hombre* en Jesucristo, debía seguir las fases diversas de la naturaleza humana; que la divinidad no debía destruir la humanidad.

Pagado Larroque de su infundada creencia de que los tres evangelistas citados, no hablaron de la divinidad de Jesucristo, reconoce que esta resalta en San Pablo y en San Juan, rebajando antes á estos dos apóstoles. «Sigamos primero, dice, á Juan, al escritor mas poético del Nuevo Testamento, pero á la vez el mas nebuloso, á este pensador místico, que por decirlo de una vez, engendró el Apocalipsis, es decir, lo que *una imaginación enferma puede producir mas delirante...*» Hé aquí el juicio de Larroque

sobre San Juan á quien, sin embargo, todos consideran como el mas *profundo* y el mas *sublime* Orígenes, Clemente de Alejandría, Basilio, Juan Crisóstomo, Gerónimo, Agustín, Tomás de Aquino, Bossuet, y otra multitud de sabios comentadores de los librossantos.

La opinión de todos estos vale poco para Larroque, lo que nadie debe envidiar, por que su particular opinión no pesa mucho que diga al lado de tan grandes hombres.

San Pablo, según Larroque, no era mas que un orgulloso, que se propuso modestamente por modelo de los fariseos, aunque fuera perseguidor, antes de haber hablado en persona á Jesucristo á las puertas de Damasco....!

Parece increible que en este siglo, se desconozca el carácter de San Pablo, evidenciando una gran ignorancia, por no decir mala fe, porque esto último no es de nuestro gusto, ni correspondiente á nuestro carácter. El que lea las admirables Epístolas de San Pablo en las que resaltan la humildad y la rectitud del gran apóstol, no podrá menos de preguntar, ¿dónde está ese orgullo ni esa hipocresía? Aunque partidario de la abolición de las ceremonias judáicas que no tenían razón de ser, después del sacrificio del Hombre-Dios, San Pablo para no escandalizar á los israelitas cristianos que las observan aun, cumplía con las mismas cuando estaba entre ellos, mientras que combatía la opinión de los que querían imponerlas á los cristianos que no pertenecían á la nación judáica. ¿Era esta tolerancia la *hipocresía*

de que habla Larroque? ¿Un hombre que de perseguidor se somete á ser perseguido, de verdugo en víctima, es orgulloso, es hipócrita? ¿La estimación de diez y ocho siglos por estos dos grandes génios, siempre valdrá algo más que la opinión de Larroque y del racionalismo.

Después de haber sostenido que la divinidad de Jesucristo fué enseñada únicamente por San Juan y por San Pablo, pretende que estos sostuvieron que no era más que un hombre. Según el Evangelio de San Juan dice: «Jesús declara que no puede hacer nada por sí mismo; que no hace su voluntad, sino la del que le ha enviado; y por lo mismo, si Jesús se hubiera considerado como Dios, no hubiera podido decir *que no sabe, que no dice, que no quiere y que no puede por sí mismo.*

Ya hemos dicho que nuestro crítico se olvida siempre de que Jesús no era solamente Dios, sino también verdadero hombre, según la economía de la redención lo exigía. Si lo recordase, aplicaría á la humanidad lo que Jesús dice de su humanidad, y á la divinidad lo que dice de su divinidad. San Juan mismo le hubiera enseñado esta explicación: «En el principio el Verbo era Dios, y el Verbo se ha hecho carne y ha habitado entre nosotros etc.»... El Verbo hecho carne, Jesucristo, era pues Dios y hombre y debía aparecer y obrar como Dios y como hombre: sus discípulos, éco fiel de su palabra, debian presentarle como Dios y como hombre, y este olvido de la doctrina del Hombre

Dios es la causa de todos los errores de Larroque y de todos los racionalistas.

Otras objeciones de Larroque las hubiera él mismo disipado con solo atender á que los judios de las diversas sectas proponían á Jesús cuestiones capciosas con el fin de comprometerle con la autoridad civil y religiosa, y que Jesús no les responde siempre sino para imponerles silencio, sin entrar én las explicaciones que hubieran deseado. Huyendo Jesús de tales interrogaciones maliciosas é intencionadas, declara una vez por todas lo bastante sobre su divinidad. «Si yo no hago las obras de mi Padre, no me creais, pero si las hago creed en tales obras, sino quereis creer en mis palabras: *asi sabreis que el Padre está en mi y yo én el Padre. Yo y mi Padre somos uno solo,*»

Lo mismo hace Larroque respecto de San Pablo que lo que hemos indicado respecto de San Juan. Su empeño de aislar unos textos de otros, cuando todos hacen un cuerpo de doctrina; su empeño de elegir algunos pasages en que no está espresado todo el pensamiento, en dividir lo que no se puede dividir, y en probar lo que todos confiesn, para hallar contradicciones quiméricas, es un trabajo que cualquiera puede hacer con su libro y con todos cuantos se han impreso. En cuanto al gusto de parecer erùdito, es un gusto pueril, porque cualquiera tiene hoy medios de aparentar erudición con los trabajos de los demás; y yo declaro no ser más que un simple compilador; y baste esta declación por todas.

Larroque se vale después de San Pedro poniendo en boca de este, según los Actos, en el que llama á Jesucristo un hombre; á lo que contestamos que San Pedro tenía razón porque lo era. San Pedro añade que Dios ha hecho por medio de este hombre numerosos prodigios. Tiene tambièn razón; porque la *humanidad* en Jesucristo no fué para la divinidad sino un instrumento, por medio del que se manifestó al mundo, por obras visibles, que no podían emanar sino de ella. San Pedro añade, continúa nuestro crítico, *que Jesús fué elevado por la mano de Dios y que Dios le ha hecho Señor y Cristo.*

San Pedro tiene completa razón, porque es en efecto por Dios, y por Dios solo, por lo que el hombre en Jesús llegó á ser Señor y Cristo. Sin la *divinidad*, Jesùs no hubiera sido más que un hombre, y su *humanidad* no hubiera servido á la divinidad para manifestárse al mundo, para salvar al mundo, siendo su Cristo y su Señor. De modo que San Pedro enseñó que Jesús era un hombre, enseñó que la divinidad se manifestó en él y por él, que ella hizo del hombre en Jesùs el Cristo y el Señor, que es lo que constituye la doctrina cristiana. Esto es lo que los racionalistas debieran estudiar en conjunto, y verían que San Pedro San Juan, San Pablo y todos los escritores sagrados, creyeron y enseñaron á Jesucristo, *Hombre-Dios* salvador y redentor del mundo, mediador á causa de su doble naturaleza, entre Dios y la humanidad, Dios perfecto y hombre perfecto, en el cual la

humanidad y la divinidad fueron unidas y no confundidas. Si el estudio de Larroque hubiera sido más atento, más detenido y más escrupuloso, hubiera sido más completo y le hubiera ahorrado el trabajo de impugnar, y el poco honor que resulta siempre para un filósofo de impugnaciones impremeditadas.

VII

Viendo el dogma de la divinidad de Jesucristo establecido, y creyendo que no procedía de los apóstoles, por lo que llevamos expuesto, Larroque tenía que buscar el orígen de tal dogma, y para esto hace una escursión en la historia eclesiástica, opinando que fué aceptado por los paganos y por los bárbaros que destruyeron el imperio romano de Occidente. Los paganos estaban dispuestos por sus anteriores creencias de la pluralidad de los dioses y por el disgusto que experimentaban con el antiguo culto; los bárbaros aceptaron el cristianismo, por que les ayudaba en la lucha en que se habían empeñado con el antiguo mundo.

Esto puede llamarse ignorar además de la doctrina la historia. Los predicadores del Evangelio enseñaron el teísmo, acompañado de un misterio impenetrable sobre la esencia divina, Esta enseñanza contrariaba las creencias politeistas de los paganos. El teísmo proclamado por el cristianismo, no tenía la timidez del teísmo filosófico, tenía además un misterio que debía rechazar como un absurdo la inmensa mayoría de los paganos á quienes se anunciaba.

La Trinidad, por tanto, no podía fortificar el sistema politeista pagano, que es lo que pretende Larroque. Llamar á nuestra religión un politeismo cristiano, es violentar el significado de las palabras y ganas de escribir contra la historia entera del cristianismo. El establecimiento de este es verdaderamente milagroso, como lo hemos expuesto anteriormente, y aunque no negasemos fuese empleado algún medio natural, no pudieron ser ni las reminiscencias del politeísmo, ni la invasión de los bárbaros, que son las causas más opuestas, que Larroque pudo escogitar, á la esencia del cristianismo.

Suponer cierta afinidad entre los bárbaros y el cristianismo, porque ambos combatían al mundo antiguo, es una idea tan singular, que pensamos no se le ha ocurrido á nadie más que á este adversario del cristianismo. Entre la lucha salvage de los bárbaros, y la pacífica lucha de los predicadores del Evangelio, nadie hasta Larroque ha encontrado un perfil de semejanza. Es un descubrimiento que le pertenece á él solo.

Es también lastimoso que nuestro crítico no advirtiese, que en el momento de la invasión de los bárbaros, la mayoría de la población romana era cristiana; que los que predicaban el Evangelio, no formaban una casta

en la sociedad romana; que pertenecían á la sociedad que los bárbaros atacaban con las armas en la mano; que estos bárbaros no venían para destruir esta sociedad, sinó para posesionarse de ella; que establecidos en el seno del imperio romano, sufrieron poco á poco la influencia religiosa de las poblaciones que habían vencido. Los bárbaros no se hicieron cristianos sinó después de su establecimiento en las provincias del imperio, y el cristianismo era la religión de los vencidos. ¿En dónde está esa solidaridad que supone entre los bárbaros y los apóstoles cristianos? Hay cosas que solo la crítica las honra, y tal es la solidaridad soñada, que no merece que nos detengamos en ella.

Larroque consagra después algunas líneas al arrianismo, tan superficiales como las de la citada solidaridad. Desde que Arrio se opuso á la doctrina general de la sociedad cristiana, fué generalmente condenado, y el concilio general de Nicea no declaró que *Jesús era Dios*, lo que no era negado por Arrio, al menos en apariencia, *sino que era de la misma sustancia que el Padre*. El concilio creó la palabra *consustancial*, para expresar la doctrina ortodoxa contraria al sistema de Arrio. Este quería la palabra *semejante en sustancia*. Toda la lucha fué circunscrita en torno de estas dos expresiones; la cuestión agitada no era en apariencia el dogma de la divinidad de Jesucristo, especialmente después de la muerte de Arrio, sino la *naturaleza de esta divinidad en si misma*.

Esta lucha no hubiera sido tan viva y tan encarnizada, si los emperadores no se hu-

bieran mezclado en ella; sino se hubieran declarado ya por un partido, ya por otro. Y hay que notar que si el poder imperial hubiera sido la regla de la Iglesia, el arrianismo hubiera vencido. Estas breves indicaciones sobre el arrianismo bastan para que cualquier lector de Larroque lo tome en infraganti delito de ignorancia sobre una doctrina que no debiera impugnar sin estudiarla mejor. El lujo de erudición hebráica, griega y latina que emplea, pueden fascinar á los que opinan que la erudición es la ciencia; pero tal fascinación, aunque sensible como siempre lo es la divulgación de errores, no quitará á los verdaderos cristianos su fé, mucho más reflexiva que lo que Larroque piensa.

De lo expuesto resulta que Ebion, á quien Larroque cita, que vivia en tiempo de los apóstoles, y que negaba la divinidad de Jesucristo, no fué más que un sectario, quién prueba que dicha divinidad constituia la creencia general por que se separó de la creencia común: que Arrio atacó la creencia común, cuando inventó su sistema de una divinidad semejante y no *consustancial*, que fué al punto condenado por el primer concilio de toda la Iglesia cristiana; que esta creencia, que era la creencia común, de la Iglesia en el primer siglo, venció á las sectas que querían cambiar su doctrina. La palabra *secta* no tiene sino una significación relativa: supone una sociedad principal, como un miembro supone un cuerpo, como una rama supone un árbol, debiendo conocer Larroque sin gran fuerza de ingenio, que los sectarios en

que él se apoya son precisamente los que se condenan.

Larroque lejos de advertir esto, se empeña en sostener que si la iglesia triunfó fué por el silencio y las tinieblas que esparció en derredor de ella. Pero esta hipótesis es una pobre calumnia.

Nuestro adversario se ocupa después de la *Encarnación*, contra la que dice que la *razón se insurrecciona*....¿Pues cómo la humanidad ha admitido y venerado ese dogma durante diez y ocho siglos, contra el que la *razón* se insurrecciona?

¡Hé aquí un gran prodigio, que Larroque solo sea *razonable y sábio* entre tantos hombres científicos como han respetado la *Encarnación* misma! Si el mundo ha estado privado del buen sentido durante tantos años, puede ser que Larroque y el racionalismo sean la aurora de un nuevo día, por que no tiene reparo en declarar que es más fácil admitir la locura crónica de la humanidad, que mirar como razonable el dogma de la Encarnación.

¿Porqué? «Porque es imposible y contradictorio que la *esencia infinita y perfecta se circunscriba y se limite en una esencia finita é imperfecta.*» Muy bien, pero los que han creido en la Encarnación no han pretendido jamás que la *esencia infinita* se hubiese limitado en una esencia *finita* é *imperfecta*. La cuestión debió haber sido propuesta de otro modo y hubiera visto que los que creemos en la Encarnación no padecemos locura crónica. Dios es una esencia infinita; esta esencia sin ser circunscrita por el *tiempo* ni por el *espacio*, ¿no puede manifestarse de una manera particular en tal ó cual circunstancia de lugar ó de tiempo?

¿No puede manifestarse, por el medio que le convenga, en un hombre, lo mismo que en una cosa cualquiera? De que se manifieste en un hombre, y en tal época, ¿se sigue que se circunscriba y limite en este hombre y en una época, y que deba cambiar la esencia del hombre que le sirve de medio de manifestación?

Nosotros creemos conforme á la razón y á la filosofía que Dios puede, sin cambiar la *esencia de un hombre*, *sin limitarse* á este hombre, manifestarse en él de una manera especial, como puede obrar en tal época determinada de una manera especial, sin *limitarse á esta época;* creemos que la Divinidad puede obrar en un hombre, sin destruir por esto la esencia humana del hombre á quien tomase por medio de manifestación.

Larroque debía haber comprendido que la esencia humana en Jesucristo no había sido destruida, aunque la divinidad hubiese obrado en él de una manera totalmente determinada' que sus actos fueran los de Dios; que las propiedades de la humanidad en él no eran las de la divinidad; por consiguiente que la *divinidad*; no es limitada ni circunscrita en la *humanidad* que la humanidad no es absorvida por la divinidad, pero que Dios ha obrado en unión con la humanidad de Cristo, de una manera tan directa que el Cristo ha sido Dios, y que en su persona la divinidad y la humanidad conservan su carácter propio y esencial.

Difícilmente nos haría creer que tales razones son engendros de una locura crónica.

Nosotros exigiríamos de su sensatéz que nos contestara á estas preguntas: ¿Dios no puede obrar y manifestarse de una manera especial en un hombre? ¿No puede manifestarse en un hombre sin destruir las propiedades de aquel por el cual obra?

Su acción ¿no puede ser tan directa que sea El verdaderamente el que obre por el hombre que le sirve de medio de manifestación?

Su sensatèz no podría responder *negativamente* á ninguna de estas preguntas, ni podría responder *afirmativamente*, sin admitir que el dogma de la Encarnación es razonable, porque este dogma se apoya en dos principios:

1.° Que en Jesucristo las *dos naturalezas divina y humana* han existido *simultáneamente* sin absorverse ni destruirse.

2.° Que su persona ha sido la de Dios. Podrá sin duda Larroque oponer muchos comos y porques, pero todos ellos se estrellan en que el finito no puede comprender el infinito.

Esceptuando á algunas verdades matemáticas y algunas relaciones de los seres ¿qué es lo que comprendemos, cuando nos elevamos á la esencia de las cosas?

Véase, pues, si Larroque ha demostrado que la Encarnación no fuera razonable.

En cuanto al fin de la Encarnación dice: «Si Dios ha encarnado, según los cristianos, fué para ser nuestro modelo, pero desde que Cristo es Dios, no puede ser nuestro modelo, pues que no ha sido un hombre ordinario.»

Este razonamiento es vicioso, porque Dios no encarnó *solamente* para servirnos de modelo, pero convengamos en ello: ¿Dios no pudo darnos en la humanidad, por la que obró y se manifestó, el tipo del bello moral, del bien por excelencia?

Si nos hubiera obligado á llegar á este tipo de perfección, tendría valor el razonamiento de nuestro adversario.

¿Pero no ha podido proponernos un modelo sin obligarnos á ser tan perfectos y obligándonos solamente á trabajar, por incesantes esfuerzos, á comportarnos de la manera más perfecta que nos fuera posible? ¿No era necesario en este mundo, donde el mal ejerce una acción tan poderosa y tan contagiosa que tuviéramos siempre ante los ojos el tipo del bien, de lo verdadero, personificado en el Hombre-Dios?

VIII

Sobre la *Redención* Larroque acumula también citas en abundancia sin tener presente que las discusiones que le entretienen, pertenecen á la teología y no al cristianismo

mismo, que son científicas y no dogmáticas.

La Redención es un dogma que Larroque pretende refutar por medio de la Astronomía.

«Es infinitamente presumible, dice, que nuestro globo no sea el solo, en la vasta extensión de los cielos, que contenga seres inteligentes y libres. Desde luego se advierte por que las personas divinas que componen la Trinidad, no irían á encarnar sucesivamente sobre los otros globos para redimir á los seres caidos que allf se encontrasen. Una encarnación de Dios, siendo una cosa admirable, millones de millones de encarnaciones lo serían más. Si se rehusa esta multiplicidad de maravillas es preciso sostener de estas dos cosas una: ó que los seres que pueden existir en los otros globos son impecables, lo que sería asimllarlos á Dios, ó que nuestro planeta ha tenido él solo en el universo, el honor de ser el teatro de una encarnación divina, lo que sería de nuestra parte una exuberancia de orgullo.»

Pretende nuestro crítico en este orgullo, que es el mas maligno, que no siendo la tierra el centro alrededor del que tornan los astros, el género humano no es el fin al que todo se refiere en el universo como pretendían los Hebreos, de quienes los cristianos recibieron tal teoría. Pero que los astros tornen alrededor de la tierra, ó que ésta no sea más que uno de los globos del sistema celeste, no se sigue absolutamente nada, en

cuanto á la importancia del gènero humano y á la redención.

Si el género humano no vale mas que Júpiter con sus satélites y que Saturno con su anillo, no conocemos en verdad ni la metafísica, ni la moral.

Pero supongamos que la habitabilidad de los mundos, que demostraremos más adelante, es una verdad: ¿nos vemos por ella obligados á creer que los seres que habitan en los otros globos son impecables ó que han sido precisas millones de millones de encarnaciones?

Este dilema de Flammarion y Larroque horroniza á la lógica, y él solo pudiera acreditar la locura crónica que creía regalarnos.

Pues qué ¿los seres que pudieran habitar los otros globos tendrían precisamente una naturaleza humana como la nuestra? ¿No pueden estar poblados de seres cuya naturaleza desconocemos? ¿El ser terrestre es el término necesario de las concepciones de la inteligencia infinita?

Aun suponiendo que los seres que pueden habitar los otros globos tengan una naturaleza idéntica á la nuestra, que hayan sido creados como nosotros en un estado de prueba ¿sabemos si abusaron de su libertad? ¿Y sino abusaron tuvieron necesidad de redención?

Larroque reconoce que la caida de la naturaleza es la razón de la redención. ¿Quién le ha dicho que los otros seres, cuya existencia presume en los demas globos, se encuentren caidos?

Pero mas adelante hablarémos de la pluralidad de los mundos habitados en sus relaciones con la doctrina cristiana.

Pensamos, por tanto, que el argumento astronómico de Larroque es muy pobre cosa.

Expone otro argumento: « Es necesario no olvidar, dice, que quien ofrece á Dios esta satisfacción, es Dios mismo en virtud de la invisible unidad de sustancia de las tres personas de la Trinidad, de donde se sigue que *Dios se ofrece á él mismo y acepta su propia satisfacción.*»

Esta consecuencia no es rigorosa, y contiene además una exposición errónea de la doctrina cristiana.

Para criticar una doctrina es preciso esponerla con rigorosa exactitud, de otro modo el crítico no critica mas que sus propias aserciones.

Según la doctrina cristiana, no es Dios quien ha sufrido la muerte de Jesucristo, sino el hombre: es pues el hombre el que ha sido sacrificado: es el hombre que ha sido objeto de sacrificio, el que ha sido inmolado á Dios como expiación.

Pero el sacrificio del hombre en Jesucristo ha sido un sacrificio redentor, porque en Jesucristo la humanidad está deificada por su unión íntima y personal con la divinidad.

Tal es el dogma cristiano, y él solo hace ver que el racionalismo no sabe lo que crítica.

Larroque añade: «Haré notar, que la expresión de mérito, aplicada á Cristo, considerado

bajo el punto de vista cristiano, no tiene sentido.

Un Dios, aunque fuese hombre al mismo tiempo; lo que es imposible *(sic)* es necesariamente impecable; todo lo que él hace es necesariamente bueno, y por consiguiente no puede ser meritorio, porque la idea de mérito es tomada prestada por una naturaleza imperfecta, que siendo colocada entre el bien y el mal, y pudiendo hacer lo uno y lo otro, se determina por el bien y merece entonces la recompensa de los sacrificios que ha debido hacer, de las luchas que ha tenido que sostener para evitar el mal y hacer el bien. Nada de esto puede decirse de Dios.»

Todo este argumento con sus ampliaciones viene á reducirse á que un mérito personal no puede ser reversible sobre otras personas. Así como el pecado de Adan fuè *reversible* sobre sus descendientes; así el mérito de Jesucristo fué reversible sobre todos los que crean en èl.

Ésto es lo que no puede entender Larroque ni el racionalismo llamando al mérito personal.

No ha percibido que el cristianismo no trata del mérito que resulta de los actos de una persona aislada, sino de la regeneración de la humanidad por su incorporación al Dios-Hombre, su mediador, su principio de vida.

Para criticar tal doctrina del cristianismo, era preciso partir de una noción más sana, mas verídica, mas exacta, sin lo que el racionalismo no hace mas que imitar al Hi-

dalgo manchego, que blandía su espada contra seres inofensivos ó imaginarios.

« Dejemos añade, á Dios sus méritos y veamos si pueden ser referidos á otros seres, porque esto sería manifiestamente contrario á la justicia divina. Para esta justicia, que es perfecta, *las buenas acciones, como las malas, son personales, y por consecuencia los méritos lo son también: ella no puede aplicar á cada uno mas que sus propios méritos:* esta noción esencial como la concebimos, cesaría de ser antes que no ser tal. » Es decir, que si la justicia divina no es tal como la concibe Larroque no existe. Es una altivéz filosófica bien contraria á la de Sócrates, que decía, no *sabia nada*. Los mas profundos en filosofía son menos absolutos. Larroque no piensa así, y de aquí su absolutismo filosófico por el que afirma que toda falta debe ser expiada aquí ó en otra parte, por la pena ó sufrimiento del que ha cometido la falta libremente, sin que pueda ser de otro modo. Esto es lo mismo que pretender que Dios no puede ser misericordioso, porque es el venero de toda justicia y de todo bien. Admite la palabra misericordioso en el sentido de *bueno,* separando de Dios el sentimiento de piedad, que según él, no es mas que un *dolor simpático que esperimentamos á la vista de los sentimientos de otros seres.*

Atribuir á Dios, añade, este dolor simpático es imitar los errores del politeísmo.

Es falso decimos, que el cristianismo atribuya á Dios otra cosa que la bondad cuando le llama misericordioso, y la misericordia

no es más que su bondad hácia las criaturas.

Es verdad que toda falta debe ser expiada por el que la comete, y el cristianismo no ha dicho nunca cosa en contrario, pero no ha esplicado Larroque, como un sufrimiento soportado por el culpable, *aquí ó en otra parte*, puede ser una expiación de esta falta.

Este sufrimiento será soportado libremente por el culpable; le será impuesto; le sufrirá pero Larroque afirma que solo un *acto libre* es *meritorio*. Para que la acción de sufrir expíe una falta, es preciso que tenga algún mérito. ¿Cómo lo puede tener puesto que no es libre?

Hay por tanto en los principios de Larroque algo mas difícil de admitir que un misterio, hay una contradicción.

No ha explicado tampoco qué relaciones pueden existir entre un sufrimiento soportado sin libertad y la expiación de una falta.

Una falta es un acto malo, un acto por consiguiente diametralmente opuesto á la esencia divina, por qué, como el dice, con razón, «Dios es el venero de donde emana toda justicia y todo bien. ¿Pero qué proporción puede existir entre un acto contrario á la esencia misma de Dios y un sufrimiento soportado *necesariamente*? Es preciso que haya proporción entre el acto malo y el acto expiatorio. El *mal* del acto malo es evidente y patentizado, ¿dónde está el bien del acto expiatorio? Aquí encontramos un misterio que satisface menos á nuestra razón que el misterio de la Redención. Esta verdad cristiana llena el abismo que hemos abierto bajo los

pasos de nuestro adversario, y que el racionalismo no podrá nunca cerrar.

Por su incorporación al Redentor el hombre regenerado, obra en Jesucristo Dios-Hombre; su unión es divinizada, su expiación adquiere en Jesucristo un mérito proporcionado á su falta. Se vé obligado á obrar; pero su acto sale de un otro principio, se refiere á un otro fin que el acto de un *hombre caido*. El hombre en Jesucristo, merece en Jesucristo y es justificado en Jesucristo ¿Qué de extrañar es que Santo Tomás dijera: he aprendido mucho debajo de la Cruz? ¡Cuanto pudiera aprender Larroque si profundisase mas el cristianismo!

Larroque se empeña en demostrar la necesidad de una expiación personal. La expiación completa de la falta le parece tan necesaria que ridiculiza la oración cristiana hecha para obtener el perdón de las penas merecidas por las malas acciones. Pero si Dios es inflexible hasta la expiación completa ¿es posible la expiación? ¿Porqué la oración no sería un medio de expiación lo mismo que el sufrimiento? ¿Podría Larroque responder á estas dos cuestiones? ¿Podría armonizar los dos principios que él fija, expiación completa por el sufrimiento y sufrimiento esencialmente temporal? Si el sufrimiento por él mismo ninguna proporción tiene con la expiación de la falta ¿como un sufrimiento esencialmente temporal, podrá ser un medio de expiación completa?

Para nuestro adversario Dios solo perdona por un sufrimiento que no tiene ninguna

proporción con la falta; y según el cristianismo no perdona la falta sino por una expiación superabundante, porque el acto cristiano se verifica en unión con el Hombre-Dios, adquiriendo asi. un mérito más que humano.

Verdad es que Larroque circunscribe al dogma de la remisión de los pecados al sacramento, á la absolución del sacerdote; pero en esto ha confundido dos cosas esencialmente distintas, la remisión de los pecados en si misma y el signo de esta remisión Algunas iglesias disputan el signo, pero todas creen en la remisión de los pecados por medio de la unión del hombre pecador á su Redentor. El Dogma mismo es admitido por todos los cristianos. Sobre este se debió limitar la crítica de Larroque, dejando á las iglesias contener entre sí sobre el *signo*. Pues que ha leído á los teólogos como afirma, debía saber que los partidarios mas absolutos del *opvs operatum*, es decir, del valor intrinseco del sacramento, admiten no obstante, 1.° que no tienen efecto sobre los que lo reciben, sino en tanto que tienen las disposiciones requeridas *de fé, de arrepentimiento y de amor de Dios*. 2.° Que no tiene efecto sino por Dios que juzga de las disposiciones del penitente y que ratifica ó anula la sentencia de absolución, según las disposiciones que ve en los corazones. Hé aquí por que debía conocer que el dogma de la remisión de los pecados que él quería atacar, no podía ser confundido con el sacramento, y menos con la absolución del

sacerdote, que no es mas que una parte del sacramento.

Conoce, no obstante, que los que admiten el sacramento, exigen el arrepentimiento pero añade: «El verdadero y sólido arrepentimiento y no el que practican tan cómodamente muchos cristianos, es ciertamente un sufrimiento expiatorio; pero si el sacramento no tuviese otra virtud que la del mismo arrepentimiento sería entonces inútil.»

Larroque, pudiéramos decir aquí, es hábil en verdad para embrollar cuestiones, porque ¿quién ha confundido jamas un *sacramento*, con un *sentimiento* como el arrepentimiento.

El hombre se arrepiente, se le confiere un sacramento que le aplica los méritos de Jesucristo, que es el *signo eficaz de la gracia* que Dios le concede en Jesucristo y por Jesucristo, ¿puede concluirse de esto que el arrepentimiento es inútil, ó que el sacramento basta sin el arrepentimiento? El arrepentimiento es el primer acto, el acto fundamental; no ese arrepentimiento natural al que Larroque concede equivocadamente el mérito de una expiación, sino el arrepentimiento cristiano, que si es verdadero, nos reconcilia con Dios, si no se puede recurrir al sacramento. ¿Dónde ha visto que el cristiano se contente con ese arrepentimiento cómodo que practican, según él, tantos cristianos? Los católicos, exigen el arrepentimiento verdadero y sólido, que Larroque considera como un sufrimiento expiatorio. Si algunos cristianos practican un arrepentimiento cómodo no es culpa del cristianismo que le condena

mas severamente que él. Atribuir al cristianismo una doctrina que rechaza y condena, no es criticarle, es calumniarle.

Después se irrita y se exalta contra muchos abusos de los que debemos decirle, que no son la *doctrina cristiana*, que es la que se propuso examinar.

IX

«Llego, dice Larroque, á la doctrina moral de San Pablo. Es preciso conocer antes su teoría sobre la voluntad humana. San Pablo *no hace el bien que quiere*, pero en desquite *hace el mal que no quiere*. El concluye, que si hace el mal que no quiere, *no es él* quien lo quiere. ¿Pero quién hace el mal sino él? Hé aquí una doctrina que separa al pecador de toda responsabilidad moral. Es la aniquilación misma de la voluntad humana, y por consiguiente de la libertad. Pero esto no es solamente inmoral, es vacío de sentido. El pecado, ¿qué otra cosa es que el mal? ¿Si es el pecado y no el pecador el que hace el mal, es entónces el mal el que se hace á sí mismo? Es en los escritos de un apóstol, que pasa por una de las más grandes lumbreras de la primitiva Iglesia, donde se encuentra una doctrina tan impura»

Para poder apreciar las infundadas razones

de Larroque y la respuesta á ellas rogaríamos á nuestros lectores que repasaran la doctrina sentada en los capítulos en que hemos hablado de la *caída*. El hombre está *caído*, *degenerado* en su naturaleza, pero el pecado original no le ha destruido. Sus facultades intelectuales y morales permanecieron lo mismo que sus sentidos, pero tocado de una enfermedad radical que necesitaba de un remedio enérgico para poder hacer uso de ellas. Este remedio tan necesario es el socorro de Dios, ó la *gracia*.

Recordado esto, Larroque debía conocer que el pecado de que habla San Pablo es el pecado original, que ha sido el principio de la degeneración de la naturaleza y no de un acto personal malo, con lo que toda la estrañeza y todas las admiraciones de Larroque caen por sí mismas. San Pablo habla de las luchas anteriores del hombre, dividido entre el amor del bien y su inclinación al mal. A pesar de este amor al bien, que permaneció como una de las leyes fundamentales de la naturaleza, el hombre se deja arrastrar al mal, aunque no ama el mal por sí mismo. ¿Cuál es la razón de esta inclinación predominante del hombre hácia el mal, cuando ama el bien? Es el pecado original, es por causa de este pecado por lo que tenemos necesidad de la *gracia* de Dios, para que nuestro amor al bien llegue á ser más fuerte que nuestra tendencia al mal. ¿Qué hay de inmoral ni de impuro en esta doctrina? Lo que nosotros vemos en tales ataques es que el racionalismo añade prueba

sobre prueba, de que no conoce la doctrina de la que ha emprendido el *exámen crítico* en nombre de la ciencia y de la filosofía por medio de Larroque. Las inconsecuencias que combate son hijas suyas y no de la doctrina que censura. Si hubiera profundizado los dogmas, si los hubiera considerado en su conjunto, si los hubiera comparado con la metafísica, no hubiera escrito con tanta ligereza sobre lo ya relacionado y sobre la *predestinación* en particular.

Para hablar con conocimiento de causa sobre esta, debiera haber fijado los siguientes principios que constituyen el catolicismo.

1.° Dios creó al hombre perfecto.

2.° La humanidad degenerada en su gefe y su principio decayó de tal perfección.

3.° No podía llegar por sí misma al primitivo estado para que fué creado.

4.° Dios en su bondad le dió un principio regenerador en Jesucristo y los medios de *incorporarse* á él y de participar de sus *méritos*.

5.° Dió también á los hombres su gracia para curar la naturaleza debilitada, para volverles al libre uso de sus facultades.

6.° En su eternidad, Dios ve el tiempo todo entero. Las acciones de los hombres, que para nosotros son *futuros*, para él son *presentes*. Él distingue en la humanidad á los que abusan de su voluntad de los que resisten á sus medios de salvación y á la *libertad para el bien*, que su gracia podía darles. No violenta las voluntades, pero las hace *eficaces*, curando por su gracia el vicio ra-

dical que las puso bajo el imperio del mal: la voluntad humana no está destruida; el hombre caido puede querer; solamente la gracia de Dios puede hacer á la voluntad *eficaz*, volviendo al hombre el *libre* ejercicio de sus facultades activas, y haciéndola obrar por motivos *sobrenaturales* con un fin *sobrenatural*.

7.° La predestinación no es en Dios mas que la *vista* del estado de la humanidad. La idea de lo *futuro*, que envuelve para nosotros la idea de *predestinación*, no puede ser en Dios, para el que todo es *presente* en su eternidad, porque la eternidad no puede ser compuesta de instantes sucesivos.

8.° Dios, por su poder infinito, podía hacer que aquellos que no se aprovechan de su gracia, se aprovecharan de ella; ¿pero está obligado á obrar cada uno de manera que determinara su voluntad? ¿No basta á su justicia que *ninguna voluntad* se vea encadenada necesariamente á una determinación contraria á un deber? Nadie tiene derecho de preguntar á Dios porquè no le ha concedido más pues fué libre hasta para no crearlo.

No diremos que esta doctrina no tenga algo de misterioso, pero el misterio nos rodea por todas partes No tememos repetirnos. El gran Sócrates tenía razón al decir: *lo que sé es que no sé nada*. Y añadimos: lo que sabemos desde el *pienso luego soy* de Descartes, hasta la última verdad revelada, se conforma tanto con las verdades naturales y filosóficas que no tememos asegurar, aun que se reputara ignorancia, que

nos sentimos con fuerzas bastantes para defender filosóficamente al cristianismo de ataques mas serios que los del racionalismo, porque somos sobre todo, meros compiladores de los grandes sabios.

Pasando á la Eucaristía, de la que dice Larroque: «Un sacerdote toma el pan y pronuncia estas palabras: *este es mi cuerpo*: toma el cáliz que contiene vino y dice: *esta es mi sangre*. Al instante y por *virtud de estas palabras sacramentales*, en lugar del pan y del vino, hay no solamente el cuerpo y la sangre de Jesucristo sino aún el alma de Jesucristo-Dios; la esencia misma de la Divinidad *se encuentra entre los dedos de un hombre y encerrada en el fondo de un cáliz!!*»

Esto se llama ser cándido y desconocer, olvidar que Dios es un *espíritu*, y que un espíritu no puede corresponder á un punto cualquiera del espacio, que no puede ser contenido, por consiguiente, entre *los dedos de un hombre*, ni colocarse en el fondo de un cáliz, y por tanto, que no se puede atribuir á los católicos tan necia creencia, sin demostrar que se calumnia su doctrina.

Los cristianos que creen en la presencia espiritual, no admiten que la esencia de la Divinidad esté circunscrista á un poco de pan ó un poco de vino. Los que creen en el cambio sustancial, no han pretendido que el cambio se haga por la virtud de las palabras sacramentales, sinó por una acción directa de la Divinidad, que presta á estas palabras su eficacia, cuando son pronunciadas por un hombre revestido del sacerdocio,

y cuando cumple el ministerio de su órden. Pero se dirá: ¿no es verdad que el Dios-Hombre reside de una manera particular y sustancialmente allí donde el pan y el vino consagrados aparecen á nuestros sentidos? Sí: así lo creemos los católicos de una manera muy racional. Porque Dios sin ser circunscrito por el espacio, puede manifestar su ser, respecto á nosotros, en un espacio determinado. Ningún hombre sensato puede negar este principio. El cuerpo de Jesucristo ha querido ser dotado, después de su resurrección, de cualidades superiores que le asemejan á los espíritus: ningún hombre recto sostendrá, que el cuerpo humano, tal como es en este mundo, sea una condición tan necesaria y esencial que Dios no pueda darle otra más perfecta, sin destruir radicalmente su esencia.

La ciencia por si sola nos muestra á la materia bajo mil formas diversas, desde la piedra bruta hasta el fluido que patentiza su existencia sin poder tocarla. El cuerpo de Jesucristo espiritualizado, puede participar en algún modo de las cualidades de los espíritus; èl puede como la Divinidad misma que le está unida, manifestar su ser en un espacio, en un lugar, sin estar circunscrito á ello.

Los sentidos, ¿qué nos patentizan de los objetos exteriores? Solo sus cualidades y no su sustancia, ó lo que los constituye. La química por multiplicadas esperiencias, llega á descomponer los cuerpos y á conocer sus elementos, que no puede analizar y que forman la base fundamental de los cuerpos. Pero ni la

química ni los sentidos, nos dicen nada de la sustancia de las cosas. ¿Por qué antes de impugnar la transustanciación, no se detienen los racionalistas á examinar que es sustancia? ¿Para qué ridiculizar á esa sustancia que se coge entre los dedos sin tener idea de la sustancia misma?

Pero nuestros sentidos, añade Larroque, nos evidencian, según el concilio de Trento, que el pan y el vino permanecen en apariencia lo mismo que eran; luego la doctrina católica es absurda porque ataca el testimonio de los sentidos.

Los sentidos, contestamos, no nos hacen conocer los seres sino por lo que *aparece en ellos y no por lo que son en realidad*. Verdad es que se juzga y se concluye ordinariamente de la apariencia á la sustancia; ¿pero es consecuencia válida? Que lo haga el vulgo nada tiene de extraño, ¿pero lo pueden hacer los filósofos?

La doctrina católica concede á los sentidos lo que les pertenece, desde que admite que las *apariencias*, ó lo que *parece* en el pan ó en el vino, quedan absolutamente las mismas, después y antes de la consagración; pero no hace injuria alguna á la filosofía enseñando al mismo tiempo, que nos engañaríamos concluyendo de las apariencias á la sustancia, porque Dios nos ha revelado que la sustancia no es después de la consagración lo que era antes.

Que se dispute el hecho de la revelación de Dios sobre este asunto, lo comprendemos; pero ignoramos porque en nombre de la fi-

losofía se ataca á la Iglesia que sostiene una cosa revelada, cuando esta no contradice ni al testimonio de los sentidos ni á la naturaleza de la sustancia.

Larroque mira como un gran absurdo que fraccionando lo que el sacerdote tiene entre sus manos, cada una de tales partículas contenga todo el cuerpo, toda la sangre, toda la divinidad de Jesucristo, y estas no se multipliquen. Esto no obstante, él admite que Dios es en todas partes, sin corresponder á ningun punto del espacio; que está en las alturas de los cielos, como en las profundidades de la tierra; que no hay un punto, ni un átomo en el universo, donde pueda decirse que Dios no está presente, y Dios es para Larroque como para nosotros, un Dios personal, no el *gran todo* de los panteistas; él mismo no crée que se multiplique porque es en todas partes.

Responderá sin duda que para los racionalistas Dios es un espiritu, y los católicos creemos que el cuerpo de Jesucristo, Hombre-Dios participa de la naturaleza de los espíritus. Pero esa creeencia es absurda, dirá Larroque.

¿Por qué? Dios que ha *espiritualizado* en cierto modo la materia en la electricidad, ¿no ha podido dar al cuerpo de Jesucristo, unido á la divinidad, una naturaleza escepcional y dotada de facultades espirituales? Nuestro adversario ignora, como nosotros, los límites que separan el espíritu de la materia. El fluido eléctrico es material; ¿pudieran los racionalistas explicar los elementos que le componen

ó esplicar su acción simultánea á enormes distancias? ¿Podrán asegurarnos que el hombre por la fuerza sola de su ingenio, no llegue un día á apoderarse de la materia en estado más perfecto aun que el de los fiuidos que hoy conocemos? ¿Podrán sostener que Dios no ha podido hacer de la materia alguna cosa más perfecta que lo que el hombre pudiera conocer?

Siendo asi, ¿cómo pueden pasmarse de que la Iglesia enseñe que Dios ha dotado el cuerpo de Jesucristo de cualidades espirituales, y que le ha hecho participar en algún modo de la naturaleza de los espíritus? ¿Pueden pasmarse que sostengamos que el cuerpo eucarístico de Jesucristo, no sea como su divinidad, circunscrito en un espacio, ó en un lugar, y que pueda ser en todas partes sin ser multiplicado?

Para probar el absurdo que echa en cara á los católicos, sobre la presencia de Jesucristo en cada partícula eucaristica y en todos los lugares donde la consagración tiene lugar legítimamente, era preciso que demostrara que Dios no ha podido dar al cuerpo del *Hombre-Dios* ciertas cualidades que pertenecen á los espíritus. Esto es lo que no demostrará nunca,

Larroque quisiera que la divinidad fuese separada de la persona de Jesucristo en la Eucaristía. Es no comprender que Jesucristo siendo Dios-Hombre, su *persona* posee al mismo tiempo la divinidad y la humanidad; que estas dos naturalezas son *indivisibles é inse-*

parables en él, por lo que puede decirse que su cuerpo es el de un Dios.

Otras muchas objeciones de Larroque tienen por base la idea de una *manducación natural* y *material*, de un cuerpo *natural y material*. Esta idea de manducación material la aplica á la comunicación más particular que existe entre Dios y el que comulga. En todas estas y demás objeciones, Larroque demuestra que no conoce más que la *caricatura* de la doctrina y no la doctrina misma. Porque la Iglesia rechaza toda idea de *manducación natural*; rechaza toda idea de cuerpo y de sangre naturales; rechaza toda idea de que se pueda comer á Dios materialmente. La iglesia cree que el cuerpo y la sangre eucarísticos de Jesucristo, *Dios-Hombre* son espiritualizados, y que pueden por consiguiente ser comunicados á la manera de los espíritus, que no corresponden á ningun punto del espacio, que no pueden ser circunscritos á ningún lugar; que es propio de la naturaleza de Jesucristo, *resucitado y vivo eternamente*, no ser circunscrita en ningún lugar, como los espíritus mismos.

Si nuestro crítico hubiera profundizado esta doctrina, hubiera economizado tantas ridiculeces de mal gusto, como vierte contra el catolicismo, y que más merecen piedad que cólera.

Lo que no podemos pasar sin contestación es la esclamación que hace: ¡Merece la pena de alabarse de haber destruido la idolatría para venir en seguida á arrodillarse ante el *pon* y *vino* y á *adorarlos!*» ¡Por Dios! ¿es el pan y

el vino lo que los cristianos adoran? Es á Dios, y no al pan y al vino lo que los cristianos adoran. Pero añade, previendo la respuesta: «lo mismo pudieran decir los paganos, que no dirigian sus homenajes al metal, al mármol, al leño, de los que hacían las estátuas de Júpiter, de Minerva, de Mercurio, ante las que se posternaban.» Para que la comparación fuera exacta, era preciso que los elementos eucarísticos fueran considerados como una materia que representa á Dios.

¿Es ésta la doctrina de la iglesia? Mil veces no: porque los cristianos saben que Jesucristo Dios-Hombre reside bajo las apariencias de pan y vino: las apariencias no son nada para ellos; su fé penetra muy lejos; vé á Dios, no bajo la forma de una representación matdrial, sino á Dios mismo que la fé le revela. Hé aquí lo que saben los niños que por primera vez comulgan, siendo admirable que los racionalistas sepan ménos que los niños.

Desde la doctrina de la Eucaristía pasa al culto y vitupera las *posternaciones*, las *genuflexiones*, considerándolas como signos brutales, que el despotismo antiguo impuso á los vasallos. Nos compadece por nuestra miseria intelectual, como acostumbran hacer todos los racionalistas é incrédulos; pero si estudiara más á los sinceros y reflexivos católicos, tendría mas motivos para tener una piedad de si mismo de los que compadece y le dán gracias por la compasión, que siempre es buena en sí, aunque sea infundada.

El culto externo está justificado por la filosofía, la religión y el sentido común, y sería inútil descender á mayores explicaciones.

LA
REVELACION Y LA CIENCIA

I

El Génesis y las ciencias geológicas

No hay espectáculo más grandioso ni mas digno para contemplado con incomparable orgullo por el verdadero católico como el que presentan á la actual generación los pasos de gigante de los descubrimientos científicos y los atrevidos métodos de los infatigables heraldos de la ciencia. Son ellos el testimonio mas auténtico de su fe; y si acaso llega á encontrarse embarazado es por la riqueza misma de las pruebas que nuevos é incesantes descubrimientos ponen á su disposición, para defensa de la religión más sublime que haya existido sobre la tierra.

Por eso, nada hay mas mezquino, mas vulgar, ni mas contrario al progreso gigantesco de que nos gloriamos, como la sospecha de un antagonismo entre la religión y la ciencia.

Es cierto que algunas ciencias, en el primer vuelo de su desarrollo trastornaron las ideas de los que se embriagaron en su fuente y nacieron teorías precoces, incompletas é inconciliables con la fe porque lo eran con la verdad; pero después fueron pruebas mas ostensibles de la verdad divina é inalterable de nuestras sublimes creencias; porque los descubrimientos mas completos y un exámen mas detenido ocasionaron siempre el abandono de las teorías anti-religiosas. Y, para gloria mayor del catolicismo, el ÍNDICE de los libros prohibidos fué la condenación anticipada, á nombre de la fe, de esos errores y doctrinas que hoy condena la ciencia.

¡Qué sublime providencia! *En los tiempos de ignorancia* anteriores y posteriores al gran BONIFACIO VIII la fe combatía los errores que la ciencia en su cuna aun no podía repeler en su propio nombre.

Y como quiera, que existe una escuela enemiga que nos combate con preocupaciones de oscurantismo y pretende encontrar antagonismo entre los progresos de las ciencias y nuestros libros sagrados, vamos á levantar esa calumnia insostenible en el siglo de las luces.

Hay un libro, que como monumento histórico es el más precioso por su antigüedad clásica y lo es más por el tesoro de importantísimas verdades en él contenidas. Este libro es el Génesis y primero de las Sagradas Escrituras.

En él aparece Dios en su primera página como autor de esa epopeya sublime, la CREACIÓN. Allí se cuenta como sacó de la nada el sér y la vida de cuanto existe, coordinando en seis dias la armonía del universo y terminando en el séptimo su obra magestuosa. Allí aparece el hombre sacado del limo de la tierra, ennoblecido por la imágen de Dios, cual soberano del mundo y destinado á la inmortalidad. Allí se explica como la primera falta del hombre, inocente y dichoso al principio, es el orígen de esos crímenes y miserias que forman el patrimonio de la humanidad caida; y allí también está escrita la promesa de una reparación y la llegada del reinado de la civilización única digna del hombre. Allí se cuenta como la humanidad fué envuelta en ese cataclismo universal llamado Diluvio, y cómo un solo varón justo fué reservado con su familia para repoblar la tierra; cómo los hombres reunidos en las llanuras de Sennar se vieron obligados después á separarse por la confusión de las lenguas para poblar las diferentes partes del globo: y cómo por fin, el Dios misericordioso desconocido otra vez, eligió un pueblo para hacer de él el guardian del verdadero culto y el depositario de las divinas promesas sobre el Redentor de la humanidad.

Si no estuviera fuera de nuestro propósito echaríamos mano de las tradiciones y de la historia para hacer ver como el recuerdo de

estos diversos acontecimientos conservados en todas las tradiciones, apesar de las fábulas en que han podido envolverlos, es un grandioso monumento que atestigua su incontrastable verdad. Los seis dias de la creación, seguidos del sétimo que Dios ha consagrado al descanso, se encuentran en los siete dias de la semana, que se han guardado en toda la antigüedad, aun en los pueblos idólatras, civilizados ó bárbaros y aborígenes de América.

Las leyendas de la edad de oro y de las edades menos dichosas que le siguieron, no son mas que una alegoría del paraiso terrenal y de los males que trajo en pos de sí la caida del primer hombre.

La longevidad de los primeros habitantes del mundo está atestiguada por toda la antigüedad profana. El Xisuthrus de los Caldeos el Fó-Hi de los Chinos, el Coxcox de los Mejicanos y el Deucalion de los griegos, recuerdan la historia de Noé con las circunstancias del Diluvio.

La fábula de los Titanes, que amontonaron montañas sobre montañas para hacer la guerra á los dioses, no es más que la historia desfigurada de la Torre de Babel. El nombre de los hijos de Noé se perpetùa en los mismos lugares que Moisés asigna á la familia de cada uno de ellos.

Pero nos hemos propuesto tratar estas verdades trascendentales, no bajo el aspecto histórico, sinó bajo el aspecto científico, para demostrar el perfecto paralelismo del texto

sagrado con las ciencias; y evidenciar al mismo tiempo la inspiración del Génesis.

Vamos á dar comienzo por la CREACIÓN bajo el aspecto cosmogónico.

II

Es sabido que la COSMOGONÍA tiene por objeto explicar el orígen y formación del universo, sorprendiendo al Omnipotente, por decirlo así, en el acto de la creación.

La parte de la cosmogonía que se ocupa de la formación y orígen del globo terráqueo se llama GEOGENÍA, y la que tiene por objeto el conocimiento de la estructura, órden y naturaleza de la costra terrestre GEOGNOSÍA, viniendo ambas á construir la GEOLOGÍA; cuyo objeto es determinar la posición relativa de las partes y elementos que constituyen la costra sólida de la tierra, para inquirir las causas y leyes que han presidido á su formación.

Y es muy digno de notarse que mientras las ciências geológicas, filológicas y demás fisico-naturales han estado en la infancia, sus datos han estado siempre en contradicción con la narración del Gènesis, pero según se han ido perfeccionando, sus testimonios se han aproximado á los hechos referidos por el autor inspirado.

Aun hoy las ciencias geológicas están muy lejos de hallarse establecidas definitivamente y les queda todavía muchos problemas que resolver y misterios que descubrir.

Sin embargo, apesar de su imperfección relativa, han conseguido establecer de una manera incontestable una infinidad de verdades; y todos los puntos establecidos sólidamente concuerdan maravillosamente con la narración mosáica.

El estudio de los monumentos primitivos y de los anales de los pueblos antiguos han añadido un nuevo peso á los descubrimientos de la geología de manera que los sábios, tanto los que no creen como los que creen, están penetrados del más profundo respeto por ese libro sagrado, el Génesis.

Tomemos la antorcha de las ciencias y al abrir por un lado el libro de la naturaleza y por otro el libro sagrado, encontraremos en su confrontación el milagro más grande del siglo XIX.

Porque los milagros con que hoy cuenta la religión, acomodándose al estado del espíritu humano, debe saberse que son las ciencias; pues que no hay cosa más admirable que esa proporción en las pruebas con que se reviste la religión, según las diversas fases del espíritu del hombre. Si la edad media y los primeros siglos de la Iglesia tenían para la conversión del mundo bárbaro pruebas que nosotros no tenemos—los estupendos milagros y el constantísimo valor de los mártires,—aparecen nuevas pruebas no menos evidentes que dejan satisfecho nuestro espíritu, precisamente por el lado que más corresponde á las exigencias de la época: el de las ciencias filosóficas y naturales.

Y en efecto: el Génesis enseña con todo el esplendor de su grandeza y con toda la ostentación de su magestuosa sencillez los problemas fundamentales de la naturaleza.

En este libro maravilloso la creación no está simplemente enunciada como un hecho general, sinó expuesta con sus principales detalles y en la sucesión de sus partes. Es un cuadro limitado en que se asiste al nacimiento de los diversos séres que forman y habitan la tierra ¡Cosa sorprendente! El espíritu humnao ha invertido seis mil años en buscar la solución del gran problema de la formación y existencia del mundo; y siempre sus sistemas han sido tanto más absurdos cuanto más han diferido del Génesis: hoy que la Geología puede ya ocupar un puesto en el templo de las ciencias, diríase que ha bebido sus principios y su plan en las fuentes genesiacas. Las épocas sucesivas de la creación se hallan escritas en las diversas capas del globo y precisamente en el mismo órden marcado en la narración de Moisés, según las leyes generales demostradas por la GEOGENÍA. (1).

1. Dice el Génesis: «En el principio creó Dios el cielo y la tierra.»

Y hé aquí la primer palabra del Génesis co-

(1) Se consultará con provecho sobre este y otros puntos de contraversia á A. Nicolás, «*Estudios filosóficos sobre el cristianismo*» así como á Moigno, «Esplendores de la fé» á quienes hemos seguido.

locada á una altura infinita sobre todos los sistemas humanos.

La filosofía antigua profesó siempre la *eternidad de la materia*. Ni el génio más sublime de la autigüedad, apellidado divino, porque casi llegó á tocar los límites de la inteligencia, alcanzó el dogma fundamental de la filosofía de la naturaleza, LA CREACIÓN. Ahí está el TIMEO y el TRATADO DE LAS LEYES, donde Platón enseña que Dios imprimió en la materia la forma, el órden y la belleza; pero que la materia existía ya antes que Dios pusiese en ella su mano.

Y ese fatalismo creado por la escuela de Demócrito con su atomismo casualista, lo mismo que todas esas teorías materialistas, ateas, panteistas, ¿no son acaso degradantes aberraciones del espíritu humano, que hoy repele indignada la filosofía espiritualista?

Por tanto, Moisés sin antecedentes en el campo de la filosofía y sobreponiéndose á todos los sistemas de la época, explica de una manera digna la acción de la divinidad por lo que respecta al origen y organización de la materia.

No había *nada*, solo Dios existía desde la eternidad, y *en el principio* sacó el Eterno de la *nada*, esto es, *crió* el cielo y la tierra. Sobre este dogma de la CREACIÓN. ¿de parte de quién está la verdad? Hoy la filosofía espiritualista dice que tiene razón Moisés, no habiéndola tenido ningún filósofo antes de él; está por encima de Platon, lo más grande que ha tenido la razón abandonada á sus propias fuerzas.

11. Sigue Moisès: «La tierra estaba informe y vacía y las tinieblas cubrían la haz del abismo, y el espíritu de Dios se paseaba sobre las aguas.»

De donde se deduce, que antes de toda organización la tierra se hallaba abismada en las aguas, como lo confirma el versículo 9.º donde dice: «Júntense las aguas que están debajo del cielo en su lugar y descúbrase la árida, ó la parte seca.»

¿Qué dice la Geología, á su vez? Según la teoría mas admitida, desde Herschel y Laplace, por todos los sábios para explicar la formación de la tierra, el globo terrestre era al principio de la creación una *nebulosa* masa gaseosa de enorme volúmen, que condensándose gradualmente pasó al estado de incandescencia; pero á consecuencia de un contínuo enfriamiento llegó al estado sólido, en que hoy se encuentra, después de haber sido *cubierta por las inmensas aguas* que naturalmente produjo el estado de la temperatura.

Mas, prescindiendo de esta teoría geogénica, la geognosia nos presta datos irrecusables de la verdad de Moisés.

El célebre geólogo Cuvier en sus DISCURSOS SOBRE LAS REVOLUCIONES DEL GLOBO, dice:

« El granito es la piedra que se encuentra debajo de todas las demás..... y los mármoles de granos salíneos y los calcáreos *sin conchas* son la última obra por cuyo medio *ese líquido desconocido, ese mar sin habitantes*, parecía preparar los moluscos y los zoófitos, que después debían depositar sobre

aquella tierra inmensos montones de sus conchas y corales... Así, no puede negarse, que las masas que forman en el día nuestras mas altas montañas, estuvieron primeramente en un estado líquido y que mucho después de su consolidación fueron *cubiertas por aguas* que no alimentaban ningún cuerpo viviente.»

No es, pues, evidente que los rastros geológicos de los terrenos primitivos han dejado escrito lo que Moisés escribió en el Génesis? Estos son hechos que no dependen de ninguna teoría.

III Génesis: «Y dijo Dios: «Sea la luz y la luz fué,» (según el texto hebreo).

¡Qué escándalo produjo este pasaje en el siglo de la incredulidad! ¿Cómo se explica, *la luz ántes del sol?* como quiera que posteriormente á la aparición de la luz y áun á la producción de los vegetales, dijo Dios; según el Génesis *Sean hechas lumbreras en el firmamento.*

Más si esta dificultad podía enmudecernos cuando las ciencias estaban en su infancia ¿ quién no sabe en nuestros días, que cada molécula de la materia posee una cierta cantidad de luz, de calor y de electricidad que le es propia y del todo independiente de los rayos solares; y que por lo tanto Moisès sorprendió la ciencia distinguiendo la *luz fundamental* de la emanada del sol? Y sinó, será debida al sol la luz artificial que nos alumbra por las noches?

Es un principio de física trascendental obtenido por los inmortales trabajos é investigaciones de Young, Arago, y Dumas, que

la luz se pone en acción por la vibración de un fluido sutil que llena el espacio y penetra en el interior de todos los cuerpos, llamado *éter*; mientras este fluido está en reposo hay oscuridad completa y cuando es vibrado produce la luz, siendo varias las causas que pueden ocasionar esta vibración, como la combustión y cualquiera de las acciones químicas.

Así la alta temperatura de que gozó la tierra en las primeras edades de la formación, debió producir una luz bastante considerable.

Solo cuando por efecto de la emisión de rayos el exceso de temperatura y de la consiguiente luz se disipó á través de los espacios, recibió el sol una atmósfera luminosa, propia para compensar respecto de la tierra la luz y calor que su superficie había perdido á causa de su consolidación.

Y ¿qué diremos si todavía se observa que la palabra luz, *avor* en hebreo, lleva consigo la idea de calórico, é indica igualmente un fluido saliendo por emanación y ondulación de los cuerpos?

Entónces nos vemos obligados á confesar, como dice Chaubard, que la Biblia lleva á la ciencia una delantera de mas de tres mil años; pues ya resolvía la cuestión sobre la naturaleza de la luz, en el sentido del sistema de las ondulaciones ó vibraciones, y la teoría notabilísima de que el calor, la luz, la electricidad y el magnetismo no son mas que modificaciones del mismo agente, según los últimos descubrimientos de la física.

Pero áun independientemente de esta teoría

la mas admitida, hace innegable el relato de Moisés, acerca de la aparición de la luz, y áun de la vegetación antes del sol, un reciente descubrimiento geológico.

Los vegetales fósiles de los climas de Europa presentan las mismas especies que los encontrados en América, siendo incontestable por consiguiente que á esta época no existía *desigualdad de color solar* entre emisferios, que causa actualmente la diferencia entre las producciones vegetales, y que para explicar esa conformidad, es necesario existiese una irradiación central de luz y de calor, ó bien una atmósfera luminosa de distribución igual la *luz-calórico*.

¡Qué maravillas! Y hé aquí á las ciencias obligando al racionalismo, en nombre de la revelación, á pasar por las horcas caudinas, por mas que trate de disimular su confusión.

III

IV Génesis: Y dijo Dios: «Produzca la tie-
« rra yerba verde y que haya simiente y ár-
« bol de fruta, que dé fruto según su género,
« cuya simiente esté en él mismo sobre la
« tierra. Y fué hecho así.»

Vamos á admirar otra vez la perfecta conformidad de este relato con la naturaleza. Y

¿quién nos llevará á esa época remota para investigar las entrañas de la tierra? ¿Quién saldrá garante por Moisés? LA PALEONTOLOGÍA, ó geología fósil, esto es, la ciencia de la formación y sucesión de las capas interiores del globo, por medio de los restos de sères orgánicos que se encuentran interpuestos en ellos.

Sometido Moisés á esas catacumbas de la creación obtendrá la mas brillante y decisiva de todas las pruebas.

Interrogada la naturaleza por la Paleontología contesta con Moisés que la formación de los vegetales tuvo lugar inmediatamente después de la aparición de la *árida* ó naturaleza *muerta*.

El naturalista, Cuvier, en su obra ya citada, después de haber descrito las capas fósiles, desde los terrenos primitivos hasta los de transición, dice:

«El esquisto cobrizo está colocado sobre un asperon rojo á *cuya edad pertenecen esos famosos bancos de carbon de piedra ó hulla, restos de las primeras riquezas vegetales que adornaron la superficie del globo....* En seguida entramos en esos terrenos de transición en donde la naturaleza *muerta y puramente mineral* (la *árida* de Moisés) parece que estuvo disputando el imperio á la naturaleza *orgánica*.»

Pero hay más; el estado de la naturaleza en aquella época así lo exigía y lo demuestra la ciencia.

M. Dumas uno de los mas grandes físicos y químicos de Europa acaba de probar

la anterioridad de la producción de los vegetales, por medio de uno de los mas concluyentes argumentos, es decir; que el reïno animal toma del vegetal sus elementos orgánicos ya preparados, mientras que á su vez el primero restituye á los vegetales por intermediación del aire y de la tierra los principios de su desarrollo.

Júzguese ahora, en nombre de la ciencia, de las siguientes atrevidas frases de Straus: « La actual astronomía encuentra inadmisible que la separación de los elementos y la vegetación hayan tenido lugar en la tierra antes de la aparición del sol.»

Y hay un prodigio más: como observa el eminente geólogo M. de Serres nada hay en el órden con que presenta Moisés los tres géneros de vegetación: *deschech*, *hesche* y *hets*, — celularias, yerbas y árboles, — que no esté en rigorosa conformidad con lo que nos enseña el estudio de las capas terrestres sobre la sucesión de los vegetales, donde se encuentran efectivamente, primero las plantas celulares, después las yerbas y por fin los árboles.

Y de donde viene tan grande exactitud sobre puntos como éste, que fué antes objeto de las más sérias reconvenciones contra la cosmogonía sagrada, y que no podía llegar nunca á ser conocido sinó por medio de los más adelantados trabajos de las ciencias geológicas, físicas y químicas? Como pudo el autor de ese libro tan antiguo, adivinar las cosas con tanta verdad y precisión, tal cual están escritas en ese otro libro fósil que

recien ayer se abrió? ¿Quiere saberse el misterio?... No lo hay, pues fué inspirado por el que puso los fundamentos á la tierra.

v. Génesis: «En el cuarto día dijo Dios: «Sean hechas lumbreras en el firmamento «del cielo y separen el día y la noche y «sean para señales y tiempos y días y «años.»

¿Qué enseña aquí Moisés? Acaso que recien en el cuarto período fueron hechos los astros? De ninguna manera. En el primer versículo del Génesis, está escrito que la materia cósmica de cielo y tierra fué creada al mismo tiempo, al ménos, en relación al sistema planetario: «En el principio, dice, crió Dios el cielo y la tierra.» En este período son reguladas solamente las relaciones de la tierra con los demás astros y *aparecen* el sol, la luna, los planetas y las estrellas. Y así debió suceder, según demuestra la geogenía en los lugares ya citados, porque aún cuando los astros del firmamento fueron creados cuando el cielo y la tierra salieron de la nada; mientras la tierra estuvo envuelta por el círculo de nubes producido por la alta temperatura de aquel período geológico, claro está que no pudieron *aparecer* los astros; y solo al desaparecer con el descenso de la temperatura el denso círculo de vapores atmosféricos, se empezó á formar esa especie de oposición, de palarización solar y planetaria que aún hoy mantiene el equilibrio de luz-calórico para la producción organizada sobrela tierra.

La cosmogonía de Moisés, no ocupándose

directamente sinó de la tierra, en nada se opone á la formación simultánea y habitabilidad de otros mundos; opinión que consideramos muy conforme con la infinita sabiduría del Creador, y hasta nos parece inadmisible la opinión contraria.

Y aquí, no creemos supérfluo añadir, que la teoría que procura esplicar la formación de la tierra por fuerzas inherentes que obran según leyes determinadas, en nada escluye la existencia de Dios como causa primera, criadora de la materia prima, principio supremo y regulador de todo movimiento y de todo desarrollo: ni tampoco está en oposición con la geogonía bíblica.

Según la sagrada escritura el poder de Dios hizo salir de la nada todas las criaturas, en cierto órden de espacio, por una série de períodos y de transiciones determinadas. Pues, aunque se concibe que la materia siga hoy las leyes inmutables que la rigen, sin embargo, ha sido menester un impulso primero que lo ha ordenado todo para la inagotable série del tiempo, según Barthélemy Saint-Hilaire. Pero de esto trataremos estensamente al ocuparnos del *transformismo progresivo* ó DARWINISMO.

Además ¿enseña la Escritura el VULCANISMO ó el NEPTUNISMO? Ninguno de estos dos sistemas, porque su misión la coloca por encima de estas contradicciones. —«Los que buscan, dice Buckland, en la Biblia una historia minuciosa de la geología, ven frustrada su esperanza, porque ese libro se halla solamente destinado para ser un guía sublime en *la fe religiosa.*»

VI. Génesis: Dijo también Dios: «Produzcan las aguas reptiles de ánima viviente y «aves que vuelan sobre la tierra...» y crió Dios los grandes cetáceos y toda ánima que vive y se mueve producidas por las aguas según sus especies, y toda ave que vuela según su género.»

De este relato se deduce, que según Moisés aparecieron primero los habitantes de las aguas, los *reptiles acuáticos* y los *grandes cetáceos*, los que nadan y los que se arrastran en su fondo; después las aves.

¿Qué dice la ciencia? Parece que no ha hecho sinó transcribir á Moisés.

Continuemos siguiendo á Cuvier en sus escursiones paleontológicas: «Pasando al través de los asperones, dice, que no tienen sinó *rastros vegetales* se llega al calcáreo jurásico... aquí se encuentran enteramente *desarrolladas las clases de reptiles.* Entre esos innumerables cuadrúpedos ovíparos de todas formas y tamaños; en medio de esos cocodrilos y tortugas, de esos inmensos megalosauros y esos enormes plesiosauros se encontraron por primera vez algunos *mamíferos marinos* (cetáceos): pero se observa que por mucho tiempo *dominó solamente la clase de los reptiles.*»

¿No parece que es más bien Moisés el que así habla? Y la aparición de las aves? «Hasta estos últimos tiempos, dice el sábio Boubét, director del ECHO DU MONDE SAVANT, no se conoció ningún hecho irrecusable que

pudiese justificar la existencia de aves propiamente dichas durante la segunda época geológica (y por eso los incrédulos se mofaron de Moisés); pero en los últimos meses de 1836 se han reconocido y caracterizado numerosas especies de aves en el *asperon rojo* de los Estados-Unidos.»

Y el ilustre Blainville dice que «todos los dias se presentan nuevos descubrimientos que nos demuestran que las *aves* son los *habitantes más antiguos* del globo: encuéntranse estos animales en estado fósil en los terrenos *secundarios inferiores*,» esto es, junto con los peces.

Queda, pues, vindicado Moisés por la ciencia en cuanto á la *creación inmediata* de los animales acuáticos y de las aves. Y sin embargo, ¿quién no hubiera creido natural que las aves hubiesen aparecido al mismo tiempo que los animales terrestres, como afirmaban los incrédulos por impugnar la cosmogonía mosáica? Esto es, pues, un nuevo timbre de la inspiración de Moisés.

VII. Génesis: Dijo también Dios: «Produzca la tierra ánima viviente en su género, bestias y reptiles y animales de la tierra según sus especies. Y fuè hecho así.»

¿Qué refiere la Geología? No hay más que continuar con Cuvier el estudio de las capas terrestres después de la aparición fosilar de los animales acuáticos y de las aves. «Encontramos, dice, huesos de mamíferos marínos en el calcáreo conchífero tosco, *sín que se descubra todavía hueso de mamífero terrestre*....pero así que se llega á los terrenos colocados sobre el calcáreo tosco *muèstranse en grande abundancia los huesos de los animales terrestres*. Así débese creer que los cuadrúpedos ovíparos empezaron al mismo tiempo que los pescados, pero que los *cuadrúpedos terrestres no existieron hasta mucho después*.»

¿No parece que las entrañas del globo formaran un texto geroglífico donde los sábios pudiesen leer el relato del Génesis, para convencerse que Dios le había inspirado?

Y nótese que Moisés emplea preferentemente en este lugar la palabra «crear» para designar la vida del animal, como un principio inmaterial, en conformidad al principio no destruido todavia, formulado por Harwey: *omne vivum ex ovo*,—todo viviente nace de un gérmen.

No hay generación espontánea, dice la ciencia y el Génesis, como lo acaba de demostrar el eminente Pasteur.

VIII. Génesis: Y dijo Dios: «Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza....» y crió Dios al hombre á su imagen....macho y hembra los crió. Bendíjolos y mandó que creciesen y se multiplicasen, dándoles el dominio sobre todos los séres de la tierra.»

Hé aquí la página más sublime de la epopeya de la creación. Todo estaba pronto: los vegetales alfombraban la tierra, los animales se paseaban por entre amenos pensiles. ¿Qué faltaba entonces? Un rey, dechado de perfección, un *microcosmo* que reuniese en sí toda la perfección del mineral, del vegetal y del animal y fuese también una nueva maravilla,

la más grande; un espíritu semejante á su Dios: este es *el hombre*, de raza terrena y de raza divina.

Por eso no ha habido filosofía que haya escrito página más hermosa acerca del orígen de la humanidad y hoy constituye la última palabra de la filosofía espiritualista, que repele la degradante teoría de Lamarc y de Häechel, que no ven en el hombre más que el *mono perfeccionado*.

Allí aparece el hombre en la cumbre de la creación, con su dignidad y espiritualidad que le acerca á su Dios, proclamando el dogma fundamental de la sociedad humana: la igualdad y fraternidad universal.

Y bajo el aspecto geognóstico ¿qué dicen las capas geológicas? Que la creación del hombre fué posterior á la de los animales terrestres, pues «no se encuentran restos humanos entre los fósiles animales sinó, en los terrenos cuarentenarios de *trasnporte*.»

Réstanos resolver una dificultad general que se opone á Moisés, sobre los *dias* de la creación; él la presenta como concluida en *seis dias* y la geología demuestra que para cada formación geológica se necesitaron quizás millones de años. Más, esto mismo dice Moisès. Lo vamos á ver.

La palabra *yom*—dia,—empleada en la era geológica, no puede significar en el lenguaje bíblico de la creación el tiempo de veinticuatro horas comprendido entre la salida y puesta del sol; ¿y cómo sostener semejante absurdo, si según Moisés hasta el cuarto día no alumbró el sol á la tierra? Debe, pues, significar

aquí, *época*, *revolución*, como lo indica su primitiva significación caldea.

Además el mismo Moisès llama *día* en el sentido de época á todo el tiempo ó seis dias que duró la creación:—Estos son los orígenes del cielo y de la tierra *en el día* que los crió el Señor.»

Por eso decía ya en su tiempo San Agustín: «Por poco versado que esté uno en el estudio de la Sagrada Escritura, se observa la costumbre de servirse de la palabra *yom*—día, en vez de la de tiempo.»

Ni puede replicarse que Moisès entendió decir por la palabra *yom el dia ordinario* porque los divide en *tarde y mañana*, – «*Y fué la tarde y la mañana un día*»—*porque estas palabras significan solamente el principio y el fin* de un período, según el cómputo usado por los judíos de contar las épocas empezando por la tarde; y sinó ¿qué tarde y qué mañana pudo haber *ántes de la aparición del sol?*

Es pues absurdo querer suponer que Moisés empleó en éstas épocas de la creación la palabra *yom* por día ordinario.

IX. Génesis: «Y acabó Dios el dia séptimo su obra....y reposó y bendijo el día séptimo.»

¿Qué significa este descanso del Creador en el dia séptimo? Qué se cansó de trabajar como en tono sarcástico decía Voltaire?—Esto es una infamia más para Voltaire y los enemigos de la revelación;—pero esas palabras divinas tienen una significación sublime y eminentemente científica: significan «que después de haber Dios hecho pasar la naturaleza por las diversas trasformaciones que la pu-

sieron en estado de servir para mansión del hombre, le imprimió la soleme regularidad y armonía con que está girando hace miles de años.»

Por último dice Moisés: «Estos son los orígenes del cielo y de la tierra cuando fueron criados en el día que los hizo el Señor.»

Y esto dijo Moisés cuando la ciencia era muda, y esto repite hoy con asombrosa armonía la historia de la formación de nuestro globo, independientemente y por encima de todos los *sistemas geológicos* más ó ménos erróneos, más ó ménos verdaderos, de que *hemos prescindido.*

Y ¿qué nos resta sinó admirar en todo este conjunto sorprendente la alta inspiración de Moisés, que ha trazado con mano tan breve y segura toda la historia de la Creación, para sorprender la fuerza sublime del génio del hombre, que después de seis mil años ha podido volver á encontrar la misma historia en las entrañas del globo?

Ni en fin, es ménos digna de admiración la oportunidad providencial de la concordancia entre las verdades de la revelación y las verdades de la naturaleza «que debían aparecer con el tiempo, decía ya Buffon, y y que el Soberano Ser se reservaba como el medio más seguro para atraer al hombre á sí cuando, declinando su fé en la sucesión de los siglos, hubiera llegado esta á ser vacilante.»

CONCORDANCIA

DE LA

COSMOGONIA MOSAICA CON LA GEOGENÍA CIENTÍFICA

Empezamos con las palabras del eminente geólogo Boubet:

«Puesto que un libro escrito en la época en que las ciencias naturales estaban muy poco desarrolladas, contiene no obstante en pocas lineas EL RESÚMEN DE LAS CONSECUENCIAS MAS NOTABLES Á QUE NO FUÉ POSIBLE LLEGAR SINO DESPUÉS DE LOS INMENSOS PROGRESOS HECHOS EN LAS CIENCIAS EN LOS SIGLOS XVIII Y XIX; puesto que estas conclusiones se hallan relacionadas con hechos no conocidos, ni aun presentidos en aquella época, que no lo fueron nunca hasta nuestros dias, y que los filósofos de todos los tiempos han considerado siempre como contradictorios y erroneos bajo varios puntos de vista; puesto que ese libro, en fin, es tan superior á su siglo bajo el punto de vista de la ciencia....

nos vemos obligados á admitir que hay en ese libro algo superior al hombre.»

Así hablan los sabios despreocupados y que se atienen á los hechos y no á preocupaciones de sistema. Por lo demás nuestra exposición será popular para adaptar los dictados de la ciencia al alcance de todos.

Vamos, pues á demostrar que *los hechos* consignados por la geognosia y relatados por el Génesis, encuentran satisfactoria explicación en la teoría mas generalmente admitida entre los sábios geólogos mas eminentes; porque tratándose de teorías hay derecho y legitimidad en admitir la «que mas se acomoda á los hechos que están invariablemente constatados.»

Lo repetimos, con los *hechos geológicos* constatados anteriormente, que no temen la refutación de nadie, porque esta es *geológicamente imposible é inadmisible*, quedando por tanto evidentemente constatada la verdad de la narración mosáica.

Pero Moisés no dá la *explicación científica* de su narración, porque no se propuso hacer un tratado de cosmogonía, ni mucho menos defender el VULCANISMO ni el NEPTUNISMO.

Vamos sin embargo á ensayar esa explicación, teniendo siempre en cuenta que de ella no necesita el Génesis, sinó la ciencia para darse cuenta de los hechos que ha establecido de una manera *innegable*.

Apenas se mecía en su cuna esa preciosa ciencia llamada Geología, destinada á dar el mas solemne mentis á la impiedad, cuando desde el siglo pasado, sorprendida por esta,

dió orígen á una infinidad de teorías contrarias á la narración mosáica, con aplauso del racionalismo: se pretendía nada ménos que prostituir la ciencia para que apostatase con la incredulidad, pues deseaba justificar su apostasía de la religión católica.

Nadie ignora que en esa época bochornosa para la humanidad se resucitaron los mas degradantes sistemas filosóficos de la antigüedad, el materialismo, el sensualismo, el escepticismo, el panteismo, con el vil propósito de derrocar á Jesucristo del dominio social y suplantarlo por el racionalismo. ¿Qué sucedió entonces con la naciente Geología? —Era el año 1805 y el Instituto de Francia contaba mas de *ochenta* teorías con pretenciones de combatir el relato bíblico. ¿Y qué aconteció? Que se fué haciendo la luz y ninguna de ellas ha podido subsistir hasta nuestra época ante los resplandores crecientes de la ciencia.

Solo resucitando alguna de esas antiguallas fósiles y exóticas del fanatismo antireligioso se puede combatir la Biblia con algún aparato científico.

Aun hoy dia hay quien así lo haga y eche mano de esas armas embotadas, que ante la ciencia imparcial no llegan á herir el Génesis que siempre está muy por encima de todo eso y permanece imperturbable, como esas leyes inalterables por el curso de los siglos que han rodado desde el día de la Creación.

Es un hecho incontestable, que las teorías geogénicas mas razonables son también las

que mas se acercan al Génesis. Vamos pues á esponer la mas admitida entre los sábios para demostrar una vez más que el Génesis bajo el aspecto cosmogónico, es invulnerable.

I

Hipótesis de la formación de la Tierra

La teoría geogénica que nos proponemos esponer, está referida por Burmeister en su HISTORIA DE LA CREACIÓN: sus autores son los eminentes sábios Herschel y Laplace, á quienes han seguido los mas célebres cosmólogos. (1)

El globo terrestre era al principio de su existencia, como toda la creación, una enorme masa gaseosa: condensóse gradualmente y pasó al estado de incandescencia; pero á consecuencia de un contínuo enfriamiento de su primitivo estado gaseoso ha llegado por medio de múltiples transformaciones á su estado actual de solidez.

Mas ¿cómo y en virtud de qué transformaciones adquirió su constitución actual, con la variedad de seres que lo pueblan? Escúchese, que es muy encantador trasladarse á los tiempos genesiacos para robar á la creación sus secretos.

(1) Llámase *Cosmogonía* la ciencia de la formación del universo, así como *Geología* la de la tierra, aunque á veces se usan indistintamente.

En aquel cáos primordial tan inerte como informe, al comenzar las diferencias de temperatura, éstas determinaron en las sustancias que se fueron desprendiendo una acción recíproca de las unas sobre las otras y conforme á sus propiedades físico - químicas inherentes: y una vez reconcentrada la masa produjo la irradiación de luz propia de las temperaturas elevadas. Hé aquí el período de la *luz-calórico* de Moisäs.

¿Qué sucedió en seguida? Los metales preciosos como más densos se precipitaron los primeros y formaron un núcleo sólido. Los terrenos ó *álcalis* compuestos de oxígeno y de metales, desprendiendo un intenso calor durante su combinación, formaron una costra de escorias líquida al rededor del núcleo metálico.

Entonces sucedió naturalmente, que según aumentaba el enfriamiento se verificase la solidificación y se cristalizasen los *silicatos*, mezcla de sílice y álcalis.

Cuando el calor no fué tan excesivo, la atmósfera que rodea á este globo contenía: agua, oxígeno nitrógeno y diversas materias. los vapores se condensaban y caian sobre la costra terrestre; pero caldeados con su contacto volvían á elevarse muy pronto. Así pues, á espensas de la corteza terrestre, que sucesivamente se iba enfriando, se estable-

ció una temperatura casi igual por esa alternativa de ascención y de caida.

Más, contrayéndose las masas á consecuencia del enfriamiento y de la condensación, produjéronse naturalmente quiebras y hendiduras en el espesor de la costra consolidada. Pero como el enfriamiento contrae los sólidos y el calor los dilata, por las aberturas dejadas por aquellas quiebras elevâronse desde el interior, y se endurecieron después, las materias líquidas y semi-líquidas encerradas debajo de la costra sólida, rota y hendida; así se formaron las montañas.

Sigamos á la tierra en su marcha progresiva. El enfriamiento sucesivo hizo que cayeran á las regiones inferiores de la atmósfera los vapores acuosos, y formaron un océano primordial en estado de ebullición.

Hé aquí las aguas de Moisés.

Y ¿que resultó de la formación de ese océano inmenso? Que poniéndose en contacto con la costra terrestre, el agua y los vapores la descompusieron, formando entónces materias que fueron arrastradas por el mar y depositadas en capas sucesivas: este trabajo se renovó y la temperatura seguía bajando siempre: así apareció la tierra sólida, ó *la arida* de Moisés, salida de entre las aguas.

Más, al principio, haciendo sentir su accion al esterior, las masas incandescentes produjeron por su radiación un clima tropical que reinó uniformemente sobre la tierra: pero poco á poco llegó nuestro globo al grado de equilibrio actual de la temperatura,

en el que la iradiación es igual á la absorción.

Así es como después de miles de años se formó poco á poco la corteza terrestre; pero el centro es aún un núcleo incandescente. Sobre el fondo de las masas cristalinas (roca primitiva, granito, pórfido, sienita y basalto), depositáronse sucesivamente capas de diferentes terrenos en un órden determinado; *terrenos de transición; terrenos estratificados primarios; terrenos estratificados secundarios; formación terciaria; diluvium y aluvion.*

Más, bajo el punto de vista de la aparición de la vida sobre la tierra, Burmeister adopta tres principales períodos.

El primer período es aquel en que el calor y las tinieblas, estando la masa líquida incandescente encerrada en el interior, hacian imposible toda vida orgánica; período *azoico.*

El segundo período, en el que, terminada la tierra en sus condiciones esenciales, se hace posible el organismo, se subdivide en tres épocas. En la 1.ª el océano fué poblado de animales y cubriéronse de vegetación las islas que contenía; pero no existían aun los animales que respiran en el aire. En la 2.ª época aparecieron los primeros anfibios. En la 3.ª época, con la formación terciaria, aparecieron los mamíferos; períodos paleozoico, mesozoico y cenozoico.

El tercer período *terciario*, principia con la distinción de zonas, y la aparición del hombre sobre la tierra; período *cuaternario*

Pero adviértase que ya hemos probado la

conformidad del órden de formaciones bíblicas con los datos geológicos: ahora solo buscamos su esplicación bajo el aspecto geogénico, según la hipótesis que, siguiendo al sábio Burmeister, dejamos espuesta.

Hé aquí el órden geoólgico, absolutamente conforme con la cosmogonia de Moises segun lo hemos expuesto.

FORMACIONES GEOLÓGICAS

Silurio inferior—Plantas herbáceas de organización sencilla.

Zoofitos – Tribolites; Polipos zoantos, después aparecen los Ammonites y Belemnites (1.ª Fauna). Viene la 2.ª Fauna, compuesta de Tribolites. (Orthoceras, Pagmoceras Trochoceras Orthis) etc.

Peces—representados por los Onchus, Thelodus, Plectrodus, etc.

Devonio—Crustáceos Tribolites.

Carbonífero—Primeros Insectos Colepteros, Orthoceratites etc.

Pérmio—Reptiles fósiles. Protorosaurus. Thecodontosaurus y Paleosaurus.

Triásico—Primera aparición de los mamíferos, representada por el llamado *Microlestes antiquus*—Primeras Aves; Aves Zancudas.

Jurásico—En èl existen los famosos mamíferos Didelfos de Stonesfield; y también reptiles voladores como el Pterodactylus. Nadadores como el Plesyosaurus. Terrestres como el colosal Ichthyosaurus.

Cretáceo—Grandes reptiles como el Iguanodon y el Mosasaurus.

Período Zenozoico—Eoceno. Mamíferos insectívoros. Mamíferos marsupiáles. Aves palmipedas. Foraminíferos. Primeros mamíferos roedores. Mamímeros carniceros y el mono.

Mioceno—Mono pitecus. Mastodontes. Dinotherium. Varias especies de culebras, ranas y salamandras.

Plioceno—Aparece el hombre.

Pero vamos á admirar otra vez, como el Génesis no teme las desmentidas de la ciencia. Pasemos pues, á examinar los períodos genesíacos.

II

Períodos de la formación de la tierra según el Génesis, bajo el aspecto geogénico

El primer día es el *período de la luz*, según el Génesis y corresponde al *período químico* según la Geogenía.

Y porqué? Porque entónces, al comenzar la primera combinación de los átomos elementales, cada combinación aumentaba el

calor y la luz. Y en efecto, la luz y el calor, magnetismo y electricidad, son las manifestaciones esenciales de toda actividad elemental y la condición de toda vida orgánica.

Luego, si la naturaleza, como es innegable, procede con órden, por aquí debió empezar.

El período *químico* ó de la *luz-caliórco* debió ser por tanto, como dice el Génesis, la primera manifestación geogénica de formación. Antes de éste período la tierra, al decir de Moisés, era *inanis et vacua*,—inerte y vacía;—ó como supone la teoría que exponemos, el cáos primordial era inerte é informe.

El segundo día constituye el *período atmosférico*, según el Génesis y según la teoría que nos ocupa. Verifícase la formación del éter celeste; divídense las aguas; mantiene la atmósfera las aguas sobre la tierra y hace flotar sobre ellas las nubes, y la tierra va saliendo poco á poco de su inmersión en las aguas.

¿Cómo se esplica esto?

Desde que la combustión desarrollada sobre la tierra por las combinaciones químicas de la luz y del calor empezó á disminuir, debió caer inmensa cantidad de agua, que como una espesa nube cubría antes el globo. Sin embargo, las regiones superiores á causa de su menor temperatura conservaron gran cantidad de vapores acuosos, los cuales debieron formar al rededor de la tierra

un círculo de nubes separado de las aguas terrestres por la atmósfera.

Este mismo período podríamos llamarle de *cristalización*, porque el enfriamiento sucesivo dió lugar á la formación de los cuerpos inorgánicos sólidos, ó *la árida* del Génesis, como preparación indispensable para la existencia de los vegetales.

El tercer período genesiaco es el de *la vegetación*.

¿Cuál es su esplicación científica?

Es muy obvia: terminada la formación de la tierra en su ser inorgánico ¿qué organización debió aparecer primero sino la vegetal?

Y en efecto: como las condiciones químicas de los elementos eran recientes; la atmósfera de esa época debía contener un escesivo calor y una gran humedad por los vapores acuosos, y sobre todo, debía contener más *ácido carbónico* que en el día; pero, esto, que era contrario á la respiración animal, favorecía extraordinariamente la vegetación y producía un desarrollo mucho más considerable, fomentado por la alta temperatura.

Asi se esplica la anterioridad de la creación de los vegetales relativamente á los animales, y la talla gigantesca de los primeros: por eso se encuentran en estado fósil musgos rastreros que tienen doscientos y hasta trescientos piés de longitud.

Además, como la elevada temperatura no era debida al sol, sinó más bien al estado incandescente de la capa inferior de la costra sólida de la tierra, cubriendo los rayos solares

el inmenso círculo de vapores que la temperatura levantaba de las aguas, no podían existir diferencias de climas.

En efecto, al encontrar los mismos fósiles en Groenlandia y Tenerife; al ver que las mismas especies de vegetales, actualmente extinguidas, se hallan en el máximo desarrollo en el ecuador y en el círculo polar, es necesario reconocer que en aquella época la temperatura del globo era la misma en todas partes. Luego, como narra el Génesis, el sol no alumbraba todavía á la tierra inmediatamente, sino á su atmósfera cargada de vapores.

El cuarto período genesiaco es el de la *transparencia atmosférica.* Recien entonces aparecen los astros. Tiene esto explicación natural? Héla aquí:—Disminuyendo contínuamente la temperatura de la tierra, se aceleraba necesariamente el descenso de los vapores acuosos de la atmósfera, precipitados por el calor de los rayos solares, que empezó á ser superior por la irradiación de la tierra.

Que esto sucediese, fué muy natural, porque el enfriamiento de la tierra debia ser sucesivo: además así lo prueba la diferencia de temperatura, que sucedió á la igualdad del calor tropical, evidenciada por la diversidad de los vegetales fósiles encontrados en distintas regiones después de la formación hullera.

Despejada, pues, la atmósfera del círculo de nubes que envolvía á la tierra, debieron aparecer por vez primera los astros: el sol, la luna y las estrellas. La obra, por tanto, del

cuarto día puede considerarse como la consecuencia de un progreso sucesivo.

El quinto período bíblico es el de *la vida animal que puebla las aguas y la atmósfera;* los peces y las aves. ¿Cuál es la razón científica de esta aparición parcial de la vida sensible?—Las condiciones atmosféricas de la época.

Ya se hallaban cumplidas las condiciones cósmicas de la vitalidad; había descendido la temperatura; el sol derramaba benéfica luz; la absorción y destrucción contínuas del ácido carbónico por los vegetales hacían el aire cada vez más semejante en composición al que respiramos en la actualidad y el agua se iba descargando poco á poco del mismo ácido.

Sin embargo, los séres que primero podían esquivar la influencia delectérea del ácido carbónico, son los que viven en el agua: y por eso los primeros animales que debieron aparecer fueron los peces, como indica el Génesis. Después debieron aparecer las aves entre los animales que respiran directamente el aire, porque el ácido carbónico al ir disminuyendo debía, en virtud de su peso específico, dominar ménos en las alturas á donde de contínuo se remontan las aves.

El sesto período mosáico es el de la *vida animal perfecta* sobre los continentes:—los animales terrestres:—pues purificada ya la atmósfera del ácido carbónico, los animales podían respirar directamente el aire en la superficie de la tierra.

Y como el hombre bajo el aspecto orgáni-

co es la perfección de los séres organizados, debió aparecer el último; pues que la sábia naturaleza procede rigurosamente de lo sencillo á lo más complicado.

Hemos terminado el pararelo que nos propusimos; y al contemplar de nuevo las hermosas concordancias de la ciencia con el Génesis, repetimos con orgullo lo del geólogo Damerson: «No podemos considerar sin estupor ese admirable órden, perfectamente de acuerdo con las más sanas nociones que forman la base de la geología positiva.»

Más, áun, debemos esclamar con Cuvier: «Moisés nos ha dejado una cosmogonía, cuya exactitud se confirma diariameute de un modo admirable.» O con Ampére: «El órden de aparición de los seres organizados, es precisamente el órden de la obra de los seis dias, tal como nos la presenta el Génesis. Moisés tenía en las ciencias una instrucción tan profunda como la de nuestro siglo, ó ha sido *inspirado*.»

Y concluimos con el inmortal Linneo: «Está demostrado materialmente, que Moisés no escribió, ni pudo escribir sino dictándole el Autor de la Naturaleza.»

¿Qué desmentida, pues, podrá temer el Génesis de parte de la Geología? Ni què valor han de tener las pretendidas refutaciones contra Moisés, por simples aprendices en el templo de las ciencias, cuando los sabios mas eminentes se han visto obligados á confesar la inspiración del Pentateuco?....

Y sin embargo lo que admiramos no es tanto la exactitud y veracidad del Génesis, porque al fin le dictó El que puso las leyes á la naturaleza, cuanto el que preocupaciones anti-religiosas y un exagerado fanatismo anti-católico, den valor para atacar lo que las luces de nuestro siglo han probado hasta la evidencia.

A manera de mayor esclarecimiento vamos á dar una idea de la teoría cósmica de un sabio moderno, para que se vea que la religión no teme ninguna teoría de la ciencia.

III

El orígen del mundo por M. Faye

Una nueva teoria cosmogónica acaba de aparecer perfeccionando, la de Laplace, que desde hacía tiempo no respondía completamente á los hechos observados.

En efecto: tomando como base los movimientos que conocemos de los planetas y de sus satélites, Laplace demostraba que para todo nuevo satélite ó planeta que en lo sucesivo se descubriera había cuatrocientos mil millones de probabilidades contra una, de que la circulación de dicho satélite sería directa, en el sentido del movimiento de las

agujas de una muestra, como la de los cuerpos ya conocidos; pero el descubrimiento del movimiento retrógrado de los satélites de Urano dió un cruel desmentido, no al cálculo de las probabilidades, sino á las bases que Laplace había establecido,

Ahora bien, ¿debese concluir de aquí que la teoría de Laplace es falsa?

No, dice M. Faye; pero es incompleta.

Partiendo M. Faye de la misma base que Laplace, es decir, de la hipótesis de una nebulosa primitiva, supone al principio una masa de materia cósmica puesta en movimiento por el Creador; supone además que en un principio ha sido esférica y homogenea.

Si una nebulosa de tal naturaleza gira con un movimiento uniforme, dependiendo la velocidad angular de cada molécula de su distancia al centro y variando la pesantez solo en razón directa de esta distancia, cualquier movimiento turbulento preexistente se trasformará en movimiento circular, por el frotamiento debido á la débil resistencia del medio: resultará de aquí la formación de anillos que no turbarán el equilibrio del sistema!

Esta concepción está justificada por el análisis telescópico del cielo: la existencia de las nebulosas espiraladas y de las esféricas, como así mismo de las nebulosas anulares que se encuentran en la Lira, son la prueba.

Debemos dar un paso mas: el sistema anular es un sistema instable.

En efecto: si en un punto cualquiera se

produce una condensación mayor, el anillo se deshará y sus fragmentos atraidos por este nuevo centro, se reunirán y formarán una nebulosa esférica, que podrá ser el asiento de los mismos fenómenos: tendremos de esta manera un planeta con sus satélites, y en el caso de perfecto equilibrio, Saturno con su anillo.

A medida que estos anillos se formaban y condensaban, la materia cósmica, que no era atraida por ellos, se reunía en el centro, al principio con lentitud, después con una velocidad cada vez mayor, y constituía el Sol,

Pero á medida que este gigante de nuestro sistema absorbia la materia, aumentaba su masa, é introducía de este modo, un nuevo coeficiente en las leyes mecánicas de la formación de los anillos; el de la pesantez, variando en razón inversa del cuadrado de las distancias.

Bajo la influencia de esta atracción preponderante el borde interno del anillo cósmico, que ha dado nacimiento á Urano, ha marchado con mas rapidez que el borde externo: resultando entonces que el movimiento de rotación del cuerpo formado en esas condiciones ha debido hacerse en sentido inverso del movimiento de los demás planetas.

En efecto: como estos formaban parte de una esfera homogénea, el borde interno de su anillo andaría con menos velocidad que el borde externo, y la condensación había de producir un cuerpo cuya rotación se dirigie-

ra en el sentido de la circulación del anillo.

Por esta razón la formación de Neptuno se ha efectuado en las mismas condiciones que la de Urano, siendo retrógrada la rotación de su satélite, del mismo modo que lo será la de cualquiera otro planeta más lejano que en lo sucesivo se descubra.

Tiene la ventaja la nueva teoría de hallarse conforme con los hechos conocidos de la ciencia, pudiendo llegar á explicar, hasta cierto punto, la marcha caprichosa de los cometas; posee un mérito más todavía, el de estar en armonía con los principios de la mécanica.

Gracias á ella, puédese comprender la exagerada velocidad del pequeño satélite de Marte, que gira alrededor de su planeta en 7 h. 39 m. en tanto que éste emplea 24 horas para ejecutar una rotación completa: basta que el movimiento turbulento, que ha formado este pequeño cuerpo, haya sido excesivamente rápido. En la teoría de Laplace, suponiendo al satélite como una ecuación ecuatorial del planeta, debe por precisión girar más lentamente que el cuerpo que le ha originado, y poseer necesariamente la velocidad del anillo cósmico abandonado á la distancia del satélite.

Haremos notar que según la teoría que analizamos, «la tierra se formó mucho antes que el sol. Cuando este apareció con una radiación débil al principio, y después mas poderosa, la corteza terrestre, ya solidificada, se hallaba pronta para recibir los nacientes rayos solares y

sufrir las consiguientes modificaciones en su superficie. De esta manera, desaparece la contradicción al parecer insoluble que muchos creen existe entre dos ciencias importantísimas; la astronomía y la historia natural del globo terrestre.» Y hé aquí otra vindicación de Moisés.

De esta manera, añadiremos nosotros, la ciencia se aproxima á la cosmogonia mosáica. De esta manera se justifica una vez mas la tésis proclamada por la Iglesia de que la ciencia que combate la religión es una ciencia falsa é incompleta.

La teoría de M. Faye está precedida de un estudio histórico, en el que ha reunido todas las cosmogonías precedentes, comenzando por la de Moisés, y reconociendo que en todas ellas existe un lado, ó filosófico ó religioso, cita los textos, para permitir de este modo á sus lectores juzgar y corregir cuando sea necesario, la discusión del astrónomo, que, por otra parte, no se presenta con pretensiones filosóficas y téológicas.

El volúmen termina con un estudio de una hipótesis célebre, la de la pluralidad de los mundos habitados, haciendo en él justicia á ciertas teorías más poèticas que verdaderas.

Con lo dicho hemos dado á conocer en qué difiere el *tratado sobre el orígen del mundo* por M. Faye de la *exposición del sistema del mundo* de Laplace. La diferencia entre el tono de las dos obras es mayor aún.

En efecto; alejándose Laplace de la idea de Dios, M. Faye, por el contrario, princi-

pia con una introducción cuyo título es: *La ciencia y la idea de Dios*, capítulo que es una verdadera profesión de fe, y que termina con esta frase de Newton: «Hé aquí lo que debía decír de Dios, cuyas obras corresponde á la ciencia examinar.»

M. Faye admite la Providencia. Lejos de hacer de Dios una hipótesis inútil, trata de justificar á Laplace, cuyo pensamiento había sido oscurecido después de él, no habiendo pronunciado jamás la célebre frase que se le atribuye.

Esta actitud del sabio astrónomo dabe hacernos interpretar indulgentemente algunas de sus expresiones que no dejaríamos de tachar, si no hubieran salido de la pluma de un creyente; pero creemos que un estudio mas profundo le hará modificar los pasajes que creemos reprochables.

IV

El génesis y la geognosia relativamente al diluvio universal y la edad del mundo

Voltaire en su obra séria, ENSAYO SOBRE LAS COSTUMBRES, tuvo la impudencia de escribir que *la historia del Diluvio no era mas que una fábula*; como lo repiten aun hoy dia sus serviles plagiadores.

Y como no es permitido burlarse de la Biblia sin encontrar un mentís en las ciencias, profirió tambièn una blasfemia científica.

En su fanatismo impío, cuando las ciencias geológicas le mostraban en los inmensos depósitos conchíferos las huellas indelebles de aquel gran cataclismo, áun sobre las mas áltas montañas y sobre los Alpes en particular, tuvo la desvergüenza de responder *que no eran mas que señales de los numerosos peregrinos que de Santiago de Galicia y de todas las provincias peregrinaban hácia Roma, pasando por el monte Cénis, que está cargado de las conchas que llevaban en sus sombreros.*

Bufonada *ingeniosamente* parodiada por aquello de los *ladrillos cocidos al sol por casualidad* para explicar el hallazgo de las ruinas de la Torre Babel.

Pero afortunadamente hoy ya no es permitido mofarse impunemente, ni de la Religión ni de la Ciencia, porque ambas se han encontrado en el campo de la observación y han venido á abrazarse en el regazo de la verdad con estrechísima lazada.

Hoy día, si el mismo Voltaire se alzara de su tumba no tendría valor para presentar ante una Academia de Ciencias sus ridículas afirmaciones.

Por eso su nombre, que está colocado en el *Indice* de la Iglesia, ha sido exeecrado por el *Indice* de las Ciencias.

Dios, ha querido que el siglo XIX bajase

á las entrañas de la tierra, para leer en el libro geológico las revoluciones geogènicas que había escrito en las páginas del Génesis.

Dice el Gènesis:—«Cuando Dios hubo encerrado en el arca á los hombres y á los animales que quería salvar, se abrieron los depósitos del grande abismo y cayeron lluvias del cielo.»

«Las aguas se elevaron sobre la tierra, è hicieron sobrenadar el arca; fueron inundadas todas las montañas mas altas debajo del cielo, elevándose el agua quince codos sobre las cumbres; toda carne viviente sobre la tierra, todos los animales, las aves, los cuadrùpedos, los reptiles, todos los hombres perecieron: solo se salvó Noé y los que con él estaban en el arca.»

Estas son, con corta diferencia, las palabras del capítulo sèptimo del Gènesis, sobre el *Diluvio*.

¿Què dice la Geognosia? — « La gran revolución que ha producido el terreno diluviano ha sido general. »

« El grande y terrible acontecimiento llamado diluvio está claramente marcado en todas partes para los ojos que saben leer la historia de los *monumenios geológicos*. » — Cuvier. Discur. sob. las revol. del globo.

Se quieren mas autoridades de sábios, que han leído esos monumentos?

El ilustre miembro de la Sociedad real de Lóndres y Paris M. de la Béche dice: «Con frecuencia se ha negado que haya habido un diluvio universal porque no se conocía su

posibilidad física; pero ahora la geología no permite conservar *una sola duda* acerca de èl. Todas las observaciones concurren á demostrar que hubo sobre la tierra semejante diluvio.»

Oigase á M. Nereo Boubée: « Es muy cierto que hubo un diluvio que devastó toda la superficie del globo.

« Pruébanlo esos inmensos depósitos de *antos rodados* que se encuentran en todos os puntos del globo, y por esas moles transportadas sobre las montañas que no pudieron ser transportadas sinó por aguas muy impetuosas.

« Ademas, los enormes pedruscos llamados *erráticos* que se ven dispersos ya en las llanuras á distancias muy grandes de los montes que los produjeron, ya sobre las colinas y sobre las montañas á grandes distancias, serán siempre pruebas irrecusables de una acción enorme, que sería imposible explicar por medio de los accidentes locales, y que á lo más puede concebirse invocando el esfuerzo de todos los mares reunidos.»

El mismo Boulanger, autor impío, hace esta hermosa confesión: «Este hecho incomprensible, el diluvio, que cree el pueblo solo por hábito, y que las personas de talento niegan también por hábito, es sin disputa el mas notorio é incontestable. Sí, el físico creería en él, aunque las tradiciones de los hombres no se lo hubieran nunca recordado... Sería preciso ser *el más limitado y el más pertinaz* de los hombres para dudar de él, desde el momento que se consideren los

testimonios comparados de la física, de la geología, y de la historia y el grito universal del género humano.»

Quiérese aún, oir un testimonio irrecusable? Ahí está Cuvier, el grande evocador del mundo antidiluviano, el sublime y sábio relator en el proceso que se siguió entre la incredulidad moderna y el historiador sagrado, después de haber hojeado, por decirlo así, todo el libro de la naturaleza, compulsado todos los archivos humanos, exhumado, hecho revivir y oido á los séres contemporáneos de la creación, y de haberse remontado hasta el cáos, habla de esta manera solemne:

«Creo con Deluc y Dolomieu que si algo hay bien justificado en geología, es que la superficie de nuestro globo fué víctima de una *grande y súbita* revolución, cuya data no puede subir más allá de cinco ó seis mil años; que esta revolución hundió é hizo desaparecer los paises que habitaban antes los hombres y las especies de animales mas conocidos en nuestros días; que al contrario convirtió en seco el fondo del mar anterior, formando en él los paises actualmente habitados; que después de esta revolución el pequeño número de individuos que ella perdonó se estableció y propagó por los terrenos nuevamente secados, y que en consecuencia nuestras sociedades no empezaron su marcha progresiva hasta después de esta época. Este es uno de los resultados *mejor probados y más inesperados* de la sana geología, resultado tanto más precioso, cuanto

que enlaza con una cadena no interrumpida, la historia natural y la historia civil.»

No sabemos si Moisés hubiera podido esperar una justificación más solemne, ni la impiedad y el racionalismo una desmentida mas cumplida.

Y quién será capaz de levantar los hechos consignados por esos sábios geólogos? Nadie, sino algun apóstata refractario de las ciencias, que no tiene á mengua ultrajar la verdad para ponerla en contradicción con el Génesis.

Más penetremos con la geognosía, paseándonos por todos los continentes, para leer en sus monumentos el relato de Moisés. ¡Qué maravillas y que concordancia admirables!

En toda la superficie del globo encuéntranse pruebas convincentes de la universalidad de esta terrible inundación llamada Diluvio.

Qué significan sinó, esa cantidad admirable de conchas, de restos de pescados, de huesos y despojos de mónstruos marinos que se hallan en las entrañas de la tierra á una distancia muy grande del mar, hasta en el seno de las rocas mas altas? Recorriendo las montañas más altas, los Alpes, los Apeninos, los Pirineos, los Andes, el Atlas, el Ararat, en todas direcciones desde el Japon hasta Méjico, hállanse también esos despojos marítimos, pruebas demostrativas de una traslación de las aguas del mar sobre los lugares más elevados de la tierra, como narra el Génesis.

Do quiera que se hacen escavaciones en las entrañas de la tierra, se vé que no hay pa-

raje ninguno en nuestro globo que no hayan trastornado las aguas del Diluvio. Se encuentran elefantes de Asia y de Africa sepultados en la Gran Bretaña; cocodrilos del Nilo enterrados en los campos de Alemania; esqueletos de pescados de América y de ballenas abismadas en el fondo de los arenales del continente europeo; y por todas partes hojas, plantas y frutos cuyas especies son desconocidas ó que no se encuentran sinó en climas diversos. Además, las *cavernas de huesos* donde se encuentra una mezcla confusa de huesos fósiles de toda clase de animales, solo encuentran fácil esplicación por el torbellino de las aguas que los depositarán en ellas.

Y es indudable que las conchas fósiles no han venido sinó del mar: las mas frágiles se encuentran quebrantadas y las más sólidas manifiestan bien á las claras que han venido rodando: los peces, los cangrejos, los insectos pretrificados, se hallan mezclados con animales y vegetales terrestres que no existen en el día sinó en lugares sumamente apartados.

En el norte de la Siberia se encuentra gran cantidad de marfil fósil, y se han desenterrado esqueletos enteros de elefantes en el norte de América. Y puesto que entre las conchas y otros cuerpos marinos fósiles se hallan hojas de árboles, plantas, frutas, madera carcomida y petrificada, es necesario suponer que el suelo donde se hallan esas cosas haya sido habitado ó habitable antes que se formasen las tierras que las contienen.

Hay otro monumento geológico para demostrar el Diluvio: los *pedruscos errráticos*. Y como no, si son fragmentos de rocas que se hallan en terrenos y hasta en la cima de montañas cuya naturaleza roqueña es muy diferente, encontrándose esparcidos por toda la superficie del globo en la dirección de norte á sud, cual si una misma corriente los hubiese arrastrado, hasta quedar separados de las rocas originarias aún por brazos de mar? Así es, que en Escocia, Inglaterra é Irlanda se encuentran pedruscos originarios de Noruega, y lo mismo sucede en Suecia, Rusia, Alemania y América. Idéntico fenómeno sucede con los *cantos rodados*. Podrá, pues, haber duda de que las aguas se pasearon por la superficie de la tierra hasta cubrir las más altas montañas, como refiere el inspirado geólogo autor del Génesis? Bien sabemos, que algunos autores racionalistas, para esquivar la vergüenza de verse desmentidos por el Génesis, han atribuido esté fenómeno á que el mar ha ocupado por muchos siglos los continentes actuales y que se ha ido retirando paulatinamente. Pero bien poca sindéresis se necesita para rechazar semejante hipótesis. La variedad y mezcla de los restos marinos con las producciones terrestres, demuestran que su depósito no se ha hecho por una ocupación lenta y progresiva de las aguas del mar, pues deberían encontrarse *yuxta-puestos* y no *mezclados*, lo cual indica un movimiento violento y repentino de las aguas, tal como lo refiere el Génesis: además, ¿cómo se es-

plicaría con esa pretendida ocupación lenta y progresiva la formación de algunas montañas? Como, con esa lentitud, inmensas masas de rocas estrañas hubiesen ido á posarse desde Escocia sobre el monte Jura? Qué desatinos hace decir la defensa tenaz del racionalismo! Más por fortuna no se puede engañar á los sábios con paradojas.

Pero, y el *arca* de Noé, ¿no era cómo se ha dicho impropia por su forma para navegar y estrecha por sus dimensiones para contener todos los animales y alimentos que debía llevar en su seno?

Nada de todo esto. El arca era impropia para *navegar*, es cierto: pero su objeto era solamente *bogar* sobre las aguas.

En cuanto á sus dimensiones, varios matemáticos, entre ellos el vice-almirante Thevenard, han demostrado que era más que suficiente y una tercera parte más capaz de lo que se necesitaba para contener fácilmente la familia de Noé, los diversos animales y los víveres.

En efecto, según la Biblia el arca de Noé tenía 300 codos de largo, 30 de alto y 50 de ancho,

Ahora bien, el codo de que habla Moisés debía ser el que se usaba en su tiempo en Egipto, cuyo valor se encontró esculpido en la la gran pirámide de Gizeth. Por tanto el arca tenía la longitud de 512 piés y 6 pulgadas, 85 piés y 3 pulgadas de anchura y una altura de 51 piés y 3 pulgadas, sobrepujando asi en capacidad á la catedral de Mi

lan y á la Basílica de San Pedro de Roma. Suponiéndo la madera de construcción de un codo de grueso, resulta que la capacidad de esta nave era de 1:871.377 piés cúbicos; capacidad que puede contener casi el doble de animales de todas las especies contenidas en el jardin zoológico de aclimatación de Lóndres.

Acerca de la aparición del arco-iris podemos decir con el sábio Marcelo de Serres, que este fenómeno tan natural después del diluvio, no podía serlo en aquella época; y podía por consiguiente haberlo dado Dios como la espresión de un cambio en el estado de la tierra y como una prenda de que *no habría más en ella aguas del Diluvio* (Génesis 9.15); que el diluvio supone tal cantidad de agua diseminada anteriormente por la atmósfera, que aquel fenómeno no era entonces posible y que se puede juzgar de ello por lo que sucéde todavía en las regiones ecuatoriales, donde las lluvias no tienen bastante sutileza para dar lugar á los arco-iris suplementarios.

No sabemos, que admirar más: si la candidez del racionalismo al suponer que ignoramos los datos de la ciencia ó la impudencia con que se presenta en el terreno científico á recibir contínuos desmentidos en nombre del Génesis.

V

Edad del mundo

Pasemos ahora á demostrar la edad relativamente moderna del mundo, en cuanto es habitado por el hombre.

Ante todo debemos prevenir que no tratamos de discutir la opinión de los que dan á la tierra millones de años á contar desde el momento en que salió de la nada; de esta edad no se ocupa el Génesis porque es prehistórica, es to es, anterior al hombre. Pero es sabido que la Biblia dá á la existencia del hombre sobre la tierra unos siete mil años. De esta edad solamente vamos á ocuparnos.

Sin embargo, debemos advertir de nuevo, que no nos proponemos dilucidar este punto bajo el aspecto cronológico; lo harémos en otra ocasión cuando nos ocupemos del Génesis en sus relaciones con la Cronología; hoy tataremos la cuestión bajo el aspecto geológico, para terminar el paralelo entre la Geología y el Génesis entre sus puntos capitales.

Ante todo notemos la profesión de fé geológica de un sábio ya citado, M. de Serres.

«Los terreros, los hornagueros, las dunas, los ventisqueros, denotan por la consideracion de su marcha y según la estensión que ocupan, que el principio de la forma actual de los continentes no puede remontarse á mas de seis mil años.

Condúcenos también á esta consecuencia las observaciones de Dolomieu y de Girard en los terreros del Egipto; las de Astruch en los del Delta del Ródano, y en fin las de Deluc, Fortis, Pronis y Wiebeking en los terrenos de aluvión de las costas del mar del norte, del Báltico, del Adriático y de la Holanda.»

Vamos á hacer una breve explicación de estos resultados de la ciencia.

Los *terreros* son el terreno que los rios ganan insensiblemente hacia el mar en su desembocadura, debido al depósito gradual de tierra y limo que arrastran en su corriente. Debido á este fenómeno el Delta del Rodano, ha crecido *nueve* millas desde la era cristiana.

El Pó desde 1604 ha avanzado *seis mil* toesas sobre el mar, resultando que ha adelantado cada año ciento cincuenta piés. Más aún, son tan notables los progresos del Nilo, que las ciudades de Damieta y Roseta construidas á orillas del mar hace ménos de mil años en tiempo de los Cruzados, se encuentran hoy á *dos leguas* de las playas. Lo mismo suceáe con los demás terreros á lo largo de las dostas de todos los mares, y calculando encónces el nivel actual de los rios, se puede tcalcular aproximativamente la época en que principiaron á manar, como han hecho muchos sábios geólogos.

Los *hornagueros* formados por el cúmulo de las espumas acuáticas, sobre todo en el Norte de Europa, sirven también para calcular el tiempo de los continentes, como igualmente los hundimientos que periódicamente se verifican al pié de todas las costas escarpadas; se han sometido estos fenómenos al cálculo por medio de una observación escrupulosa y dan idénticas conclusiones que los terreros,

Los *mogotes* ó *dunas* son los montones de arena que la mar arroja y acumula sobre sus playas y que el viento traslada á las tierras de cultivo. Se encuentran dunas muy notables en Inglaterra sobre las costas de Cornouailles y en el departamento de las Landas en Francia y otras muchas costas. Pues bien, este fenómeno forma un *cronómetro natural*, porque se repite todos los años con regularidad, y de este modo ha podido determinarse el tiempo de su duración, como lo han verificado infatigables geólogos, resultando de estos cálculos que la antigüedad del estado actual de la tierra no pasa de seis mil años.

Y hé aquí el cronómetro de la naturaleza repitiendo con su mudo, pero con elocuente éco, los años y los siglos que consignó Moisés en el Génesis.

Pero han hecho más los sábios para sorprender al racionalismo en su mentida erudición contra el Génesis. Han demostrado también lo reciente del mundo habitable, por el poco grosor de la capa de tierra vegetal que en el dia cubre muchas llanuras y montañas entes incultivables; han deducido la cantidad de tierra y piedra corridas á las bases de las montañas y del espesor de las nieves perpétuas.

¡Qué himno sublime el de la naturaleza en pró del autor del Génesis. Sus páginas son cópia exactísima y casi un éco divino del canto que cada ser entonaba á su Dios en el momento de la creación.

Hé aquí, pues, á Moisés rehabilitado por las ciencias y vengado por la naturaleza sobre el diluvio y la edad del mundo, puntos en que había sido atacado por el racionalismo con el mismo furor y desprecio que en los relativos á la creación.

Es costumbre entre los no-creyentes tacharnos de enemigos de las ciencias; pero por fortuna esa afirmación ridícula y autoritaria no ha podido servir en el siglo de las luces sinó de afrenta para sus autores, á quienes hoy la ciencia en nombre de la naturaleza apellida enemigos precisamente porque lo son del Génesis.

Queda, pues, constatado por la série de tésis que hemos tenido el honor de esponer, qne la Geología en sus más trascendentales conclusiones está en perfecta armonía con el Génesis; constituyendo el más bello postulado entre los sábios que *los enemigos de la revelación le son hóstiles precisamente porque no son sábios*, por más talento que tengan ó se les suponga.

VI

Argumento contra la universalidad del diluvio

Debemos examinar el argumento fundado en los descubrimientos arqueológicos y prehistóricos que M. d'Estiene presenta en estos términos contra la universalidad del diluvio.

« La grande objección, la objección insoluble que la ciencia puede oponer, dice, á nuestros libros sagrados en lo que concierne al diluvio, si se le supone universal en cuanto á la humanidad, es que por todas partes á donde se dirigieron los hijos y los descendientes de Noé, después de su salida del arca, encontraron poblaciones que ocupaban el pais por el cual se difundían.

Y poco antes había dicho: « Sea cual fuere la época en que efectuaron sus emigraciones, los descendientes de Noè nunca fueron los primeros: otros pueblos los habían precedido, ya sea que fueran mas adelante dominados ó anonadados por ellos.»

Efectivamente; esta objección sería grande é insoluble en nuestra tésis si el hecho que supone estuviese verdaderamente probado y seriamente establecido.

El sabio escritor reconoce que es indudable que esto no lo puede demostrar con certeza absoluta, ni merece mas confianza que la que debe tenerse en los descubrimientos de los sabios orientalistas en que se fundan estos resultados.

Pero nos advierte que es preciso tener cuidado, pues no sería equitativo ni lógico rechazar las consecuencias de los trabajos de estos sabios en una cuestión como en la de que se trata, cuando se acojen con tanta alegría las confirmaciones que los trabajos de estos mismos sabios nos han dado, y nos dan todos los dias, á los hechos consignados en los libros sagrados.

Aunque la cuestión no es de las en que los sabios deben tener un voto preponderante, nos causaría, á no dudarlo, gran sentimiento el tenerlos en contra nuestra.

Felizmente, los sabios que nos oponen los defensores de la *no, universalidad* del diluvio se reducen en resumidas cuentas á Lenormand.

Hay mas: «los resultados de los descubrimientos» las «consecuencias de los trabajos de estos sabios», que son la objección, no son *hechos* directamente demostrados, no son mas que *deducciones*.

Nosotros vacilaremos siempre en poner en duda los *hechos* que un verdadero sabio, y tal lo era indudablemente M. Lenormand, afirma haber demostrado.

En cuanto á las *deducciones* sacadas de esos hechos, es otra cosa, y consideramos, no solo como un derecho, sino como en deber del apologista y exigista, no aceptarlas

hasta después de haberlas sometido á un exámen suficientemente riguroso.

Esta línea prudente de conducta está mandada muy particularmente respecto de los sabios, en quienes una decidida inclinación á las hipótesis y á las conjeturas no se halla suficientemente moderada por la reserva y la mensura en el fondo y en la forma de sus afirmaciones.

Y nos vemos en la precisión de confesar que algunas veces Lenormand podía muy bien figurar entre estos sabios.

Pero ciñiéndonos á la gran objección de M. Jean d'Etienne, esperamos poder demostrar en pocas palabras que no es la expresión de un *hecho* perfectamente demostrado, sino una conclusión que excede con mucho á las premisas de donde se ha *deducido*.

Ni la historia ni la arqueología poseen ningún dato positivo acerca de las primeras emigraciones que han poblado el globo. En los paises en que muchas corrientes de inmigración vinieron sucesivamente á superponerse ó yuxtaponerse, como ha acontecido en Europa, la ciencia no posee informes algo exactos más que de las invasiones muy recientes.

Decir que la ciencia sabe cuál fué la fecha en que los descendientes de Noé comenzaron á dispersarse, y que tiene medios de demostrar que las poblaciones anteriores á los grandes pueblos históricos no procedían de Noé, es una afirmación enteramente gratuíta. Pero entremos un poco más adentro en estos detalles.

Los monumentos más antiguos de la *historia* que hasta ahora se han encontrado están en Egipto, y estos monumentos, todos muy posteriores á la fundación del antiguo imperio de los Faraones, no contienen detalle alguno acerca del establecimiento de los descendientes de Misraim en las orillas del Nilo.

Sin embargo, se nos dice que encontró en el territorio pueblos melanios ó negros en plena posesión de las costas orientales del Africa, que los dominó sin poderlos exterminar nunca por completo, y que mezcló su sangre con la de los vencidos, M. d'Estienne no era tan afirmativo en su primer artículo cuando hacía observar que el mismo M. Lenormant «no daba como cosa cierta, sino solamente como probable, que la ocupación melaniana hubiera precedido á la ocupación chamítica» añadiendo «que de hecho es muy fácil que hubieran sido simultáneas, procediendo la una del Sur, mientras que la otra avanzaba al Nordeste.» Esta reserva la encontramos mucho más en armonía con estado en que hoy se halla la cuestión.

La verdad es que la prioridad de la ocupación *melaniana* sobre la chamítica en Egipto no es más que una hipótesis sin fundamento en los monumentos, y propuesta solamente para explicar el orígen de las herramientas de piedra encontradas en el país.

Ahora bien: nada prueba de que estos instrumentos no procedan de los antiguos egipcios *chamitas*, cuyos descendientes han continuado usando el silex, al menos en ciertas opera-

ciones, hasta en los periodos más brillantes de su civilización. A esto podriamos añadir la opinión de Mr. R. Howen, notable antropólogo inglés, y muy conocido en el mundo científico, quien dice que el tipo egipcio antiguo es el más parecido al tipo europeo, lo cual no podría suceder si tuviese una mezcla de sangre negra.

Pero aún cuando fuese verdad que los negros hayan precedido realmente á los misraímitas en las orillas del Nilo, faltaría aún por demostrar que los primeros no pueden proceder de Noè y esto es indemostrable, porque lo contrario es lo que está demostrado.

Crítica y valor del elemento geológico, paleontológico y arqueológico en las cronologías pre-históricas

Hay una ciencia llamada ANTROPOLOGÍA PREHISTÓRICA porque ha encontrado en las entrañas de la tierra anales anteriores á las tradiciones de los pueblos.

Desde el año 1813 Thompsen estudiando los escombros de pueblos desaparecidos, dividió la historia primitiva de la raza humana en tres edades: *la de la piedra*, *la del bronce* y *la del hierro*. Otros, tomando en cuenta los restos fósiles, dividieron las edades en

época del mammouth, *del reno*, *del oso de las cavernas*, etc.

Y esto, porque en las investigaciones geológicas se encontraron fósiles animales é instrumentos de silex y huesos tallados ó cortados por la mano del hombre, y según su situación se ha querido establecer el órden de su edad. Entónces el geólogo viene á ser una especie de historiador que fija los millares de años ó de siglos empleados por las fuerzas naturales en depositar aluviones, elevar ó deprimir continentes ó aparecer sobre la tierra los animales y el hombre.

Así, por ejemplo, según sistemas exagerados, la aparición del hombre nos daría al fin del segundo período glacial ciento diez mil años antes de J. C. porque de esta época se habrían hallado huesos de rengíferos esculpidos para servir de mangos á las armas; el hombre fósil hallado en la gruta de Menton de la edad del reno, tendría unos veinte mil años. Además, desde *la edad de piedra* han tomado nacimiento las sociedades humanas y esta edad al ménos en Suiza remontaría á ocho ú once mil años ántes de J. C.

Más si esto es así ¿en qué vienen á parar los *seis mil* años que la Biblia atribuye al hombre? No es evidente, se dice, que la ciencia convence de error al Génesis de Moisés?

Esto se ha proclamado por enemigos de la Biblia demasiado crèdulos y asaz preocupados. Interroguemos sin embargo á la misma ciencia acerca de los resultados de las investigaciones pre-históricas.

I

Una Crítica

Ante todo, comenzamos por recordar las palabras pronunciadas por M. de Halloy en el Congreso de Antropología pre-histórica de Bruselas.

El venerable octogenario, después de medio siglo de sérias y sábias investigaciones, reasumía el estado actual de la ciencia con relación á la época cuaternaria afirmando que de todos los períodos geológicos esta es *la más oscura y problemática*,

Y en efecto, la formación cuaternaria es bien poco conocida; la ausencia de regularidad, de simetría y de continuidad en los sedimentos que la conponen, hacen que las comparaciones que se han querido establecer entre diversas localidades sean incompletas é inciertas; así lo confiesan todos los que saben geología.

Y sin embargo, es un hecho, que sobre fundamento tan poco sólido se ha pretendido apoyar sistemas cronológicos que van hasta duplicar, cuaduplicar y centuplicar la série de siglos que las tradiciones y el Génesis

dan á la existencia del hombre sobre la tierra.

Más debemos imputar á la ciencia geológica estas teorías aventuradas? Es justo imputar á la ciencia y á los observadores imparciales de la ciencia, las deducciones sofísticas que autores poco escrupulosos hacen pasar con el nombre de ciencia? De ninguna manera.

Pero en nuestros días, presenciamos un espectáculo singular: sin ninguna clase de reparo se hace objeto de la crítica y de la censura á la religión, sus dogmas, su moral, los derechos y los deberes, y hasta los princípios sociales. Hay, sin embargo, una cosa respetable: «Cuidado, se dice, con tocar la cienia!» Esta es la ùnica palabra y autoridad aceptable y es una especie de fascinación.

Esto es un gran consuelo, una tabla de salvación; pero presenta también un gran peligro: hay traficantes que en su nombre introducen en el dominio intelectual ideas y sistemas los más perniciosos; y entonces la ciencia viene á ser como uno de esos productos industriales que están en boga por algún tiempo y sirven despuès para introducir en el comercio una infinidad de preparaciones falsificadas que se le asemejan.

Quereis ver, como este tráfico reprobable sucede también con la geología?

La ciencia debe ser una, y sinembargo en esos sistemas aparece múltiple; acontece que ciertos sábios después de haber estudiado juntos unos mismos objetos deducen no obstante conclusiones diversas y hasta contra-

dictorias. Así, al estudiar, por ejemplo, los sedimentos de la formación cuaternaria, sus opiniones son diversísimas con relación á la edad de esos terrenos.

Algunos sábios hacen remontar la formación de esas capas mas allá de doscientos mil años, mientras que otros no ven en ellas mas que depósitos formados después de los tiempos históricos. Es acaso la ciencia la causa de esta divergencia?

No, es el prisma al traves del cual aplicamos nuestras facultades. Así como el ojo se equivoca al ver los objetos desviados por la refracción de la luz al traves del prisma, si no corrige esa desviación, del mismo modo se extravía nuestra inteligencia cuando nos dejamos llevar por el espíritu de sistema: y entónces, esclavos de nuestras preocupaciones, en la observación de los objetos adaptamos el fenómeno esterior á nuestro sistema predilecto.

Y ¿acaso no se explica de esta manera la oposición sistemática de los partidarios del *hombre pre-adamita* en las dificultades y razones contrarias á sus teorías? ¿Quiérese ver un ejemplo? M. de Rossi publicó un trabajo en que hacía entrar en los tiempos históricos una parte de los terrenos de transporte. El redactor de la REVISTA DE ANTROPOLOGÍA repuso al momento que no había para qué ocuparse de semejante trabajo, porque «el autor pertenecía á una escuela interesada en disminuir en lo posible los orígenes de la humanidad.» Y he aquí lo que vino á decir un contrincante al mencionar que apoyábamos

nuestras teorías en el *Abate* Moigno ó en el *Padre* Secchí, como si por ser sacerdotes no pudiesen ser tan sábios como son. Está visto que el racionalismo no admite más sabiduría que la suya!....

Los pre-históricos admiten que el espíritu de sistema puede influir en las conclusiones que se sacan de la observación de los hechos materiales; y harían por cierto un papel bien ridículo si pretendiesen que ellos solos están exentos de esa debilidad humana; pues al menos entre otras cosas posibles se encuentra también esta: «que los partidarios del hombre pre-adamita se hayan dejado llevar del espíritu de sistema, y que en su preocupación de *envejecer* la raza humana, cuanto les sea posible, hayan exagerado la data de los descubrimientos hechos en los terrenos geológicos.»

Pero vamos á probar que esa posibilidad pasa á ser una realidad. Para demostrarlo separemos los descubrimientos materiales de la interpretación sistemática con que se les desfigura y falsea.

No opondremos sistema á sistema, porque no deseamos comprometer en las discusiones científicas, cuyo terreno cambia contínuamente, la magestad de los libros sagrados. Por consiguiente, contra los sistemas prehistóricos no haremos uso sino de los testimonios de la geología, de la paleontología y de la arqueología; para constituir la ciencia no valen ni los sistemas de M. Lyell, ni las teorías de M. Martins, ni las opiniones de Bourgeois ó

de Vogt, ni las hipótesis de Broca y otros autores.

I

Vamos, pues, á ver independientemente de todo sistema, cual es el valor científico y verdadero de los elementos sobre los cuales se quieren apoyar las diversas cronologías prehistóricas.

Tres son los elementos sobre los cuales se ha basado la cronología prehistórica: el *geológico*, ó edad de las capas terrestres; el *paleontológico*, edad de los restos animales ó faunas antiguas, y el *arqueológico*, edad de los restos de los productos de la industria humana que indican la presencia del hombre.

Para mayor claridad, he aquí el cuadro sipnótico de la cronología prehistórica fundada en esos tres elementos según M. Hamy.

I. Periodo terciario—1.° *Edad del acerotherium*. Está caracterizada: *geológicamente*, por el calcáreo de Beauce; *paleontológicamente* por el *acerotherium* y el rinoceronte: *arqueológicamente*, por el raspador de Thenay. La presencia del hombre se manifiesta solamente por este utensilio, trabajado únicamente por uno de sus bordes y viene á ser una especie de bisel.

2.° *Edad del mastodonte* ó del *halitherium*.

Está caracterizada: *geológicamente*, por los arenales de Orleans; *paleontológicamente*, por el mastodonte, el gibon y el *halitherium*; *arqueológicamente*, por los trozos de cerámica que se juntan al raspador. Pero no se encuentra ningún resto humano.

3.° *Edad del elephas méridionalis*. Está caracterizada: *geológicamente*, por las arenas y guijarros de Saint-Prest; *paleontológicamente* por el *elephas meridionalis*, el *rinhoceros lepthorinus*, el *hippopotamus major* y el *ursus spelæus*; y *arqueológicamente*, por puntas de flechas, lisas por un lado y talladas por el otro, como algunos huesos de animales rotos ó tallados por la mano del hombre. Los restos humanos son desconocidos aún.

II. Periodo cuaternario ó post-plioceno—4.° *Edad del mamouth* ó del gran oso. Está caracterizada: *geologicamente*, por los aluviones post-pliocenos inferiores; *paleontológicamente*, por el mammouth, el gran oso, etc.; *arqueológicameute* por diversos útiles de silex, como hachas cortas, alongadas, cuchillos, discos, puntas triangulares, y la transformación en útiles de los huesos del oso.

5.° *Edad de transición*. Está caracterizada: *geológicamente*, por los aluviones post-pliocenos *medios*; *paleontólogicamente*, por la supresión de algunas especies del grupo precedente; *argueológicamente*, por una especie de barrenilla ó taladro asociado á los cuchillos y una nuececilla á los dardos y flechas, y por algunos ensayos de dibujo.

6.° *La edad del reno*. Está caracterizada: *geológicamente*, por el *cuaternario superior*;

paleontológicamente, por el *reno*; *arqueológicamente*, por instrumentos en piedra y en hueso, como por ejemplo, cuchillos y raspadores alongados de silex; harpones y agujas de costillas de reno de forma más perfecta que los anteriores y tallados en silex en forma de hoja de laurel, y algunos grabados, aunque toscos.

III. La época actual. En ella abundan los tipos con perfección gradual que prolongaría indifinidamente el período pre-histórico,

Examinemos ahora, el fundamento de semejantes cronologías y veamos cuál es su valor para demostrar la supuesta edad preadamita del hombre.

En cuanto á la existencia del hombre *terciario* no es mas que mera suposición. Así lo ha declarado el sabio profesor Wirchow en la *Asociación alemana* de Munich: «La existencia del hombre terciario es un problema y al mismo tiempo un problema que está *materialmente* en discusión. Hay cosas sobre las cuales se discute para saber si pueden ser admitidas á título de prueba de la existencia del hombre en la época terciaria.»

Y en efecto; sobre el hombre terciario no hay ningún resto fósil y existen dudas muy racionales acerca del valor de los silex terciarios que se reputan tallados por la mano del hombre. No es cierto que los discos de pasta griz mezclada con carbon y encontrados en los arenales de Orleans sean fragmentos de cerámica. Los surcos y rayas que cubren ciertas osamentas fósiles no se deben atribuir al hombre, sinó á peces carnívoros como el *sargus serratus*, por ejemplo, como demuestra el señor Pozzy. De manera que el hombre terciario es otro mito como el *eozoou canadense*. Sin embargo el citado Wirchow dice: «la existencia del hombre cuaternario en la actualidad es un hecho generalmente aceptado.» Vamos pues á ocuparnos esclusivamente del período cuaternario.

II

Valor del elemento geológico en las cronologías prehistóricas

En general, las clasifisaciones de las capas y terrenos que constituyen la corteza ó costra terrestre reposan sobre tres clases de hechos.

1.° La composición mineralógica.

2.° El orden en que están sobrepuestos sus diversos materiales ó sedimentos.

3.° Los restos orgánicos fósiles que contienen las rocas.

Pero estos tres ordenes de hechos no tienen el mismo valor. La composición mineralógica, si se emplease ella sola para la clasificación de las capas del globo, conduciría á la más grande confusión, porque las diferentes formaciones están constituidas por la alterna-

ción de varios metales á la vez, que se repiten, sin embargo, sobre toda la altura.

La superposición, ó como dicen los geólogos, la estratificación es un medio mejor de establecer una clasificación cronológica de los terrenos. Es evidente, en efecto, que de dos formaciones colocadas la una sobre la otra, si no ha habido un trastorno posterior, la formación inferior es la mas antigua, pues que le sirve de base.

La estratificación nos conduciría á una buena clasificación si existiese en alguna parte del globo una série completa de todas las formaciones geológicas.

Mas por desgracia no sucede así: por lo general existen muchas interrupciones y claros.

Las capas superficiales, sobre todo en los terrenos cuaternarios, tienen bajo este punto de vista una gran desventaja. Ellas no presentan clara y uniformemente el carácter de estratificación: no se componen más que de retazos generalmente *juxta-puestos*. Su delgado espesor las ha expuesto á contínuos rompimientos; y la grande semejanza de los elementos mineralógicos no permite apreciar exactamente donde acaba un depósito y donde comienza el otro.

En una palabra, todo el conjunto es un *terreno de transporte*, esto es, formado de materiales arrastrados violentamente de su lugar primitivo por agentes meteorológicos y dejados acá y acullá sin órden, ni simetría.

¿Deberíamos acaso en este lugar examinar la historia poco conocida de esos depósitos cuaternarios á los cuales se les ha dado los

nombres de *læs* ó *lehm*, de *diluvium* y de *terreno glacial*? No es necesario, porque si la estratificación de los elementos del terreno cuaternario fuese exacta, regular y precisa, no veriamos entre los prehistóricos tantas discusiones y divergencias acerca del sincronismo de las diversas partes de esa formación.

Existe *diluvium*, cantos rodados en las orillas del Somma, en el valle del Rhin, en los alrededores de Madrid, en las llanuras del San Lorenzo, etc. Esas masas de guijarros son contemporáneas y de la misma formación? Pertenecen á un mismo periodo de la gran época cuarternaria? La ciencia geológica lo ignora. Y porqué? Porque faltan los verdaderos elementos estratigráficos. Y qué valen entónces los sistemas si sus bases no son sólidas, antes bien imaginarias y aventuradas?

Y es necesario insistir sobre este punto capital de la ciencia prehistórica. Si la base geológica falta en las cronologías cuaternarias, los elementos paleontológicos y arqueológicos no podrán dar á estas cronologías un fundamento sólido; pues que es evidente que el valor cronológico de los fósiles (paleontología) y de los objetos de la industria humana (arqueología) dependen necesariamente de la edad del terreno, ó formación, en que se encuentran.

Ahora bien ¿qué consecuencia es necesario deducir, no en nombre de los sistemas, sino de la geología, acerca de las teorías prehistóricas fundadas en el estudio de los terrenos cuaternarios para poder negar la edad

genesíaca del hombre? Que todas están fundadas en meras hipótesis, garantidas solamente por autores que en vez de invocar la ciencia invocan preocupaciones más ó menos anti-religiosas.

Luego, una lista más ó ménos larga de autores prehistóricos en favor de la edad preadamita del género humano no vale absolutamente nada ante la ciencia imparcial, y solo se consigue conello probar que el fanatismo anti-religioso en vez de hacer adelantar las ciencias las retarda dolorosamente.

¡Cuánto trabajo no se hubiese ahorrado la ciencia si jamás hubiesen entorpecido su marcha esa infinidad de hipótesis anti-genesíacas que de seguro todas deben ser falsas ménos una solamente?!....

III

Valor del elemento paleontológico

M. Vogt, aunque partidario del hombre pre-adamita, en la *Asociación francesa* reunida en Lille, niega absolutamente el valor de los fósiles animales como prueba de la contemporaneidad ó sincronismo de las capas geológicas que contienen las mismas

especies, y probó que esta base es absolutamente falsa. Porqué? Son sus palabras:

«Porque las especies se esparcieron por *emigración*. De donde se sigue que las formaciones geológicas que contienen los mismos fósiles en regiones apartadas son necesariamente de diferentes edades, habiendo viajado las especies de una región á otra. Además, los sedimentos que contienen faunas diferentes pueden sér sincrónicas, como lo prueban los sondajes hechos en Escocia y en Irlanda: se han reconocido fondos habitados por conchillas glaciales y entre ellas se encontraron *globigerinos y foraminíferos* formando un depósito *cretáceo*.»

Luego el empleo esclusivo de los caractéres paleontológicos conduce á clasificaciones efímeras: porque, según lo demostrado por M. Vogt, la edad del *mammouth ó elephas primigenius*, por ejemplo, puede ser contemporánea con la edad del reno, *cervus tarandus*.

Y todo esto está confirmado por las pruebas que aduce M. Chantre — LAS FAUNAS TERCIARIAS Y CUATERNARIAS. — « El exámen atento de algunos sedimentos aluviales y de varias grutas ha demostrado á los paleontólogos que la supresión de las especies ha tenido lugar gradualmente. Sabemos, por ejemplo, que algunos de esos grandes mamíferos cuaternarios han sobrevivido al resto de la fauna; que el gran *felis*, la hiena de las cavernas y el gran oso habitaron todavia la Europa media durante algún tiempo; que el elefante primitivo, en fin, se mantuvo en ella cuando todos los demás grandes mamí-

feros se habian estinguido.» Luego la presencia del elefante primitivo, ó mammouth, no puede designar con precisión una cronología ó época anterior á los grandes mamíferos.

Pero quiérese aun ver más confirmada la falsedad de la cronologia pre-histórica fundada en el elemento paleontológico?

Los pre-históricos colocan las cavernas de Menton en la edad del reno, y al esqueleto humano encontrado en ellas, le atribuyeron una edad de veinte mil años.

Pues bien; en primer lugar, ni el reno, ni el mammouth se encuentran en esas grutas, siendo tan abundantes en faunas diversas; y lo que es más, el hombre de Menton desmiente su antigüedad prehistórica, pues es idéntico al de nuestros dias. Vamos á transcribir las palabras de M. Figuier aunque partidario del hombre preadamita: « Cuando se examina, dice, el cráneo de este *troglodita*, habitante de las cavernas, de este hombre cuya existencia no puede bajar de *veinte á veinticinco mil años*, se queda uno verdaderamente confundido, al contemplar su semejanza con los más hermosos cráneos de las razas humanas contemporáneas. En la sala del museo donde se vé este *troglodita* á una edad tan venerable, se vé también un esqueleto humano ordinario. Causa sorpresa al comparar esos dos cráneos y esas dos caras por su analogía. El ángulo facil del *troglodita* de Menton no se aleja de 80 grados, esto es, del tipo de las razas humanas las más elevadas por su inteligencia. La belleza de su oval y la proeminencia de su

vértice, el gran volúmen, en fin, de la parte posterior del cráneo, acerca este hombre ¡de *veinte mil años*! al hombre de nuestros dias.»

M. Figuier se aferra en sus veinte siglos y se vé obligado á colocar al hombre tan inteligente de Menton en la edad del mammuth. ¡Qué cosas, hacen admitir las preocupaciones anti-genesíacas!

IV

Valor del elemento arqueológico

Pasemos ahora á considerar el valor del elemento arqueológico.

En el congreso de Antropología prehistórica de Bruselas M. Mortillet impugnó vivamente las divisiones paleontológicas y dice: « Lartet ha puesto en boga una clasificación fundada sobre la preponderencia de tal ó cual especie de animales entre los restos á determinar. Desgraciadamente esta repartición de las especies no existe y en un gran número de casos la fauna cuaternaria se presenta por una identidad casi absoluta. Además la fauna de una misma edad varía según el país ó región. En estas circunstancias, es necesario recurrir á los productos de

la industria humana, y bajo este aspecto la série *arqueológica*, al mismo tiempo que cronológica, puede presentarse del modo siguiente:

«La edad de la piedra, continua Mortillet, se divide en dos grandes épocas: la época *paleolítica* ó de la piedra simplemente tallada, y la época *neolítica* ó de la piedra ya pulida; aunque la primera época debe subdividirse.»

Pero ¿quiérese ver desmentida la edad prehistórica del hombre por el elemento *arqueológico* también?

M. Fraas en el citado Congreso de Bruselas dijo: «Se ha hablado de la edad glacial, de la edad del *elephas antiquus*, del mammouth, del reno. Puede ser que exista todo esto en Francia, pero en Alemania no sucede así: allí no hay ni la edad del mammouth, ni la del oso, ni la del reno. Todos estos animales vivian y eran comidos por el hombre en la misma época. Sus restos están mezclados en la gruta de Hohlenfers y lo que allí falta es solo la fauna moderna. Se ha hablado del silex cuaternario (sistema arqueológico): ¿qué significa esto? Se puede ver en Bélgica que han existido objetos de alfarería con el reno y el mammouth y lo mismo se ha visto en Alemania y en Francia.»

No está, pues, en contradiccion la teoría paleontológica con la arqueológica?

Pero hay más, M. Fraas ha descubierto en el Hohlenfers, caverna del valle de Ach en Suabia, silex de forma reciente y restos de alfarería mezclados con un gran número de huesos; todo en la misma formación. Los huesos, cuya mayor parte tienen rastros evidentes de percusión hacen reconocer clarmente la fauna del mammouth y del reno: por consiguiente los habitantes del Ach vivian con el mammouth, el reno, el *ursus spelœus*, el leon, etc. Apesar de esto el eminente ostéologo no cree que su inmigración á Alemania remonte más allá de mil años antes de la era cristiana. Según él, el mammouth y el leon han vivido hasta el periodico histórico del tiempo de los Germanos de César.

Hé aquí como otro sábio aleman, que no es sospechoso de clericalismo, juzga al doctor Fraas en la REVISTA TRIMESTRAL DE CIENCIAS NATURALES, M. Thomé: «A Fraas, dice, es debido el mérito de haber combatido con razones científicas y con gran energía las teoría excesivas que tendían á referir los productos de la industria humana encontrados en las cavernas más allá de la aurora de la historia de Asiria y del Egipto.»

En cuanto á sus concluciones M. Thomé las adopta enteramente: «Al presente, dice, ya no es posible dudar que los cazadores del reno de las cavernas de la Suabia, y en general de la Europa central, hayan vivido en una época en que en otras regiones del globo existían ya Estados regularmente constituidos con una civilización avanzada. Hay que decir lo mismo con mayor razón de la edad que nos han dejado los *kjökkenmöddingos*, los restos sepultados en los hornagueros y las construcciones lacustres. Se puede proclamar bien alto que las edades que se han atribuido á todos estos objetos al

principio, no son más que una *colosal fantasmagoría*.»

Ademas, con la historia en la mano se prueba que el empleo de la piedra más grosera y toscamente labrada es perfectamente compatible con un notable desarrollo intelectual y una civilización adelantada: díganlo sinó las tribus errantes, nómadas y salvages de nuestros Indios contemporáneos de la civilización de Méjico y del Perú.

Luego es evidente, que la *forma* del silex tallado ó pulido no indica absolutamente por si misma una antigüedad más ó menos remota. Para atribuir á un utensilio de piedra tal ó cual edad, es necesario consultar la paleontologia ó la superposición de las capas geológicas. Pero la paleontología á su vez no tiene valor si no se apoya en el elemento geológico ó en la estratigrafía. Lo hemos demostrado al principio y los testimonios de los mismos paleontólogos han confirmado nuestras razones.

Por tanto, en definitiva debe recurrirse al elemento geológico para establecer una cronología cuaternaria ó *pre-histórica* que sea aceptable. Mas, como lo hemos visto estensamente, el estudio de los terrenos cuaternarios bajo el punto de vista estratigráfico no conduce á ningún resultado preciso: y por consiguiente nuestra conclusión, legitimada por la ciencia, es que *aún no tenemos cronología pre-histórica* y *que nos faltan asimismo las bases en que podría fundarse*.

EL DARWINISMO Y LA REVELACIÓN (1)

Otra de las objeciones contra el catolicismo se ha presentado en nombre del darwinismo y de la evolución positivista; pero esta teoría esta ya desacreditada, por cuya razon seremos lacónicos.

I

Idea general del Darwinismo

Cuando el observador filósofo extiende una mirada penetrante por la inmensidad de los espacios y contempla la hermosa naturaleza, queda como extasiado ante el espectáculo expléndido que le presenta la armonía y belleza del universo.

Cada sér en su perfección y leyes pregona la sabiduría del Hacedor magnífico que

(1) Los que deseen mayor acopio de datos sobre el darwinismo podrían consultar entre otras obras, el trabajo que hemos publicado sobre la materia.

ha dejado por do quiera un reflejo de su ciencia infinita. ¡Qué concierto hermoso, qué sublimes maravillas, qué órden admirable en la dependencia y perfección de las criaturas. Todo se contempla formado con *número*, *peso y medida* y todo se presenta bajo una gradación hermosa de perfección ascendente desde el átomo inorgánico hasia al hombre, compendio de la creación.

La filosofía de la naturaleza ha querido indagar las leyes de asa pasmosa armonta en la escala ascala ascendente de los séres como llegó al estado actual y cual es la ley de su conservación.

La armonía del universo se revela en ese órden constante de lo mas simple y rudimentario á lo compuesto y más perfecto; pero esa armonía de perfecciones ¿cómo se habrá realizado? Será acaso una ley, una tendencia ingénita, inherente al sér en virtud de la cual tiende perennemente á desarollarse pasando de un grado á otro de perfección de una manera expontánea?

Mas claro: la escala de perfección progresiva de los séres ¿procede de gérmenes preexistentes en la creación ó parten de un sér primitivo, *protisto ó mónera* que se ha trasformado por la ley de la *heterogénia ó generación expontánea*, que se supone ser la formación de organismos en virtud del juego de las fuerzas físicas y químicas de la naturaleza sin gérmen preexistente?

Y hé aquí, con que ocasión, bajo el concepto de teoría científica de la filosofía de la naturaleza ha aparecido lo que unos llaman

Teoría de la evolución, otros *Transformismo*, y los mas *Darwinismo* del nombre de Cárlos Darwim, su principal sostenedor.

El problema que esta teoría pretende resolver consiste en demostrar que *todos los séres orgánicos, en sus formas específicas, no han sido criados independientemente por el Hacedor, sino que han aparecido por via de transformación de una ó varias formas primitivas bajo la sola influencia de las causas naturales.*

Mas claro; la cuestión es saber si los séres ahora existentes, incluso el hombre han sido criados por Dios ó son el resultado de combinaciones sucesivamente mas complicadas, que convirtieron, primero el átomo mineral en célula, después la célula en planta y la planta en animal rudimentario, que adquiriendo gradualmente nuevas perfecciones, ha llegado á ser el hombre; y lo que es más, trátase de saber si siempre hemos sido hombres descendientes de Adan, ó primos hermanos del mono, hijos del perro y descendientes del escarabajo. El darwinismo admite esto último por medio de diversas leyes que ha inventado al efecto.

¿Qué es, pues el darwinismo ó transformismo? Como *hecho*, no tiene nada de nuevo ni de falso, *es la expresión del orden y armonía de la creacion* en que todos los seres siendo obra de un creador inteligente y sábio infinitamente, están dispuestos en una sèrie y escala de perfección gradual. Como *teoria* y sistema es la mas absurda en el órden cosmogónico: es la expresión de un

principio demostrado como falso empiricamente, *la generacion expontánea*, que supone toda transformación específica·

El darwinismo, en su principio fundamental, no es otra cosa que la transformación y consiguiente multiplicación de las especies, sosteniendo que las actuales proceden de uno ó más tipos primitivos, perfeccionados gradual y lentamente al través de una série indefinida de tiempos, y que el hombre, último resultado de infinitas formas y generaciones, reune en sí el resultado de todos los esfuerzos hechos hasta el presente por la naturaleza.

Crítica del transformismo bajo su forma general

Lo que distingue la teoría de Darwin de todas las especies de transformismo, que él no inventó, está en la mayor cópia de datos que ha podido presentar y en los medios y leyes que ha expuesto metódicamente para la supuesta transformación de las especies, como por ejemplo: *la lucha por la existencia*, *la selección natural y artificial*, *la ley de divergencia*, *la trasmisión hereditaria*, etc. Asímismo, por una flagrante contradicción, no admitia la *generación expontanea*, la cual es necesaria, sin embargo, para explicar las transformaciones específicas de los órdenes de séres pertenecientes

á los tres reinos de la naturaleza, para quienes sólo admitía *tres tipos* preexistentes.

Vamos ahora á exponer la refutación general que todos los sabios naturalistas oponen al transformismo.

METAFÍSICA DEL TRANSFORMISMO—Y en primer lugar ¿qué es la naturaleza, ese agente universal por cuyo impulso y dirección se pretende explican las infinitas transformaciones del sér y de la vida?

¿Es un ser inteligente, libre, todopoderoso, independiente? ¿O es un sér ciego, que obra por necesidad, dependiente de leyes que no se ha impuesto, ni puede quebrantar? Si lo primero, todo el progreso y ciencia de la escuela transformista se reduciría á trocar una palabra, sustituyendo al santo y augusto nombre del *Dios Omnipotente* y *Sábio* la voz *Naturaleza, Fuerza, Selección*. Si lo segundo, la palabra *Naturaleza* carece de sentido y no sirve para explicar la *ontogenia* (leyes de la formación del sér individual) y la *filogenia*, (leyes de la formación de las especies), el órden maravilloso y escala gradual de perfección de los seres.

Pues ¿cómo un sér ciego, fatal y subordinado ha podido dar sér, organización, pensamiento y libertad á las criaturas? ¿Cómo se le pueden atribuir originariamente las leyes por las cuales es regido el universo, si él mismo está sometido á leyes de que no puede prescindir?

¡Qué lamentable aberración! Negar al Dios verdadero, inteligente y libre y fingir para

suplirle una divinidad esclava, fatal y ciega! Esto es el más abyecto materialismo.

O bien confesar á Dios y recusarle la facultad de criar inmediata y directamente todas las cosas, al mismo tiempo que se le reconoce el poder de criar la primera, *el protisto*, y toda la naturaleza, es flagrante contradicción.

Teoría que ha de sostenerse y fundarse en tan absurdos principios está juzgada por sí misma: tiene en sí el anatema de la razón y el repudio de la ciencia. ¡Cómo extrañar, pues, que ningún sábio de primer órden la haya admitido!

Una generación expontánea es tan absurda como un efecto sin causa.

Empírica del transformismo — Los materialistas y positivistas, avergonzados y reprobados en el terreno de la metafisica, no desmayan sin embargo, y haciendo alarde de despreciarla, *¡á los hechos!* exclaman: apelemos *á la experiencia!* descendamos *al terreno empírico* en que debe juzgarse el proceso de la naturaleza.

Los transformistas, pues, recurren á los hechos actuales, y de ellos pretenden deducir el hecho singular y extraordinario de la creación, mientras solo puede servir de prueba para afirmar el órden actual.

El argumento principal, ¿sábese de dónde lo saca el transformismo? De la embriología. Asi afirman que el gérmen orgánico, la célula por donde comienzan todos los seres, presenta en el primer momento de la vida una forma ambigua que del mismo modo

puede convertirse en sapo, en águila, en perro ó en hombre; y más aún, la embriología dicen, enseña que ese gérmen orgánico, esa célula en su desarrollo sucesivo afecta y representa las formas graduales de la escala animal,

Pero es de advertir que la primera parte de ese fenómeno embriológico con respecto á la ambigüedad de la célula de donde parten todos los seres organizados, solo prueba que el cuerpo del hombre y el de los demás animales está compuesto de los mismos elementos químicos, en virtud de afinidades análogas que nadie jamás ha negado y que nada tienen que ver con la transformación específica; la segunda parte del fenómeno embriológico no está demostrada, y aún cuando lo estuviera, solo probaría que el hombre contiene en sí por naturaleza las perfecciones de todo el organismo vital.

Pero aún admitiendo ese fenómeno embriológico en toda la amplitud que pretenden los transformistas ¿no se ve que nada prueba en favor del transformismo?

¿Cómo se explicaría que á pesar de ser iguales todos los embriones, del perro siempre nacen perros, el mono siempre engendra monos y el hombre siempre es padre de otros hombres?

¿No es evidente que el Criador ha marcado un límite á todas las especies, y que esa constancia específica en la reproducción prueba que bajo la igualdad aparente de los gérmenes embrionarios se ocultan diferencias esenciales que desde su principio diversifican las especies?

El argumento embriológico, por tanto, es ontraproducente,

ARGUMENTO PREHISTÓRICO— Más el transformismo es impertérrito; y derrotado en el terreno histórico y actual, acude para dar á sus teorías una base, á argumentos prehistóricos aunque con ningún éxito,

II

De los seres que vivieron han quedado restos en el seno de la tierra llamados *fósiles,* que son los diplomas y protocolos en que descansa la historia de los tiempos anteriores á la memoria de los hombres: las capas de la tierra en donde se hallan depositados son una especie de archivo para el geólogo y para el antropólogo prehistórico.

Pues bien: si la trasformación de las especies de los seres orgánicos fuese realmente un hecho y se hubiese verificado paulatina y gradualmente, como afirma el trasformismo, debiera suceder: 1.° que se encontrarían *fósiles* de todos los grados de la transformación verificada; 2.° que semejantes fosiles debían encontrarse *superpuestos* unos á otros en el órden en que han existido, primero los seres mas sencillos y rudimentarios y en seguida los mas perfectos, hasta llegar por órden de capas al sér de organización superior en la escala progresiva, con los grados intermedios ó de transición. Todo esto es evidente que debiera suceder si los seres, partiendo de la *mónera, protisto* ó sér primitivo, en virtud de transformaciones sucesivas hubiesen poblado gradualmente la naturaleza de esa asombrosa variedad de seres tan variamente organizados.

Pero, para mentis del transformismo, las entrañas del globo presentan solamente fósiles de especies iguales ó parecidas á las que viven en la actualidad; ninguno existe que represente las especies intermedias ó de transición.

Hay *fósiles* plantas, reptiles, peces, aves, mamíferos; pero el vegetal es perfectamente vegetal, el reptil tiene todos los órganos dispuestos para arrastrarse sobre la tierra, el mamífero para andar, el pájaro para volar y el pez para nadar.

Jamás se ha encontrado rastro fósil de vegetal-animal, ni de pez-pájaro, ni de pájaro-perro, ni de perro-mono, ni del mono-hombre y otras especies de transición que forzosamente debieran existir, segùn la teoría transformista.

¿No es, pues, evidente que el darwinismo es una mera hipótesis transformista y desmentida por los hechos?

Es cierto que los darwinistas replican que esas especies intermedias no han dejado rastros fósiles.

Pero si no hay testimonio de su existencia, ¿con qué derecho se afirma que han existido? ¿Acaso tenemos obligación de creer-

les por su sola autoridad contra el testimonio de los sentidos y de la ciencia?

Lo cierto es que tenemos derecho á preguntarles: ¿por qué esas especies intermedias no han dejado fósiles?

Habiéndolos de las especies completas ¿qué razón física ó fisiológica hay para que no los haya de las especies intermediarias?

En efecto: las excavaciones hechas en la tierra, la inspección de las cordilleras y el exámen detenido de todos los terrenos desde los primitivos hasta los de transporte y cuaternarios de la actualidad demuestran, tanto respecto al reino vegetal como al animal, que las especies fosilificadas fueron siempre de forma completa é independiente, *no de transición*, hallándose en un mismo terreno séres rudimentarios y mas perfectos existiendo simultáneamente.

Así, por ejemplo, en el golfo de Méjico, en la Florida y otros puntos de América se hallan bancos de coral, conchas y otros moluscos para cuya formación se han necesitado, segùn cálculo de los naturalistas, cien ó doscientos siglos, y las conchas de las primeras capas son tan caracterizadas como las de las últimas.

En los terrenos anteriores á la época moderna se han descubierto 400,000 animales y 200,000 plantas, fósiles segùn Facillon y Duchartre, en todos los cuales se observa perfectamentela distinción específica, mezclados sin embargo unos con otros, como lo están los seres que hoy viven, sin vestigio de transformación.

Y sobre todo, es tan insostenible en el terreno de los hechos el darwinismo, que podemos concederle lo que la paleontología desmiente, esto es, que los seres según las estratificaciones geológicas han aparecido en el órden de perfeccionamiento gradual con las especies intermedias.

¿Acaso probaría con esto sus transformaciones específicas el darwinismo?

De ninguna manera: porque tanto puede suponerse que han sido efecto de *generaciones expontáneas*, como de la *creación inmediata* del Hacedor. El hecho en este caso no prueba nada en pró de las teorías.

Pero, para última confusión del transformismo, eminentes sabios de la Academia de Ciencias de París, entre los cuales sobresale Pasteur acaban de demostrar en nuestros dias, con mùltiples y variados experimentos, *que las generaciones expontáneas son imposibles*, fundamento, sin embargo, de toda transformaciòn específica de los seres.

Con las demostraciones que acabamos de indicar á nombre de la ciencia, creemos quedará evidentemente probado que el transformismo no pasa de ser una de esas hipótesis imaginarias que llegan con el tiempo á ser una de las tantas invenciones que han pretendido presentarse con título de ciencia. La teoría de la evolución no es otra cosa que la repetición del decrépito transformismo de Heráclito y del anticuado monismo de Demócrito.

La teoría de la evolución ante las ciencias fisiológicas y antropológicas

Es imposible hacerse ilusión sobre la tendencia verdadera de la falsa ciencia, negar la existencia de Dios de todas las maneras posibles, y para ello ha ido á buscar los orígenes de la vida en un cùmulo de sistemas diversos á cual más descabellado. Así es como nacieron las hipótesis de la evolución y de la heterogenia. Dichos sistemas en realidad no hacen más que esquivar la dificultad; ellos solo conducen á hacer retroceder la creación en la oscuridad de los tiempos sin poder negar su necesidad y por consiguiente la necesidad de un Dios creador.

En efecto, no todo consiste en haber llegado á una forma primordial de la cual todas las demás hubieran deribado por evolución de un primer sér, *mónada*, *mónera ó protisto*, del cual todos los demas hubieran descendido. Hay algunos sábios cristianos que creen conciliable esta hipótesis con la revelación, si se exceptúa la creación del alma, que no puede explicarse por una evolución material. Más era preciso explicar, además, de qué manera esa primera forma apareció. Acorralado de esta suerte en sus últimas trincheras el libre pensamiento llega lógicamente á exclamar con Jhon Tyndall: «Dejando á un lado todo disfraz, yo creo deber haceros la confesión de que, remontándonos con la imaginación más allá de toda demostración experimental, *percibo en la materia la promesa y el poder de engendrar toda forma de la vida.*» Es la profesión de fe materialista más extravagante que haya sido formulada.» ¿Era ella sincera? Juzguese. «Yo os lo pregunto, añadía Tyndall ¿existe acaso la menor prueba de que una forma vital cualquiera, pueda ser desprendida de la materia sin existencia prévia demostrada? El hombre verdaderamente científico, en respuesta á vuestra pregunta, contestará francamente que *no puede aducir prueba alguna satisfactoria sobre el desenvolvimiento de la vida sin una vida anterior demostrada*».

¿Cómo, en efecto, admitir científicamente la generación expontánea, después de la memorable excitación hecha á la Academia de Ciencias por M. Balard, en nombre de una Comisión compuesta de MM. Flourens, Dumas, Bronguiard, Milne Edwars y Balard? Dicha exposición ha sido para las sanas doctrinas un gran triunfo; siendo ella en realidad un brillante homenaje rendido á la fé.

Pero el darwinismo acaba de recibir el golpe de gracia en el Congreso antropológico de Viena, en el que han tomado parte muchos sábios austriacos y alemanes, y entre estos el célebre sabio y profesor Wirchow.

Pues bien; en el discurso de inauguración del Congreso, el famoso naturalista ha hecho unas confesiones respecto de la tesis darwinista, que deben ser recojidas por todos

los apasionados de la ciencia, porque para nadie esas confesiones pueden ser sospechosas, procediendo de quien proceden.

«Cuando hace veinte años, dijo, nos reunimos en Inspruch, el darwinismo se presentaba con todos sus vuelos en el mundo y en el campo de la ciencia, y mi amigo Vogt se apresuraba á inscribir su nombre entre los de los campeones de la nueva doctrina....

¿Y qué he de decir ahora? En vano yo y otros hemos buscado el rasgo de unión ó punto de conjunción que debe unir al hombre con el mono; el *pro-antropos* no se ha encontrado todavía; la antropología ignora si existe. Tal vez algunos sábios lo hayan visto, pero solo en sueños, puesto que en realidad nadie lo afirma....

Hace veinte años, en Inspruch, se creía en la posibilidad de demostrar la manera de descendencia del hombre repecto del mono, y ahora la verdad es que ni siquiera podemos determinar la descendencia de las diversas razas...

Todas las razas vivas son completa y perfectamente humanas, y no se ha descubierto ninguna á la cual pueda darse la calificación de simíaca. Ni porque en algunos individuos se encuentran ciertas particularidades propias de los monos, como la conformación del cráneo, autoriza eso de ningun modo, ni aun á decir que tales individuos tienen algo de común con los monos. Respecto de los cráneos que proceden de los pueblos lacustres he podido someterlos á un exámen comparativo, cuyo resultado ha sido la comprobación de que hay semejanzas en las razas, pero al mismo tiempo la de que no hay ninguna de esas razas que salga del cuadro de la actual población del globo. Puede, por tanto, considerarse como un hecho fuera de toda duda que no se ha verificado modificación ninguna esencial en el hombre hace cinco mil años.»

No puede, por tanto, ser más terminante la condenación de la teoría transformista en su hipótesis principal.

Pero véase lo que el sábio Wirchow piensa de los progresos de la antropología en estos veinte años:

«Hace veinte años que los representantes de la ciencia antropológica se figuraban saber muchas cosas que de hecho ignoraban por completo. *Hoy sabemos lo que sabemos*. Por mi parte, al rendir cuentas, de lo único que doy testimonio es de que no hemos levantado empréstitos de hipótesis, y de que, por lo tanto, nadie ha de venir más adelante á echar por los suelos lo que hemos construido, y esto es porque no hemos construido nada.

Hemos allanado el terreno y reunido materiales que serán útiles á la generación venidera.»

Estas palabras en labios de un sábio como Wirchow nos vengan del charlatanismo de esos semisabios del día que, en ridícula competencia, erigen en dogma científico hipótesis que se desvanecen casi tan pronto como se aducen.

Y asi se ve vengada también la Biblia de los

necios que creían inferir á sus relatos mortales denegaciones.

Confirmación y aclaración de las doctrinas anteriores

El eminente sabio español Vilanova y Piera ha expuesto lo siguiente acerca de la tésis: «Tiempo transcurrido desde que apareció Adan sobre la tierra.» Las teorías prehistóricas nada pueden afirmar que contraríe la narración mosáica de la creación del mundo y de la antigüedad del hombre, ni para afirmar la existencia del hombre terciario.

Manifiesta que tocante al tiempo transcurrido desde que apareció Adan ó sea el hombre, sobre la tierra, nada sabemos de positivo, pues la ciencia séria no ha demostrado aun el cronómetro que ha de servir para apreciar las fechas de aquel y de otros acontecimientos análogos de la historia terrestre, pudiendo tan solo asegurar, conforme con los datos que poseemos, que la historia de nuestra especie excede con mucho de los estrechos límites que la escasez de materiales le había señalado, si quiera no con carácter dogmático, sin que esto arguya la menor contradicción con el Génesis, pues tampoco en este admirable relato se cita fecha alguna absoluta, limitándose á decir que en el último día ó *yom*, Dios creó al hombre

tomando un puñado de tierra é infundiéndole el espíritu que había de darle verdadera superioridad sobre todas las criaturas; y por cierto que esta manera de esplicar el orígen y procedencia del hombre, que la Iglesia nos lo recuerda todos los años el día de ceniza, podrá no ser muy poco científica, si se quiere, pero tiene el mérito de ser verdadera.

Dejando, empero, á un lado esta cuestión, á cuyo esclarecimiento la verdad es que la ciencia biológica sólo aparta hipótesis más ó ménos fantásticas, como el citado Vilanova lo ha demostrado, lo cierto es que los datos, no pre ni protohistóricos, sino los geológicos conocidos, en manera alguna contradicen la narración mosáica por lo que respecta á la antigüedad del planeta y del más excelso de sus moradores, hecho demostrado, entre otros autores, por el mismo profesor en el *Manual de Geología* premiado por el voto unánime de la Real Academia española de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, y en el *Compendio* que publicó al agotarse aquel.

Y entrando en el exámen del punto referente á la cuestión del hombre terciario, el doctor Vilanova declara que según el carácter que en dicho período geológico ofrecían la Fauna y la Flora, sería posible la existencia de nuestra especie, pues las condiciones climatéricas que á la sazón reinaban en nuestro hemisferio eran bastante favorables; pero después de hacer esta solemne declaración, aduce tan poderosos argumentos en contra de la realización del hecho, que hasta nuevos y más concluyentes

datos bien puede asegurarse que dista mucho de haberse encontrado.

Con este motivo traza la historia de las vicisitudes porque pasó el asunto; historia por todo extremo curiosa y que prueba la poca firmeza de las opiniones que sustentan ciertos sistemáticos, quienes comenzaron por creer en un principio que los hallazgos de los abates Bourgeois y Delaunay, de Ramés, Capellini, Ribeiro y otros naturalistas se referían al hombre mismo; pero reflexionando más tarde que estaba en abierta contradicción con la doctrina transformista la permanencia de los caracteres distintivos de nuestra especie durante un espacio de tiempo tan largo en el que todo variaba á su derredor, pensóse en mudar de parecer, lo cual es atributo de discreción, inventando á este propósito el Alalo de Hackel y el Antropopiteco de Mortillet, ambos á dos, ó uno y otro fundidos en cerebros exaltados por la pasión, considerados como nuestros legítimos ascendientes, con la particularidad de no haber visto ninguno de ellos el menor vestigio de semejante ser que, como producto de la fantasía, claro está que no entra en el dominio de la ciencia natural, cuya primera exigencia es la exhibición de objetos.

Resulta, pues, de este fiel relato, que, según los transformistas, no existe en el terciario el hombre propiamente dicho, sino el deseo de que se encuentre algún dia su inmediato antecesor, y según los naturalistas sérios y meticulosos, hasta el presente no se ha descubierto el menor vestigio de aquel

ni de este, pudiendo dudar, ya que no negar en absoluto, de la autenticidad y del verdadero yacimiento terciario de las obras que se les ha atribuido, obedeciendo á prejuicios más bien que al severo y detenido exámen del asunto.

La cosa varía totalmente de aspecto cuanse trata del período cuaternario, pues aquí, sin género alguno de duda, se encuentran restos del hombre mismo y de su tosca y naciente industria, debiendo citar, como una de las localidades más célebres en Enropa, la de San Isidro del Campo, de cuya formación diluvial, que forma igualmente el asiento de Madrid, procede el hacha amigdaloidea de pedernal como prototipo de los instrumentos más antiguos que se conocen, y que se repiten en todos aquellos paises del mundo donde el hombre comenzó por el llamado primer período de la piedra tallada ó arqueolítico, en demostración del carácter general que revisten las primitivas manifestaciones de la humana actividad. A este primer período siguió el llamado del cuchillo, de la punta de lanza, del raspador, etc., más tarde el hombre comenzó á servirse del hueso, asta de ciervo y marfil para fabricar diferentes útiles, distinguiéndose, entre todos, la aguja de hueso; iníciase la fabricación de la cerámica, y concluye el uso de la piedra, labrando la hacha pulimentada ó neolítica, á la que lenta y paulatinamente, y con carácter de indígena, siguieron las de cobre, calcadas exactamente sobre las anteriores; luego reemplazó el bronce al metal simple,

y por último, coronó la grandiosa labor humana el empleo del hierro, cuyo beneficio exige conocimientos superiores y la posibilidad de disponer de temperaturas tales, que solo ciertos y determinados hornos podían proporcionar.

Paralelamente á este desenvolvimiento arqueológico, se desarrolla la aparición de diferentes razas humanas, dando materiales ciertos y positivos á los estudios antropológicos y arqueológicos, los cuales, bajo la común denominación de protohistóricos, sirven hoy de sólidos cimientos al edificio grandioso de la humana historia, sin que haya la menor sospecha de que puedan ser algún día hostiles á nuestras creencias.

Importa, pues, sobremanera cultivar á fondo, y sin prevención alguna, los estudios geológicos, en los cuales estriba el conocimiento de la Protohistoria, convergiendo en un mismo punto ambas historias, á saber: la terrestre que concluye y la humana que comienza en lo que llaman los geólogos el Diluvio ó formación diluvial, acreditando una y otra la antigüedad del globo y la de nuestra propia estirpe, destinada á comprender y admirar la grandiosa y sorprendente obra de Dios.

Hasta aquí el dictámen del citado sabio, que es muy autorizado.

CONTROVERSIA EXEGETICO-CIENTÍFICA

Bajo este título vamos á ocuparnos de objeciones múltiples que nos servirán de ocasión para confirmar la verdad absoluta del cristianismo y de la Biblia, y para meter al mismo tiempo la sonda en esa llaga repugnante de la mala fe, que quísiera y no puede ocultar la incredulidad.

«La mentira no es un vicio sino cuando es perjudicial; es una virtud muy grande cuando produce un gran bien. Seamos, pues, más virtuosos que nunca.»

«Es necesario mentir, no con timidez y por algún tiempo, sino con atrevimiento y siempre....los grandes políticos deben engañar siempre al público.» Esta máxima que los necios atribuyen á los Jesuitas, es de Voltaire. dada á los corifeos de la impiedad en la Correspondencia general, carta del 21 de Octubre de 1736 y la del 4 de Febrero de 1762. He aquí la táctica del filosofismo y la daga envenenada con que pretendió herir directamente al cristianismo en el corazón.

Y á esta táctica responde la mayor parte de las objeciones contra la religión; pero al exponer la refutación de las mismas, se verá que nuestra causa es invulnerable.

Desde luego contra la doctrina bíblica de la repoblación de la tierra por los descendientes de Noè se objeta que la población del globo prueba por su número no haber podido descender de la sola familia de Noé.

Pues bien, con el mismo número un sábio cristiano que, por confesión de Condorcet, era «uno de los más extraordinarios y grandes hombres que ha producido la naturaleza,» tiene demostrado lo contrario. La población va siempre en aumento; luego, remontando á las épocas remotas, es siempre menor: siguiendo este cálculo, Euler ha llegado, sin exceder los tiempos señalados en la cronología sagrada, al número exacto de individuos que han repoblado la tierra. Pero hay más.- ¿Quienes fueron los primeros autores de las razas mangolas y etiópicas? se pregunta, porque nunca el coreo nacerá del negro, como ni tampoco el mandingo del georgiano?— ¿Y quién apoya este aserto concluyente? preguntaremos nosotros; pues no es más sorprendente el color negro de la piel que lo es el blanco.

El tejido mucoso *subcutáneo*, común á todos, tiene diverso color según el clima influyente; y esto es lo que hacía decir al célebre Camper, que todos tenemos la propiedad por la que podemos venir á ser negros. Los portugueses, desde muchos años há, establecido en el Africa, casi no se distinguen hoy de los

negros; ¿quién podría distinguir los indígenas de los judíos de Malaya, que se fijaron en las Indias después de la dispersión efectuada de resultas de la cautividad babilónica?

Portalis reconoció en virtud de la observación de los hechos de semejante naturaleza, hasta qué punto se modifican las especies mismas á causa de las regiones, y cuán absurdo sería suponer de lijero especies diferentes según las modificaciones dependientes de la temperatura.

¡La depresión del cráneo, el encogimiento del ángulo facial, la salida del juanete del carrillo, la proeminencia de las mandíbulas, el desarrollo occipital, modificaciones indefinidamente variables según las influencias atmosféricas y los hábitos ó costumbres, no pueden afectar el tipo esencial del hombre, la inteligencia! ¡la facultad de mezclarse y cruzarse con todas las razas, de aclimatarse gradualmente en todas partes, en fin de reunir eternamente en sí los dos caractéres de la unidad y de la universalidad! No se puede profundizar lo que ha tenido á bien la Providencia dejar sepultado en el orígen de los tiempos: pero ¿no es digno de notar que la ciencia humana, obrando por si misma, haya establecido la distinción de TRES grandes familias primitivas, de TRES primeros jefes de la especie humana, precisamente el mismo número que Moisés ha fijado en su historia? Lacápede ha escrito asi:

«La especie humana es sola en su género; pero se notan, en los individuos que la componen conformaciones particulares y heredi-

tarias, productos de causas generales y constantes, y que constituyen razas distintas y permanentes. La naturaleza del aire, de la tierra y de las aguas, la del suelo y de las producciones que él causa; la elevación del territorio por en encima del nivel de los mares; el número, la elevación y la disposición de las montañas; la regularidad ó las variaciones de la temperatura; lo intenso y duración del frío ó del calor, son causas poderosas y durables, que han criado, por decirlo así, las grandes razas de que se compone la especie humana.

Cuéntanse muchas, pero tres se distinguen por caractéres mucho más fáciles de conocer: estas tres son la caucásica, la mongola y la negra ó etiópica,...A proporción de como habitan en montañas ó en llanuras, cerca de los bosques grandes ó en la ribera del mar, en la zona tórrida ó cerca del mar Glacial; según se hallan expuestos á un calor excesivo ó á una temperatura benigna; á la sequedad ó á la humedad; á los vientos fuertes ó á las lluvias abundantes; y según la acción de estas diferentes fuerzas más ó ménos combinadas, pueden ofrecer y presentar, en efecto, grandes diferencias en su exterior y forman, por la naturaleza y el color de sus tegumentos, variedades subalternas, muy notables....La tierra nos muestra por todas partes el poder del suelo, de las aguas, del aire y de la temperatura sobre la organización y las facultades de la especie humana.»

La incredulidad pidió tambien al nuevo mundo argumentos en contra, por no tenerlos á la faz

de la experiencia. ¿Cómo hubieran poblado los hijos de Noé la América tan nuevamente descubierta, y ménos habiéndola encontrado habitada toda ella, con su civilización, sus costumbres características, y formas de gobierno?

Ante todo, está constatada científicamente la unidad de la especie humana comprendida áun las variedades de la raza americana y aunque ignoremos como se verificó la población ó emigración de los habitantes del Nuevo Mundo con respecto del Antiguo, esta no es razón para negar la unidad de descendencia científicamente demostrada. Por lo demas el *americanismo* ó ciencia prehistórico arqueológica sobre la América indígena ha adelantado mucho en nuestros dias, y hemos contestado á todas estas cuestiones en una obra titulada « América Precolombiana » á la que nos remitimos.

En ella hemos tratado especialmente de la unidad de la especie humana.

Mas bien nos ocuparémos ahora de decir una palabra sobre el pretendido estado de naturaleza del hombre salvaje, considerando como estado primitivo el del habitante de las cavernas vestido de piel de lobo, con una media calabaza por sombrero, desgarrando con sus uñas el lomo de una liebre, tomada en la carrera.

Gracias á Dios, estas insulceses no están por ahora en boga; el buen juicio del mundo sabio ha hecho justicia en esta parte; sin embargo digamos algo en razón de algunos discípulos porfiados.

Jamás ha existido el hombre salvaje propiamente tal, y no podía ser que existiese. El hombre que se quiere llamar salvaje es el hombre degradado.

El hombre llamado primitivo es mas bien el hombre expelido voluntariamente, ó por una fatalidad, de la sociedad general, reducido á ser una desmembración del cuerpo social, y por consecuencia, á la desmembración de tradición, como efecto de una desmembración de inteligencia y humanidad. El salvaje, muy lejos de ser el hombre que comienza, es el hombre que acaba. Lleva sobre sí el anatema que cayó sobre los trasgresores de las leyes providenciales; está sustraido de su destino y no es mas que un niño robusto y feroz.

Se borraron en él los signos de la previsión y perfectibilidad, olvida y no aprende nada: el progreso está prohibido para él. La observación le muestra en estado de decadencia y de aminoración gradual. «El salvaje corta el árbol para recoger el fruto, desunce el buey que le acaba de confiar el misionero, y le pone á cocer al fuego, que hace con la madera del arado. Tres siglos hace que nos mira y nos observa, sin haber querido recibir nada de nosotros, sino la pólvora para matar á sus semejantes, y el aguardiente para matarse á sí propio.... y ni por eso ha imaginado fabricar uno ú otro.... él es ladrón, cruel y disoluto, aunque de otro modo que nosotros, quienes para ser criminales nos elevamos sobre la naturaleza pero el salvaje la sigue; siente apetito por

el crímen y no sus remordimientos.» Lejos de propender al adelantamiento, se siente siempre inclinado á la degradación y á la muerte.

Se acorta el diccionario de su idioma, y sus anales orales se deshojan; no va sino para atrás, y cejando se aproxima cada vez mas al embrutecimiento bestial. ¡Este es *el hijo de la naturaleza!* ¿No estamos ya en el caso de preguntar, «quien es esta mujer?» — En cuanto á la infancia de la lengua salvaje, la reconocemos, pero como lenguaje propio de la caducidad, como la incoherencia y la penuria de una memoria que se extingue.

Recordemos una verdad que se afecta ignorar ó desconocer.

Jamás el hombre nació fuera de la sociedad; ella es su natural destino, luego se le dieron todas las condiciones de la existencia social simultáneamente. Los animales al nacer han recibido una experiencia ya formada, los medios industriales necesarios á la conservación y reproducción de su especie. El hombre solo, entre los seres organizados se mira enviado á la tierra y puesto en ella sin defensa, sin poder nada, sin saber nada; debiendo tenerlo todo de la familia, que todo tiene de la sociedad, quien lo recibe todo de la tradición, para que lo mútuo de las necesidades conserve lo recíproco de las relaciones, orígen único del progreso. Por consiguiente, el primer vínculo de las relaciones, el poder fundamental, la ley orgánica de la sociedad, es la palabra. La palabra debió por

lo tanto ser completa desde su orígen, así como también expontánea; porque la palabra y el pensamiento son tan idénticos, que no es posible dividirlos. Es necesaria è indisoluble tal unión. No se puede pensar sin palabra. Porque para hablar el pensamiento, es necesario pensar la palabra. La palabra en el hombre es una necesidad fisiológica. Ella forma el tipo esencial y divino de la humanidad; por esto el escritor sagrado, con su candor sublime, da el nombre de *alma que habla* al hombre, para distinguirle de los *animales mudos* de la tierra.

Euler reconoce que «sin tener una lengua, nosotros mismos casi no estariamos en estado de pensar.» — Rousseau confiesa que «la palabra parece haber sido muy necesaria para establecer el uso de la palabra.» El hombre ha recibido como una simple facultad el don del pensamiento y la palabra, Los nombres dados á las cosas son verdaderos y sustanciales, como lo advierte Platon, y tienen una relación ineherente con cada cosa por ellos expresada. Esta nominación no tuvo nada de arbitrario. Se le enseñó al hombre el lenguaje. El Génesis da cuenta de esta primera lección que dió el Criador al primer hombre Adan. Dios le hizo que diera el nombre á todos los animales (el nombre con efecto es la primera y la más sencilla operación del pensamiento hablado), y Adan impuso á cada uno el nombre que le convenia. El hombre por sí mismo no hubiera podido formarse una lengua. Admitiendo como suposición gratuita que

hubiese descubierto el sustantivo, nunca hubiera podido concebir el verbo, que por si solo abraza el tiempo, contiene el recuerdo, y la previsión; el verbo, que es para el discurso lo que para el cuerpo el alma, el principio viviente, lo que se ha llamado por excelencia *palabra*, *verbum*, porque cuando falta de la frase, según observa Plutarco, «ya no habla el hombre y solo *mete ruido*.» ¿Cómo hubiera podido el hombre inventar el lenjuaje, pues que, imaginando nuevos objetos, no puede, en el estado actual, crear una palabra que los caracterice, y no lo logra sino auxiliado de los nombres antiguos? Uno de los césares intentó añadir tres letras al alfabeto romano; pero el poder imperial no pudo darles vida; ¿como hubiera el hombre formado el espíritu ni organizado el mecanismo de una lengua, con sus lenguas, leyes, relaciones y excepciones infinitas? Desfalleció la capacidad inmensa de Lebnitz en una empresa semejante, cual es tratar de formar una lengua, y no pudo hallar otras leyes que las existentes. Y consiste en que la palabra salió del poder del signo, y no es más que la precisa manifestación de una ley contemporánea, sino anterior, y es la escritura. Y en razón de esta verdad primordial se nos ha demostrado que no ha podido el hombre formar su lengua. «Toda lengua se forma de la composición y descomposición de sonidos; así es que no se pueden descomponer los sonidos, sinó que una lengua escrita, quiere decir ya descompuesta.»

Esta opinión que, por lo estrecho de nuestros límites, no podemos desenvolver, es la mas moderna y la más racional. Un profesor de análisis de la Escuela Normal tiene afirmado, «que no piensa el hombre sino porque habla;» después ha dicho un sabio filósofo. «El hombre no habla sinó porque alguno le habló.» ALGUNO. ¿Quién es este personaje? En el día, no siendo más de una media docena de veteranos del materialismo, que no admiten de modo alguno á Dios criador, ni tampoco, bajo el título modesto de ALGUNO, sería muy difícil hallar un hombre instruido que se atreviese á atribuir al hombre la invención del lenguaje.

Las lenguas y los dialectos vivos en el globo, pueden reducirse á tres clases: *simples*, por *flexión*, y por *aglutinación*. — « Estas tres clases etnográficas corresponden á las tres divisiones más grandes del globo. Los hechos recogidos hasta el presente, acerca de todas las lenguas conocidas, demuestran que el mundo antiguo, que las tiene todas tres, parece ser el solo que tenga las verdaderas lenguas por flexión; que el mundo nuevo, desde una extremidad á la otra, ofrece en su vasta superficie lenguas por aglutinación, y que el mundo marítimo no presenta todavía en todos sus idiomas conocidos sinó lenguas simples. Esta conclusión á que nos han conducido nuestras diligencias sobre la clasificación etnográfica de los pueblos, continua M. Balbi, excita esta reflexión notable: hallamos justamente en el mundo antiguo, en que Moisés nos presenta el orígen de las sociedades y la cuna de todos los pueblos de la tierra, las tres clases, esencialmente distintas, á que piensa el célebre baron de Humboldt se pueden reducir las formas gramaticales de la maravillosa variedad de idiomas conocidos. »De las sábias investigaciones de M. Balbi, que ha formado la estadística más completa, la más exacta, la más científicamente garantida sobre las lenguas é idiomas conocidos en el día, porque todas sus clasificaciones estriban en la opinión de los filólogos más distinguidos,... resulta que casi todas las lenguas tienen una conexión mayor ó menor con el hebreo; que cuanto más aislados y salvajes están los pueblos, mas resalta esta conexión, y que cuanto más se civilizan, tanto mas se debilita y pierde. Un navegante que ha llegado á una de las mas altas latitudes australes, el capitan Weddel, ha observado en el lenguaje de ciertos pueblos de la América setentrional analogías muy notorias con el hebreo. Muchos idiomas de la polinesia afectan formas estrictamente hebreas. El notable lengüista Schlegel ha notado en la lengua peruviana expresiones derivadas del *sanscrito*, y el profesor Barton concluía por las numerosas coincidencias de los nombres y de las significaciones que hallaba en los dialectos hablados en Asia y América, que estas diversas lenguas derivaban de un orígen común.

Al aspecto de esta semejanza de familias el publicista francés Ortolan escribió esta sencilla y notable aserción: «Las lenguas del

oriente y occidente vienen de Dios, las del sur y del sententrion vienen de Dios.» Siempre la ciencia mas elevada descubre la mas alta verdad; así es que, para confusión suya la incredulidad apeló al Nuevo Mundo, á sus llamados indígenas, que quiere sean primitivos, y á su lengua todavía informe. La ciencia natural y la antropología distinguieron los TRES grandes troncos de las razas humanas; la etnografia, la lingüistica, han establecido las TRES grandes divisiones de las lenguas, y reconocido por su patria común el pais que el Génesis refiere haber sido el primero habitado.

II

Astronomía y Cronología

Desesperando ya el filosofismo de hallar en la tierra un cómplice, trató de hacer mentir á los cielos: quiso sobornar á los planisferios y signos astronómicos de los pueblos. Con el intento de oponerse á la cronología de Moisés por medio de la cronología de las naciones, desplegó un lujo de erudición planetaria, zodiacal y telescópica, con que se deslumbró la numerosa ralea de los semisábios. Anunció monumentos que con *certeza* refería á ¡QUINCE MIL AÑOS! el estudio de los astros. Veamos cuanto han rebajado las ciencias positivas esta pretensión gigantesca.

Un orientalista incrédulo se atrevió á afirmar sobre los zodiacos del alto Egipto: « Quedará como cosa constatada que la división actual del zodiaco, tal como la conocemos, se ha establecido entre los egipcios cerca de QUINCE MIL AÑOS antes de la era cristiana; que se conserva todavía sin alteración, y ha sido trasmitida á todos los demás pueblos.»

Pero es sabido en primer lugar que la naturaleza se opone á esta fabulosa antigüedad. Lèase su testimonio. «La costa de Arabia sobre el mar Bermejo está toda llena de Bancos de coral, que hacen difícil y penoso el abordar. Estos bancos son obra y habitación de los pólipos, que á proporción de como trabajan, abandonan sus primeras moradas, sobre las que comienzan á edificar. En los climas cálidos los pólipos estan siempre trabajando, no cesan de multiplicarse y de construir; de lo cual resulta que aumentan de un modo visible la masa de sus habitaciones, que no se arruinan de viejas, por ser de la misma materia que las conchas.» Así lo declara Deluc.

Ghalefka, ciudad en otro tiempo célebre del Arabia, es ahora un lugar malo cuyos habitantes, poco numerosos, viven de dátiles y pesca, la Costa está hoy tan llena de bancos de coral, que su puerto es impracticable aun para los barcos pequeños. Se observa el aumento rápido de estos bancos de coral, á ciertas le-

guas al norte de Motka. Si no ha sido necesario más que algunos siglos para volver impracticables un puerto y las costas vecinas, resulta esta consecuencia rigurosa, que todos estos parajes serían innaccesibles á los navíos un número de siglos há, si el mar Bermejo y sus costas existieron QUINCE MIL AÑOS antes de la era cristiana, lo que supondría aun muchos millares de años anteriores. El mar Bermejo, que es estrecho y de poca profundidad, estaría totalmente obstruido.

Los bancos de coral existen al rededor de un gran número de islas, situadas entre los trópicos y se extiende al rededor de la nueva Caledonia. «Estos *poliperos*, dice Billardiére, cuyo aumento contínuo obstruye cada vez más la madre de los mares, son muy capaces de intimidar á los navegantes. Muchos fondos bajos que aún ofrecen hoy paso, no tardarán en formar escollos muy peligrosos.» ¿Por medio de qué hipótesis se pueden hoy destruir tales hechos?..

En una sesión de la academia de las Ciencias, M. de Paravey trastornó la teoría de Dupuis, de Volney y Fourier sobre la fabulosa antigüedad del mundo. El resúmen de M. de Paravey se admitió en nombre de la academia de las Ciencias por los señores Delambre, Ampére y Cuvier.

Estos resultados positivos y matemáticos, obtenidos por M. de Paravey, los confirmó algunos años despues M. Champollion por medio de geroglíficos.

Ademas del zodiaco de Dénderah, se hablaba del zodiaco de Esnéh (la antigua Latópolis), y aun se decía que este último era más antiguo.

M. Champollion ha leido la data del zodíaco de Denderah. Se hizo después de Domiciano, M. Champolion ha leído la data del zodíaco de Esnéh. En él está escrito el nombre de Antonino Pio. Conque ambos á dos son posteriores al establecimiento de nuestra éra.

En tanto que descubria M. Champollion su verdadera y real data por el alfabeto *fonético*, por otro lado, procediendo por la ciencia de las antigüedades griegas, M. Letronne llegaba al mismo resultado, y había encontrado en las inscripciones de los templos de Esneh y Dénderah, los nombres que se acababan de leer en las leyendas geroglíficas.

« Los zodiacos egipcios, dice este sabio arqueólogo, caidos así de la antigüedad remota que tan generosamente se les había dado y del carácter puramente astronómico que se les había supuesto, perdieron casi toda su importancia.»

Entre los *egipcios*, los mas antiguos monumentos astronómicos de que hacen mención Hiparco y Tolomeo, son algunos eclipses de luna, entre los cuales el mas antiguo se observó en Babilonia, 721 años antes de J. C.

Estos dos autores, los dos primeros astrónomos del mundo antiguo, no se han dignado hablar casi de los 373 eclipses de sol y de ols 832 de luna, de que, segùn el relato de

Diógenes Laercio, las tradiciones egipcias conservaban memoria.

En cuanto al año grande ó período sótico, que tanta bulla metió, porque siendo su curso de 1460 años había debido, dicen, volver á dejarse ver muchas veces para haber hecho estudios sobre él, lo que suponía la mas remota antigüedad; ha bastado observarle con alguna atención en una sola parte, para conocerle por entero, con la poca precisión que tenía entre los egipcios.

La gran revolución del zodiaco al rededor de los polos de la eclíptica no se conoció en las orillas del Nilo, sino en tiempo de Hiparco, cerca de doscientos cincuenta años antes de Jesucristo.

Nada importa: se la hizo entrar posteriormente en las antiguas descubiertas del Egipto, y en ella se fundó el periodo de ¡treinta y seis mil años!

Esta revolucion es la que se llama en nuestros dias en astronomía *precesiön de los equinoccios*. Hagámosla sensible con un ejemplo.

Tírese una linea recta desde el centro de la tierra á la intersección occidental de la eclíptica y del ecuador, y prolónguesela indefinidamente en la región de las estrellas; la estrella que está á la extremidad de esta línea este año al tiempo del equinoccio de primavera, estará mas oriental 50 segundos y 20 tercios de grado al tiempo del equinoccio de la primavera que viene; de 100 segundos y 40 tercios al tiempo del equinoccio de la primavera siguiente, y lo mismo continuando

á proporción por las primaveras, de suerte que necesitará esta estrella 25,740 años para volver á la misma intersección de la eclíptica y del ecuador al equinoccio de la primavera.

Esta revolución, desconocida por los antiguos egipcios, descubierta por Hiparco, conocida todavía con poca exactitud por el tiempo de Tolomeo, fué evaluada por este último astrónomo en acerca de 36,000 años, aunque no sea ella mas que de 25,740.

En apoyo de esta fingida autoridad venía el famoso círculo de oro de 365 codos de circunferencia, que adornaba el sepulcro de Osimandias, y que servía para dividir el año en 365 dias, y para dirigir las observaciones astronómicas.

Entre los caldeos, donde los astrólogos se alababan de tener cuarenta y siete mil años de observaciones, nada se ha podido hallar que justificase tales asertos, como ellos los presentan. Después de la conquista de Babilonia, Calistenes, á petición de Aristóteles y de órden de Alejandro, hizo las más grandes diligencias en esta ciudad. Los monumentos astronómicos por él hallados no suben más que á 700 años, según Efigenio y Plinio.

El historiador de la astronomía, M Delambre asegura « que á los caldeos, los chinos y los indios les es del todo estraña la astronomía matemática. No tenemos monumento alguno un poco antiguo de sus conocimientos. Todo se reduce, en cuanto á los chinos é indios, á obras bastante modernas; y en

cuanto á los caldeos y egipcios, no se cita en favor suyo más que algunos testimonios vagos é insignificantes de escritores que no se les tiene por muy capaces de tratar estas materias.... No hay medio alguno para formarse alguna idea precisa de la ciencia de los antiguos en astronomía y en caso de haber existido esta ciencia, se han perdido las pruebas. » El sabio Klaproth ha dicho, y nótense bien sus palabras: « Las tablas astronómicas de los hindús, á las que se habia dado una prodigiosa antigüedad, se han formado en el siglo séptimo de la era vulgar, y posteriormente se les ha hecho subir, por unos cálculos, á una época anterior. » Acabemos: serían supérfluas otras pruebas; acabemos, recordando siempre la opinión de un hombre cuyo solo nombre tiene autoridad decisiva, ¡y es Cuvier!

« Todos los esfuerzos del talento y la ciencia (que hizo en otro tiempo la impiedad, para encontrar el zodiaco de Dénderah de una fecha precedente al diluvio) han venido á ser supérfluos, después que acabando naturalmente por donde se debiera comenzar, si no hubiera cegado la prevención á los primeros observadores, se han tomado el trabajo de copiar y de restituir las inscripciones griegas grabadas en estos monumentos, y sobre todo después que M. Champollion ha llegado á descifrar las que se contienen en los geroglíficos. Es cierto por ahora, y las inscripciones griegas se acuerdan para probarlo con las inscripciones geroglíficas, es cierto, decimos, que los templos

(egipcios) en los que se han esculpido zodiacos, se han construido bajo la dominación de los romanos... De este modo se han desvanecido para siempre las consecuencias que se habian querido sacar de algunos monumentos mal explicados, contra lo nuevo de los continentes y de las naciones. » Añadamos, y por consecuencia contra la veracidad del Pentateuco.

III

Los auxilios que había esperado la incredulidad de los planisferios, los aguardaba igualmente de la cronología, para mostrar que los hombres, echados en la tierra desnudos, habian inventado la sociedad, y justificar por este medio sucesivamente los quince mil años de los estudios egipcios, los cuarenta y siete mil de trabajos caldeos en astronomía, y los *millares de siglos,* de que habla *con certeza.* Esta venerable antigüedad hacía muy mezquina é ignorante la tradición de Moisés, dando apenas cinco mil años á la habitabilidad de nuestro planeta terráqueo antes de Jesucristo. Para mejor desacreditarla, se trató de discordarla consigo misma, oponiendo á la traducción Vulgata la versión de los Setenta: lo cual daba que hacer á los cristianos sencillos poco instruidos. Se aseguraba que la Iglesia, por su

adopción de la Vulgata, había condenado formalmente el texto de los Setenta; y la impiedad tenía un interés directo en sostenerlo, como será fácil de conocer.

La Vulgata y la versión de los Setenta están conformes en cuanto al dogma, la moral, los hechos históricos; pero difieren en cuanto á los tiempos cronológicos. — El autor de la edición Vulgata, San Jerónimo, vió que todos los manuscritos hebreos del Antiguo Testamento, que había procurado recoger, tenían una misma cronología; pero esta cronología se diferenciaba, mas que en otra parte en el Pentateuco, de la de los Setenta: esto fué lo que le determinó á restablecer la cronología del texto hebreo en la traducción que hizo.

Para explicar esta diferencia, piensan los sabios que en los manuscritos antiguos del Pentateuco, hubo por una falta de los copistas una trasposición de un signo ó de una letra (número) que expresaba un siglo en la edad de ciertos patriarcas; y que los Setenta no hicieron mas que reponerla en su lugar, haciendo esta misma reposición por do quiera que juzgaron necesario hacerlo, ya con arreglo á cualquier manuscrito mas correcto y mas auténtico. Algunos sabios piensan ademas que era costumbre antigua entre los hebreos el suponer ó dar por sobreentendido en el cálculo, el signo numérico que expresa el primer siglo, y que los Setenta juzgaron á propósito expresarle y no suponerle en su traducción. — Las letras del alfabeto tuvieron en todo tiempo el oficio de números entre

los hebreos. — Hay entre estas letras muchas que, siendo de diferente significado alfabético y numérico, no se distinguen sino muy poco en su figura lineal y visible, habiendo sido, por consecuencia, muy fácil á los copistas el confundir alguna vez unas con otras.

La versión de los Setenta no ha sido una alteración, sino más bien una explicación de los libros de Moisés, explicación conforme con la tradición nacional y el uso recibido, sin lo cual toda la nación judía, que manejaba estos libros divinos, y que los leía por lo menos todos los sábados, lejos de adoptar esta traducción, hubiera dicho era una corrupción, impostura y sacrilegio. San Ireneo, San Clemente Alejandrino y San Teodoro miran como verdadera y santa la versión de los Setenta; San Hilario declara que en los pasajes en que varíen las traducciones, se debe consultar la versión de los Setenta (1). Esto es lo que reconoce el mismo San Jerónimo en su prefacio de la Vulgata. « Post Septuaginta nihil in sacris litteris potest immutari vel perverti, quin eorum translatione omnis fraus et dolus patefaciat. » Esta versión es la que han usado los apóstoles, los evangelistas y los Padres. Estuvo siempre en vigor en la Iglesia griega. La antigua Vulgata, usada en la Iglesia latina hasta el tiempo de la versión de San Jerónimo, era una traducción de la versión de los Setenta; y la versión Vulgata de los Salmos, aun usada en el día, y declarada como auténtica

(1) HILAR., *In psalm.* CXXX, n. 24.

por el concilio de Trento, viene de esta versión antigua, tomada del griego y de la versión de los Setenta. — El sexto concilio general de Constantinopla ha seguido la cronología de los Setenta. — La Iglesia romana, en su Martirologio, se regula por la suputacion de los Setenta con preferencia de la que trae la Vulgata. — ¿Ha condenado la autoridad eclesiástica la versión de los Setenta, según estos hechos? Leamos el texto del concilio: « Establece y declara el santo sínodo que la traducción antigua y vulgar (la Vulgata) aprobada en la Iglesia por el uso largo de tantos siglos, será tenida como auténtica en las lecturas y controversias, predicaciones ó disertaciones públicas. Que bajo ningún pretexto, ninguno tenga la presunción ó el atrevimiento de desecharla....» — « Esta órden del concilio, dice el sabio Hug, no es, y por su naturaleza no puede ser una decisión dogmática; es un reglamento de disciplina hecho por las circunstancias del momento (1). » Se ve que al declarar el concilio auténtico la Vulgata, no ha pensado imponer la obligación de creer sus fechas, sino decir únicamente que no contenía ningún error en materia de fé, y que quedaba adoptada para el uso de la Iglesia latina.

El filosofismo tenía gran cuidado de afirmar lo contrario, y pronunciar por sí mismo la exclusión de los Setenta; porque su versión mata la suya irremisiblemente. El sabio mas universal y más enciclopédico que

(1) CELLERIER

citar se pueda, Fréret, decía de la cronología de los Setenta: « Siempre me ha parecido preferible á la de la Vulgata y á la del manuscrito de los Masoretas.... La variedad de estos manuscritos, todos igualmente autorizados, nos deja la libertad de elegir, y nos ha permitido preferir el que facilita mas el acuerdo de la cronología de las historias profanas con la de la Escritura (1). »

Hácia la misma época, un profundo matemático, el presbítero Para du Phanjas, pensaba que « la cronología de los Setenta es como necesaria para conciliar la historia del diluvio con los monumentos históricos de las naciones egipcia, caldea, china, etc. (2) » M. de Férussac ha reconocido con M. Champollion que, « siguiendo la cronología de los Setenta, adoptada por los Padres de la Iglesia, basta para darse razón de todos los hechos históricos (3). Con san Pablo, y san Lucas el presbítero Greppo ha seguido la cronología de los Setenta, que tambièn parecen haber adoptado los arqueólogos de Alemania, y que camina á un *sincronismo* perfecto con los resultados de las ciencias modernas. (4)

Los egipcios y los caldeos se habían esforzado en robarnos la verdad, sustituyéndole fábulas, contando millares de años; las diligencias de los sábios han hecho se desvanezcan estas vanas pretensiones. ¿Dónde

(1) Hist. de l'acad. des Inscr.
(2) Filos. de la Relig.
(3) Bulletin universel.
(4) Es de notar sin embargo que no exíste cronología cierta en la Biblia, y mucho menos que sea un dogma.

están los defensores de los 36,525 años de la existencia egipciaca, de los cuales 30,000 son para el reinado del sol, y 4,000 para el reinado de los semidioses? «Parece se ha desvanecido mucho la singular pretensión que se ha tenido de exagerar la antigüedad de los chinos, de su ciencia y su astronomía,» decía el famoso Lalande (1).

Los libros mas auténticos de los indios desmienten por los caractéres intrinsecos, muy fáciles de reconocer, la antigüedad que estos pueblos les atribuyen. Si se juzga por el calendario apropiado á los Vedas, y al que se refieren ellos, así como por la posición de los coluros, indicados por este calendario, pueden tener estos libros la antigüedad de 3,200 años, lo que casi sería la época de Moisés (2). Bailly reconocía que las trazas de astronomía conservadas entre los diferentes pueblos del Asia, no suben más que á 3,000 años antes de nuestra era (3). ¿Qué valor pueden tener las listas de los reyes indios, que los panditos dicen haber hecho según los Puranas? El uno de ellos ha convenido en que se ponían en ellas nombres imaginarios y arbitrariamente, para llenar los vacíos que había entre los reyes célebres (4); ¡y hé aquí como las tablas de Trivalore, tan famosas, que se las hacía llegar á la época de Cali-Yug, están escritas con la fecha del siglo trece (5)!

(1) *Principios de la sana Alos.*
(2) COLEBROOKE, *Mem. de Calcuta.*
(3) BAILLY, *Lettres sur les Sciences.*
(4) WILFORT, *Mèm. de Calcuta.*
(5) BENTLEY, De l'antiquité du Surya.Sidhanta.

«Remontando por la historia de cada nación, dice Fréret, se halla siempre más ó menos alta una época sobre la que las tradiciones dejan de ser históricas.... Descendiendo de esta época, las tradiciones se hacen históricas, y son las solas que merecen ser estudiadas por un cronologista y comparadas con el relato de Moisés (1).»

«Moisés solo, según observa De Guignes, nos ha referido en pocas palabras la condición de las generaciones que han precedido al diluvio, y es cosa digna de nota que las historias de todas las naciones se paran como de concierto, hácia el tiempo en que se aproxima esta gran catástrofe (2).»

«Mis diligencias, dice Champollion, según los datos mas auténticos de las inscripciones regias del Egipto, han justificado este resultado capital, que ningún monumento conocido de este pais sube más allá de la décimasexta dinastía egipcia de Maneton, á quien todos los escritores eclesiásticos hacen unánimemente el primer rey, contemporáneo de Abrahan. Con que la historia del Egipto por sus monumentos no se extiende más allá del vigésimo tercero siglo anterior á la era vulgar, y por consecuencia queda en los términos de la cronología de Moisés, según el texto de los Setenta, texto que los mas sábios padres de la Iglesia se han formado como una obligación de seguir escrupulosamente.... Esta cronología deja siete siglos

(1) *Mém. de l' acad. des Inscript.*
(2) De Guignes, Histoire des Huns.

entre la época que señala para el diluvio, y la décimasexta dinastía egipcia reconocida por los monumentos. Con que, ni la geología ni la erudición pueden ofrecer algún argumento contra el relato de Moisés, historiador de los tiempos primitivos (1).

«Ningún monumento antiguo de la historia profana, aún de los subsistentes en nuestros dias, y remontando á una época cierta, contradice á la data señalada por el diluvio, según el texto griego de la Biblia de los Setenta (2).»

El inmortal Cuvier ha escrito: «Por todas partes la naturaleza tiene para nosotros un mismo lenguaje, por todas partes nos dice que el órden actual de las cosas no vá muy alto, y lo que es muy digno de advertir, en odas partes el hombre nos habla como la naturaleza, sea que consultemos las verdaderas tradiciones de los pueblos, sea que examinemos su estado moral y político, y el progreso intelectual á que hallan llegado al momento en que comienzan sus monumentos auténticos. En efecto, aunque á primera vista las tradiciones de algunos antiguos pueblos que atrasan su orígen tantos miles de siglos, parezcan contradecir mucho á esta novedad relativa del mundo actual; cuando se examinan más de cerca estas tradiciones, poco se tarda en conocor que no tienen nada de histórico.

(1) Champollión-Figeac, citado en los Anales de filosofía crist.
2) Champollion-Figeac.

«El primer historiador profano de quien nos quedan algunas obras, Heródoto, no tiene dos mil trescientos años de antigüedad. Los historiadores anteriores á quien ha podido consultar, no tienen mas antigüedad que un siglo anterior á él... No había antes que ellos más que poetas. Homero, el más antiguo que se conoce, no ha precedido á nuestra edad más que 2,700 á 2,800 años. Cuando estos historiadores hablan de acontecimientos antiguos, ya de su nación ya de las vecinas, no citan más que las tradiciones orales, y no las obras públicas.

«Un solo pueblo nos ha conservado anales escritos en prosa antes de la época de Ciro, y es el pueblo judío... No se puede seguramente dudar de que sea este escrito el mas antiguo que posea nuestro occidente.

«Con que, esta obra y todas las que después se han hecho, por muy extraños que fuesen sus autores para Moisés y su pueblo, nos presentan las naciones de las orillas del Mediterráneo como nuevas; nos las demuestran aun como semisalvajes algunos siglos antes; nos hablan todas de una catástrofe general, de una irrupción de aguas que ocasionó una regeneración casi total del género humano, y no hacen subir la época á un intervalo muy distante. El texto del Pentateuco, que es el que alarga más este intervalo, no pone la tal irrupción sino á veinte siglos antes de Moisés.

«Las tradiciones poéticas de los griegos, orígen de toda nuestra historia profana con

respecto á estas épocas remotas, nada tienen de contrario á los anales judíos; antes bien, se acuerdan perfectamente con ellos por la época en que ponen á los colonos egipcios y fenicios, que fueron el gérmen para la civilización de la Grecia.

«Los que quieren atribuir á los continentes y establecimiento de las naciones una muy remota antigüedad, se ven precisados á recurrir á los indios, caldeos y egipcios; tres naciones que parecen con efecto, las mas antiguas en civilización, de la raza caucásica....

«Pero entre los indios, aunque tienen una infinidad de libros de teología mística ó de metafísica abstrusa en poder de los bramas, los que la ingeniosa perseverancia de los ingleses por fin ha venido á conocer, nada existe que pueda instruirnos con órden sobre el orígen de su nación y sobre las vicisitudes de su sociedad... Sin embargo, se escapan por entre todas las fábulas braminas señales cuya concordancia con lo que resulta de los monumentos históricos más occidentales hace admirar á cualquiera. Por tanto, su mitología consagra las destrucciones sucesivas que la superficie de la tierra ha experimentado y debe aun padecer en lo futuro, y la última no la ponen mucho más allá del año 5,000... También es muy digno de atención que en sus listas de los reyes, tan poco históricas, como son, ponen los indios el principio de sus soberanos humanos en una época casi la misma que aquella en dónde Ctésias hace comenzar los reyes

de Asiria: casi cuatro mil años antes del tiempo presente, mediante una lista absolutamente de la misma naturaleza.

«En cuanto al Egipto, en Sethos es donde comienza Heródoto una historia racional, y lo más digno de advertir, es que comienza por un hecho concordante con los anales hebreos, ¡por la destrucción del ejército del rey de Asiria, Sennaquerib!... Con respecto á los caldeos, debemos tener presente que atribuye Heródoto únicamente á la supremacia de los asirios 250 años de duración, y la hace subir en su orígen solo ocho siglos antes que él. Por último, en la época únicamente en que comienza lo que se llama comunmente segundo reino de Asiria, es cuando la historia de asirios y caldeos principia á ser clara, en la misma época en que la de los egipcios viene á ser clara también, cuando los reyes de Ninive, de Babilonia y Egipto comienzan á encontrarse y combatirse en el teatro de Siria y Palestina...»

Diremos de los árabes y persas, de los turcos, mongoles y los abisinios del día, lo mismo que de los armenios: sus libros antiguos, si los han tenido, ya no existen; no tienen otra historia antigua más que la por ellos trabajada poco ha, y modelada por la Biblia.

Para encontrar datos auténticos del principio de los imperios y trazas del grande cataclismo, es preciso ir mas allá de los grandes desiertos de la Tartaria.

Hácia el oriente y el norte habita otra raza cuyas instituciones todas, costumbres y

método, se diferencian tanto de los nuestros como en figura y temperamento...

El libro mas antiguo de la China, el *Chou-King* comienza la historia de este pais por un emperador llamado Yao.... Este Yao es, según unos, de 4163 años; segùn otros, de 3943 antes del tiempo actual....

« ¡Es posible, exclama el ilustre geólogo Cuvier, que un mero acaso dè un resultado tan manifiesto, y que haga subir casi á cuarenta siglos el origen de la tradición de las monarquías asirias, indiana y china! Las ideas de los pueblos que tan poca relación tienen entre sí, cuya religión y leyes no tienen nada de común, ¿ se acordarían entre sí sobre este punto, si no tuvieran la verdad por base ? »

Así se desvanecen á la luz de una sana crítica los sueños de la vanidad nacional ó de la imaginación desarreglada de algunos pueblos y sus falsas preocupaciones, con que se quiso armar la filosofía moderna para combatir la cronología y autoridad de los libros santos.

IV

LOS LIBROS SANTOS

Hállase ya restablecido por las ciencias el historiador hebreo, después de haber sufrido las pruebas de la geognosia, de la lingüistica, de la astronomía, y cronología, de todo cuanto el ingenio del hombre puede ofrecer de mas sutil, la prevención de mas injusto, y la animosidad de mas odioso. Tienen ya reconocido los eruditos que ninguna descubierta, en los vestigios de las revoluciones terrestres, ni en los progresos arqueológicos ó geográficos, tiene fuerza para oponerse á su libro, verdadero monumento.

No basta ni nos contentamos con que lo confiesen ; se ha calumniado por largo tiempo y con audacia al libertador de Israel, al que puso la piedra fundamental para la verdad católica, y por lo mismo no debemos pasar por alto sin formarnos una convicción sobre tal asunto.

Nos consideramos obligados en conciencia, supuesto lo dicho, á declarar que el orígen mas antiguo, el mas puro de las tradiciones escritas, es el Pentateuco, y que tiene un valor superior, y una autoridad histórica la

mas poderosa. La señal de su data y el carácter de su autor están gravados en el fondo de esta obra toda entera; siendo bastante una simple mirada para testificarlo hasta la evidencia.

Por estar lleno de arcaismos que no se hallan en libro alguno del Antiguo Testamento, demuestra el Pentateuco con mayor evidencia su notable originalidad. El libro de los Jueces tiene barbarismos y provincialismos. Isaías amolda de nuevo las palabras, Jeremías y Ezequiel hormiguean de caldaismos. En una palabra, si se pasa desde los escritores de la época mas antigua á los de una posterior, se vé que la lengua declina mas y mas, y en fin se pierde en las variedades caldaicas. ¡Qué diferencia, por otra parte, en cuanto á las ideas y ias imágenes !.... Los primeros escritores tienen un color puramente egipciaco muy fuerte que se debilita y extingue en sus sucesores.

El Pentateuco, libro que todos los demás del Antiguo Testamento imitan, suponen ó comentan, encierra la historia de la legislación judía, así como tambien de los acontecimientos que la prepararon. Parece haberse escrito en el momento en que nacía esta misma legislación. Con efecto, el relato conciso y aun oscuro en la exposición que hace de los hechos muy anteriores á la legislación, y sin relación con ella, viene á ser de repente, al acercarse la época decisiva, variada y abundante como de ordinario lo es una historia contemporánea, ó mas bien no es ya una historia, es un periódico, en que se vienen

á inscribir las leyes, las guerras, los milagros, lo uno después de lo otro, sin más órden que el del tiempo.... En una historia, por lo común, si es contemporánea, los colores son mas verdaderos, las variaciones mas vivas que en cualquier otra, porque ha visto el escritor, ha sentido, ha experimentado por sí mismo; porque no hay necesidad de algun esfuerzo para ponerse en el lugar de sus actores. Los detalles son mucho mas, y mas circunstanciados, porque todos le son conocidos. No siempre son los mas bien escogidos, porque no es buen juez de su influencia en los acontecimientos venideros, y de su importancia relativa para con la posteridad. La sucesión y encadenamiento de los hechos están algunas veces menos claramente expuestos á causa de que vacila siempre el autor entre el órden cronológico y aquel en que estos hechos le han llamado su atención, en que le parecen haber influido unos en otros; porque además le engañan muchas veces la especie ó la viveza de las impresiones en cuanto á la gravedad de los acontecimientos ó á su dependencia mútua. Tal es precisamente el carácter de la parte histórica en los cuatro últimos libros del Pentateuco.

Después de los primeros lineamientos de las leyes, se observa que luego viene una adición acompañada de otra, una explicación sobre otra, y á cada página un reglamento nuevo. ¿Quién no reconoce allí un autor contemporáneo de la legislación, que anuncia como ha venido poco á poco á dar mucha

mas extensión el legislador á su sistema, haciéndole mas completo, con arreglo al progreso de lo que tenía visto y experimentado? ¿Quién, sobre todo en el Deuteronomio, no reconoce un verdadero diario de la legislación, pues que cada ley sigue al relato de la circunstancia que la motiva? Finalmente ¿cómo hubiera podido un autor mas moderno emplear un lenguaje tan especial, que los mismos adversarios de lo auténtico de este libro no han podido menos de calificarle de tal?

Vamos más lejos. ¿Cuál hubiera sido el impostor capaz de trazar los progresos de la cultura y de la sociedad con tanta verdad, exactitud y precisión? ¿Cómo hubiera podido él conservar la graduación tan poco estudiada en objetos tan varios, con incidentes tan minuciosos, naturales, tan perfectamente enlazados entre sí, que pueden sufrir el más rígido exámen sin que jamás se deje ver el fraude?

Abrahan sale de Mesopotamia, patria de las naciones pastoriles, y todos los detalles de su vida denotan una verdadera vagancia. Le vienen huéspedes, y luego va corriendo á su ganado, para escoger la ternera nueva, que debe preparar él mismo, como el Patroclo de Homero. No presenta vino á los extranjeros, aunque ya era conocido por entonces en Palestina; les ofrece leche, como no podia menos de hacerlo quien no tiene domicilio fijo, y quien lleva consigo siempre su ganado. Isaac, por el contrario, rico por la herencia paterna, algo más conforme á las

costumbres muelles de los cananeos, usa del vino. No se sacia su gusto con un cabrito sacado del pasto, como se saciaba el de su padre. Apetece caza, que dispone se condimente de un modo particular. Su paladar se ejercita en distinguir los manjares, y Rebeca no puede sino por un engaño conseguir que coma uno por otro. Medio errante, medio labrador, arrienda tierras en un campo del rey de Gerar, sin contentarse ya con ser rico en ganados.

El escritor moderno que hubiera inventado esta historia con el nombre de Moisés, hubiera hecho probablemente progresar de nuevo la civilización por medio de Jacob; hubiera faltado sin querer á la verdad; y el historiador del Pentateuco es más fiel en realidad á la verosimilitud de la historia. Vuelve atrás la civilización, cuando Jacob, dejando la Palestina, pasa veinte años en Mesopotamia, en la vida errante y en las costumbres pastoriles. Avanza empero con Esaú, porque se queda en Palestina y se hace aliado de los cananeos.

El comercio multiplica poco á poco las relaciones entre las diversas naciones. En tiempo de Abraham no se ve cambiar el trigo entre el Egipto y Canaan. El patriarca, para librarse del hambre, se ve precisado á trasladarse con todos los suyos á las orillas del Nilo. En tiempo de Jacob principia este comercio. Construyese en el camino, consultando la mayor comodidad, grandes paraderos públicos para las caravanas. Las de los ismaelitas desde Arabia llevan á los

egipcios especies, resinas y bálsamo; compran y venden los esclavos en ciertas ocasiones. Los egipcios no hacen comercio alguno exterior; el Génesis lo supone y la historia nos lo refiere.

El Egipto, constituido desde mucho antes que las naciones vecinas, se lleva, como es justo, la preferencia en civilización y lujo. En tiempo de Abrahan los Faraones tienen ya corte; Abimelec, rey de una colonia egipcia, entre los filisteos, imita en pequeño á los reyes de la metrópoli, teniendo como ellos criados y cortesanos. En Palestina, por el contrario, el rey Salem vive como un simple particular. En el tiempo que media entre Abrahan y Jacob el lujo del Egipto hace grandes progresos. En tiempo de José vemos en la corte de Egipto grandes dignidades, camareros, superintendentes, coperos mayores, panaderos, un gran visir, policía, cárcel del estado, médicos de los grandes, y un ceremonial de mucha pompa. José, como gran visir, come aparte y se le sirve en otra mesa, y los egipcios que comen en su casa se sientan en la de su camarero. Faraon no quiere admitir á Jacob en conversación familiar, como había hecho uno de sus antecesores con Abrahan, sino en una audiencia formal, con tanta vanidad y afabilidad mezclada de orgullo como lo manifiesta el mismo estilo del relato. Son varias las solemnidades para la instalación de los funcionarios reales. José á su entrada en el empleo recibe una cadena de oro, un anillo un traje magnífico, y comitiva.

En Mesopotamia, donde aun no habían extendido su comercio los cananeos, se halla en tiempo de Jacob poco oro y poca plata. Los cambios en especie son, en esta época, el solo medio conocido de hacerse con objetos nuevos. Siendo pastor veinte años fué como adquirió este patriarca dos mujeres, esclavos y ganado. En Canaan y las cercanías de Fenicia, que hacía ya comercio por el mundo, en tiempo de Abrahan, no había ya cambios, y la plata, como materia preciosa, los representaba, pero aún no era moneda acuñada, y se pesaba para saber su valor. Puede ser, sin embargo, tuviesen los fenicios en tiempo de Jacob algunas monedas toscas. Por todos los cuarenta y cuatro primeros capítulos del Génesis no se hace mención de caballos, hasta que con motivo del viaje de Jacob al Egipto, es la primera vez que se habla de ellos tirando de los carros que José enviara. La historia nos enseña en efecto que en estos siglos remotos se usaban en Egipto, y que eran casi desconocidos en Palestina.

Las formas de las convenciones civiles recuerdan entre los patriarcas la más grande antigüedad. Se halla en Homero que los contratos se hacian de viva voz, y que para darles seguridad, recurrían á la garantía de los dioses, é iban acompañados de presentes y de ceremonias simbólicas. De este modo, Abrahan da siete ovejas á Abimelec en memoria de la alianza que renueva con él, y de la cesión de un pozo en disputa. Jacob y Laban hacen un monton de piedras en me-

moria de su reconciliación, dándole un nombre destinado á recordarla, como habían hecho Abimelec y Abrahan; y á presencia de testigos compra este último la caverna de Macfelah, y con esta garantía se cree seguro de que no se le disputará su propiedad. Así es como, según Homero, tienen por asegurado un tratado, en el hecho de haber oido los dos ejércitos las promesas verbales de las partes contratantes.

Compárense por fin los relatos de Moisés con las historias mas antiguas.... No hay una capaz del paralelo con el Génesis, no hay alguna que pueda presentar rastros de la sencillez y verdad filosófica de este libro maravilloso. Otra marca de la data del Pentateuco es que Moisés ha dejado en él su sello particular, resultando á la vez del intento y del espíritu de cada uno de los libros de que se trata, y de las indicaciones que hace sobre la posición, las costumbres y conocimientos de su autor.

El *Génesis* nos representa en los primeros once capítulos el cuadro magestuoso del orígen de todos los seres, que es en cierto modo el vestíbulo del magnífico edificio de las revelaciones, base sobre que todas deben establecerse sin que por esto sea tal el intento especial del libro entero: la segunda parte nos ofrece documentos esparcidos en cuanto á los pueblos vecinos y emparentados con los hebreos; pero esto no es más que un objeto secundario. Parece haber tenido á la vista el escritor, cuando redacta ba esta segunda parte, otro diferente desig-

nio más importante. Se ve como intentaba animar á los israelitas para emprender la conquista de la Palestina, por medio de una historia cuyas circunstancias todas, con estudio y esmero reunidas, eran de tal naturaleza, que podían inspirarles ánimo y ardor... Por tanto el fin del Génesis y el mismo que ha debido proponerse el legislador, es este y no otro, pues que reina tal armonía entre el designio del uno y el pensamiento del otro, que los dos conceptos indican un solo autor. En los tres libros siguientes hallamos también el plan y el sello de Moisés.

El verdadero punto de vista del *Exodo* está en íntima relación con la legislación; siendo la idea primera de este libro fundar y corroborar las piezas principales de esta legislación sobre la grande obra política de libertad con que se honró á los hebreos; recuérdales el escritor las plagas del Egipto, el paso del mar Bermejo, los milagros del desierto, reuniendo tan estrechamente con estos gloriosos y tiernos recuerdos la fiesta de Pascuas, la institución del sábado, la renovación de la alianza, la renuncia solemne de la idolatría, los diez preceptos fundamentales junto con su comentario, las pompas y ritos del culto de Jehovah, que viene á resultar de todo la sagrada obligación de la obediencia para todo el que ha sido testigo, ó el objeto de estos favores milagrosos. ¿No era este, pues, el intento de Moisés, y uno de los medios más seguros de conseguirle?

El *Levítico* no es un libro del pueblo, sinó

de los sacerdotes. Parece destinado y reune bajo una forma mas metódica y mas completa, un código de policía, de culto y de costumbres. Es probablemente este libro la obra del legislador que ha escogido á los sacerdotes, para confiarles precisamente esta tarea, y que aquí solo y no en otra parte les daba las instrucciones para desempeñarla.

El libro de los *Números* debe haberse escrito en el desierto por el jefe del pueblo ó de órden suya. Lleva en sí el sello de largo y vago período que hay desde el segundo hasta el trigésino nono año de la salida del Egipto, tiempo de privaciones, de murmuraciones, mezclado con viajes y paradas sin objeto determinado, sin camino fijo y sin muchos acontecimientos notables. Encierra este libro en un órden puramente cronológico la colección neta de todas las piezas importantes que debía conservar la autoridad; como reglamento de policía, nuevas instituciones legales, actas, el padron y los dones, relatos de hechos ruidosos y aislados.

En cuanto al *Deuteronomio*, todavía está más claro que Moisés debe ser su autor. Es la despedida que hace de sus hijos el padre moribundo, de su pueblo el profeta. Está retratada en este libro toda entera el alma de Moisés, por las oraciones, promezas, amenazas, temores y esperanzas que se suceden por turno en este libro, como se observa en el alma inquieta de un padre incierto de la suerte de su familia.

El objeto y el espíritu del *Pentateuco* nos

recuerdan por consecuencia á Moisés, y nos muestran al escritor que le compuso. La reunión de conocimientos y hábitos intelectuales que por esta obra se prueba tiene su autor, nos hace sacar la misma consecuencia.

Todo indica en el escritor una educación esmerada y conocimientos extensos. No hay aquí un hombre del pueblo que ha llegado á ser apóstol, que sin arte, sin instrucción, sabe escribir verdades sublimes en lengua vulgar, pero que siempre es inesperto en cuanto al órden profano y la ciencia. El autor del Pentateuco es un hombre instruido. Arregla con cuidado la forma y el fondo de su historia; recoge detalles históricos, genealógicos, geográficos, que sin ser esenciales á su fin, pueden dar á su libro mayor claridad y hacerle mas útil; compone himnos que indican su carácter y su piedad; redacta el Génesis según los documentos antiguos, con cuidado y método, según lo han probado las investigaciones de eruditos. Este mismo historiador conoce á fondo la historia de los patriarcas, el orígen de los hebreos, y el del mundo. Con que probablemente era hebreo, y un hebreo de distinción, que no solo conoce la historia antigua de su pueblo, sino que conoce y refiere con todas sus circunstancias y pormenores la reciente revolución que hizo astillas el yugo impuesto por los egipcios á los hebreos; que por último sabía los hechos privados como los públicos, las obras y los pensamientos: con que debió ser uno de los testigos.

Conoce tanto la legislación, como el que ha

sabido formarla. Su libro es el único depósito de donde han de proveerse los encargados de trasmitir la ley á la posteridad y hasta nosotros; pues que no la conocemos sinó por este libro: luego debía ser ó el legislador mismo ó su íntimo confidente.

Conoce las costumbres y leyes del Egipto mucho más de lo que debiera esperarse de un hebreo cualquiera. Es como maravilloso hallar en sus escritos indicaciones en cuanto al ramo de hacienda pública, el comercio, el culto, el estado militar, y los usos civiles de los egipcios; indicaciones tanto más dignas de nota cuanto que no trata de darlas el autor directamente, siendo solo un lector reflexivo quien puede reconocerlas. Lo alejados que estaban los egipcios de la vida y profesión pastoril, la ley severa que alejaba de sus mesas á los forasteros, la preferencia que daban á los caballos sobre los camellos, el abandono del comercio, que dejaban por entero á sus vecinos, el impuesto sobre fincas bajo la forma de diezmo, la exención concedida en favor de la tierra de los sacerdotes, con otras mil circunstancias, son otros tantos detalles presentados por el Génesis y el Exodo en abundancia, como materia de crítica para ejercicio del investigador al tiempo mismo que, prescindiendo de la Biblia, las halla el anticuario por su parte en los monumentos antiguos y en las historias: y es digno de maravillar el ver que cada diligencia nueva las hace más exactas y completas, y no podía ménos de vivir el autor del Pentateuco en Egipto probablemente muy

cerca de los depositarios del poder y de la ciencia, al lado de los sacerdotes, en la corte misma.

Por último conocía este mismo hombre además otras naciones. Léanse sino en los capítulos x, xxv y xxxvi del Génesis, los documentos que tenía recogidos sobre el orígen y la disposición de todos los pueblos entónces conocidos, y en particular de los descendientes de Abrahan. Relata de donde se formaron estas grandes familias, los títulos, las genealogías de sus jefes, la posición geográfica de diversas tribus, á pesar de que en esta época tales conocimientos no podían haberse sino viajando. Debió, pues, por lo mismo, haber visitado todas las colonias ismaelitas, madianitas é idumeas; haber habitado entre ellas, y reunido allí mismo los documentos relativos á su historia, para después haberlos insertado en el Génesis.

Aproximemos ahora unos á otros estos relatos y hallaremos una señal muy marcada de la fecha del Pentateuco. Como llevamos dicho, el escritor debió haber sido hebreo, testigo de vista de la revolución acaecida en el estado de los israelitas, nacido en Egipto, y que hubiera recorrido las poblaciones del desierto. Hay todavía más: según los indicios, podemos decir con mucha verosimiltud que este escritor no era otro sino Moisés. Sábese cuanto hubo de raro en la vida de este, y todas las circunstancias notables de esta vida corresponden á los hechos que acabamos de mencionar. Moisés, educado en la corte de los Farao-

nes, cabeza de la revolución política de los hebreos, legislador de este pueblo, él mismo hebreo, y muy superior á sus paisanos en saber y literatura, había vivido entre los nómadas de Arabia, desde la edad de cuarenta años hasta la de ochenta, ántes de la época en que ha podido componer el Pentateuco. ¿No estamos ya bastante autorizados para creer que solo él fuè su autor (1)?

« También es muy notable su modo tranquilo de contar sucesos extraordinarios, sobrenaturales. No hay alli precauciones oratorias, ni protesta de franqueza, ménos afirmaciones reiteradas en estas circunstancias, como ni tampoco en otras. No se vislumbra en el autor la menor inquietud de ser desmentido, sospechoso de error ó de mentira sino, muy al contrario, expresarse con un aire de seguridad, como si todas sus palabras dieran por sí mismas todas las garantías de la notoriedad.

« Algunas veces invoca expresamente y toma toda la nación por testigo de los hechos que le pinta ó recuerda. Se atreve á reprocharles sus crímenes, como quien habla con sus contemporáneos, sin temor de que se conteste ni se dude en cuanto á lo que dice.

« Los antiguos historiadores tenían el prurito de representar su nación como de las mas antiguas del mundo, costumbre ya inveterada en Egipto, Fenicia y Caldea, en China, la

(1) Cellerier, Introd. á la lect. de los lib. santos. seo. 1.

India, Grecia é Italia, en casi todas las naciones.

« Se creería deshonrado un pueblo confesando ser nuevo. Moisés escribe de buena fe que aquel gobernado por él es el mas moderno de todos: le muestra naciente en medio de las antiguas monarquías de la Caldea, de Cananea, Egipto è Idumea.

« También acostumbraban los historiadores atribuir á sus antepasados un orígen ilustre, actos extraordinarios de virtud, un poder colosal. Moisés conviene en que el padre de los hebreos no era mas que un pastor, y que sus descendientes no fueron mas que unos esclavos al servicio de los egipcios; y va mas adelante con su franqueza. Cuenta las locuras y crimenes de los abuelos de su nación.

« Refiere detalladamente que las doce tribus que la constituyen descienden todas, menos una ó dos, de malvados fratricidas, y declara que la suya es una de las tales. No es esto todo. Menciona ingénuamente las acciones deshonrosas de su familia, de sus sobrinos, de su hermano, de su hermana. Todavía mas, escribe sus propias faltas, declara haber muerto cuando jóven á un hombre en Egipto, y ¡ nada dice para justificarse !

« Al observar tantas señales reunidas, ¿puede menos de hacerse visible la sinceridad de un historiador? Así pregunta el sabio M. de la Marne (1).

(1) La Religión constatada universalmente.

Con efecto los escépticos mismos, á vista de tal sucesión de hechos claros y sublimes, subyugados por la verdad, dejan escapar ciertas confesiones.

M. Bory de Saint-Vincent rinde homenaje á Moisés: « Los mas incrédulos no podrían menos de convenir en que todo lo relativo á la creación se refiere en el Génesis con la mayor exactitud, y según lo que nos enseña el estudio bien entendido de la historia natural (2) ».

(2) Dictionn. class. d'hist nat.

La grande obra de la expedición francesa en Egipto, esta obra, la gloria de un Instituto abiertamente irreligioso, ha consignado en sus memorias esta opinión, estraña en tal lugar:

« La Biblia, en cuanto á su parte histórica merece la atención de todo el mundo... Era imposible pintar con mas verdad el cuadro de la vida privada de las familias errantes por el desierto.

« Todo lo que hemos extraido del Pentateuco es tan perfectamente parecido, tan coincidente con el relato de los autores profanos que es imposible haya sino, según se pretende, esta obra parto de la imaginación de Esdras ó Helcias con intentos políticos y religiosos.

« Estos sacerdotes judíos hubieran además dado á los hebreos ricos y poderosos antecesores; hubieran hablado de victorias sin mencionar las derrotas. Cuando se trata de formar la historia de su propia nación, preside y dicta el amor propio todas y cada una de las frases (1) ».

Prescindiendo de la veracidad el valor cronológico del Pentateuco es tan precioso y tan grande, que un sabio cuyos trabajos etnográficos son generalmente conocidos no teme formar inducciones de una importancia inmensa sobre la personal autoridad del historiador hebreo.

Estas son sus palabras:

« Según los libros de Moisés, hasta el presente no desmentidos por algún monumento histórico ni astronómico, sino que, por el contrario, todos los resultados obtenidos por los mas sabios filólogos y por los mas profundos geómetras se conforman de un modo maravilloso con ellos, sabemos que los caldeos, asirios, árabes, los hebreos y los otros pueblos de la gran familia semitica, han sido en todo tiempo los habitantes del Asia occidental, etc. (2)».

Todas las investigaciones y descubiertas hechas hasta el día prueban de un modo victorioso que la primitiva civilización no viene ni del Africa, ni del Asia oriental, ni del Asia mayor, sino del Asia occidental, donde el Génesis nos ha indicado la cuna del género humano.

(1) Description de l'Égypte.—Bois Aymé, Mémoire sur les tribus arabes—Notice sus le sejour des Hébreux en Egypte.
(2) Balbi, Atlas etnográfico del giobo, etc.

II

La incredulidad acusa como guerrero á Moisés ya que, desarmada por las ciencias, no puede hacerlo en cuanto á historiador.

Olvidadiza, ó tal vez ignorante de las costumbres ásperas é inflexibles de los tiempos antiguos, se ha complacido en mostrar al jefe de los hebreos fanático destructor, hambriento de matanzas, sediento de sangre, entregando al cuchillo á las poblaciones y animales domésticos, recreándose en el incendio de las mieses y de las ciudades. Pero trátese de reedificar por la historia esta época, en que la legislación no va sino asociada con el verdugo, en que las penas ordinarias estremecen, en que á presencia del vencedor, la dura esclavitud es una suerte muy llevadera; en que las ofrendas hechas á los dioses son de sangre, y de sangre humana; recuérdese también que los hebreos iban á recobrar la herencia paterna, de que se habían apoderado poblaciones guerreras, matando á sus habitantes; que una poderosa indignación excitaba al libertador de Israel contra estas poblaciones carnales, que lo violaban todo, y cuya contagiosa vecindad hacia pasar al seno del pueblo la idolatria junto con el desenfreno, recuérdense las promesas insidiosas, los perjurios y agresión

de las razas de Canaan; las horribles represalias usadas en guerra por aquel tiempo, y se vendrá en conocimiento de que el jefe israelita fuè por su conducta militar lo que todo general de ejército de su tiempo.

En cuanto á la acusación de complicidad sobre robo en perjuicío de los egipcios, tan fundada está como la precedente. Apelamos al juicio del lector.

Los descendientes de Jacob estaban detenidos contra el derecho de gentes en Egipto; fertilizaban con el sudor de su frente el hermoso valle á beneficio de sus ingratos señores.

Cuando llegó la hora de su rescate, los prodigios que sobrepujaban la ciencia de los templos de Menfis asombraron á sus opresores; el destinado á romper las cadenas de la esclavitud manda á su pueblo pida á los egipcios vestidos y vasos de oro y plata, corta indemnización para lo que habían sufrido en trabajos tan penosos.

Subyugados los amos por un ascendiente superior, obedecen; conceden á los reclamantes lo que respectivamente piden. Trátase aquí de una *requisición* y no de un *prestamo*.

Es una contribución impuesta al pueblo enemigo, y este acto viene á ser el manifiesto de la insurrección; porque repentinamente los israelitas parten de Rameses, para reunirse en Socoth, que significa en hebreo *pabellones*, bajo los que acampa un ejército; nombre que áun hoy conserva esta llanura

en la palabra *Gendeli*, en árabe *Alto militar*.

Pero hé aquí otra inculpación. Ya hemos visto á Moisès despojador sanguinario y socaliñero, ahora viene aquí como antropófago.

Los sacrificios humanos son la consecuencia de la antropofagía, dicen, y Moisès debe ser antropófago, puesto que prescribe el sacrificio humano!

Léase el Levítico. — Pues bien, tomemos el Levítico para no permitir la subsistencia de una mentira tan monstruosa. Abrase el Levítico, y se verá que por el contrario está ordenado formalmente en el capíiulo XXVII rescatar al hombre destinado al sacrificio: « Si un hombre hubiere ofrecido una alma al Señor, pagará un precio (1)».

Todos los argumentos emitidos en el reinado del filosofismo, cuando estaba mas en su verdor é impertinencia, todos son de la misma calaña y equidad.

Examinemos algunos para comprender su futilidad.

Se pretendió hallar un argumento terrible contra el Espíritu Santo, y es haber ignorado el mecanismo celeste. Refiere el libro de Josué que al mandato del sucesor de Moisés se paró el sol en su carrera, y hoy la ciancia demuestra que la tierra sola es la que practica la diaria rotación. Aquí está ya Josué sin inspiración, ó el Espíritu sin instrucción; es preciso escoger, alternativa igualmente fatal, decian, para el crèdito de la Biblia. — Esta dificultad, grave al parecer, es tan pueril en el fondo, que hoy día nadie se atreve á reproducirla. El juicio natural por sí solo desecha la contradicción que se procuraba establecer entre el sistema de Galileo y el libro hebreo, y tanto así, que un escritor analizando una de las sesiones de la academia de las Ciencias, decia: « Esta doctrina se profesa en Roma misma, porque se ha reconocido que Josué, cuando dijo al sol que se parase, era de la opinión de sus contemporáneos, y debía expresarse como ellos (so pena de no ser entendido). »

(1) Bergier, tratado histórico dogmático de la Religión. Véase la nota B.

Josué no podía, en efecto, hablar de otro modo; y cada día aun los matemáticos, los ingenieros, geógrafos, navegantes, astrónomos, hombres que saben el lenguaje técnico y práctico, arrastrados por el hábito común en la necesidad de hacerse entender, ¿no distinguen en sus observaciones, por horas y por minutos, la *salida* y *puesta* del sol? Ciertamente, ninguno de nosostros ignora que el sol no se *pone* en parte alguna, y que no *sale* en punto determinado; sin embargo siempre nos expresamos así, porque de este modo se comprende mas naturalmente la imágen que se ofrece á la vista, que una verdad abstracta, adquirida por el estudio. La ciencia tiene su idioma particular, reservado solo á los iniciados; pero ella debe dejarle en el estilo vulgar, cuando trata de hablar á todos.

La prueba, dicen, de que el Génesis tiene la fecha adelantada, y de que se escribió cuando ya la Palestina estaba trasformada en reino, es

que se dice en el capítulo LXXXVI: « Reinaban ya reyes en Idumea antes que los Israelitas tuviesen rey. » — Con un poco menos de ignorancia, y algo mas de buena fe, no se hubiera puesto esta dificultad; se hubiera visto que en el texto original la palabra mal traducida *rey* significa igualmente *jefe*; y que en el capítulo XXXIII del Deuteronomio se aplica al mismo Moisès.

En el Génesis se dice que Dios prometió á Abrahan estaría por su posteridad en posesion eterna de Canaan; lo que no se verificó, sino que su posteridad estuvo retenida como esclava en las orillas del Nilo. — Sí; pero después de esta prueba, que debía preceder al cumplimiento de la predicción, Canaan vino á ser la recompensa de la fe de Irrael, y su propiedad durante mil y quinientos años. Hoy todavía sus descendientes, agobiados bajo el peso de un indeleble anatema, habitan, con una esperanza loca, en el patrimonio de los hijos de Jacob.

Un libro intitulado: *Dios y los hombres*, hace la siguente acusación: « Jeremías dice que *el señor* Melchom se habia apoderado del país de Gad. Aquí está ya Melchom reconocido como dios, y tan bien reconocido como tal por los judíos, que este mismo Melchom es á quien sacrificó Salomon después, sin que le reprendiese algún profeta. — ¿Qué se responde á esto? » — Nada; sino que faltó á la verdad de la crítica. El término de *señor* no se halla ni en el texto original, ni en la paráfrasis caldiaca, ni en la versión siriaca, ni en la del árabe, ni en alguna otra. Todo esto está fabricado con atrevimiento y dicho con cierto tono para sorprender la credulidad.

Lo que sobre todo intentaban los adversarios del cristianismo, era poner en contradicción los libros santos entre sí, presentando supuestas oposiciones de circunstancias, de cronología, de geografía. Ejemplos:

El Génesis hace mención de que Abrahan partió de Haran, cuando aun vivía su padre; los Actos de los Apóstoles, al contrario, dicen que Abrahan partió de la ciudad de Haran después de la muerte del mismo, para ir á establecerse en la tierra de Canaan, y los filósofos dicen haber aquí contradicción. — Antes de creerlos, examinémoslo por nosotros mismos. Abrahan dejó en efecto Haran, cuando vivia su padre, y mientras vivió venía de un tiempo á otro para verle; después de su muerte salió de esta ciudad para no volver á ella mas. — El Génesis habla de la primera partida; los Actos, de la segunda: los dos hechos son sucesivos. — ¿Donde está la contradicción?

También veían una contradicción palpable en la genealogía del Cristo, referida por san Lucas y san Mateo. Estos dos evangelistas no concuerdan en sus resultados; por una razón muy sencilla, que como cada uno partió de diferente base, tenían una mira diferente. El uno describe la genealogía del hombre-Dios por la rama natural; y el otro por la legal de los antecesores de José y María, que eran de la misma familia de David. Hállase también á veces disonancia entre dos autores sagrados; se les ve dar al mismo rey, en la misma época,

una edad diferente; y así debía ser, porque fechaban en dos términos separados, el uno por ejemplo desde el día de su nacimiento, otro partiendo desde su coronación. Hé aquí están las terribles contradicciones.

Lo mismo sucede con las geográficas. Los cambios que la conquista tiene causados en algunos paises, y la lengua de los nuevos señores, que se naturaliza, han desnaturalizado las denominaciones primitivas, han introducido significaciones extranjeras; de lo que proceden los errores aparentes de geografía, y para no citar mas que un ejemplo: en Hungria, tal ciudad tiene un nombre entre los indígenas, otro entre los griegos, otro entre los alemanes, y otro entre los turcos; y son ya cuatro. — Los hábiles del siglo pasado han dicho: La ignorancia de los historiadores sagrados pone ya en una parte del mundo un rio que corre en otra, tan pronto pone al Sennaar en Asia, siendo así que se halla en Africa, etc.

Pero es la pura ignorancia de los críticos lo que hace irreconciliables estos diferentes nombres. Ellos aplican á un lugar conocido en la historia, lo que se refiere á otro que ya no conocemos; pero el Sennaar que se atreven á citar los condena. Está hoy científicamente reconocido que la población del globo se verificó por emigraciones, descendidas de la cumbre plana del Asia hácia el occidente; pues las regiones que le eran mas vecinas, fueron habitadas por los primeros, y recibieron de ellas los primeros nombres; así que la primera de que se hace mención en la historia es Sennaar, que

llamamos Babilonia. En el capítulo VII del libro de Josué leemos el robo de un manto, cometido por Achan, de este modo: « Un manto de Sennaar; » lo que Aquila y el caldeo traducen, «un manto hecho en Babilonia (1). » Daniel dice que Babilonia está en Sennaar. El nombre de Sennaar se da también por el Génesis á Babilonia: por otra parte el Africa no ha estado habitada sino mucho tiempo después que el Asia, el pais vecino de Abisinia y de Kordofan fué sin duda llamado Sennaar, en memoria de la soberbia ciudad, reina entonces del universo; como los nombres de York, Cambridge, Portsmouth, Norfolk, han venido á ser, en el suelo americano, ciudades edificadas por los hijos de la Gran Bretaña. Si con el transcurso de los años se imprimiera en Bombay ó en Calcuta que Cambridge, Portsmouth, Norfolk no estaban en Inglaterra, en Europa, pues que existían en América, en los Estados Unidos; si aún hoy, uno de Champaña escribiese que Troia ó Troyas no estaba en Asia en las riberas del Escamandro y del Simois, sino en Francia á las orillas del Sena, ¿què dirian los sabios de estas observaciones? ¿Y qué deberemos nosotros pensar de estos famosos eruditos que tacharon de ignorancia el autor del Génesis, porque hace ya mas de tres mil años que ponia en Asia el Sennaar en lugar de ponerle en Africa?

¿Qué debemos pensar además de su buena fé, cuando se atreven á abrir por el nombre

(1) La Vulgata: pallium coccineum. El hebreo: pallium Sennaar.

Moises la lista de los materialistas, y sostener que el dogma de la inmortalidad del alma fué desconocido, á los judíos? Siendo así que en el Deuteronomio dice á su pueblo el mismo Moisés: « Que no se halle uno entre vosotros que pregunte á los muertos para saber de ellos la verdad. » Siendo así que se ve en el primer libro de los Reyes, á Saul consultando la sombra de Samuel; y en el tercero al profeta Elías pedir al Señor la resurrección del hijo de la viuda de Sarepta: «Señor Dios mio, haced, yo os lo suplico, que vuelva el alma de este niño á su cuerpo.» (Cap. XVII.) ¿No habían leído las palabras del Eclesiástico: «El polvo vuelve á entrar en la tierra, de donde había salido, y el espíritu vuelve á Dios que le ha dado.» Y el último verso: «Dios hará que se dé cuenta en su juicio de todas las obras, aun de las secretas, tanto buenas como malas?» ¿Habian echado en olvido que Judas Macabeo, después de la batalla, habiendo recogido en una cuesta mil y doscientas darcmas de plata, las envió á Jerusalen para que se ofreciera un sacrificio por los pecados de los muertos; « porque es un pensamiento bueno y saludable el pedir por los muertos para librarlos de sus pecados?» (1) ¿No sabian esta doctrina: « Si un justo no es admtido en la morada de los santos á causa de sus pecados, las oraciones y limosnas que por él se hagan le son útiles. » Y esta invocación del ritual fúnebre judío: «Padres del siglo,

(1) Liber Machabœorum, cap. II. V. XIII.

que dormis en Hebron, abrid al difunto las puertas del jardin de Eden, y decid: Bien venido sea.... – Angeles de paz, venid delante de él, y abridle las puertas del Eden, y decid: Bien venido sea?» — No, no podían ignorarlo: pero habian contado sobre la credulidad y pereza del público; se lisonjeaban con la esperanza de que la *Biblia* no se leería sino en sus comentarios.

En razón de esta confianza reprochaban con osadía á los libros santos sus palabras y su silencio. Los hacen criminales por no haber hablado de Sesostris tan famoso, y por haber hablado de Sesac tan poco conocido; adelantándose á decir que este Sesac era un personaje inventado por los escritores judíos, y se creían triunfantes, de modo que nadie podía decirles lo contrario. Pero al fin una descubierta reciente acaba de dar el homenaje de verdad al texto sagrado. Citemos la nota de un protestante.—El conquistador « llamado Sesostris por los griegos, y vuelto á encontrar en los monumentos egipcios, con el nombre de Ramses, había recorrido en triunfo sucesivamente como vencedor, el Asia y el Africa. Preguntábase como no se había hecho mención en el Pentateuco, ni tampoco en las historias judías siguientes. Parece que estos anales hubieron debido mostrarle en una ú otra época, destruyendo la Palestina é imponiéndole tributo... Hé aquí lo que los documentos egipcios, explicados por M. Champollion, nos dicen acerca de la data de Sesostris. Subió al trono, cuando el pueblo hebreo erraba veinte y dos años había por el

desierto, y el pasar dos veces el conquistador del Africa al Asia, y de aquí á allá, debió coincidir con el estado de este pueblo en el desierto. Hay además motivo para concluir de la historia, que Sesostris seguía el mar hácia el Norte, mientras que Moisés se internaba en el desierto entre las arenas del sur, y que el monarca egipcio volvió nueve años después por mar. Por lo tanto ni á su partida, ni á su vuelta, el ejército del conquistador debió tener el menor contacto con la caravana del pueblo hebreo. Así queda disuelta la dificultad por un conocimiento mas exacto de los hechos (1).»

La Biblia refiere que el hijo de Salomon, Roboam, abandonó á Dios, que Israel siguió su ejemplo, y que marchó contra Jerusalen el rey de Egipto, SESAC, de la que hizo presa en castigo de sus crímenes, y de donde se retiró llevándose inmensas riquezas (2). Según la cronología sagrada de Calmet, se verificó esta expedición 971 antes de Jesucristo. Pero la autoridad de un teólogo era sospechosa, y se persistió en negar este acontecimiento; y véase que la cronología profana tiene establecido fué en el año 962 antes de Jesucristo. Entre las dos cronologías, tratándose de una distancia de treinta siglos, no se halla mas que la casi imperceptible discrepancia de nueve años; y véase como después de un espacio tal como dos mil

(1) COQUEREL, Lettre sur le systeme hiéroglyphique de M. Champollion.
(2) Paralipom., II, cap. XII.—Reg., III, cap. XV, V. 25.—Joseph, Ant. Jud., lib. VII, cap. IV.

ochocientos y nueve años, el triunfo de SESAC se halla conservado en su gloria en medio de las ruinas de Tebas. En 23 de Noviembre de 1828 halló el señor Champollión en Karnack, entre otros retratos, la imágen de Sesonchis, SESAC, arrastrando hácia la trinidad tebana á los jefes de las naciones vencidas, entre las que se veía el REY DE JUDÁ con todas sus letras. Este es el Sesonchis de Maneton, el Scheschonk egipcio, el Scheschok ó SESAC de la Biblia (1).

A vista de tales hechos, ¿á qué se reducen las críticas, las réplicas tan multiplicadas de nuestros incrédulos? ¡No se halla uno tentado de exclamar con Pascal: «A la verdad es glorioso para la religión tener por enemigos suyos hombres tan fuera de razon! (2)».

(1) CHAMPOLLION, Lettres écrites de l'Egypte et de la Nubie, cart. 7.
(2) Pensamientos de Pascal.

LA RELIGIÓN ANTE LA HISTORIA DE LOS PUEBLOS

Dios.—El Ser Supremo

La religión cristiana es la filosofía de la religión universal. Por eso está enlazada con la historia de todos los pueblos.

Demostremos, pues, que ella fué la única sustancia de todos los cultos, siempre, en todos tiempos, en todo lugar, y entre todos los hombres.

Justifiquemos con la historia en la mano los principios de nuestra religión; aunque sea á trueque de caer en repeticiones, disculpables acaso, ya que los enemigos de la revelación nos fastidian con sus repetidas calumnias y sofismas.

En vano se ha dicho y querido sostener que por mas de treinta siglos el Eterno no fué conocido, ni adorado sino por un solo pueblo, en un solo y pequeño país del globo. Las indagaciones sobre las tradiciones pueden dar testimonio de una realidad mas consoladora, y mucho masbella.

« Hay una clase de escritores que, los unos por error, los otros por mala fe, se encarnizan en sostener un sistema de historia verdaderamente monstruoso. Pretenden estos autores que por espacio de cuatro mil años estuvo secuestrada la religión en la costa occidental del Asia; añaden que vino desde allí, después de de la muerte del Cristo, á visitar sucesivamente á los pueblos de Europa; pero que siempre fué ignorada de la mayor parte de los hombres. Palabras insultantes para esta ciencia sagrada, desmentidas además por los anales del género humano, y que vinieron á ser imperdonables después de las inmensas descubiertas de la erudición. (1) »

« Hay cristianos tímidos de cortos alcances que conspiran con ciertos filósofos, para negar que los hombres hayan poseido antes de la venida del Cristo el conocimiento de las grandes verdades en que reposa la fe. Estos olvidan la universalidad de las divinas promesas, y la religión de los patriarcas. Muy pobre cristianismo es el suyo; en la práctica puede tener su mérito, pero ¡cuán débil es él en la realidad de la inteligencia (2)! » Pregunten al paganismo, y les enseñará la grandeza y lo sublime de nuestro culto; les dirá que no tuvo jamás el género humano mas que un solo dogma esencial, una sola y una misma religión.

Todos los hombres confesaron un Dios supremo, criador y conservador.

Todos los hombres confesaron inteligencias superiores, ministros de sus decretos.

(1) La Religión constatada universalmente.
(2) D'Eckstein, Catolicismo.

Todos los hombres creyeron en una vida inmortal, la recompensa y castigo de las acciones buenas ó malas practicadas en esta tierra.

Todos los hombres han guardado la tradición de una culpa cometida desde el orígen por el autor de su raza, y que causó la caida hereditaria.

Todos han tenido la esperanza de su rehabilitación, por un ser hombre y Dios al mismo tiempo.

Todos le han esperado, persuadidos de que una expiación sangrienta borraria la mancha trasmitida á toda su posteridad.

« La caida del hombre, del hombre degenerado, es el fundamento de la teología de todas las naciones antiguas, » ha dicho Voltaire. El mismo ha dicho además: « Entre tantas religiones diferentes, no hay alguna que no tenga por objeto las expiaciones. »

San Agustin, escribia mas de mil y cuatrocientos años há: « Lo que se llama hoy religión cristiana existía entre los antiguos, y jamás ha cesado de existir desde el principio del género humano hasta los dias en que Jesucristo vino sobre la tierra. »

Esta semejanza religiosa habia también impresionado á Benjamin Constant, quien habla en estos términos: « Recorriendo la Europa, el Asia y cuanto del Africa conocemos, partiendo de las Galias ó aun de la España, y pasando por Alemania, la Tartaria, la India, la Persia, la Arabia, la Etiopía y el Egipto, hallamos en todas partes usos uniformes, cosmogonías semejantes, sacrificios, ceremonias y opiniones cuya recíproca conformidad es incontestable; ¡y estos usos, cosmogonías, opiniones, los volvemos á encontrar en América, en Méjico y en el Perú! » Sin duda es á vista de esto que exclamaba el impío d' Holbach: « En todos los países de la tierra se nos asegura haberse revelado un Dios; » que Voltaire dejó escapar esta confesión: « Del Japon á Roma, se nos muestran las leyes emanadas de Dios mismo. »

« Lo que hay de cierto, decía un espíritu fuerte del siglo diez y ocho, es que cuanto mas se profundiza la religión de los diferentes pueblos, tanto mas uno se persuade que no hay mas que una por toda la tierra. » La verdad es única y los errores múltiples. Una muy notable memoria de la colección de la academia de las Inscripciones establece que los pueblos antiguos, á pesar de todos los errores y las extravagancias de su culto, no han conocido real y primitivamente mas que un solo Dios. Observa el doctor Shuckford, que las naciones antiguas conservaron largo tiempo usos que atestiguan una religión primitiva universal. Máximo de Tiro ha dicho: « En todas partes honran los hombres á un Dios, padre y rey de todas las cosas, y muchos dioses que ha criado él, y que dividen entre sí el gobierno del universo; he aquí lo que afirman igualmente los griegos y bárbaros, los de lo interior de las tierras y los de las orillas marítimas, los sabios é ignorantes. »

Un autor pagano escribía al obispo de Hipona: « Los dioses os guarden, ellos por quienes nosotros todos los mortales que habitamos la tierra, veneramos y honramos su

padre común, que es también el nuestro, de mil modos diferentes, aunque sin embargo se acuerdan.»

En una de sus cartas se expresaba de este modo Juliano apóstata: « El Dios á quien adoran los galileos es el mismo que honramos nosotros, bajo otros nombres.»

Opinión que ratifican estas palabras de un padre de la Iglesia, san Clemente Alejandrino: « El Dios que adoramos es el mismo que el de los griegos virtuosos.»

Dion enseña que la fe en los dioses, especialmente en el que reina sobre todo, es común al género humano todo entero, tanto á los bárbaros como á los griegos.

Voltaire, á vista de tantos testimonios, ha dicho: «Todos esos filósofos babilonios, persas, egipcios, escitas, griegos y romanos, admiten un Dios supremo, remunerador y vengador.» Y Cárlos Bonnet, hombre de grande erudición, declaró al cristianismo « una religión cuya universalidad comprende todos los siglos, todos los lugares, todas las naciones.»

Sí; como lo confiesan las ciencias modernas, no hubo jamás en el mundo sino una sola religión.

El cristianismo es tan eterno como la verdad que incluye. Los hombres han podido alterar la palabra, las formas; mas, por su esencia, subsiste el cristianismo inmortal. Desde los cielos descendió á la tierra en el orígen de los tiempos; y su símbolo, desfigurado insensiblemente por las pasiones, la ignorancia, la dificultad de las lenguas, la dispersión de los pueblos, puede reconocerse

áun á pesar de las trasformaciones de las razas y de los siglos.

Todo lo que el cristianismo enseña lo atestigua el universo.

Entre las extravagancias, las monstruosidades con que las supersticiones diversas han infestado la religión común se nota distintamente la idea idéntica de un Dios ùnico y criador.

¡Cosa digna de admiración! ¡el primer artículo de nuestro símbolo de la fe es también el símbolo de todas las naciones esparcidas por el globo!

Decimos: Creo en Dios Padre todopoderoso, Criador del cielo y de la tierra.

Y los poemas órficos, narraciones primitivas del gènero humano, dicen: « Zeus es el primero y el ùltimo, el principio y el medio de donde todas las cosas sacan su orígen.»

Y los egipcios publicaban á Dios, «el espíritu criador del universo, el principio vital de las esencias divinas, el sostén de todos los mundos.»

Y los indios llaman á *Bram*, « *el Ser por excelencia*, *el Ser absoluto* y eterno,»

Y los chinos le llaman « el Ser existente, el Ser todo ser: *Tou-Yeou*.»

Y los tibetanos reconocen que « Dios *existiendo por sí mismo*, lo ha criado todo.»

Y los etiopes declaraban á Dios « inmortal, causa de todas las cosas.»

Y los hindùs confesaban que «el Todopoderoso es el Dios de los dioses.»

Y los persas tenían por superior á Or-

muz y Ahriman, «el Dios eterno, el gran Dios.»

Y Homero, Hesiodo, Píndaro, Focilides, Arquíloco y Calímaco reconocían « al Dios supremo, criador de los dioses y de los hombres.»

Y los ilustres trágicos Eurípides, Esquiles Sófocles, nombran al «Dios único.»

Y los galos, los bretones, los etruscos, los celtas y los germanos rendían homenaje al «Dios supremo.»

Y los mas célebres filósofos desde Pitágoras, Zenon, Sócrates, Aristóteles, Platón, y áun Celso y Máximo de Tiro, enemigos personales de los cristianos, admiten « un Dios único, causa y fin de toda cosa,»

Y las poblaciones de América y los insulares del océano vienen á juntarse á esta nominación unánime en sus diversos lenguajes.

Trinidad

Nuestro símbolo, después de haber reconocido al Dios, padre todopoderoso, criador, se atreve á revelar en la unidad del *Ser*, una trinidad de *personas*, y hallamos este dogma en la conciencia de los pueblos.

Tres líneas perpendiculares representaban

en el alfabeto egipcio antiguo al Dios de los dioses.

El fondo de la teología egipcia es, dice Champollion, «un terno formado de las tres partes de Amon-Rá, es á saber: *Amon* el padre, *Mouth* la madre, y *Khons* el hijo niño. Habiéndose manifestado esta trinidad en la tierra, se resuelve en Osiris, Isis y Orus.»

Un oráculo de Serapis, referido por Heráclides de Ponto y Porfirio, indica positivamente la trinidad.

La inscripción del grande obelisco puesto en Roma en el circo mayor contenía letra por letra:

« El gran Dios. — El engendrado de Dios. — Y el todo brillante (ó el espíritu) ».

Los chinos expresan no solo un ser trinario, sino que además le dan, cosa digna de notarse, un nombre hebreo, casi no alterado, el mismo nombre que designan en nuestros libros santos el que ha Sido, Es y Será: Jehovah.

Está consignado en el See-Ki que los emperadores en otro tiempo sacrificaban cada tres años al espíritu uno y trinario.

Entre los indios está expresamente designada la Trinidad. El *Lamanstamban*, uno de sus libros, habla desde el principio del gran Dios, del Verbo y del Viento ó Soplo perfecto (el Espíritu)—Dios se llama *Trabrat*, es decir tres no hacen mas que uno.—*Oum*, otro nombre de Dios, está compuesto de tres letras que son una sola en lo escrito. Se debe pensar al pronunciarle, dicen los indios

que la O es Brama, la U Wishnú, la M Siven. El nombre místico *Oum* se pronuncia en tres tiempos. Es el nombre por excelencia.

El ser único aparece bajo tres formas, pero es uno. El dirigir el culto á una de estas tres formas es dirigirsele á las tres, ó al solo Dios supremo.

Se llama á Dios en el Tibet, Dios uno y á veces Dios trino. Usan para rezar de una especie de rosario sobre el que pronuncian *Om*, *Ho*, *Hum*, porque *Om* significa el poder, *Ha* el verbo, *Hum* el amor, y porque todas estas tres palabras quieren decir Dios.

Los indígenas de Cuba atribuían á tres personas la creación de los cielos y la tierra. En Otaití y en las islas de la Oceanía, los misioneros ingleses han hallado entre las creencias religiosas la de la trinidad. — En el continente americano, los peruanos habían conservado de ella nociones, honraban al ídolo Tangatanga, que decían tres en uno, lo que les causaba mucha admiración.

Entre los celtas, los druidas conocían la Trinidad. Los escandinavos distinguían los nombres de las tres personas del terno *Oden*, *Wile* y *We*, que había formado el cielo y la tierra. En los países meridionales de Europa, habían descubierto algunos sabios, por entre las fábulas mitológicas, el dogma de un Dios trinario.

Al occidente del Asia había un pueblo descendiente de los reyes pastores, que guardaba como un tesoro traído del desierto, el secreto del Nombre Divino, el inefable Tetragrammaton. Estaba prohibido pronunciarle según está escrito, y el dar su explicación en pùblico : no se comunicaba este misterio sino á muy pocos, y eso bajo numerosas condiciones. Se necesitaba para la iniciación á lo menos vivir libre de la embriaguez, de la ira, del rencor; ser humilde, modesto y tener la edad de treinta y cinco años. Los que habían recibido esta iniciación cuidaban de confiarla antes de morir á un alma digna de conservarla. Esta herencia era el premio de una conducta pura, un estímulo y una obligación para lo futuro. p. a.

El Zohar, libro el mas antiguo, después de la Biblia, de las tradiciones judáicas, contiene una expresión formal de la Trinidad. « Hay *Dos* al que se reune *Uno*, y ellos son *Tres*, y siendo *Tres* no son mas que *Uno*. Estos *Dos* son los dos *Yéovah* del verso. ¡Escucha Israel!... *Eloenu* se junta á ellos, este es el sello de Dios : VERDAD. Ellos forman *Uno* con la mas absoluta unión.»

Las letras *you*, *he*, *vav*, que forman el nombre inefable *Yehová*, designan en el de su procesión las tres peronas de la santa Trinidad; y el *he*, segunda letra, repetida después del *va*, indica la segunda naturaleza humana del VERBO. El nombre *Yehová* contiene también los tres tèrminos del tiempo y los tres tiempos del verbo sustantivo en hebreo, pasado, presente y futuro.— Por otra parte está declarado expresamente el misterio de la Trinidad, sin recurrir á la glosa ni á las doctrinas secretas, en las primeras palabras del Génesis. « Los Dioses

crió, etc.; Dios dijo: *Hagamos* al hombre á *nuestra* imagen, etc.; «esta forma gramatical ¿no lo expresa con una precisión admirable? ¡El plural y el singular en uno solo!

¡Admiradlo! Unidad del ser, trinidad de persona; trinidad en la unidad, unidad en la trinidad; ¡hé aquí lo que no se puede comprender, y lo que se cree sin embargo!—¿Es admisible que un dogma superior al entèndimiento humano se hubiera grabado en la memoria y entendimiento de los hombres, si no hubiera incluido más que una fábula poética, una sabia alegoría? ¡Las naciones mas ilustradas la hubieran perpetuado en su creencia, hubieran llevado consigo en medio de sus viajes una idea que no podían comprender, si esta idea no procediera de un origen celeste, y si no hubiera sido revelada desde el principio!

El Hombre—Su caida

Abramos la historia. No arguyamos; leamos.

En el país del mundo habitado desde lo mas antiguo, el Asia, los indios atestiguan que Dios formó al primer hombre del barro de la tierra. Los augustos libros de la China, los Kings dicen: «El hombre fué

hecho de tierra amarilla amasada. Este es el verdadero origen del género humano.»

En nuetra América, los peruanos reconocían que el cuerpo fué compuesto de tierra. Los salvajes hurones habían aprendido que Dios hizo un hombre con un poco de tierra.

Se ve por el Génesis que Dios, habiendo formado al hombre del barro de la tierra, le inspiró en el rostro el soplo de la vida, y que vino el hombre á ser viviente y animado. El alma se llamó *soplo* como un testimonio eterno de esta insuflación; en el primitivo lenguaje del hombre, y en las lenguas semíticas que de él se han derivado, perpetúan religiosamente esta expresión original. —El hebreo se vale de la palabra *nephes*, soplo, viento, alma; — el caldeo de la otra *nascph*, soplo y alma; — el siriaco de esta *nephesh*, soplo, alma;—el etiópico de *nascph*, soplo, alma; — el árabe de *nephs*, soplo, alma; — el persa de *nafas*, soplar, dilatar; — el samaritano de *napasch*, soplar, dilatar — Aun en el sancristo, bajo un nombre diferente, se halla la misma imagen; la palabra *prana* significa soplo, alma, así como entre los griegos, *pneuma* expresa viento, alma, y como entre los latinos *spiritus* tiene un valor idèntico, soplo y espíritu.

Los Puranas, escritos religiosos del Indostan, refieren que el primer hombre recibió el nombre de *Adima* (en sancristo, el primero), tuvo por mujer *Pracriti*, palabra que significa entre los hebreos, *Heva*, dando la vida. Los escandinavos llamaban á este hombre *Astur*, y á su mujer *Embla*.—

Los hindús son magníficos en las pinturas del Chorcan (paraiso terrestre), donde habitaba el primer hombre y su compañera. Se vé en él un árbol cuyo fruto haría inmortal á quien le comiera, si se permitiese comerlel

Los persas nos dicen: el cielo estaba destinado al hombre con condición de que fuese humilde, puro en pensamientos y acciones. La culebra, este *Ahriman* lleno de muertes, vió á *Ormuzd* después que hubo hecho el Ecrime-Veedio (el paraiso terrestre)—Ahriman y todos los dews vieron al hombre puro y fueron abatidos. Ahriman (pectarie) recorrió los pensamientos (de Adam y Eva) trastornó sus disposiciones, los engañó en cuanto á lo que pertenece al dews, y este *cruel* hasta el fin, no trató mas que de seducirlos..... Presentóse por segunda vez, y les dió frutos que ellos comieron, y les habló de las muchas ventajas que gozaban; no les quedó mas que una..... Ahriman, en forma de una culebra saltó en tierra.

Los libros chinos exponen un relato semejante. Al principio el hombre obedecía al cielo, él era todo espíritu.» «La tierra producía espontáneamente frutos en abundancia. No había entónces enfermedad, ni desgracia, ni muerte» —«Pero cuando hubo degenerado de este felíz estado, las aves, las bestias feroces, los gusanos, las serpientes, todos juntos, como de concierto, hicieron al hombre la guerra — Tambien dice el antiguo proverbio: No des oídos á la mujer.»—La glosa añade: «Estas palabras indican que la perversión de la mujer ha sido el

orígen primero y la raiz de todos los males.» No es un recuerdo de esta desgracia lo que nos dice la fábula griega en su alegoría de la caja de Pandora? ¿No fué esta mujer la que introdujo el mal en la tierra? Puédese reconocer la alusión de Hesiodo, cuando repite casi textualmente en su poema de *los Días* el antiguo proverbio de los Sereres: «No te dejes seducir por la mujer».

La caída de nuestros primeros padres tampoco está olvidada entre los tártaros. Cuentan que ellos gozaban de una vida afortunada, ilustrados por sus propias luces, sin privaciones como sin deseos; que la tierra producía una planta cuya dulzura igualaba con la de la miel mas pura, cuya belleza encantaba la vista; que no pudieron resistir á su seducción; que comieron de esta planta funesta, y experimentaron la misma desgracia. «Sus días se abreviaron, sus fuerzas se debilitaron; por la primera vez experimentaron el tormento del temor».

Los tibetanos atribuyen igualmente la pérdida de las calidades primitivas de la inteligencia y del cuerpo á la culpa de haber gustado la peligrosa planta del Schimas, dulce y blanca como el azúcar; el conocimiento del estado de desnudéz les fué revelado por este fruto.

Los escandinavos se acuerdan del árbol de la ciencia del bien y el mal. Entre ellos es un enorme fresno llamado *Ydrasils*, cuyas ramas se extienden por el mundo entero, y la serpiente le roe por debajo. «*Sciur* (la

serpiente) subiendo y bajando por el fresno esparce la palabra de la envidia.

Para explicar el orígen de los males que nos agobian, los mejicanos mostraban en una pintura la conversación de la mujer y de la gran serpiente. —«La serpiente, representada en relación con la madre de los hombres, etc., es el génio del mal, un verdadero demonio».

Los iroqueses sabían la historia de la mujer que se dejó engañar al pié de un árbol; el enojo de Dios que la expelió: tuvo «dos hijos que se batieron, y el uno fué muerto (Abel). De esta mujer han descendido todos los demás hombres por una larga série de generaciones». —Los salivas tienen también la tradicción de la gran serpiente á la que venció el hijo del Altísimo (Purú). —Como la mayor parte de las hordas del Africa, las tribus americanas conservan sobre la serpiente relatos misteriosos; y la placentera imaginación de la misma Grecia no pudo borrar la imágen del horrible *Python* herido con flechas por el hijo del gran dios Apolo, el *Horus* de los egipcios; porque según el texto indiano, la famosa serpiente Cheien había esparcido un veneno del que no se hubiera podido librar hombre alguno, si el dios *Shiven* (una de las personas de la Trinidad) no se hubiera compadecido de la naturaleza humana.

¡Así es como, por confesión de las naciones extranjeras, solo un Dios podía combatir á la serpiente y salvar la raza del hombre!

Universalidad de la tradición.—La vírgen-madre.—El Reparador.—Expectación general.

En tanto que los esfuerzos inauditos multiplican los prodigios, que los descendientes de Noé se reparten las regiones de la tierra, que hacen su conquista con el trabajo, acompaña una grande tristeza á estos grandes sudores. No es el apuro de la fatiga, el peso de las labores siempre renacientes, es la memoria del fatal anatema que gravita sobre las generaciones humanas; es el conocimiento de la caída primitiva, de un castigo misterioso que pasa de raza en raza, y que parece cubre con un oprobio secreto á la reproducción del hombre.

Por muy alto que se remonte con las tradiciones, ya se halla establecida la práctica de una incisión dolorosa y sangrienta en los órganos generadores; perpetuada en el antiguo Oriente, se la vuelve á encontrar en Africa, en el continente americano, así como en los archipiélagos del Océano Pacífico. Por todas partes ha cundido que una culpa mudó la condición del hombre sobre la tierra. Los recordaron que el hombre había perdido la inteligencia; los hindús deploraban su degradación, consecuencia de la primera culpa; los parsis decían: «En calidad de hijo de Meschia y de Meschiane (Adan y Eva), el

hombre nace impuro.» Todos los pueblos han reconocido con Platon que «la naturaleza y las facultades del hombre se mudaron y corrompieron en su jefe desde el principio». La creencia en la expiación del mal original por la efusión de sangre no estaba ménos esparcida; «era una opinión uniforme y que había prevalecido en todas partes, que no podía lograrse la remisión sino por la sangre, y que alguno debía morir por la felicidad de otro». Según los Talmudistas, el pecado no podía borrarse sino por la sangre.

Luégo la expiación, como lo declara Voltaire, fué la mira de todas las religiones. La tierra, que un griego, versado en el mito, dice «enamorada de la sangre» se ha empapado en ella; la inmolación viene á ser el símbolo de la grande expiación esperada. Los sacrificios, empero, tan multiplicados se limitaban á súplicas locales; su intención no comprendía mas que una familia, una ciudad, un reino. Nunca se hubiera osado suplicar con la sangre de los mortales para la expiación del universo. Había un pleno convencimiento de que vendría la rehabilitación de una naturaleza superior.

Las tradiciones derivadas de los tiempos antidiluvianos, conservadas por los patriarcas, se habian esparcido por el Oriente, anunciando un redentor celeste; los pueblos esperaban en este mediador que reconciliaría con el cielo la humanidad caida. Todos esperaban un dios que debía encarnar, y á pesar de su poder, sufrir la miseria, las persecuciones, las necesidades humanas..... ! en fin la muerte! La predicción de su nacimiento milagroso del seno

de una virgen estaba tan acreditada, que en la mayor parte de las teogonías se introdujo la encarnación de un dios.

Los libros sagrados de los bramas declaraban que cuando un dios encarna, nace del seno de una virgen sin unión de sexos. — Los egipcios tenían en su zodíaco la virgen dando el pecho á su hijo. Isis viene á ser madre sin dejar de ser virgen. (1) — En las Indias, se han encontrado pinturas que re-representan *Krischna* en los brazos de su nodriza; tiene cada una al rededor de la cabeza una aureola; diríase el niño Jesús y la virgen María (2). — En china, la santa madre, *Sching-Mou*, « la madre de la inteligencia perfecta, » ofrece una perfecta semejanza con nuestra santa Virgen; era ella por lo común, como un secreto, puesta al fondo del templo, detras, del altar, y cubierta con una cortina de seda; tenía al niño de la mano ó sobre las rodillas ; tenian también aureolas. *Sching-Mou* conservó su virginidad viniendo á ser madre(3). — Los indios, los bramas enseñaban que Chakia-Mouni ó Buddha nació de la virgen *Maha-Mai* (4). — En el Tibet, en el Japon y en China están generalmente persuadidos que un dios, queriendo sacar al linaje humano de la corrupción, fué al seno de una virgen y encarnó: llaman á este dios según su lengua, unos Che-Kia, ó Bha-Kia; otros Fo, Fae ó

(1) Plutar., De Isid. et Osir.
(2) Moor., Hindu Panteon.
3) Borrow, Travels in China.
(4) Klaproth, Asia polyglotta.

Fo-hi (1). — No era menos reverenciada en el Nuevo Mundo la virginidad, que en el antiguo continente. No solo los imperios de Méjico y Perú, sino aun naciones bárbaras tenían también sus tradiciones sobre la virgen.
Entre los germanos la virgen tenía un culto. Los druidas guardaban en lo interior del santuario la estatua de Isis virgen, madre del futuro libertador. (2)

Se sabe que en muchas ciudades de las Galias había altares en honor de la virgen que debía ser madre; que en Chalons, se han descubierto en una casa, vestigios druídicos, la tradición local mencionaba, de acuerdo con la historia, la existencia de una capilla subterránea, en otro tiempo dedicada por los druidas á una virgen, cuya estatua tenía esta inscripción: *Virgini parituræ*, *Druides*. — En atención á la expectación del beneficio que debía salir de una virgen, fué la virginidad un carácter sagrado. De aquí vienen sin duda los respetos, las inmunidades, los privilegios con que la honraban las instituciones públicas. En América como en Roma, en las Indias, en Atenas, las vestales tenían sus colegios; en China recibían de los emperadores distinciones particulares. Las druidas, á causa de su virginidad perpétua, estaban reputadas por santas. Las pitonisas, las sibilas, que influian en los consejos de las naciones, eran vírgenes. En Grecia era un crímen imperdonable

(1) Alph. thibetan., trad. par Paulin de St.-Barthélemy.
(2) Elías Schedius, De diis german.,

la muerte, aun involuntaria, de una virgen (1).

¿Porqué todo este homenaje unánime hecho á la virginidad, si no es por la esperanza que tenían en ella los pueblos de la tierra? Procedía esta veneración tan directamente de la espera general, que anunciando el príncipe-profeta Isaías la venida del Mesías, nos dijo: « Hé aquí que *una* virgen concebirá, » sino: « Hé aquí que LA virgen concebirá (2), » etc.

Este pequeño monosílabo viene á ser una exègesis sublime de la concordancia de las tradiciones de la humanidad entera. El profeta no anunció este fenómeno de que *una* virgen concebirá, sino que dice sin comentario: « Hé aquí que LA virgen, etc. » Nótese la elección del artículo definido LA, expresando que *esta* virgen es *aquella* de que hablan las generaciones, y que ya les es familiar por el relato de los ancianos. Desde el LA al UNA va la distancia de lo *conocido* á lo *desconocido*.

(1) Pausan.
(2) Las versiones caldaica, siriaca, árabe y griega y el texto de los Setenta, conservan fielmente el artículo definido LA; pero como la lengua latina no tiene artículo, no podia expresarle la Vulgata; y la traducción Castellana, sin advertirlo, se ha separado del texto original.

II.

En los tiempos antiguos reinaba por toda el Asia la tradición de un SALVADOR esperado. Sin embargo se sabía que no visitaría por entonces el mundo. Un ilustre idumeo, Job, confesaba no verían sus ojos al SALVADOR hasta el día de la resurrección; que él conservaba en su corazón esta esperanza. — Los persas personificaban á este SALVADOR en *Mithra*, mediador de las numerosas almas de la tierra.

El hijo de Beor, sacerdote del verdadero Dios, que habia recibido la doctrina del Altísimo, y las visiones del Todopoderoso, decía en medio de las naciones extranjeras, que él vería al Redentor, pero no dentro de poco ni en esta tierra. Anunciaba á Aquel, cuya *estrella* luciría sobre Jacob; que de Israel saldría el cetro; que de Jacob saldría el que debía reinar. — El nombre sagrado con que el hijo bendito de Isaac designó al Mesías, *¡Siloh!* era en China el nombre mismo que se daba al DIOS-HOMBRE. ¡Siloh! la primera letra significa altísimo; la segunda, señor, la tercera, unidad, la cuarta humanidad — En la escritura antigua geroglífica expresaba el HOMBRE ESPERADO una grande nube de la que estaba pendiente un niño, lo cual esplica muy bien esta oración mística del profeta; *Rorate cœli desuper et nubes pluant justum* — Albufarage

refiere que en el tiempo del rey Cambises, Zerdascht, autor del magismo, medo, segun los unos, asirio y discípulo del profeta Elías según los otros, advirtió á sus sectarios de la venida de Cristo y de la estrella que brillaría á su nacimiento. El nombre del dios mediador de los egipcios, *Orus*, en la acepción de su orígen caldaico *Ouriai*, signifiaba maestro, doctor. Según los historiadores orientales, *Orus* se llamaba también *Mokhales albaschar*, el SALVADOR DE LOS HOMBRES. — Los caldeos daban igualmente á este dios el título de SALVADOR DE LOS HOMBRES, *Dhuvanai* (1).

Enseñábase que sus padecimientos irían hasta la muerte; que su inmolación sería el rescate del género humano; que con su sangre se borraría la culpa inexpiable de Adan. Los godos presentaban al hijo primogénito de Dios como nuestro mediador, que debía aplastar la cabeza de la gran serpiente, y pagar con su vida ese triunfo (2). Los tibetanos, trasportando á lo pasado el porvenir, mostraban al libertador nacido de la virgen que vivía en el retiro y el ayuno antes de comenzar su misión, cargándose con la miseria de los hombres para salvarlos, sufriendo voluntariamente, entregándose en prenda por los que estaban en los infiernos, ó en los cuerpos de las bestias (2). En la China, los libros Likiyki anunciaban un héroe que debía restablecerlo todo al primer estado, y destruir los

(1) D'Herbelot, t. III,
(2) Edda, Fab. II, 27, 32.
(3) KLAPR., Journ. asiat.

crímenes por sus padecimientos propios (1). Es Kiuntse, es el SANTO. El Tchoung-Young y el Chou-King dicen que « el SANTO no tiene padre. El ha sido concebido por operación de *Tien*. » Los Kings hablan también de este personaje misterioso. El existía antes del cielo y de la tierra. Aunque tan grande su naturaleza es semejante á la nuestra. «Tiengien será el DIOS-HOMBRE; estará en medio de los hombres, y los hombres no le conocerán». «Herid al santo, desgarradle á fuerza de azotes, poned al *ladrón* en libertad.....!» En todos los países civilizados ó bárbaros, existía la creencia de que un Dios-hombre rescataría con su sangre á la humanidad culpable.

Unos de los más profundos mitólogos. Esquiles, bajo la figura de *Prometeo*, reune los trozos esparcidos de la narración en cuanto al Redentor; dá á la Grecia reunida el espectáculo de un dios que hace morir á un dios. Trazando Platon la imágen simbólica del justo dice: ¡Virtuoso hasta la muerte, pasará por inícuo, perverso, y como tal será *azotado*, atormentado y en fin PUESTO EN LA CRUZ! (2) » Rousseau lo ha reconocido. « ¡Cuando Platon pinta su justo imaginario, cubierto de todo el oprobio del crímen y digno de todos los premios de la virtud, él pinta señal por señal á JESUCRISTO! La semejanza es tan sobresaliente, que todos los Padres la han conocido y no es posible engañarse» (3).

(1) RAMSAY, Disc. on the mythPLA.—2 T., De Republ., lib. III.—ROUSSEAU, Emile, lib. IV.

En medio de las naciones occidentales del Asia, habitaba un pueblo cuyos profetas habían anunciado los hechos y padecimientos del Mesías futuro. Isaías decía que el hijo de LA virgen se llamaría *Hemmanuel* (Dios con nosotros), palabra significativa de la alianza de dos naturalezas (1). Jeremías le dá su nombre celeste *Jehová*, que por la procesión de sus letras indica también la unión de dos naturalezas (2). Malaquías ve que él tendrá un precursor (3). Miqueas nombra el lugar donde él nacerá, Belen (4). El príncipe Isaías predijo que comenzaría su predicación en los confines de la tierra de Zabulon y de Neftalí, á lo largo del mar, mas allá del Jordan, y en la Galilea (5). El rey David precisa la forma parabólica de sus discursos (6). Zacarías nota su entrada con humildad triunfante en una borrica (7). La traición de Judas, su muerte miserable, su reemplazo en el apostolado se han pronosticado (8), así como los treinta dineros, precio de su crímen y del campo del alfarero (9).

Isaías habla de la oblación voluntaria del SALVADOR (10), su inocencia (11), su inmolación por nuestros pecados (12). Todas las circunstancias del gran sacrificio se cuentan muchos siglos antes de su cumplimiento: los testigos falsos suscitados contra Cristo, (13) sus azotes, su crucifición (14), su posición entre dos ladrones (15),

(1) ISAIAS, cap. VII.—2 JEREM. cap. XXIII, v. 6.—3. MALVCH.9 III, v. 6.—4 MICH., cap. V. v. 2.—5 ISAIAS, cap. IX, v. 1.—6 PS, LXXVII, v. 2.—7 ZACH., cap. IX, v. 9.—8 PS. LIV, v. 8 y 14.—. ZACH., cap. XI, v. 12.—10 ISAIAS. cap. LIII, v. 7.—11 Ibid., v. 9. —12 Ibid., v. 5, 6, 11, 12.—13 Ps. XXIV v. 12; XXXIV, v. 7.—14 Ibid. XXI, v. 18.—15 ISAIAS, cap. LIII, v. 12.

la hiel y vinagre que le darían á beber (1), la lanzada con que le hirieron, (2) sus vestidos sorteados (3), el escarnio que le harían los que pasaban (4), su petición por los verdugos (5).

III

A proporción que se acercaban los tiempos pronosticados, se hacía mas urgente y conocida la necesidad del Redentor. El Eterno hacía entender á Israel la cercanía de la ley nueva.

«¿Qué tengo yo que hacer con la multitud de vuestras víctimas, dice el Señor por boca del profeta? Ya me incomodan: jamás me han gustado los holocaustos de moruecos, ni la grasa de los rebaños, ni la sangre de las terneras, de los corderos y machos cabrios.

«Cuando venís á presentaros delante de mí, ¿quién ha pedido tuviérais entre las manos estos dones para pisar mis pavimentos?

«No me presenteis mas oblaciones vanas, el incienso es abominación para mí. Ya no puedo sufrir vuestras lunas nuevas, vuestros sábados y las demás fiestas; reinan en vuestras

(1) Ps. LXXIII, v. 22.—2 ZACH., cap. XII, v. 10.—3 Ps. XXI, v 21, 19.—4 Ibid. CXXI, v. 8, 9i—5 ISAIAS, cap. LIII, v. 12.

asambleas la iniquidad y la holgazanería» (1). Platón confesaba que el hombre por sí mismo no sabe orar; que tiene necesidad de aprender el homenaje que debe á los dioses, y aconseja esperar, para ofrecer un sacrificio eficaz, la llegada del supremo institutor. (2) Los *Puranas* expresaban la expectación de los pueblos; la tierra se quejaba de que iba á sumergirse bajo el peso de las iniquidades en el *patala*. Wishnú (segunda persona de la trinidad india) la consolaba, le prometía un SALVADOR, que vendría á nacer en la casa de un pastor, sería educado entre pastores y que la libraria de la raza de los *Daitias* (demonios). Los libros chinos contienen una esperanza semejante. «Es preciso esperar á este hombre, y después habrá perfección. Por esto se ha dicho: Sin la virtud suprema, la ley suprema no se arraigará. Tién-chi (tres mil años) se han pasado en esperar al hombre santo.... así será como la gloria de su nombre inundará, cual un océano, el imperio en medio, llegará á los bárbaros, á los extrangeros, y á todos los lugares donde van los navíos y los carros». Obras originales atestiguan que muchas veces Confucio hablaba del SANTO que debía existir en el OCCIDENTE. «El ministro *Phi* consultó á Confucio y le dijo: Maestro, ¿no sois vos un hombre santo? (Esta palabra expresa en chino un hombre-dios). El respondió: por mas esfuerzo que yo haga, mi memoria no

(1) ISAIAS. cap, 1, v. 12. 13, 14.
(2) PLAT., II Alcib.

me recuerda nadie que sea digno de ese nombre. Pero, replicó el ministro, ¿los tres reyes, (jefes de las dinastías Hia, Chang y Tcheou) no han sido santos? Los tres reyes, dotados de una gran bondad, estuvieron llenos de una prudencia luminosa y de una fuerza invencible. Mas, yo *Khieou*, yo no sé si ellos han sido santos. El ministro replicó: ¿No han sido santos los cinco señores? Los cinco señores, dijo Confucio, dotados de gran bondad, practicaron una caridad toda divina, y una justicia invariable, Mas, yo *Khteou*, yo no sé si ellos han sido santos. El ministro volvió á preguntarle: ¿No han sido santos los tres Augustos? Los tres Augustos, contestó Confucio, han podido hacer uso de su tiempo; pero, yo *Khieou*, ignoro si ellos han sido santos. El ministro, sorprendido totalmente, le dijo por fin: Siendo eso así, ¿quién es aquel á quién se le puede llamar SANTO? Confucio, conmovido, le respondió sin embargo con dulzura diciendo: Yo, *Khieou* he oído decir que en los países OCCIDENTALES habría un santo hombre que sin ejercer algún acto de gobierno, prevendría las turbulencias... Ningún hombre podría decir su nombre. («¿Quién podrá referir su generación?») (1): pero, yo *Khieou*, he *oído decir* que este era el verdadero SANTO.

No era por efecto de una previsión sobrehumana, por una revelación celeste, que el filósofo chino creía la llegada del SANTO. Él nos dice que lo ha *oido decir*.

(1) Isai. c. 43.

Con que esta tradición la tenía de sus predecesores; todas las naciones esperaban la aparición del Redentor.

« Los pueblos, decía Mencio, discípulo de Confucio, la aguardan como las plantas mustias esperan el rocío.»

Los indios testifican la misma impaciencia Uno de sus libros sagrados, el *Barta Chastram* contenía, hace ya dos mil quinientos años, esta predicción:

« Nacerá un brahma en la ciudad de Szambelan: este será Wishnú Iesudu..... Entonces este Wishnú Iesudu, brahma, conversando entre los de su raza, hará lo que era imposible á otro que no fuese él; purgará la tierra de pecadores, y hará reinar la justicia y la verdad, ofrecerá un sacrificio...» Nótense los nombres dados al Mesías y á la ciudad donde él nacerá. ¡Qué admirable concordancia con los libros hebreos! «Nacerá un brahma,» un sacerdote (*tu es sacerdos in æternum*), « en la ciudad de Szambelan (Belen).

Belen significa en hebreo casa de pan, y Szambelan quiere decir en estilo sagrado de los hindús pan de casa, pan casero, etc. «Este será Wishnú Iesudu.»

Wishnú (segunda persona de la trinidad india), «Iesudu» (¡Jesús!) *Du* es en esta lengua, dice el traductor del Barta Chastram, la terminación comùn á los nombres propios masculinos.

Por lo tanto *Iesudu* no difiere de *Iesu*, sino lo que difiere *Tiberius* de *Tiberio*. «El Bagavadam mostrando la segunda persona

Wishnú, que, cerrado en el seno de una mujer, vino á la vida con el nombre de Krishna (Cristo), no atestiguaba menos formalmente la identidad de las tradiciones en cuanto al Mesías.

«Todas las circunstancias de su nacimiento como de su nombre, recordaban á Jesucristo, escribía M. de Guignes; él ha nacido de una virgen, en una gruta, donde había un asno; durante la noche; ha sido adorado por los ángeles y por los pastores.»

En este tiempo, «el pueblo que caminaba por las tinieblas, percibió una gran luz.»

Los libros hebreos que quedaron desconocidos á las naciones extranjeras, se publicaron en la ciudad de las filosofías, Alejandría, metrópoli del reino de la crítica.

Uno de los Tolemeos hizo traducir en griego y depositar en la biblioteca del Museo las santas escrituras.

Apesar de los doctores de la ley, inconsolables por esta profanación, los atenienses, los romanos pudieron copiar la versión de los Setenta, esparciéndose de este modo por el mundo la tradición judaica; y cuando Varron trató de establecer por la universalidad de los relatos la unidad de Dios se apoyó en los escritos hebreos.

Desde este momento era una creencia firme y estable la espera del reparador. Los magos no habían olvidado la advertencia de Zerdascht; su gran maestro, acerca de la estrella que les anunciaría el nacimiento del Mesías, á quien se les recomendaba llevar presentes.»

En el Oriente corría la voz de que una estrella maravillosa debía dirigir á los santos hombres hácia el lugar donde habría de nacer el niño.

En esta época fuè cuando un emperador de la India, conmovido por algunos oráculos encargó á sus emisarios mataran á este niño si lo llegaran á descubrir.

La tradición indiana nos muestra también al tirano Concha que, sabiendo el parto de Dohibaky, ordena que se traiga al niño *Krishna* para matarle.

Pero la madre informada de esta resolución, le hace llevar en secreto á la ciudad de *Gokulam*, donde se quedó viviendo en la casa de Nanda, su padre, que le había criado.

Ninguno de estos rumores se perdió, penetraron hasta el centro del imperio chino, para anunciarle era llegado el momento. Pero como habían tardado cerca de un siglo en atravesar toda el Asia, cuando el soberano *Ming-ti* envió á las Indias embajadores para descubrir al SANTO, había ya 65 años que el Hijo del hombre había pronunciado á la faz del cielo, desde lo alto de la cruz: TODO SE CONSUMÓ.

El mundo romano no podía quedar extranjero á la expectación universal y unánime. Hácia el fin de la república, Ciceron anunciaba la ley única por la que se gobernarían todos los hombres.

Los oráculos sibilinos anunciaban á dos reyes, el uno debía reinar en Roma, el otro

debía salir del Este de la Judea, para gobernar el universo.

No se podía creer, dice Heyne, hasta que punto se ocupaban las naciones entonces acerca de las profecías, y cuanto habían llamado su atención.

Suetonio confiesa que « todo el Oriente había resonado con la opinión antigua y constante de que los hados querían salieran en aquel tiempo los dominadores del mundo de la Judea.

Tito Livio, Salustio, Tácito, Plutarco, mencionan esta creencia. Volney reconoció tambien la expectación general de un gran mediador, de un *salvador futuro*.

La expectación está consumada.

El Cristo: hé ahi el *Redentor*.

N. B.—Al terminar lo que hemos titulado *controversia exegético-científica*, cúmplenos declarar que nos hemos servido del precioso trabajo de M. Roselly de Lorges, casi integramente.

LA FILOSOFIA DE LA NATURALEZA

Y LA REVELACIÓN

Las teorías de la pluralidad de los mundos habitados, la pluralidad de existencias, la palingenesía y el fin del mundo en sus relaciones con el dogma.

Aunque ya hemos examinado varios puntos de la filosofía de la naturaleza en sus relaciones con el dogma, nos proponemos terminar esta controversia científico-religiosa tomando en cuenta las objeciones que se oponen al catolicismo en nombre de las teorías de la pluralidad de los mundos habitados, la palingenesia, la pluralidad de las encarnaciones del alma, la vida futura y el fin del mundo en sus relaciones con el dogma de la redención é inmortalidad del alma, advirtiendo que en estas cuestiones nos hemos servido en gran parte de las obras del señor Perujo, que deben consultarse.

Esta controversia de actualidad nos dará ocasión para examinar al mismo tiempo al-

gunas grandes conquistas modernas acerca de la filosofía de la naturaleza, debidas en el fondo al genio científico del catolicismo, que jamás nos deja sin respuesta al tratarse de los grandes problemas que interesan á la humanidad; porque está demostrado que fuera de su influencia las ciencias no prosperan, como tambien que sus dogmas directa é inderectamente han excitado siempre el progreso científico.

Y en efecto, un no se qué de grandor y elevación corona los esfuerzos de las investigaciones modernas.

Es innegable que apesar de las teorías materialistas y positivistas con que ha sido deshonrada la ciencia moderna, el espiritualismo filosófico ha hecho grandes conquistas y logrado imprimir á las ciencias físico-naturales un carácter majestuoso y una tendencia sublime á lo trascendental, empeñándose en examinar y considerar todas las grandes cuestiones bajo el aspecto grandioso de la filosofía de las ciencias. En la actualidad todas tienden á la generalización, á lo absoluto, que es el verdadero carácter científico de los conocimientos humanos.

Esto ha sucedido con la filosofía de la naturaleza ante las magnificencias de la creación después de los grandes progresos empíricos de las ciencias naturales.

La astronomía, que en alas de las matemáticas y al traves del telescopio, ha ido ha sorprender la máquina de ese mundo inmenso que rueda por los espacios inconmensurables, auxiliada por las ciencias físico-químicas, al dar una teoría gigantesca para la formación y constitución cósmica del universo, ha puesto tambièn las premisas para la solución del problema de la humanidad universal. Así es que la filosofía de la Creación ha dado pasos agigantados.

El catolicismo, que es la filosofía espiritualista por excelencia, la filosofía de la humanidad, como ha dicho Cousin, puso los cimientos de la Filosofía de la Naturaleza ó Cosmos, estableciendo su fundamento desconocido á la sabia antigüedad sobre el origen del mundo como obra de la omnipotencia y sabiduría infinitas, sacado de la nada al ser para revelar las perfecciones divinas y pregonar la gloria del Hacedor.

El dualismo, el materialismo y el panteismo habían hecho imposible la filosofía de la naturaleza.

Una materia eterna era inconcebible en sus transformaciones; una fuerza ciega al traves del caos y una evolución ciega de la sustancia única, son puntos de partida para la ciencia cosmológica, que hacían insoluble el problema de las relaciones entre lo finito y lo infinito, entre el ser contigente y el ser absoluto y necesario, base suprema de la cosmología.

Es esencia del ser contigente, y por consiguiente de la naturaleza universal, no tener en sí la causa y razón de su existencia. Solo Dios es eterno porque existe por si mismo. ¿Qué se sigue de este principio? Que el Universo es obra de Dios. La primer frase del Génesis es un postulado para la razón: « En

el principio crió Dios el cielo y la tierra y todo lo en ellos contenido» Hé aquí legada al mundo la primera verdad que había de descifrar el enigma del universo.

La naturaleza universal, los cielos y la tierra, la creación es la obra de la omnipotencia y de la sabiduría infinitas; luego constituye un todo armónico, donde en expresión del Génesis, se refleja la gloria del Hacedor: «coeli enarrant gloriam Dei.»

I

La pluralidad de mundos

La obra de Dios no podía menos de reflejar los atributos de su infinita perfección: la armonía y el órden; esto es, la unidad en la variedad, debe ser la síntesis suprema del universo. El órden admirable que reina en las múltiples manifestaciones del ser sobre la tierra en una escala ascendente de perfeccionamiento son una prueba de que esto mismo sucede en lo restante del universo. Todos esos mundos que ruedan sobre nuestras cabezas y viajan por el espacio, no pueden estar abandonados al acaso, sino que

deben obedecer á la ley suprema del orden y de la armonía.

La teoría científica mas autorizada de Kant, Herschel y La Place los ha sorprendido en su unidad cosmogónica, dándole por origen esa materia cósmica primitiva, que al través de múltiples transformaciones dirigidas por la omnipotencia y sabiduría del Criador, ha venido á constituir el sistema universal y armónico regido por las leyes de la gravitación universal de Newton y Kepler, descubriéndose por todas partes cálculo y geometría: sus movimientos están sujetos á la ley de la razón directa de las masas é inversa del cuadrado de las distancias, siendo los cuadrados de los tiempos de las revoluciones de los planetas entre sí, como los cubos de los ejes mayores de sus órbitas.

De esta armonía ó sistema universal cósmico que expresa la palabra *comos*, *universo*, no ha podido menos de deducirse la unidad de la creación, constituída por una multitud indifinida de sistemas semejantes al sistema planetario del cual forma parte la tierra. Las estrellas son soles de sistemas semejantes al nuestro. Esta teoría es ya poco menos que un postulado para la astronomía trascedental.

Y en presencia de esa armonía universal de mundos planetarios y extraplanetarios ¿permanecerá muda la filosofía de la naturaleza, podrá contentarse con sospechar solamente que todos esos mundos no pueden ser desiertos y que habiendo sido dispuestos como la tierra para recibir la vida no pueden estar condenados á la muerte perpetua? No, una

mera sospecha de la pluralidad de mundos habitados es indigna de la razón humana y de la sabiduría infinita: debe concedérsele el rango de postulado de la filosofía de las ciencias naturales. Oígase la magnífica peroración de Sir David Brewster á este respecto: «Constituyen la naturaleza creada el sol con sus hermosos compañeros, los planetas con sus fieles satélites, las estrellas con sus sistemas binarios cumplen sus movimientos diversos, anuales y seculares, no percibidos muchos y desconocidos y ¿no llevarán el menor designio concebible? Antorchas sin alumbrar nada, focos sin calentar nada, aguas sin refrescar nada, nubes sin sombrear nada, brisas soplando la nada, y todo en la naturaleza, montes y valles, tierras y mares, todo existiendo para servir de nada, ninguna criatura inteligente en los vastos estados del Rey universal!

«En nuestra opinión, semejante condición del sistema solar y del universo sideral, fuera igual á la de nuestro globo, si todos los buques de comercio y de guerra atravesasen los mares con camarotes vacíos y bodegas sin cargamento, si todos los convoyes de los caminos de hierro estuviesen en plena actividad, sin pasajeros y sin mercancias..... Una casa sin moradores, una ciudad sin habitantes, representa á nuestra mente la misma idea que un planeta sin vida y que un universo sin población.

« Fuera igualmente difícil presumir por qué la casa se edificó, por qué se fundó la ciudad, y por qué el planeta fué formado y

creado el universo. Esta dificultad sería grande aunque los planetas no fuesen mas que informes masas de materia, inertes y sin movimiento como una tumba, pero es mucho mas grande áun cuando en ellos vemos esferas enriquecidas de la belleza inorgánica y en plena actividad física, esferas que cumplen sus movimientos con una precisión tan notable que sus dias y sus años no discrepan jamás en centenares de siglos.

« La idea de concebir un globo de materia, como un mundo gigantesco dormido en el espacio, ó un rico planeta equipado como el nuestro; la idea, repetimos, de concebir un mundo cumpliendo perfectamente la tarea que le ha sido señalada, sin habitación en su superficie, ó sin estar en un estado de preparación para recibirla, nos parece una de esas ideas que solo pueden ser admitidas por espíritus mal instruidos y mal ordenados, por espíritus sin fé y sin esperanza.

« Mas hemos errado al pensar que el universo estaba muerto: al principio áun no había nacido esta bella crisalida terrestre, de donde la mariposa de la vida debía salir; al mandato divino las formas protozoicas aparecieron, mas tarde la primera planta, el molusco elemental, el pez mas elevado, y el cuadrúpedo mas noble áun, aparecieron sucesivamente; en fin, el *hombre*, imágen del Criador y obra de su mano, fué investido de la soberanía del globo.

« La tierra, pues, fué criada para el hom-

bre; la materia para la vida, y do quiera que veamos otra tierra estamos obligados á convenir, que fuè como la nuestra, creada para la raza inteligente é inmortal. Esta es la creencia del filosofo y la esperanza del cristiano.»

Hè aquí, en hermoso resúmen las razones de analogía y congruencia que nos obligan á aceptar la pluralidad de los mundos habitados. Vamos á desarrollarlas:

Es un principio metafísico que Dios nada hace en vano en la naturaleza, pues repugnaría á su infinita sabiduría, que en todas partes debe resplandecer en la unidad, la perfección, el órden y la proporción. Ahora bien, conociendo la importancia real de todos los planetas, es inexplicable que la tierra sea el único entre todos los cuerpos celestes que esté habitado.

En el órden y sabiduría de Dios entra que siendo todos los planetas habitables, no dejen de tener habitación, sino por alguna excepción especial; de lo contrario la tierra tendría un privilegio único sin saber en qué fundarlo, siendo así que no tiene distinción alguna, ni mejores condiciones que los otros; privilegio que la haría el planeta más importante del universo, cuando en realidad es uno de los más insignificantes; y si se compara á los innumerables astros que pueblan los cielos, es un átomo de polvo perdido é imperceptible en la inmensidad.

Lo que sucede en la tierra en pequeño, debe suceder en mayor escala en el universo, en la inmensa variedad de las especies

del ser y de la vida, y debemos suponer que los planetas y los astros son otros tantos tipos de creaciones vivientes, otras tantas especies de la vida universal.

El poder creador del Hacedor es infinito, su inteligencia infinita también, y no podemos creer que se encierran en la tierra todos los tipos de sus criaturas: y por lo que hace al hombre, que es la criatura más noble, es imposible que no haya más que una sola especie de séres compuestos de un cuerpo organizado y de alma racional.

Son muchas las especies de animales, muchas deben ser las de espíritus puros, y la sustancia media, ¿ha de ser única? Esto es contrario á la armonía universal y es necesario que existan otras humanidades en otros mundos para que conozcan y glorifiquen al Hacedor.

Todas esas humanidades formarían una grande armonía universal de inteligencias que enlazaría á los mundos en el órden espiritual, como están enlazados en el órden físico.

Solo de este modo la creación se presenta más majestuosa y mas digna de la grandeza de su autor; la escala de perfección ascendente en los séres de la tierra desde el musgo hasta el cuadrumano y el hombre, está pregonando la armonía del universo en la manifestación del ser y de la vida universal en esos espacios inmensos con gradación indefinida y ascendente hacia la perfección de la vida que es inagotable en sus variedades y tipos.

Esa armonía de los mundos es el reflejo de la sabiduría y poder infinitos del Hacedor.

Sí, los dominios del Criador no pueden ser dominios de muerte, sino el imperio de la vida: no deben ser desiertos silenciosos y vastas soledades, sino la residencia de séres vivientes y racionales que cumplen sobre ellos su destino.

Las obras mas bellas y prodigiosas de la infinita sabiduría, no pueden ser masas inertes, moles áridas que vagan desconocidas y silenciosas por el espacio con un órden marcado, cual sepulcros yertos de vida sino la morada augusta de criaturas inteligentes que tributan al Hacedor el libre homenaje de su reconocimiento, elevándose desde todos los globos celestes en coro universal y armónico fervientes adoraciones al Dios omnipotente.

Solo así los cielos entonarán dignamente la gloria del Creador.

La idea de que estèn deshabitados los mundos hiela nuestro corazón y atormenta nuestra inteligencia cual si se encontrara en presencia del caos ó aplastada por la muerte universal.

Y no es este un mero presentimiento; es una convicción profunda, para ello existen altísimas razones. Porque, en efecto, ¿cómo puede ser verosimil que todas las maravillas de la creación sideral carezcan de espectadores que las contemplen y admiren en ellas la magnificencia del Creador?

II

Nuestro sol y todo su sistema no es ùnico en todo el universo, es únicamente una de las estrellas que tachonan el firmamento: por encima de nuestras cabezas ruedan millones de soles refulgentes, centros de otros tantos sistemas de mundos.

La mano de Dios ha sembrado el espacio de globos gigantescos con tanta ó mayor profusión como las arenas del mar: las estrellas son las arenas del cielo, el polvo del firmamento; hoy la suma de estrellas observadas desde la primera magnitud hasta la décima-tercia inclusive, llega á 75.000,000; mas áun, con los telescopios no se distinguen ya constelaciones ni divisiones, sino que brilla un fino polvo allí donde el ojo abandonado á sus solas fuerzas no ve mas que una negra oscuridad con dos ó tres estrellas, mientras todas las regiones del cielo están cubiertas de esa fina arena de oro. Y ¿cuanta no será la inmensidad del espacio ocupado por esos millones de estrellas que el hombre no puede llegar á contemplar aunque viviera eternidades?

Basta saber que la estrella mas cercana á nuestro sistema, el *alfa* del Centauro, dista algo mas de 6.000,000.000,000 de leguas (seis billones) y á pesar de recorrer la luz

54,000 leguas por segundo, del *alfa* tardan los rayos luminosos tres años y ocho meses en llegar á la tierra.

Ahora bien; si el hombre fuese la única criatura racional y la tierra el único mundo habitado ¿para qué fin arden tantos soles en la inmensidad, si nadie se aprovecha de su luz y calor. ¿Cual es el objeto de todas esas criaturas y de todas esas magníficas armonías? ¿Cual es la razón de los movimientos de los globos esparcidos en los espacios viajando por la inmensidad? Ah! No ofendamos á Dios diciendo que solo sirven para pasear la muerte al son de esa eterna armonía de las esferas!....

«¿Es por ventura creible, dice Cousin Despreaux, que el Sér infinitamente sábio hubiese adornado la bóveda celeste de infinidad de mundos sin mas propósito que la satisfacción de nuestra vista y ofrecernos un bello espectáculo? «Esto no solo es ridículo sino hasta imposible, puesto que la mayor parte son casi ó del todo invisibles ».

Pero es de observar, que este raciocinio queda plenamente confirmado desde el momento en que mediante la progresiva perfección de los instrumentos astronómicos, descubrimos un nuevo punto de semejanza entre nuestra tierra y los demas cuerpos del sistema planetario.

Nosotros habitamos, dice C. Flammarion, en un mundo que no constituye una excepción entre los demas y que no ha recibido privilegio alguno. Es el tercero de los celestes que giran al rededor del sol y uno de los cuerpos

menores; puesto que Júpiter, por ejemplo, es 1,414 veces más voluminoso y Saturno 734; estando ademas en las mismas condiciones de habitabilidad que la tierra.

En esos planetas como en nosotros, los rayos generadores del mismo sol esparcen el calor y la luz según grados diversos; en ellos como aquí se suceden los años, los meses y los dias, entrañando esa sucesión la série de estaciones de período en período; hay una atmósfera trasparente que envuelve en un clima protector la superficie habitada, da orígen á los fenómenos meteorológicos y desarrolla esos bellos atractivos de la aurora y del crepusculo.

El telescopio nos permite hoy descubrir en algunos planetas y satélites ciertas desigualdades, montes y valles; percíbense sus nubes aptas para prestarles toda la belleza de una vegetación deliciosa; á medida que su invierno se acerca, se extiende en sus regiones boreales una blancura que desaparece cuando le llega el estio. A proporción que el telescopio y demás instrumentos de observación se vayan perfeccionando, los descubrimientos nos mostrarán puntos de semejanza más decisivos aun entre nuestra tierra y los demás planetas.

Hoy se poseen antecjos cuya potencia multiplicadora está en la proporción de 1 á 6,000. Es posible, pues, que llegue el día en que nuestros instrumentos resuelvan por el testimonio de los sentidos estas teorias de que tenemos ya las pruebas tan convincentes de la analogía y congruencia. Ya vemos lo que

pasa en la luna como si estuviésemos á 11 leguas de ella, y hasta se ha descubierto yeso desecado en el fondo de uno de sus cráteres, como los desiertos de arena se divisan perfectamente. Acaso no tarde el día, en que nuestros instrumentos, que ya nos permiten trazar el mapa de varios mundos, también nos permitan diseñar aquellas superficies en sus pormenores topográficos poniendo á nuestra vista señales incontestables de arte, de industria, de inteligencia y hasta los mismos planeticolas. ¿Quién, habia de decir á Galileo que el anteojo inventado por él, que no llegaba mas que á duplicar, como los gemelos de teatro, un día llegaria á una potencia multiplicadora de 6,000?

Mas, volvemos á preguntar, si no existen habitantes en los planetas ¿para quién se suceden los años, las estaciones, los dias y las noches? ¿á quién alumbrarán las cuatro lunas de Jùpiter y las ocho de Saturno? ¿para quién son aquellas atmósferas y refulgentes auroras? ¿á qué conducen sus mares, sus rios caudalosos y elevadas montañas que observa el telescopio? Si la existencia de las cosas tiene un objeto, como no puede menos de reconocerse, es necesario admitir que todas esas cosas son manifestaciones de la vida sobre otros mundos. La tierra ha sido creada para ser habitada; luego donde veamos las mismas condiciones de habitabilidad es necesario suponer la habitación, so pena de considerar el poder creador como ilógico consigo mismo, y como inconsecuente con su propio modo de obrar.

Sí; los mundos están habitados y Dios es

glorificado en todas partes; la vida animal y racional embellece esos mundos gigantescos.

Una dificultad, debemos resolver para que no pueda negarse la consoladora verdad de la existencia de la vida universal.

Es de advertir que los fénomenos que la observación ó la indución nos descubren en la superficie de esos globos planetarios y que se alegan como incompatibles con las condiciones de la vida, por ejemplo, el calor excesivo de Mercurio y Venus, el frio y la oscuridad de Urano y Neptuno, solo pueden referirse á las condiciones de la vida terrestre. Mas cuando hablamos de la habitación de los mundos, no queremos decir que están habitados por séres idénticos á nosotros: esto seria contrario al órden de perfección ascendente del *cosmos*.

Por lo demas, no es aventurado, afirmar que todos los planetas reciben una cantidad de luz y calor relativamente igual, ya porque su suelo esté formado de elementos químicos á propósito para recibirlos y conservarlos, ya porque sus atmósferas tengan poderosas propiedades absorbentes á medida de las distancias y necesidades del astro, ó porque su calor central ejerza una acción notable, sobre su superficie ó últimamente porque los organismos de sus habitantes están formados en condiciones mas ventajosas, que es lo más probable.

Es casi evidente que ni los hombres, ni los animales, ni las plantas de nuestro globo podrian vivir sobre ninguno de los planetas, ni aun sobre Marte y Venus, los más semejantes, pues es un postulado de la ciencia que la organización física de los séres está en ar-

monía con las condiciones de los lugares en que deben vivír según la ley sabida de la adaptación al medio.

Por eso en nuestro propio globo observamos que los animales y las plantas de América difieren notablemente de los de Europa y Asia; los del Ecuador son distintos de los de los polos y perecerían trasladados allí, y viceversa. Hay animales que soportan una temperatura de más de 80; otros viven en los hielos de los polos; unos se desarrollan en una atmósfera envenenada ó sumamente encarecida ó en la profundidad de los mares; ni el calor, ni el frio, ni la oscuridad de los lugares impiden el desarrollo de la vida animal y vegetal. Por consiguiente sería hasta una necedad negar séres vivientes á Mercurio, por ejemplo, porque se abrasarían, y á Neptuno porque se helarian.

Es, por tanto, legítima esta conclusión apoyada en la experiencia y sana lógica: debe admitirse sobre los astros una infinita diversidad de organismos que varían no solo de un mundo á otro, sino también sobre cada uno de ellos según los climas, latitudes, y demás elementos que dependen de la posición astronómica y constitución químico-geológica.

Vamos á prevenir una última dificultad sobre los habitantes de la luna ó *selenitas* y los indicios de su existencia. Como si se hubiese hecho de propósito, ese mundo vecino nuestro es quizás el único que no ofrece las condiciones de habitabilidad que poseen la tierray demás planetas.

En él no se descubre atmósfera y por tanto no tiene líquidos: es un globo puramente sólido donde solo se hallan piedras, tierra seca y polvo. ¿Hay séres que pueden vivir sin aire? No conocemos suficientemente los recursos de la naturaleza universal para negar esta posibilidad.

Sin embargo, por la analogía de la luna con la naturaleza terrestre podríase tal vez suponer que ha sido habitada por séres análogos á los terrestres en aquellos tiempos seculares en que estaba rodeada de líquidos y gases: que siendo menor y mas ligera que la tierra se enfrió más aprisa y perdió sus líquidos y sus gases: en tal caso penetrando en el suelo lunar encontraríamos sus antiguos habitantes en estado fosil, así como encontramos nuestros antiguos ejemplares zoológicos sepultados en las capas geológicas de la tierra.

El tiempo y la ciencia, se cuidarán de ir descifrando estos enigmas de la creación: mientras tanto concluyamos con este bello epifonema del célebre P. Félix: « Yo no puedo pensar en los habitantes de los demás mundos, sin que al instante se yergan mi razón y mi fé, y adquieran todo su vigor y su vuelo. Yo veo á esos extraordinarios hermanos mios; y entre su multitud los hay sin duda más crecidos, más hermosos, más nobles y más civilizados que nosostros, más capaces de amor ardoroso y de fé creadora ». Sí, Dios es grande; y solo la humanidad universal hace digna de su grandeza esa máquina brillante que se mece en la inmensidad del tiempo y de los espacios.

Al contemplar los innumerables mundos esparcidos en la bóveda celeste, al reconocer la magnitud colosal y las inmensas distancias de esos astros, que solo aparecen como puntos luminosos, no podemos dejar de apreciar mejor la grandeza infinita de ese Dios que, en expresión de la Biblia, *extendió los cielos como nada, los desplegó como tienda para habitar*, y *los encierra en la palma de su mano.*

Naturaleza, organización y estado social de los mundos estelarios.

Demostrada la habitabilidad de los mundos, nuestra razón se esfuerza en investigar la naturaleza de sus desconocidos moradores. No vamos á detenernos en esas utopias brillantes y pintorescas de algunos pretendidos sábios: son indignas de la ciencia y nos limitaremos á las teorías aceptables que nos permitan formar los datos científicos y la inducción estrictamente filosófica.

Empezaremos por exponer algunos principios que servirán de base para la solución del problema acerca de las humanidades de otros mundos, bajo el aspecto de su organización y su estado social.

La creación, no puede ménos de ser considerada coma un todo armónico constituyendo la armonia universal, la exteriorización en una

variedad indefinida de las perfecciones divinas en el sentido del creacionismo; de manera que el conjunto de séres que constituyen el universo debe formar una escala de perfección indefinida y ascendente; de esto tenemos una prueba en nuestro globo que constituye un todo armónico en una escala de perfección desde el átomo mas simple hasta el hombre, que es el sér más perfecto, como una síntesis ó microcosmos.

En el supuesto de que los orbes no son palacios deshabitados, ni templos sin adoradores, la vida en sus múltiples manifestaciones ha debido reinar en ellos en lo pasado, ó reina al presente ó reinará en el porvenir. Quizás algunos mundos, habiendo cumplido su destino las familias que los pueblan, caminan solitarios esperando acaso nuevas transformaciones y nuevas razas, como sucederá en la tierra; otros han debido llegar al apogeo de una vida lozana y vigorosa, multiplicada bajo diversísimas formas, reinando en ellos la civilización más floreciente: otros mundos deben encontrarse en decadencia, por ser en ellos más difíciles cada vez las condiciones de habitabilidad; y otros en fin, sometidos actualmente á revoluciones geológicas, están preparándose para recibir á su vez la criatura racional, como demuestra la geogenia estuvo la tierra ántes de ser habitada por el hombre.

En efecto: la observación telescópica nos permite creer que hay mundos en diversos períodos y grados de formación, que unos mueren y otros nacen, unos han sido destruidos y sus restos ruedan por el espacio, ha-

biendo algunos fragmentos llegado hasta nosotros apresados por la atracción de la tierra, y otros se hallan en vias de formación. La materia no descansa, sus transformaciones no cesan así en el átomo orgánico como en los globos más colosales: la actividad es contínua y universal, no siendo la vida mas que un flujo y reflujo perenne según el principio de los escolásticos: *corruptio unius generatio ulterius,* y viceversa.

La vida y actividad universal, responde á las leyes de continuidad y perfección progresiva para la armonía universal en la escala indifinida de la existencia desde el ser ó átomo inorgánico hasta la gran causa inteligente; indefinida y ascendente debe ser la escala de los seres inorgánicos, organizados y espíritus puros.

Hay una teoría que, aun cuando sostenida por grandes genios, parece improbable, y es que los demás planetas son habitados por *espíritus puros* superiores á nosotros. No es probable, pues que serían inútiles para esos moradores las condiciones higiénicas, biológicas y físicas; y es indigno de la sabiduría infinita suponer nada inútil en la naturaleza: luego los habitantes de todos los mundos deben tener una organización semejante á la nuestra, aunque en una escala de variabilidad proporcionada á la diversidad cósmica y biológica de los mundos.

Los espíritus puros ó ángeles como sustancias incorpóreas, no necesitan estar en un lugar material, como en su residencia ordinaria. Ellos están en Dios, que según la

expresión de Mallebranche, es el lugar de los espíritus, como el espacio lo es de los cuerpos. Es muy razonable que los mundos materiales estén habitados por seres inteligentes si, pero organizados, en un número indifinido de especies inteligentes como la hay de astros materiales.

Es por tanto altamente razonable creer que las colonias planetarias se componen de criaturas racionales unidas á un organismo fisiológico que las pone en relación directa con el mundo externo: semejante naturaleza, análoga á la nuestra en cuanto á la esencia, debe ser distinta en cuanto á la forma y cualidades accidentales, según la naturaleza del mundo habitado. Pero en todo caso, esas criaturas son inteligentes y por consiguiente libres, responsables, é inmortales: son por tanto seres perfectibles y progresivos en su inteligencia y en su voluntad: con la inteligencia cultivan la cioncia, y con la voluntad, el bien y la virtud.

Esos grados de perfección y de civilazación son infinitos. Para formarnos una idea de la infinita variedad de las manifestaciones de la vida sírvanos de ejemplo la tierra, grano de arena, átomo imperceptible de los mundos: «Sobre la tierra, recuerda Flammarión, en los fósiles del mundo primitivo, en los terrenos antidiluvianos, en el asperón cretáceo, de las formaciones geológicas, en una gota de agua, en una hoja del prado tenemos animales microscópicos; allí hallamos una cantidad innumerable de formas, de seres diversos, cuyos modos de existir nos abren un campo ilimi-

tado. No bastarían millones y millones para contar la variedad de formas que reviste la animalidad terrestre, desde el pólipo que marca la línea divisoria del mineral y del vegetal, hasta las libèlulas de las aguas cuyos límpidos dominios es el aire. ¿De qué infinita variedad no es fuente nuestra morada? Si solo fuerzas inherentes á nuestro modesto globo han producido semejante serie de existencias ¿que será si consideramos tantos mundos extraños al nuestro, en dónde tantos elementos desconocidos estuvieron en acción desde el origen de las edades? Vida vegetal, vida animal, vida humana, se pueden producir bajo sistemas completamente extraños á los que conocemos. »

El célebre Young ha escrito un párrafo sublime sobre la perfección, naturaleza y civilización de los mundos superiores, dice así:

«Quiero elevarme de esfera en esfera..... Llego en medio de esos soles soberanos, que brillan con una luz independiente, alma de los mundos por los cuales todo vive y respira. ¿Qué veo aquí? Un espacio sin límites sembrado de inflamadas fuentes; de globos más vastos que los nuestros, girando en más elevados circulos. Avancemos más allá; apénas he empezado mi carrera. Esto sin duda no es más que el pórtico del palacio del Eterno... Qué error el mío! El Eterno está mucho más alto. Sigo subiendo. Cuánto más avanzo hacia El, más se aleja de mí.

"¿En dónde estoy? ¿Dónde está la tierra? ¿Sol, dónde estás? ¡Qué estrecho es el círculo donde viajas! Estoy aquí erguido sobre la

naturaleza. Mis miradas dominan su recinto ¡Cuántos millares de cielos veo rodar bajo mis piés como granos de brillantes!

«Llegado tan léjos y á regiones tan nuevas para mí.... ¿Cuál es el nombre de esta comarca del dominio inmenso del Señor? Habitantes de esta mansión... cualquiera que sea vuestra naturaleza debéis vivir de otra vida, hablar otro lenguaje, tener muy diferentes ideas que el hombre... Más decidme: ¿de que naturaleza son vuestros sentimientos? La razón está aquí entronizada? Reina soberanamente sobre los sentidos ó se sublevan contra ella? ¿Vuestros venturosos reinos gozan aún de su edad de oro? ¿Han conservado su inocencia vuestros primeros padres? ¿Os es fácil y natural la virtud?.. ...

«Es esta vuestra última morada? Sois trasladados vivos, ó necesitáis morir si tenéis que variarla? ¿De que especie es vuestra muerte? ¿Conocéis el dolor y la enfermedad? ¿Os es conocido el azote horrendo de la guerra?.... ¡Oh! habitantes de esos mundos lejanos, respondedme: Quizás estáis excentos de la muerte y del dolor, ¿quizás un eter puro y sùtil compone vuestro ser privilegiado! Libres de la pesadez y de la corrupción os eleváis á placer en el espacio. Cuán diferente es vuestra suerte de la de nuestra humanidad! Tristes esclavos de un limo vil y grosero que mata al alma, somos un todo compuesto de dos partes que no pueden avenirse y que se hacen una guerra eterna.

«Que extraño os debe parecer este relato? ¿No habéis oído nunca hablar de la existen-

cia de este género humario? ¿El carro inflamado de Enoch y de Elías no ha pasado cerca de esos lugares? El angel de las tinieblas, al caer de los cielos no ha manchado la pureza de vuestro éter? No ha eclipsado por algunos instantes vuestro globo con el paso de su inmensa sombra?»

¡Qué pensamientos tan elevados! La grandeza de los mundos está pregonando la grandeza de humanidades superiores á la nuestra.

Pero por mas extraños que seamos á esos mundos, no podemos menos de creer que sus habitantes son hermanos nuestros á quienes algún día conocerèmos; no descienden de Adán, ni tienen quizá nuestra organización, nuestra forma, nuestros sentidos; pero son hijos de Dios, tienen un alma racional, sentimientos religiosos y un mismo destino que nosotros; y la semojanza de las cosas se ha de medir por su parte mas noble.

II

Una es la verdad é inmutable; sus principios eternos no varian de globo en globo. La verdad eterna, Dios, envía sus vívidos reflejos á todos los espacios y *la luz de su rostro está sellada sobre todas las criaturas racionales.* Las verdades metafísicas lo mismo

que las morales, deben ser conocidas en todos los mundos posibles: ciencia, moral, religión, civilización, progreso, son el digno patrimonio de todas las criaturas racionales. Misteriosas simpatías nos ligan con los hermanos de esos mundos brillantes, operarios como nosotros, del tiempo para negociar la perfección y la eternidad. Conocer y amar á Dios en la vida terrestre y después gozarle en la eterna; perfeccionarnos en el tiempo para obtener la inmortalidad: tal es el programa común que todos los globos tienen que realizar.

Somos, pues, hermanos, el universo es una familia múltiple, que va por distintos caminos á la morada del padre universal. El fin de la criatura racional no puede ser otro que Dios. Luego todas las criaturas racionales nos hemos de encontrar al rèdedor del trono expléndido dela divinidad donde se estrecharán difinitivamente los lazos de la verdadera fraternidad universal.

Pasemos ahora á hacer algunas observaciones. ¿La pluralidad de los mundos es contraria á las sagradas Escrituras? Flammarión ha afirmado que si; pero Flammarión no es Pontífice. La pluralidad de mundos habitados es una opinión perfectamente libre, tanto bajo el aspecto teológico como filosófico. Las ciencias religiosas, morales y antropológicas tienen por base la humanidad y la divinidad; con esto basta, y para sus verdades no es necesario la Humanidad universal.

Se dice que la Biblia cae en un error geocéntrico y antropocèntrico, afirmando que la tierra es el centro del universo, y la huma-

nidad descendiente de Adan, la única que ha sido creada por Dios. ¿Cómo se responde á esta objeción? Fácilmente: la sagrada escritura es geocéntrica y antropocéntrica en su misión moral y religiosa, que es el fin directo de la revelación, pues tiene por objeto enseñarnos cómo *se vá* á los cielos y no *cómo van los cielos*.

Cosmológicamente considerada la Biblia, no es geocéntrica ni antropocéntrica por los atributos que enseña del Creador y el fin de la creación que es la gloria de Dios, dejando el resto del universo á la disputa de los hombres: supone esas verdades, no las trata ni las niega cosmológicamente.

«Respecto á los habitantes de los planetas nada define la religión, dice el ilustre teólogo Perrone. «Si se quiere, dice el esclarecido P. Félix, que los planetas y los astros tengan sus habitantes capaces como nosotros de conocer, amar y glorificar al Creador, me apresuro á proclamar que el dogma no lo repugna, que nada afirma y nada niega sobre esta libre hipótesis.

La economía general del cristianismo mira á la tierra, nada mas que á la tierra; abraza la humanidad, nada mas que la humanidad que desciende de Adan y fué redimida por Jesucristo.»

Y ¿por què la Iglesia había de ser contraria á esta opinión? ¿Por què sería incompatible con alguno de sus dogmas? La mas ligera reflexión basta para probar que no es así. Si los astros son mundos habitados, claro es que sus habitantes no son descendientes de Adan, por lo tanto los dogmas del pecado original y sus consecuencias, la gracia, la redención, etc., quedan perfectamente intactos, pues nada tienen que ver con aquellos directamente.

La astronomía especialmente ha sido la ciencia mimada de la Iglesia y cultivada por muchos de sus hijos. Las pacientes observaciones de los monjes en los claustros continuaron las de los egipcios y caldeos, y fueron poco á poco corrigiendo los errores de la edad media. En los techos de las catedrales, en los libros del coro y en los claustros de las abadías se escribían los mapas celestes. Al clero se deben los principales descubrimientos y progresos de la astronomía, así como la invención y perfección de los instrumentos necesarios para su estudio.

El venerable Beda decubrió los equinoccios; el monje Gerberto formó el globo terrestre y abrió cátedras de matemáticas y astronomía en el siglo X ó de hierro; á Rábano Mauro su tratado sobre el *Universo* y al monje Blemmyde varios tratados sobre cosmografía; el canónigo Lambert escribía en el siglo XII curiosos mapas celestes; el monje Bacón y Alberto el Magno poseían tales conocimientos que el vulgo los creía hechiceros; son bien célebres en astronomía los nombres del cardenal de Cusa, de Schomberg, del cardenal de Capua, y de Tideman Gysio, obispo de Culm; el canónigo Copérnico, el clérigo Gassendi, el religioso Mañan, el jesuita Scheiner y Rheita, inventores reales del *telescopio* á fuerza de perfeccionarlo, el presbítero Soumille, el

clérigo Chappe, invenior del telégrafo, y el canónigo Puigre, modelo de los matemáticos según Flammarión; si Galileo tuvo émulos en el clero, cuando su teoría no era más que una hipótesis, tuvo también decididos protectores.

Casi todo el sistema de Newton es debido al presbítero Gregorio de Saint-Vincent, y á los PP. La-Faille, Guldin y Leotard; por último, sin salir de la órden de los Jesuitas, esa brillante academia de tantos sabios, encontramos los célebres Riccí, Schall, de Bell, Benvenuti, Aguillón, Kircher, Bunon y el inmortal P. Secchi.

La Iglesia, por tanto, no solo no se ha opuesto sino que ha fomentado el progreso de las ciencias; pero ha observado siempre una prudente mesura en pro de la libertad científica, no permitiendo que á hipótesis ninguna, por razonable que fuera, se le diese los honores del dogma cobijándose con algún pasaje bíblico.

La teoría del movimiento de la tierra causaba una revolución general en las ideas, por mas que no fuera tanta en religión, y era prudente asegurarse bien de ella antes de aceptarla. Esto es lo que hizo la teología, como todos los filósofos de la época, inclusos Bacon y Descartes; y lo mismo sucede con su consecuencia la pluralidad de los mundos. Y si esta última hipótesis se hubiera planteado como era debido, no hubiese encontrado tal oposición; pero desde sus principios se la quiso presentar como contraria á los dogmas y esto no podía menos de contribuir

á que se la mirase con recelo. Hoy que es discutida bajo su verdadero punto de vista y han podido fijarse sus límites, se inclinan á ella los mas notables teólogos y eminentes sabios católicos desde los cardenales Cusa y Polignac hasta Pioger, Leverier y Secchi.

Por fin, queremos terminar esta tésis con las elocuentes y sublimes reflexiones del citado Young, que al admitir la pruralidad de mundos no encontraba oposición en los dogmas revelados:

«Si me equivoco, dice, multiplicando los universos, mi error es sublime, se apoya sobre una verdad, tiene por base la idea de la grandeza de Dios. Y ¿quién me demostrará que es un error? ¿quién osará señalar límites á la Omnipotencia? Así crea un mundo como crea un átomo. Diga *¡Sean!* y nacerán millares de mundos. No condenes mi entusiasmo, ¡oh! frío censor; dejadme estas ideas que me engrandecen y me inflaman. Mi imaginación no puede hundirse en el mudo y desierto imperio de la nada, sin experimentar un sentimiento de horror; desea aniquilarlo extendiendo los límites del sér, cree aumentar así la gloria del Criador.

«La experiencia misma viene en apoyo de mi conjetura. Desde lo infinitamente pequeño hasta lo infinitamente grande, los dos términos de la creación se corresponden y se equilibran mútuamente; el pensamiento no debe temer descender demasiado hácia la extrema pequeñez, ni elevarse demasiado hácia la extrema grandeza. ¿Qué efecto pudiera parecer demasiado grande cuando se piensa en la causa? ¡Admirable Arquitecto! Mi alma puede descender ó

elevarse á su voluntad en la inmensidad de tu idea, sin separarse jamás del centro. *Yo soy*, es tu nombre. Toda existencia te pertenece. La creación no es aún mas que una nada; no es mas que un velo flotando ante Tí, como flota ante el astro la atmósfera ligera.

«Sábios de la tierra, observadores de la Naturaleza, génios superiores que voláis sobre las huellas de Newton, ¿habeis descubierto á Aquel que ve á la cumbre de la creación hundida en las profundidades de un abismo?

«Habeis encontrado el orbe del Gran Sér, del Sol universal que atrae á sí todos los séres? Habeis reconocido á los satélites que le rodean, las estrellas de la mañana que asisten á su despertar y forman su córte? No es la ciencia, es la Religión la que me guiará hasta El; el amor humilde penetra donde la soberbia razon no puede alcanzar.... Cada uno de esos astros es un templo donde Dios recibe el homenaje que le es debido. He visto humear sus altares; he visto elevarse el incienso hasta su trono; he oído resonar las esferas con los conciertos de su alabanza! Nada hay profano en el universo. La naturaleza toda entera es un lugar consagrado.»

Hé aquí, como un espíritu religioso es capaz de considerar la naturaleza de un modo tan magnífico. Es, pues, insípido suponer que solo la razon heterodoxa puede remontarse á tan sublimes inspiraciones. Soy católico, y por eso mi alma rebosa en un misterioso entusiasmo al encontrar realizado en los mundos el programa de la Biblia para la humanidad universal: «Los cielos pregonan la gloria de su Hacedor».

El dogma de la encarnación y redención en sus relaciones con la pluralidad de los mundos habitados

Cada vez que penetramos en el templo augusto de las ciencias filosófico-naturales para examinar ese pretendido antagonismo entre la revelación y la razon proclamado por algunos sofistas, nuestra fé se robustece, experimentando un orgullo santo al contemplarnos católicos, porque nos convencemos de que la luz de la revelación es el faro más espléndido para la razon humana.

Más aun; en presencia de los grandes sofismas con que la ciencia heterodoxa pretende negar la verdad de la religión, nos complacemos en repetir con Rousseau: Estoy convencido de que el cristianismo saldrá triunfante de la terrible prueba.... porque *sostiene perfectamente* el exámen de la razón; *y cuanto más se le sondea más grandeza se descubre en él*».

Y esta grandeza se descubre también en el exámen del misterio augusto de la Redención y Encarnación del hijo de Dios. «En ese altísimo misterio, ha dicho el marqués de Valdegamas, están juntas todas las perfecciones divinas. En él está Dios con su espantable omnipotencia, con su perfecta sabiduría, con su maravillosa bondad, con su terribilísima justicia, con su altísima misericordia y, sobre todo, con aquel inefable amor que domina y señorea todas sus perfecciones».

Según el consejo de S. Pablo, el católico debe estar siempre dispuesto á dar satisfacción de sus creencias. Cuando con ocasión de la pluralidad de mundos se niega ó se pone en duda la Encarnación y la Redención con sofismas científicos, estamos en la obligación de probar que no hay contradicción entre nuestros dogmas y las conquistas de la ciencia, y que la ciencia humana no puede abrir brechas desastrosas en el edificio católico, porque tiene su fundamento en la palabra divina; y cuando aparentemente así sucede, como lo pretende Flammarion que, por mas astrónomo que sea, muy mal conocía la teología del dogma, es un deber del creyente llamar la misma ciencia en defensa de la religión.

Ante todo, expondremos brevemente el dogma católico de la Encarnación y Redención, para establecer claramente el estado de la cuestión. La doctrina católica enseña que Dios crió al hombre perfecto y le constituyó en estado de justicia y de gracia santificante, colmándole además de excelentes dones sobrenaturales, la ciencia, la integridad y la inmunidad de miserias, todo ello muy conforme con la misión y orígen del primer hombre que debía ser base de la humanidad, sin que pudiera ser enseñado ni perfeccionado por el contingente del progreso humanitario, puesto que él era el primero; y á sí como no tuvo mas padre que Dios en el órden genealógico, no pudo tener otro maestro en el órden intelectual, moral y religioso.

Esta doctrina está sólidamente fundada en la Biblia y en las tradiciones de todos los pueblos

que conservan la memoria de una primera *edad de oro* ó de felicidad original.

La felicidad humana para que fuese digna del hombre debía estar encomendáda á su libertad y hé aquí que, al quebrantar nuestros primeros padres el fácil precepto que la misericordia de Dios les habia impuesto para probar su obedencia, perdieron aquellos dones excelentes como hereditarios, trasmitiéndonos su desgracia y sus tristes consecuencias. al punto de que el filósofo pagano Ciceron declarase al hombre un *alma en ruina*.

Aquella caida del hombre es lo que se llama *pecado original*, es el fundamento de todos los dogmas cristianos que necesariamente la suponen, como la venida de Jesucristo, la redencion, la gracia, etc.

Es también, según confesión de Voltaire, el fundamento de la doctrina religiosa de todos los pueblos antiguos; y entre las numerosas pruebas que podrían alegarse, basta hacer notar el hecho de que todos los pueblos tenían ritos expiatorios para purificar al niño á su entrada á la vida, en la idea de que todos nacemos con la mancha original. Pruébalo también el reinado de la degradación intelectual y moral en todos los pueblos no rehabilitados por el cristianismo.

Pero la misericordia divina compadecióse del hombre caído y quiso restituirle en cuanto era posible, á su estado de nobleza y santidad primitivas á fin de que no pereciese la obra de sus manos. Al lanzar Dios la sentencia contra la prevaricación original, la endulzó con la santa promesa de un Reparador, que debía ser su propio Hijo.

Este vino en la plenitud de los tiempos, encarnó con gloria de la humanidad en las entrañas de una purísima Vírgen, pudiendo así dar la vida por el hombre y satisfacer plenamente por él. *La gracia*, dice el Apóstol, *abundó más que el delito, para restaurar en Cristo todas las cosas, asi las que hay en el cielo, como las que hay en la tierra, en él mismo.*

Hé aquí en su compendio más lacónico el más grande de los dramas, la más grande de las esperanzas, la gloria suprema de la humanidad y la página mas sublime para la filosofía del género humano.

Chateaubriand demostró en una bella página la necesidad de este Reparador: «Sabemos, dice, que el hombre fué criado en un estado perfecto y que cayó de él por el pecado. Esta tradición se robustece con la opinión unánime de todos los filósofos de todos los países y tiempos, que nunca han podido explicarse el hombre moral sin suponer un primitivo estado de perfección del cual cayó la naturaleza».

«Si el hombre ha sido creado lo ha sido para algún fin; por consiguiente habiendo sido criado perfecto, el fin á que venía destinado no podía dejar de serlo. Pero ¿la causa final del hombre no ha sufrido alguna alteración en virtud de su caída? No, puesto que el hombre no ha vuelto á ser criado. Así pues, aunque el hombre se ha vuelto mortal é imperfecto, merced á su desobediencia, ha subsistido no obstante con sus fines inmortales y perfectísimos.... Luego habiendo quedado los fines del hombre tan perfectos como antes de su caída, aunque él haya sufrido una degeneración, es necesario admitir una ayuda para que sea puesto en aptitud de conseguir su fin, una reparación para su ruina, una medicina para su enfermedad. Una redención ó un medio cualquiera de hacer al hombre capaz de sus fines, es una consecuencia necesaria del estado de caida de la naturaleza humana».

En la Encarnación, el Hijo de Dios toma nuestra dèbil naturaleza con todas sus miserias, excepto el pecado, y reune en su persona la naturaleza divina y la humana á fin de poder ser verdadero *mediador* entre Dios y los hombres, juntando en sí mismo, como en un punto céntrico la esencia creadora y las sustancias creadas, constituyendo así la prenda de la redención universal aun de los mundos posibles, restaurando *todas las cosas en el cielo* y *en la tierra*, al decir del Apóstol.

Enseñó al mundo una doctrina divina, dió ejemplos de virtud sublime y estableció la verdadera religión con que Dios ha de ser adorado y el hombre perfeccionado y restituido á sus altísimos destinos.

Y adviértase lo que á nuestro propósito más hace al caso y que constituye la cuestión palpitante del debate: «¿El dogma católico, que afirma la Encarnación del Hijo de Dios y la Redención, es incompatible con la opinión de la pluralidad de mundos habitados?» Sí, exclaman los incrédulos con Flammarion.

No, responde la S. Congregación del Indice; porque respecto á la extensión y eficacia de la Redención, ésta fué poderosa, como afirma San Pablo, para *restaurar todas los cosas, así las que hay en el cielo como las que hay en la tie-*

rra, en él mismo; doctrina que derrama radiante luz para averiguar la parte que tuvieron en los beneficios de la redención los innumerables mundos del espacio.

Y desde luego, ¿qué dificultad hay en que la eficacia de la redención verificada con la pasión del Hombre-Dios sobre la Tierra se haya extendido á todas las criaturas que la necesitaban? Mundos criados por ese mismo Dios, formados de los mismos elementos materiales ¿no han podido igualmente participar del mismo don celestial?

Se podrá responder que los planetícolas ó no tienen necesidad de Redentor como nosotros, ó que si la tienen, sus méritos han sido aplicados á ellos como á nosotros del modo que la eterna Sabiduría habrá querido determinar.

El elocuente orador sagrado P. Félix expone hermosamente el dogma de la Redención bajo este aspecto. Despues de indicar que el Verbo divino habiendo determinado descender á la creación y unirse á ella sin confundirse con ella, quiso tomar la naturaleza humana, porque se hallaba en un grado inferior de las inteligencias creadas, continúa: «Si el Verbo Eterno al descender á la creación se hubiera detenido en uno de los grados intermedios de la interminable escala de séres inteligentes, los grados inferiores y el hombre, que es el último de todos, hubieran quedado fuera de su acción restauradora.

«¿Qúé hizo pues el Verbo divino? Recorrió la inmensa escala de los seres inteligentes hasta su último grado?

« Descendió hasta el hombre, y de este

modo comprendió y encerró en su acción restauradora todas las especies superiores al hombre, todos los ángeles, todos los espíritus, si es que se encuentran en los diversos sistemas celestes.»

Expone en seguida la completa regeneración del hombre por la redención, y demuestra con textos de San Pablo que la influencia restauradora del Cristo se extiende á todas las criaturas.

« No es cierto, prosigue, que el pecado original haya infestado los cielos y los habitantes de los astros.

«La falta de Adan no pudo penetrar donde no está su raza. Así es que ni los ángeles ni las demas criaturas racionales de los globos celestes necesitaron ser rescatados del pecado.

«Esto no es decir que los ángeles y todos los demás espíritus, sea cualquiera su naturaleza y su condición, no han tenido necesidad de ser elevados del estado de naturaleza al estado de gracia; han tenido necesidad de ser santificados, de ser transformados y colocados en el órden sobrenatural, á fin de agradar á Dios y entrar en comunión de gloria y de felicidad con Dios, lo que han conseguido por Jesucristo.

«El mismo misterio que reconcilió y rescató la naturaleza humana por que era culpable, realzó á la naturaleza angélica y á las demas inteligencias que puedan existir en el universo, porque eran imperfectas....

«Habiendo sido criado todo por el Verbo como causa ejemplar: *Omnia per ipsum fac-*

ta sunt, ha sido también restaurado y elevado por él como causa eficiente: *Instaurare omnia in Christo.*»

II

¿Cómo, pues, se resuelve la dificultad propuesta por Flammarion? ¿Las humanidades estelarias pecaron ó se conservaron fieles á la ley del Señor?

No es absurda la hipótesis de considerar al universo como una vasta ciudad en la cual hay buenos, malos y medianos, y cada uno tiene su diverso grado de cultura, de ilustración, de vicio ó de virtud.

Por eso si los primeros troncos de las razas de otros mundos fueron puestos á prueba, como Adan, lo cual es probable, no dudamos que muchos sucumbirían como él, no siendo por tanto la humanidad terrestre la única y triste excepción entre los mundos. Y decimos que es probable que fueron tentados ó probados los habitantes de otros mundos, porque Dios se complace en el homenaje libre de sus criaturas y sin duda les dió una ley como al hombre para que le prestasen meritoria sumisión.

Puesta la ley, ya está la libertad á prueba para el mérito y el desmèrito.

¿Acaso las Sagradas Escrituras no indican

esto mismo cuando dicen que el antiguo testador arrastró *una tercera parte de las estrellas?* ¿no podría significar mas bien las humanidades que viviesen en ellas?

Es ademas evidente que esas razas prevaricadoras necesitaron tomar parte en los beneficios de la redención; de aquí no se infiere que necesitara el sacrificio del Hijo de Dios sobre su propio mundo.

Bastó para todos el sacrificio consumado en el Calvario, cuyo valor es infinito.

La virtud de la sangre divina, así como abraza toda la duración del tiempo, así también abraza toda la extensión del espacio; así como se extiende á los siglos pasados y futuros, así también se extiende á la inmensidad de los mundos; ya sean aquellos que conservaron la inocencia primitiva, en los que la redención resplandeció como un aumento de felicidad, una prueba de los resplandores eternos y una auticipación de la bienaventuranza; sea aquellos cuya pureza solo había sido empañada por defecciones parciales, á los que comunicó un impulso vigoroso hácia la perfección; sea aquellos mundos Infelices que como la Tierra habían caido hasta lo mas profundo del abismo, á los cuales tendió una mano misericordiosísima, haciendo resonar en sus oidos el anuncio de la gracia y del perdón, abriéndoles el camino de la virtud en el tiempo y del premio en la eternidad.

Si: los mundos inocentes necesitaban también de los méritos del Redentor, porque conviene á la perfección de la criatura esta-

blecer en absoluto el imperio de la parte espiritual sobre la parte animal y destruir su mutuo antagonismo; conviene dar vigor al espíritu para avanzar rápidamente en el progreso, aumentar la armonía de aquellas humanidades y librarlas de la desdicha que es inherente á su condición limitada. Las razas inocentes no habían de ser de peor condición que las culpables, tanto mas cuanto estas, no sólo habían sido perdonadas, sino que ademas habían adquirido una nobleza altísima al ser rescatadas por un precio infinito y elevadas por la gracia al órden sobrenatural.

Si: á todos los mundos debió ser anunciada la *buena nueva* de la redención de Jesucristo, pues de èl dicen las Escrituras:

«*¿ Sobre quien no nacerá su luz?* (Job. 25. 3) y á quien Dios *dió un nombre que es sobre todo nombre y ante el cual se doblará toda rodilla de los celestes, de los terrestres y de los inferiores.*

En resúmen, á la dificultad propuesta por Flammarion, se contesta que las humanidades de los astros, si no pecaron, no tuvieron necesidad de ser redimidas del pecado como la tierra, pero necesitaron ser elevadas al órden sobrenatural.

Si pecaron, no fué necesario que la Encarnación se repitiese en cada uno de los mundos, pues bastó para redimirlas el sacrificio infinito cousnmado en el Calvario.

En uno y otro caso la redención aprovechó á los mundos inocentes y á los mundos pecadores.

Era indiferente que esta obra maravillosa se realizase en cualquiera de los globos para extender sus efectos á los demas.

Si se realizó en la tierra, á pesar de su pequeñèz fué, ó porque el hombre la necesitaba mas por el exceso de su mal, ó porque la condición del hombre relegado á los últimos límites de la creación intelectual exigía que el restaurador universal descendiese hasta él, para alcanzarle en su acción reparadora.

Para patentizar la solución que acabamos de dar y obviar una última dificultad, vamos á trasladar un trozo de Flammarion: «La dificultad del misterio cristiano, dice, ha sido en primer término expresada como sigue: si se admite la pluralidad de tierras habitadas y de humanidades, es preciso admitir ó que esas humanidades han permanecido fieles á la ley de Dios, ó que han pecado como la nuestra y han debido ser redimidas.

«En el primer caso, esas humanidades impecables, puras y desprendidas de la materia, están por ese mismo hecho, según el dogma, eximidas de la ley del trabajo, y por consiguiente su desarrollo parece imposible, estos séres se manifiestan sin objeto de perfeccionamiento, sin fuerza de actividad. Ademas, se ha añadido, no hay virtudes posibles en semejante paraiso; en la estancia de la felicidad y de la paz la idea de la misericordia no puede tener aplicación, ni aun siquiera ser mentada; la justicia sólo puede ser comprendida donde existe la injusticia y la verdad donde está la mentira; los atributos morales

del Sér Supremo no pueden ser conocidos y descritos sino donde existe lo deshonesto y lo falso; su poder, su sabiduría y su bondad no pueden ser representadas sino en un mundo material, regido por las leyes de la materia, sobre el cual el hombre, en su naturaleza física, esté sometida á su acción y á su intervención. »

« Y por eso la primera parte del precitado dilema ha parecido inaceptable. En el segundo caso, si esas humanidades han pecado como la nuestras y han tenido que ser redimidas, el prestigiado privilegio de la redención pierde su grandeza, porque se encuentra repetido en millones de millones de tierras semejantes á la nuestra, que en la ley común, forma parte del órden general; su esplendor sin segundo queda eclipsado y el brillo divino de que estaba revestido. » Hasta aquí Flammarion. Pero dá lástima contemplar tanto error y sofisma para impugnar nuestro dogma sublime.

En primer lugar, no se ha entendido la ley del trabajo, ni la condición de la naturaleza inocente, ó según sus palabras, impecable. Es cierto que Dios impuso esta ley al hombre en pena de su pecado, pero no es ménos cierto que ya se la había dado en el paraiso conveniente al desarrallo, de sus facultades naturales.

El Génesis nos dice que Dios puso al hombre en el Paraiso para que lo cuidase y lo labrase *ut operaretur illum;* la ley del trabajo en aquel estado dichoso hubiera sido tan fácil y suave, como después del pecado es dura y penosa. Toda criatura por lo mismo que es

esencialmente limitada, es esencialmente perfectible, y se perfeciona tanto más cuanto menores obstáculos encuentra en el desenvolvimiento de su acción.

Pero el pecado al introducir el desórden en la naturaleza y crear el lamentable antagonismo que sentimos entre la parte superior y la parte inferior, entre el espíritu y la carne, vino precisamente á multiplicar aquellos obstáculos; de manera que el perfeccionamiento de la criatura libre es más difícil en el estado del pecado que en el estado de inocencia.

La experiencia de acuerdo con la razón enseña que el estado actual de nuestra sociedad, consecuencia de la caida original, no hace ni ha hecho otra cosa que suscitar obstáculos á los elementos de nuestra perfección; la inteligencia turbada, la moralidad hollada, los sentimientos corrompidos ó estraviados: tal es el tristísimo estado que nos presenta la historia. ¡Qué cúmulo de circunstancias, guerras, luchas, sistemas, vicios, ambiciones y pasiones se han opuesto al progreso de la humanidad! Es cierto que la humanidad ha progresado aunque lentamente en cuanto á la inteligencia, pero en cuanto á moralidad y sentimientos, es poco mas ó ménos lo que ha sido en todos tiempos, sobre todo considerada no colectivamente, sino en los individuos, y la causa de esto radica precisamente en nuestra naturaleza viciada por el pecado.

Verdad profunda que proclamó S. Pablo cuando dijo: *Veo una ley en mi carne que repugna á la ley de mi espíritu, y que me tiene cautivo bajo la ley del pecado, que hay*

en mis miembros. Verdad conocida por los mismos paganos y expresada con energía en aquella amarga queja de Ovidio: *Veo lo mejor, lo apruebo y sin embargo obro lo peor.*

En segundo lugar no es menos falso lo que afirma Flammarion con mengua de la filosofía « que no hay virtudes posibles en semejante paraiso..... y que los atributos morales del Sér Supremo no pueden ser conocidos y descritos sino donde existe lo deshonesto y lo falso, etc »..... Precisamente es todo lo contrario.

Lo positivo no se conoce en lo privativo, y siendo las virtudes cosas positivas no se han de conocer en los vicios opuestos. La virtud es la perfección del alma, es el buen uso de la libertad, que siendo defectible y pecable, pratica sin embargo el bien por deber y convición. Las humanidades siempre fieles á la ley de Dios serían necesariamente humanidades perfectas. ¿Qué mayor virtud y perfeccionamiento puede concebirse que cumplir en inviolable armonía sus destinos temporales y encaminarse rectamente á su último fin? Por eso envidiamos el estado felicísimo en que hubiéramos vivido, sino hubiéramos prevaricado en nuestros primeros padres; por esto todos nuestros esfuerzos y la obra misma de la redención, se encaminan á restituirnos á él, cuyo esfuerzo y realización constituye la ley del desarrollo de la humanidad, cual base de la filosofía de la historia, como tan brillantemente lo ha expuesto y demostrado el filósofo Schelegel.

En cuanto al segundo miembro del dilema, se supone gratuitamente que aquellas humanidades, caso de haber pecado, debieron haber sido redimidas de la misma manera que nosotros. Podian haberlo sido por cualquier otro de los infinitos medios, tan incomprensibles como eficaces, que la sabiduría divina tiene siempre á su disposición. De todos modos, no se infiere que la redención multiplicada en los milllones de mundos posibles perdiese por eso de su grandeza. Por el contrario, aquella obra divina brillaría con mayor esplendor relativo, si se multiplicase tantas veces como astros hay en el cielo.

No es esto decir que creamos en esta multiplicación, pues lejos de esto hemos demostrado lo contrario, pero hemos querido manifestar el vicio de la argumentación. Por otra parte, el dilema de Flammarion es defectuoso porque entre sus dos miembros cabe medio. Podian suponerse aquellas humanidades en estado de naturaleza *inocente* y *elevada,* ó en estado de naturaleza *integra*, ó bien en estado de *pura* naturaleza ó en estado de naturaleza caida y no *reparada*, como beneficio indebido.

Todo esto hace que el argumento de Flammarion, que propone como decisivo contra el dogma, sea falso, vicioso ydébil, y por tanto seria de desear que los astrónomos que escriben sobre materias relacionadas con el dogma, estudiasen antes un poco de teología, so pena de salir tan desairados ante la crítica imparcial.

Teoría cosmogónica y sistema del universo
Fin y termino de su carrera. Renovación final de los mundos

Los constantes progresos alcanzados por la moderna astronomía han hecho progresar inmensamente la Filosofía de la Naturaleza acerca del grandioso problema del orígen, constitución y fin de la Creación, problema hermosísimo que nos eleva á las mas sublimes consideraciones y ensancha nuestras aspiraciones del porvenir.

Flammarion, que tanto ha contribuido á desarrollar la cosmología trascendental por sus atrevidas concepciones, es sin embargo un autor peligroso por los grandes errores filosóficos con que ha deslustrado sus magníficas tentativas para explicar la teoría del universo y de los mundos. Ya he indicado algunos y debemos deplorar otro sumamente grave.

Así en la teoría cosmológica del universo ha caido en un error panteista atribuyendo la infinidadd y eternidad al mundo, y esto constituye un error palmario.

Solo Dios es infinito y eterno en el sentido propio y metafísico de la palabra; y como Dios es distinto del mundo, tendríamos el absurdo de dos infinitos al mismo tiempo.

Además, los atributos metafísicos son correlativos: lo infinito y lo eterno es necesariamente inmutable y absolutamente perfecto, y vemos sin embargo, que la ley constante del universo es la variabilidad, y que por consiguiente ni es inmutable, ni infinitamente perfecto, puesto que se perfecciona.

Solo en un sentido impropio puede decirse que el mundo es infinito y eterno, en cuanto que las formas de la existencia que Dios puede comunicarle son inagotables, y que por tanto no tendrá término su duración, por mas que haya tenido principio.

La razón es muy obvia; la ley esencial del universo es la transformación y mutabilidad, cambia incesantemente: luego no es infinito, puede adquirir, y en efecto adquiere, múltiples modos de ser; ni es eterno porque no tiene en sí la razón de su existencia.

I

Pasamos ahora, á indicar el sistema del universo según los últimos adelantos de la ciencia.

Después del renacimiento de las ciencias naturales provocado por Bacon, y merced á los poderosos auxilios de la mecánica y de la física celestes, la cosmología auxiliada por la astronomía ha extendido su dominio al sistema general del universo.

En el mundo, como obra de un Hacedor in-

teligente, nada puede haber discordante; todo es armónico, todo se enlaza y todo tiende indudablemente á la realización del fin supremo de la creación.

Ahora bien; sabido es que el sistema de Copérnico, referente á nuestro sistema planetario, es hasta cierto punto la expresión fiel de los hechos observados: siguiendo las analogías que naturalmente se desprenden del sistema copérnicano y teniendo en cuenta los preciosos descubrimientos de la ciencia moderna, como la unidad y fecunda simplicidad que se nota en las leyes de la naturaleza, se deduce que así como todos los satélites giran al rededor de sus planetas respectivos, y asi como éstos giran al rededor del sol dentro de sus propias órbitas, el sol á su vez debe girar también, junto con todo su cortejo de satèlites, al rededor de otro centro superior á él, este nuevo sistema al rededor de otro centro mas poderoso y así sucesivamente hasta formar un sistema universal, cuyas evoluciones principiaron en el orígen remoto de los siglos y cuyas órbitas deben cerrarse á la consumación del presente órden, para transformarse en otro y otros mas expléndidos.

Además de este poderoso argumento de analogía hay varias observaciones que lo comprueban.

Asi, ¿quien ignora que el centro de nuestro sistema, el sol, sin embarfio de su fijeza aparente, tiene un movimiento real de rotatación sobre su eje y que insensible pero

positivamente se acerca hácia la constelación de Hércules?

Muchas de las estrellas conocidas cambian frecuentemente de brillo, de magnitud y de aspecto, revelando así que se acercan y se alejan de nuestro sistema planetario; y otras aparecen y desaparecen de nuestra vista con cierta periodicidad, revelando asímismo que no tienen luz propia ó bien que son satélites de otros sistemas; todo lo cual corrobora que el movimiento es general en el Universo.

Ademas, la atracción es una fuerza real y positiva á la cual se debe la unión de los elementos materiales para formar los sistemas y conforme á las leyes de Newton se ejerce al través de todos los espacios planetarios en razón directa de las masas é inversa de los cuadrados de las distancias.

De donde se sigue que hallándose nuestro sistema solar en movimiento y sufriendo incesantemente, como es natural, la fuerza atractiva de todos los cuerpos celestes, obedecerá á la acción combinada de su fuerza centrífuga con la centripeta de otro sol más inmediato y superior á èl, pues conforme á las leyes de la mecánica, siempre que un sistema de fuerzas materiales animado de un movimiento inicial, es solicitado constantemente hacia un centro, dicho sistema tiene que describir una curva cóncava al rededor de dicho centro.

Hay además la experiencia diaria que nos enseña que todo sér que nace, crece y se desarrolla hasta cierto punto, después de cierto

tiempo retrograda, decrece, hasta que por fin muere, marcando así una especie de circulación, como ley fundamental de su existencia y carácter distintivo de su limitación.

Las alternativas del día y de la noche, las diversas faces de la luna, el órden sucesivo de las estaciones y casi todos los demás fenómenos de nuestro sistema planetario, patentizan la vida circular de sus astros. Todo pues, nos revela que la ley de circulación es universal y que todo tiende á regresar á su orígen periódicamente, dando lugar á transformaciones continuas.

Mas áun; en toda obra debida á la sabiduría, ésta brilla por el sello de la unidad al través de la variedad y composición; si pues, la creación es obra de la sabiduría infinita, el gobierno del universo debe depender también de una ley suprema, fuente y orígen de su desenvolvimiento al través del tiempo y del espacio, ley generadora de todas las mudanzas corpóreas, hija de un solo principio motor, múltiple en sus formas, pero uno en esencia, siempre activo, siempre diverso en las manifestaciones que nacen de sus distintos modos de acción sobre la materia. Es indudable, pues, que el mecanismo general de los orbes, es simple, simplicísimo en su orígen, y que todos los astros han de subordinarse en sus movimientos obedeciendo á una sola ley y á una sola causa, porque solo así puede haber órden y armonía en el universo, porque así resplandecen mas la omnipotencia y la sabiduría infinitas de Dios.

El sistema del universo es análogo al sistema planetario.

II

Esto supuesto, considerémos una cuestión trascendental de cosmología. ¿De qué manera principió la existencia del mundo en el orígen de los siglos? Hé aquí la cuestión magna que resuelve la cosmogonía, de acuerdo perfecto con el Génesis de Moisés, como ya tuvimos ocasión de demostrarlo.

En el principio produjo Dios de la nada la materia cósmica del universo constituyendo las tres formas fundamentales del mundo físico: *fuerza, materia y extensión:* su enlace produce el *Cosmos* y su separación el *Caos.*

La fuerza necesita de la materia como condición para sensibilizarse; la materia necesita de la extensión como condición para la existencia copórea, pues los espíritus de ninguna manera la requieren para ser lo que son; la extensión es para los cuerpos. La unidad de la materia cósmica de los mundos se demuestra en lo posible por medio del *análisis espectral*, medio seguro y sencillo para descubrir la constitución química de los astros.

Ahora bien; recordando la bellísima teoría de Kant y La Place para explicar la forma-

ción sucesiva de todos los mundos siderales, habiendo pasado por el estado de incandescencia ó ígneo y teniendo ademas en cuenta la ley de circulación ascendente y descendente, no es difícil preveer cual será el fin del mundo ó universo, y por consiguiente de la tierra.

En efecto, según los principios establecidos, claramente se percibe que avanzando todos los astros en sus movimientos y que cuando todos los satélites de ese gran sistema universal estén á punto de cerrar sus órbitas respectivas, la suma de sus recíprocas atracciones será tan grande y poderosa que superando mucho á la fuerza tragencial de dichos cuerpos, hará que todos ellos se precipiten unos sobre otros, para formar la masa común de donde salieron. Y hé aquí como entonces, no sintiendo nosotros como no sentimos ahora el movimiento de nuestro propio globo, creeremos ver que caen las estrellas del cielo sobre la tierra.

La incesante y recíproca aproximación de los astros hará también que todas sus influencias cósmicas vuelvan á ser lo que fueron en el principio de los siglos, y es indudable también que cuando todos ellos vuelvan por fin á confundirse en el último punto de su carrera, desaparecerán sus movimientos orbitarios, desarrollando así una inmensa cantidad de calórico, según la teoría *termodinámica* de Mayer.

La tierra y todos los demás cuerpos celestes volverán, pues, á incandecerse, y hé aquí

como entonces el mundo perecerá por el fuego, como nos dice la Biblia.

Pero antes que los sucesos referidos lleguen á realizarse, es evidente que la elevada temperatura que toda la tierra debe adquirir provocará la evaporación de sus aguas y la volatilización de muchas otras sustancias, determinando así nubes tempestuosas por todas partes; sus entrañas tendrán también que conmoverse profunda y enérgicamente, según la teoría de Falk; y hé aquí como entonces habrá, según el Apocalipsis de San Juan, rayos, truenos y huracanes y erupciones volcánicas y terremotos espantosos y agitación general, como signos de la agonía del mundo, como lamentos de la naturaleza, por la proximidad de su muerte, aunque para comenzar otra transformación.

Además, según los datos suministrados por la palenteología se demuestra que el sol y la tierra se van enfriando progresivamente, puesto que según se deduce de los restos pertenecientes á la *flora* y la *fauna* de los períodos plioceno y mioceno, por ejemplo, han existido en los polos ó en lo que hoy es zona helada y fría, animales y vegetales que solo podrían existir hoy en la zona tórrida; de donde se deduce que en aquellos tiempos la temperatura de los polos era igual ó superior á la del Ecuador; por consiguiente con la disminución progresiva del calor solar ó temperatura, la vida animal y vegetal va emigrando y reduciéndose hasta el Ecuador, de manera que cuando al través de los siglos la temperatura del ecuador sea como

la de los polos, la vida será imposible sobre la tierra. Hé aquí, pues, otra confirmación de la teoría termodinámica.

Es de advertir que según la teoría que dejamos expuesta acerca de las causas del fin del universo, se deduce que ese cataclismo no será universal sinó progresivamente, primero para un sistema que para otro, así como ha sucedido en su formación y perfeccionamiento, habiéndose verificado en unos antes que en otros; sucederá como en la vida de los seres que unos mueren antes que otros.

Debe advertirse también que así como la Biblia no señala la época precisa del fin del mundo, tampoco la puede precisar la ciencia, pues aun no ha podido determinar el grado con que decrece el calor solar y demás fuerzas que conservan el sistema planetario. En este caso sucede lo que con la muerte del individuo; es cierto que hemos de morir, pero ignoramos en que edad precisamente.

III

Consideremos otra cuestión también trascendental: ¿cuál será la suerte del mundo actual, una vez que llegue el último término de su carrera? ¿Será aniquilado? De ninguna

manera, y sería un grave error el afirmarlo. Por consiguiente, cuando en la Biblia se dice que el mundo será consumido por el fuego, añade que será creado un nuevo cielo y una nueva tierra, y debemos entender el fin del mundo en el sentido de su renovación, y hablando especialmente de la tierra, se indica el fin de las generaciones humanas de descendencia adamítica, pues es muy probable que según la ley de progreso de la creación, sucedan sobre la tierra renovada otras generaciones ó humanidades mas perfectas.

En efecto, la razón nos dicta según la idea que tenemos formada de Dios y de la bondad infinita, que no es conveniente que ningún ser sea aniquilido.

Todas las cosas son buenas en si, y no hay razón para que Dios destruya los bienes que él mismo creó. Dios produjo las criaturas para comunicarles su bondad en diversos grados según el modo que cada una la puede participar: ¿se habría, pués, agotado la omnipotencia divina, se habria cansado de comunicar su bondad á nuevas criaturas?

Además, Dios, que como fin último se propuso su gloria externa, por la manifestación de su grandeza en la creación visible, ¿se cansará alguna vez de esta gloria, ó podría llegar un día en que el universo no valiese ya para ese fin? El aniquilar el mundo equivaldría á no haberlo criado, pues el tiempo de su fugaz existencia sería como nada en la extensión infinita de la eternidad.

Pero Dios no se arrepiente ni se retracta de lo que hizo con perfectísima sabiduría, y

tiene siempre las mismas razones para conservar su obra, que tuvo para hacerla de la nada. Podría decirse que tiene mayores razones, porque la existencia de las cosas consiguiente á los decretos divinos irrevocables, las da en cierto modo derecho á su conservación. Mas esto no debe entenderse en sentido distributivo, pues vemos que todos los séres materiales mueren y se trasforman; los individuos pasan, pero la creación no perece.

Este es el sentido de aquel pasaje bíblico: «Una generación pasa y otra generación viene, mas la tierra permanece siempre»; y aquel otro: «Aprendi que todas las obras que hizo Dios perseverarán perpétuamente»; y como dice Santo Tomas, ninguna sustancia de cuantas Dios crió al principio se aniquila ó pasa á la nada.

Dios restaura todo aquello que pasó, añade la Biblia en el texto que acabamos de citar. Las terribles revoluciones geológicas que borrarán la vida de la superficie de la tierra, y destruirán sin dejar vestigio alguno todas las obras humanas, la prepararán y renovarán para ser morada de otras razas mas afortunadas.

Esta renovación se halla anunciada en muchos lugares de la sagrada Escritura. *Sabed que yo criaré nuevos cielos y nueva tierra, que subsistirán delante de mi*, dice el Señor en Isaias y otros pasajes análogos.

Ahora bien, teniendo en cuenta los adelantos de la astronomía que nos han iniciado en el verdadero sistema del mundo, debe entenderse esto de una verdadera renovación de nuestra

tierra, una gloriosa trasformación de sus condiciones, que la hagan superior al estado anterior.

En lo relativo al modo de esa renovación y al estado del mundo después del juicio final de la actual humanidad, pertenece á las opiniones libres, por no poder apoyarse en una base cierta ni de la Biblia ni de las ciencias físico-naturales.

En resúmen, lo que la teología tiene por cierto es lo siguiente: que el mundo actual ha de tener fin; que este fin ha de ser por medio del fuego; que no ha de ser aniquilado sino renovado ó trasformado en un alto grado de perfección.

Y creemos que esto es preferible á ciertas desconsoladoras utopías astronómicas, que reducen nuestro sistema planetario á una gigantesca necrópolis de casas negras y heladas agitándose ciegamente siglos y siglos en las tinieblas del espacio.

¿Podria escogitarse un fin más desdichado y mas indigno de tanta grandeza como la de la Creación? ¿Y vendrian á parar en esto tan admirables maravillas del Hacedor? No; los orbes continuarán en su gigantesca grandeza entonando eternamente la gloria del Criador, perfecionándose perpétuamente para variar con sus trasformaciones los himnos de la divina gloria y encantar sin monotonía la admiración de los espíritus inmortales á quienes servirán de mansión encantadora.

¿No veis, como siempre la Biblia y el catolicismo es grande y elevado en sus con-

cepciones, mostrándose consecuentes con su orígen divino?

Mirad, pues, cuánta es la grandeza de la creación y la nuestra propia. La seguridad de nuestra existencia sin fin en presencia de los orbes nos eleva, y realza á nuestros propios ojos; dilatemos por sobre la tierra una mirada serena hasta los horizontes infinitos de la duración eterna. ¿Puede imaginarse alteza más sublime para un habitante de la tierra?

Así comprendemos que verdaderamente estamos hechos á imagen y semejanza del mismo Dios. No olvidemos jamás ni la grandeza de nuestro destino en este transitorio valle de lágrimas, ni manchemos nuestra propia dignidad. Siente nuestra conciencia que no muere y se siente más grande que esos orbes rutilantes que cabalgan por los cielos pregonando la gloria de nuestro Dios.

La vida futura y la contemplación de los mundos.

El sistema de la pluralidad de encarnaciones del alma en sus relaciones con el destino del hombre, fundado en la pluralídad de existencias, es anti-filosófico y un engendro de la antigua mentempsicosis combinado con el espiritismo y darwinismo modernos, como lo vamos á demostrar.

La pluralidad de los mundos habitados es

una teoría no sólo conforme á razón sino grandiosa, digna de la gloria del Hacedor y que ensancha sublimemente las aspiraciones del corazón humano. Esos orbes brillantes, arena de los mundos, palacios colosales, no pueden ser sepulcros de la muerte sino habitaciones de séres racionales, únicos que pueden pregonar la gloria del Creador. Mas, ¿què relación tendrán con nosotros? ¿Serán eternamente inaccesibles á nuestra contemplación?

Nuestra inteligencia está hecha para la ciencia universal y nuestra percepción externa, nuestros sentidos, para la observación del mundo externo, y en este sentido nuestras facultades son ilimitadas, ¿Vveremos los orbes algún día? El enigma de los mundos ¿será eterno?

La vida futura lo descifrará.

Es cierto que el destino del hombre es una inmortalidad feliz: no puede deducirse otra cosa de la naturaleza del sér inteligente y libre y de los atributos morales de la divinidad.

Si el último destino del hombre es la posesión y contemplación de su Dios, la *visión beatifica* es el bién supremo que puede saciar las aspiraciones de la inmortalidad; mas esta felicidad ¿consistirá acaso únicamente la contemplaciónen de la divinidad?

Creemos que no, porque la perfección de nuestra naturaleza no debe ser una degeneración ni una suspensión de sus facultades naturales. Por consiguiente, aunque sea Dios nuestra suprema felicidad y nuestro bien supremo, tambien debe formar el objeto secundario de nuestra felicidad, la contemplación de las obras de ese mismo Dios, objeto de

la ciencia creada, así como el conocimiento y amor de sí mismo no impide ni suspende en Dios el conocimiento y amor de sus criaturas.

Además, ¿quién podrá negar que la ciencia de los mundos formaría una perfección de nuestras facultades naturales? Luego si nuestra existencia futura ó de ultratumba es perfecta debe serlo según las aspiraciones conformes á nuestra naturaleza; y si la ignorancia nos inquieta y desagrada en este mundo, en la inmortalidad debe satisfacerse esta aspiración y repararse su inquietud, incompatible con la felicidad. Esta es la opinión de grandes filósofos y teólogos, entre ellos, el inmortal Santo Tomás de Aquino.

Luego ¿en qué consistirá la vida futura? ¿dónde estará nuestro cielo? Primero en Dios, y doquiera que esté la criatura estará en posesión de su Dios, porque do quiera está el Ser inmenso. Luego el cielo empíreo no es un lugar determinado, al decir de San Agustin; es la posesión de Dios, son los mundos cuya contemplación y admiración de sus bellezas formará el objeto secundario de nuestra perfección y felicidad. Veremos pues, los mundos y estrecharemos lazos de fraternidad con nuestros hermanos, criaturas racionales como nosotros.

Por otra parte, la aspiración suprema de nuestros sentidos es la belleza y armonía de los orbes; y porque estos no pueden contemplarse naturalmente sino por medio de los sentidos, la visión de los mundos es

una exigencia de nuestra naturaleza físico-estética.

En efecto, la inmortalidad feliz es nuestra perfección; pero la perfección de nuestra naturaleza toda completa; esta vida de prueba es un ejemplo de la vida futura. Y ¿cual es el objeto, el bello ideal, de nuestra naturaleza en esta vida? Para la inteligencia, la verdad; para la voluntad, el bien; para la sensibilidad, la belleza estética.

Luego, si tan sublime aspiración ha de perfeccionarse en ultratumba, para las facultades espirituales Dios será su perfección como verdad, bien y belleza suprema, y para las facultades sensibles la belleza y armonía sensible ó externa de los mundos.

Pero acaso se dirá que esta contemplación sensible de los mundos es imposible, á no ser que el último día de la glorificación resuciten nuestros cuerpos, lo que parece imposible porque serán polvo de la tierra trasformados en múltiples objetos. Mas atiéndase, que la resurrección de los cuerpos, á pesar, de esa dificultad es una verdad consoladora y una aspiración de nuestra naturaleza.

Y desde luego ¿que significaría nuestra vida sensible y corporal en este mundo si no habia de tener trascendencia en la inmortalidad? Además téngase presente que la naturaleza humana no la constituye únicamente el espíritu, sino éste unido sustancial y personalmente al cuerpo; ¿qué sería entonces de nuestra personalidad futura? ¿No quedaría trunca sin su segunda mitad? No

sería ya el hombre mismo sino un resto de la natureleza humana.

Y ese misterioso respecto profesado por todos los pueblos ya bárbaros ya civilizados á los restos mortales del hombre ¿qué significaría sin la futura resurrección de la carne?

Pero sobre todo, el principio de solidaridad entre el cuerpo y el alma para el bien y el mal, el vicio y la virtud, ¿no exigen acaso que, así como el cuerpo en su parte pasional ha sido cómplice en las malas acciones y partícipe en las buenas y virtuosas hasta llevar la privación y el sufrimiento al heroismo, sea también partícipe en la suerte de la inmortalidad? *Yo*, dice el hombre, en las acciones buenas y en las malas, aunque no haya podido realizarlas sino haciendo partícipe á su cuerpo.

Y no se diga que después de la disolución de los átomos del cuerpo, es imposible que el día de la resurrección se vuelvan á juntar los mismos átomos, porque la identidad del cuerpo no debe ser material, sino sustancial, pues semejante identidad no existe siquiera en la vida presente, como quiera que está renovado completamente el cuerpo con que nacimos, variando completa y sucesivamente en los distintos periodos de la vida. Así, pues, también debe estenderse la identidad del cuerpo de nuestra resurrección, y cesa la dificultad.

Y cuenta, que esta aspiración consoladora del corazón y del género humano está muy conforme con los dogmas sublimes del catolicismo sobre la resurrección de los muertos,

descendiendo hasta indicar cuales son las dotes del cuerpo resucitado y glorioso: la *agilidad* para trasladarse á diversos lugares, la *penetrabilidad ó sutileza* sin encontrar obstáculos á su paso, la *impasibilidad* para no sufrir necesidades é impresiones dolorosas, y la *claridad* que los hará resplandecer con la hermosura del sol. Y concibe la razón, que así debe ser para poseer el estado de felicidad material análoga á la felicidad espiritual del alma. De otro modo no se concibe el estado de dicha perfecta para la naturaleza humana; para el cuerpo y para el alma.

Y es de advertir que la felicidad material y estética del cuerpo humano solo puede ser eterna como la del espíritu teniendo por cielo empíreo la contemplación sucesiva de la belleza de los mundos; porque la creación es eterna en su continuidad ulterior ó lo que es lo mismo las creaciones sucesivas serán interminables por lo mismo, que es infinita la sabiduría y omnipotencia creadora.

Hé aquí el cielo para la vida futura: hé aquí la concepción gigantesca de la felicidad interminable del hombre y de los demás seres análogos de la creación: Dios en la visión beatífica y la belleza estética en la comtemplación sublime de la armonía de los mundos.

Para corroborar nuestro aserto vamos á transcribir un hermoso pasaje de *Perujo* á este respecto. «En aquel estado feliz los sentidos tendrán también sus placeres, la vista contemplando en todos los objetos la belleza perfecta, las formas acabadas, la hermosura

mas ideal; el oido embriagándose en torrentes de armonía, el olfato recibiendo las más suavísimas fragancias, el gusto (aunque en el cielo no se ha de comer, ni beber), tendrá también sus agradables sensaciones y el tacto gozará de todo aquello que no repugna á aquel estado de santidad é incorrupción.»

«Esto es justo, continúa el mismo autor: el hombre ha servido á Dios con todos sus sentidos, ha padecido por él, los ha mortificado por su amor; luego debe ser recompensado en todo su ser». Además de estas razones hay otras no ménos principales que dá Santo Tomás· «Toda potencia ó facultad es mas perfecta cuando obra sobre su objeto propio que cuando está inactiva; y como la naturaleza humana alcanza en el cielo su más alto grado de pérfección, se sigue que cada sentido obrará allí según su naturaleza.

«Todos los bienaventurados resucitarán con sus cinco sentidos en toda perfección. y como la perfección de los sentidos consiste en su actividad y en la facultad de recibir impresiones de los objetos exteriores y comunicarlas al alma, por lo tanto los sentidos se han de ejercitar sobre sus objetos propios, contribuyendo por su parte á aumentar su felicidad accidentalmente. Mas no por eso disminuirá su felicidad que consiste en la visión de Dios á quien le tendrá siempre presente.»

De esta doctrina se deduce rigurosamente la verdad de la opinión que defendemos. Y ¿no es por ventura un orígen de placeres para el alma y para los sentidos, la contemplación y conocimiento del universo? Contemplar los cuerpos como realmente son, traspasar los descubrimientos de las ciencias, conocer su magnitud, sus movimientos, sus leyes, sus distancias, su constitución, seguirlos en sus gigantescas órbitas: ver aquellos magníficos paisajes, aquella vegetación desconocida, aquellos encantos nunca imaginados, aquellos maravillosos panoramas; recorrer el universo, en fin, y conocer todos los mundos con sus perfecciones, sus bellezas, sus armonías y sus esplendores: ¿puede haber un placer mayor para la percepción externa? ¡Oh qué dicha la nuestra ser viajeros universales de la creación!

Sí, todo lo verémos; no tendreis misterios para nosotros, creaciones opulentas del espacio, reinos dilatados del universo. Nuestra inteligencia se regocija de antemano en vuestra contemplación futura: nos sentimos grandes en vuestra inmensidad, como si creciera nuestro sér hasta contener vuestra grandeza!...

II

La pluralidad de existencias

Mas si la teoría de la pluralidad de los mundos habitados nos ha dado tan hermosas y consoladoras consecuencias, lástima da considerar que Flammarion, siguiendo á J. Reynaud, haya deducido de ella la mas absurda de las teorías con relación á los destinos futuros del hombre: el sistema de las reencarnaciones y de la pluralidad de existencias diversas que atribuye como ley constante al espíritu humano. Admite que viveremos sobre los astros, pero haciéndonos pasar sobre ellos una série interminable de vidas y de pruebas.

Afirma que los mundos son la region de nuestra inmortalidad; pero llevando eternamente esas almas por múltiples encarnaciones al través de los espacios infinitos y del inmenso archipiélago de los orbes. « Somos todos hermanos, dice. la verdadera patria de los hombres es el universo infinito. Esta es la *humanidad colectiva*. Los séres desconocidos que habitan todos esos mundos del espacio son hombres que participan un destino semejante al nuestro. Y esos hombres no nos son extraños: los hemos conocido, ó deberemos conocerlos algún día; son de nuestra inmensa familia humana, pertenecen á *nuestra* humanidad. »

¿Por qué esto? Porque hemos venido á encarnar de otros mundos y vamos á continuar eternamente encarnando en los demás globos del espacio, y cada vez que no cumplamos el debido grado de perfección en cada mundo debemos reencarnar hasta corregirnos y obtener la correspondiente perfección. Hé aquí el único infierno que admite absurdamente la metempsicosis moderna,

Pero este error de Flammarion es una contradicción de su propia teoría: si la pluralidad de los mundos es admisible, lo es suponiendo á cada mundo con habitantes propios que se adaptan á las condiciones biológicas del propio planeta, lo que no sucedería en la hipótesis de la trasmigración.

La vida ó encarnación en cada mundo, siendo de un sér libre y por tanto responsable de sus actos, es una nueva prueba para obtener su felicidad definitiva; pero si esas encarnaciones son múltiples é indefinidas como los mundos ¿cuándo llegaría su término?

Viajaría eternamente sin fin, jamás conseguiría salir del estado de prueba. ¿No es esto horrible para el espíritu humano?

Pero sobre todo, es una hipótesis gratuita, como la antigua metempsicosis de Pitagoras, importada del Oriente. ¿Cuál de los hombres ha tenido jamás conciencia de haber venido de otros mundos, ni haber existido en otra época? Y si se dice que en las diversas existencias perdemos la conciencia del

estado anterior, esto es antifilosófico, porque un castigo inconsciente es indigno de la justicia divina, ni puede ser expiatorio.

Mas aun: ¿qué significa el horror que tenemos á la muerte, sino que el alma y el cuerpo constituyen una naturaleza humana, una personalidad? Luego el cuerpo ha sido hecho para el alma y su separación no puede ser perpétua sino transitoria, es contraria á nuestra naturaleza; y esto que prueba la resurrección futura del cuerpo, demuestra también que no podemos encarnar en un cuerpo que no será el nuestro, como supone la teoría de la trasmigración? La inmortalidad supone la persistencia de nuestra personalidad, puesto que nuestra alma no puede formar persona sino con nuestro propio cuerpo, y en esta hipótesis de las encarnaciones indefinidas la inmortalidad seria una especie de muerte eterna ó mortalidad interminable. ¡ Que horroroso destino !

¿ Y la altísima nobleza de la paternidad no es injuriada y destruida por semejante teoria? Sí nuestro cuerpo no es parte integrante de nuestra personalidad, si lo hemos de abandonar en cada muerte ó encarnación, la paternidad no es nada ó tendremos infinitos padres sucesivos; y hasta podrá ser uno hijo de sus nietos si reencarna sobre la tierra. ¡Cuántos absurdos!...

Pasando ahora á otro órden de pruebas ¿que significa esa multiplicidad de existencias y encarnaciones? Son acaso para enmendar las faltas cometidas en las anteriores. Entonces es absolutamente necesario conservar la memoria

INSTITUTO TEOLÓGICO DEL URUGUAY
M. M.S. MARIANO SOLER
BIBLIOTECA

de las otras vidas y la conciencia de aquellas faltas para poder corregirlas: lo contrario es inutil y ademas injusta, como castigo una pena inconsciente; y para los séres que no hayan delinquido es un castigo injusto detenerlos en una serie interminable de pruebas.

Pero, más que todo, esta teoría de la pluiadidad de encarnaciones es una inmoralidad, es la sanción de la iniquidad. El malvado tendria una garantia para su maldad; por más crímenes que cometiera su única pena seria la del justo, una nueva encarnación ó á lo más una reencarnación, y como la série de encarnaciones y reencarnaciones es indefinida, el castigo del crímen, la última sanción nunca llegaria, y sólo dependería de la voluntad del malvado, quien para evitar el ultimo castigo tendria el expediente de volver á encarnar confirmándose en el mal, hasta burlarse perpetuamente de la justicia divina.

Véase, á qué absurdos ó inmoralidades viene á parar esa teoría de las encarnaciones, que se ha pretendido sustituir en nombre de la fisolofía racional al dogma católico de la sanción última de ultratumba, después de la única prueba de esta vida. Se asegura y garante á los malvados la más escandalosa impunidad, proporcionandoles nuevas vidas para nuevos crímenes.

He afirmando también, que la pluralidad de las existencias y encarnaciones es un engendro ridículo de la antigua metempsicosis combinada con el espiritismo y el darwinismo modernos.

Y en efecto: las reencarnaciones en la teoría

del Flammarion, Reynaud y Figuier no es otra cosa que la trasmigración de las almas según la metempsicosis de Pitagoras, con la diferencia que antiguamente y en los pueblos del Oriente se admite la trasmigración ó encarnación de las almas hasta en el cuerpo de los brutos, perros, asnos y bueyes.

Participa del ridiculo espiritismo por cuanto como este admite la intervención de espiritus venidos de otros mundos para encarnar en la tierra, y participa por fin del darwinisimo en cuanto aplica á las existencias y encarnaciones sucesivas del alma la ley darwinista de la trasformación especifica, como trascendental á las humanidades de otros mundos.

Mas, pidimos un juicio imparcial. ¿No es cierto que causa lástima ver extraviado en tan ridículos absurdos á Flammarion? Y no vése una vez más demostrado que el castigo providencial para los talentos que se apartan del catolicismo es caer en el absurdo y el ridículo? Ni se comprende, cómo Flammarion se ha atrevido á refutar el catolicismo con semejantes absurdos.

Aunque en el tomo primero hemos tratado de la inmortalidad insistiremos sobre el mismo asunto por su magna importancia y por contraponerse á la teoría de las encarnaciones, que acabamos de refutar.

La inmortalidad del alma

Hay un problema que es el más trascendental, el más importante y que más interesa al hombre: es el problema del último destino. El está en el fondo del corazón humano y sin él no se explica la vida, ni se compren de la muerte, y con él se sabe que la muerte es el dormir del cuerpo y el eterno despertar del alma.

El hombre racional, que no se confunde con las bestias, siente bullir en su alma el grandioso presentimiento de un mas allá, la nada le horroriza y solo respira inmortalidad en ese innato deseo de felicidad insaciable y sin límites. ¿Qué hombre no se ha detenido un momento en alguna de las horas sérias de su vida para preguntarse ¿á dónde voy? ¿cuál es mi destino? ¿á qué he venido á este mundo? ¿para qué sirve la vida? ¿qué hay después de la tumba? Hé aqui porque el fundamento y el fin de todas las teogonías y de todas las religiones y de toda filosofía es la solución de ese problema magno, que no han olvidado siquiera los pueblos más salvajes de la tierra. No hay tradición que no recuerde la inmortalidad junto con la última sanción del bien y del mal con sus campos eliseos y su tártaro, su paraiso y su infierno. Y una verdad que es de consentimiento universal, que es éco de las creencias de la humanidad, no puede dejar de ser cierta, innegable, porque nece

sariamente está basada en la naturaleza de las cosas.

Pero estas elevaciones del alma y ese instinto de inmortalidad ¿no encuentra pruebas filosóficas en el fondo del espíritu humano? Indudablemente que sí. La razón demuestra que el espíritu humano tiene una existencia de ultratumba, que es inmortal.

En efecto: Existe lo qne se llama *ley de asimilación*, segùn la cual el principio de la vida está en proporción con la naturaleza del alimento: si este es más ó ménos deleznable, la vida del sér es más ó ménos durable; pero siendo el alimento del alma el bien y la verdad, que son eternas é invariables, inmortal y eterna también debe ser la vida del espíritu que vive de un principio vital eterno.

Y esa potencia ó capacidad maravillosa de la inteligencia y actividad racional, cuyos límites y desarrollo en el campo de la ciencia no han podido alcanzar plenamente ni los mayores sábios que en el mundo han sido, ¿no exige evidentemente el reinado de la inmortalidad?

Porque, una potencia ó destino irrealizable en este mundo, indicaría falta de providencia y de sabiduría en el Creador, sino se admite otra vida donde se desarrollen las facultades intelectuales é insaciables del hombre conforme á su propia naturaleza: el infinito...!

La naturaleza misma de los cosas está pregonando la realidad de esta verdad sublime: estando el alma dotada de simplicidad, se deduce de ella la inmortalidad intrínseca ó imposibili dad de la descomposición del alma, por carecer de partes: luego por mas que la muerte produzca la descomposición de los elementos del cuerpo, el alma, según su naturaleza, puede continuar existie ndo con todas sus facultades intrinsecas.

Por tanto el alma no puede perecer sino por anonadamiento ó aniquilación, por un acto expreso de la voluntad divina; pero este aniquilamiento no puede quererlo Dios, y por tanto el alma debe gozar de la *inmortalidad extrinseca*. ¿Y de dónde podemos deducir que Dios no aniquila el alma, que por su naturaleza puede subsistir después de la muerte? De las leyes que gobiernan la naturaleza física y material; pues ese Dios que jamás aniquila y solo trasforma perennemente la materia, no puede complacerse en aniquilar un sér más noble y digno, cual es el alma humana. La hipótesis contraria no tiene razón suficiente en que apoyarse, antes bien es contraría á la sabiduría infinita, manifestada expresamente en las leyes de la naturaleza.

Pero el argumento magno, de la inmortalidad del alma es moral, deducido de la justicia divina en sus relaciones con la sanción absoluta del bien y del mal. En efecto; mereciendo premio la virtud y castigo el crímen, es innegable que el virtuoso adquiere un derecho imprescritible y absoluto á la recompensa; más como quiera que esta recompensa no pueda obtenerse completa en esta vida por la insuficiencia, tanto de la sanción natural, como de la moral, pública y legal, luego exígese absolutamente de la justicia divina una sanción de ultratumba, en donde el juicio de Dios juzgue las mismas justicias de este

mundo, sin que quede mal sin reparar ni virtud sin premio.

¿Qué sea insuficiente la sanción de esta vida ¿quién podria ignorarlo? Lo es la sanción natural, pues aun cuando las leyes naturales vindican el abuso moral con las enfermedades, las desgracias de familia y el atrofiamiento de nuestras facultades, también es cierto que no siempre se verifiea en ciertas naturalezas mas robustas y privilegiadas. La sanción moral del remordimiento y satisfacción íntima, que es consecuencia del crímen y de la virtud ¿á cuantos no abandona el remordimiento encalleciendo la conciencia con la repetición degradante del vicio y del crímen, miéntras que la dulzura y paz de la virtud jamás deja de estar acibarada por multitud de esfuerzos, calumnias y disgustos?

En cuanto á la sanción de la opinión pública, que premia con la alabanza las acciones buenas y castiga con el vituperio las malas ¿quién desconoce su insuficiencia? En primer lugar cuantas acciones heróicas son desconocidas y cuantos vicios ocultos, á los cuales no puede alcanzar la alabanza ni el vituperio? Pero lo que es más aun ¿cuantas injusticias no comete la opinión pública, debidas á las pasiones humanas y de partidarismo calumniando soez y amargamente como vituperables las acciones más heróicas del hombre?

Recuérdese el tristísimo fin de muchos inocentes y la negra ingratitud triunfante de grandes malvados. Y sino ¿cómo ha pagado el mundo el esfuerzo heróico de los más grandes

mártires de la civilización? ¿Cómo acabaron los misioneros y los apóstoles del Evangelio?

De la sanción positiva ó legal ni siquiera es necesario recordar su insuficiencia. ¿Cuántos crímenes no quedan impunes ante las leyes humanas; cuántas injusticias no cometen en nombre de la ley los tribunales de la tierra? Ademas de esto recuérdese que las legislaciones de los pueblos solo establecen penas para el crímen, pero carecen de premios para la virtud.

Y en fin, todo el que conozca la vida de las sociedades y haya recorrido las páginas de la historia, no podrá desconocer la enormidad de los crímenes, despotismos, injusticias é iniquidades cometidas impunemente con escándalo de la moral y de los pueblos, que claman por esa justicia de ultratumba que debe existir, á no ser que el concepto que se tiene de la divinidad convierta á Dios en un mónstruo infinito que se complace en el mal de los justos y consiente impávido el triunfo de la iniquidad. No; la razón humana no puede dejar de reconocer la necesidad y existencia de la sanción de ultratumba, que es la gran esperanza y el eterno consuelo de la humanidad sobre la tierra.

Y antes que pasemos á la consideración de la eternidad de las penas y premios, no es fuera de propósito mencionar la belleza de ese otro dogma católico, *el juicio particular*, que ha de seguir á la separación inmediata del cuerpo y del alma, y el *juicio universal*, donde después de la resurrección de los cuerpos han de comparecer ante el tribunal de la justicia divina todas las generaciones que constituyan la humanidad, en el último día que el sol alumbre á la tierra.

Lo que hemos demostrado acerca de la necesidad de la sanción de ultratumba para el bien y para el mal moral, no es otra cosa que la expresión de lo que la Iglesia llama *juicio particular* ante el tribunal de Dios.

«Está decretado, dice San Pablo, que los hombres mueran una vez y que la muerte vaya inmediatamente seguida del juicio de Dios que da á cada uno según sus obras.»

En todos los monumentos de la ciencia y de la fé se hallan vestigios del juicio que aguarda al alma á su salida del cuerpo.

Platon asegura que después de la muerte el alma sufrirá un juicio en el campo de la verdad, *in campo veritatis*. Las tradiciones de Egipto y del Oriente, reasumidas en las religiones griega y romana, describen el terrible juicio que han de sufrir los muertos. Y esto es tan racional que las luces de la filosofía habían hecho decir al pagano Séneca: «Yo permanezco circunspecto esperando aquel día que juzgará toda mi vida». —Cada dia formo mi propio proceso; considero atentamente de qué modo haya empleado las horas; examino en mi espíritu el bien y el mal que haya hecho».

Y en las leyes de Pitágoras se leen estas notables palabras: «No te entregues al sueño sin haber examinado antes por tres veces en tu alma tus obras del día. Hazte estas preguntas: ¿dónde estuve?—¿Qué hice?—¿Qué debía hacer? Y asi después de una vida santa cuando tu cuerpo se descomponga en sus elementos, te harás inmortal é incorruptible. Tú no podrás ya morir». — De propósito, hemos querido referir estos pasajes porque en ellos se encomia además la utilidad del exámen de conciencia, que tanto recomienda el catolicismo, como gran palanca de perfeccionamiento moral.

Y el *juicio universal*, ese gran concierto de la humanidad que ha de servir de ratificación al juicio de la historia, ¿no es también una gran verdad fundada en la solidaridad y fraternidad universal como satisfacción de los crímenes y de las virtudes sociales? Mucho antes de que en estos últimos tiempos se hubiese imaginado ensanchar la esfera de las acciones y descubrir el principio de la solidaridad humana, la religión nos había hecho esperar para después del juicio particular, incompleto y provisional, el juicio universal en que se deben discutir las acciones del hombre en toda su plenitud, haciéndole comparecer después de la resurrección de los cuerpos para pesar las acciones individuales en sus relaciones con los actos de todos, apreciando los resultados y consecuencias que pudieron producir en los actos de los demás, siendo aquel juicio universal una sanción necesaria de la ley de unión y de fraternidad cosmopolitas. Siendo solidarias unas generaciones con otras, allí debe aparecer su buena ó su mala influencia en el porvenir y estado social de las naciones. ¿Y quién puede negar la influencia de unas naciones en otras, como la de los gobiernos é individuos en la marcha social y moral de los pueblos?

Y es esa la más elevada idea de la justicia divina para consolarnos del triste espectáculo de la riqueza orgullosa, de la violencia de la fuerza bruta y del triunfo del crímen ya oculto, ya declarado, para el juicio, en fin, de las

generaciones humanas relativamente al contingente é influencia social que hayan ejercido en las diversas etapas de la civilización y progreso humanitario. El catolicismo nada descuida y tiene siempre una respuesta sublime para todos los problemas que más interesan á la humanidad en nombre de las exigencias de la naturaleza racional y de la justicia divina.

II

ETERNIDAD DE LAS PENAS Y RECOMPENSAS— Si la existencia de ultratumba es innegable ¿será *eterna* esa inmortalidad en sus premios y castigos? Indudablemente debe serlo, porque de otro modo esos premios y esos castigos no serían ni proporcionados ni eficaces; sería insuficiente la sanción de ultratumba, sería inconciliable con la diferencia esencial entre el bien y el mal.

Hé aquí el cielo y el infierno: reflejo de la bondad infinita el primero y de la justicia, infinita también, el segundo. Qué tremendo problema, pero consolador al mismo tiempo! Alli no se vá sino *voluntariamente,* como voluntariamente lo escogemos eligiendo libremente entre el bien y el mal. El que cae en las penas eternas, no es Dios quien lo lleva, ni lo quiere, sino el hombre que lo escoje y va á él apartándose de su Dios.

¿Y por qué ha de ser eterno el premio ó el castigo para el que en el último día de la prueba de esta vida muere unido á su Dios por el bien ó el arrepentimiento y apartado de él por el crímen y el pecado, so pena de no ser eficaces ni proporcionados? Es evidente; porque un castigo y un tormento que acaba haría que á su término tuviese el crímen la misma suerte final que la virtud; y así como un premio que se ha de acabar va haciendo infeliz al poseedor á medida que aumenta con su fin el temor de perderle; el castigo que se ha de acabar va haciendo feliz al castigado con la esperanza y el consuelo de su término.

Y recuérdese, que están de acuerdo con esta dortrina las creencias y tradiciones de la humanidad, teniendo todos los pueblos las más firmes conviciones en sus paraisos y tártaros eternos, por mas que difieran en la clase de los premios y de las penas que las constituyen; y ya va dicho que el consentimiento universal es prueba irrecusable de verdad y legitimidad para una doctrina, al decir del ilustre filófoso romano, Ciceron.

Así que el dogma de la inmortalidad es absoluto como sanción del órden absoluto para el bien y para el mal. Nuestras pasiones respetando la eternidad del premio, desearían negar la eternidad del castigo y aceptarían ciertas dificultades y objeciociones con que el sentimentalismo moderno pretende negar la eternidad de las penas.

En primer lugar se ha dicho: es absolutamente necesario que exista proporción entre el crimen y el castigo, y entonces ¿no

es evidente la absurdidad del infierno, estableciendo pena *eterna* para un crímen *temporal*? El sofisma en este caso es sumamente obvio: y ante todo ¿no podría preguntarse también que proporción existe entre un acto bueno *temporal* y un premio *eterno*? Se apelará para este caso á la bondad infinita ; pero entonces debe apelarse en el otro á la justicia, que también es infinita.

Sólo así se concilian ambos atributos, sin que jamás aparezca sombra de maldad y venganza en Dios, pues que al infierno sólo se va porque se quiere, queriendo el mal que es su causa.

Mas, es evidente que la proporción requerida entre el crímen y el castigo sería, sino imposible, ridícula. Si se debiese tener en cuenta la proporción del tiempo ¿cómo podría castigarse el asesinato cometido en un solo instante con los trabajos forzados de veinte años? Pero esto es absurdo.

Luego la proporción debe ser de intensidad y cualidad, y claro está que aun cuando todos los réprobos padecerán pena eterna en, unos será más intensa que en otros, según la gravedad y cualidad del crímen, porque la justicia ha de observarse en los mismos castigos. La proporción de la eternidad de la pena debe deducirse de la constante *aversión* del réprobo respecto del bien y de Dios. El período de la prueba respecto del uso de la libertad racional debe tener un término, que es el de la vida señalada por la muerte temporal; de otro modo se caería en la hipótesis absurda de que suponiendo

indefinido ese término, la sanción del bien y del mal dependería del capricho del malvado, burlando eternamente la justicia divina, hipótesis que sería la más inmoral de las aberraciones del espíritu humano.

Por tanto es evidente que la voluntad del hombre, fenecido el término de prueba con la muerte, permanecerá en el estado de adversión, ó culpabilidad en que se encontraba mientras existía, por toda la eternidad; luego merece la pena por mientras dure la culpa ó aversión, que es eterna.

Hé aquí también el absurdo del infierno de Flammarion al suponer que el réprobo siempre tendrá opción al arrepentimiento, convirtiendo la justicia divina en un juguete de los malvados y poniéndola á disposición de èstos con una indefinida suspensión de la sanción última ó final.

Pero sobre todo, debe tenerse en cuenta que la proporción para la gravedad de la culpa está en relación directa con la dignidad del ofendido; por eso se reputa mayor crímen el fratricidio que el homicidio, y mayor el parricidio que el fraticidio, etc., y como la dignidad de Dios es infinita, infinita también es la ofensa que le infiere su criatura.

La eternidad de las penas, han dicho otros, es incompatible con la bondad divina: ¿cómo es posible que la misericordia infinita del Padre amoroso de los mortales se complazca y se goce en contemplar el eterno penar de sus criaturas? El mal debe desaparecer y no puede ser coeterno con el bien. Todos los mortales han sido criados para la inmortalidad feliz, Dios nō puede

querer otra cosa, y tarde ó temprano ha de realizarse su querer bondadoso.

Para los filósofos que no raciocinan, puede tener algùn valor un sofisma tan extremadamente falso. ¿Qué modo de concebir es ese la bondad infinita truncándola y separándola de su justicia infinita, y, sobre todo, haciéndola cómplice del mal?

¿Qué Dios es ese, que brinda con idèntica felicidad al que se ha sacrificado en áras de su amor y en la observancia de la ley divina, y al que durante su vida no hizo más que oprimir al justo, satisfacer sus pasiones, adorando todos los vicios hasta mofarse de la ley divina, que insultaba como un yugo ominoso, que abusó constantemente de su libertad, hasta el último término de la prueba con que ha de merecerse el premio ó el castigo, necesarios para la sanción de ultratumba?

Si de cualquier modo que se haya cumplido la ley divina y observado el órden moral, el criminal y el inocente han de ser coronados con idéntica corona de gloria, por más qne se quiera ántes castigar al malvado con una pena temporal, que sólo hará llegue más tarde al lugar destinado á la inocencia, á la justicia, ó al arrepentimiento, entónces debe suprimirse el órden moral y la diferencia esencial entre el bien y el mal.

Entónces la bondad divina es la garantía del malvado, pues que promete á la iniquidad el término de una inmortalidad feliz á trueque de una expiación temporal. ¡Justos de la tierra, sois unos imbéciles! sufrís tanto, padeceis tanto, para conseguir una felicidad eterna que tam-

bién nosotros hemos de conseguir indefectiblemente patrocinados por la bondad infinita burlándonos de lo que vosotros observais, satisfaciendo á más no poder con la opresión del inocente todas nuestras pasiones, todos nuestros caprichos, incluso el insultar al mismo Dios, que tiene la obligación de conducirnos á la mansión de los justos, aunque nosotros no queramos.

«Mortales, no seais imbéciles! gozad, gozad! No hay más moral que esta; pues un día, cualquiera que sea vuestra moral y vuestra vida y vuestro fin en la muerte, tendremos todos como premio de la virtud y del vicio la gloria del mismo Dios, su propia felicidad, su vida eterna. Haced el mal, no os importe un castigo transitorio, después vendrá la eternidad feliz.»

¿No es esto una débil pintura de las aciagas consecuencias de la negación de las penas eternas con el pretexto de la bondad divina? Però entónces, Dios deja de ser bondad, es opresor inícuo de la inocencia, es garante del mal, es excitador del vicio y de la iniquidad, es un espantajo de que se valen los fuertes para oprimir á los débiles; en una palabra: Dios sería el mal.

¡Ah! Dios es bondad infinita, y por eso no puede amar el mal, ni al malvado; por eso da al hombre durante el tèrmino de prueba todos los medios de salvarse y ni siquiera le toma en cuenta el mal que obra por ignorancia invencible: es tan bueno y amoroso que el catolicismo le presenta á la adoración de los mortales crucificado por nuestro amor. ¿Qué padre ha dado la vida por sus hijos y derramado su sangre por sus pecados? Pero la bondad infinita no puede quitar al malvado la libertad con que

abusa de la misma bondad de Dios: es el malvado quien quiere su propia desgracia, y la justicia divina no puede permitir que después de abusar de la bondad infinita el mal insolentado quede sin reparación y sin el condigno castigo. Un padre, se dice, siempre perdona á sus hijos, aunque sean malos. El simil de la paternidad está mal traido; un padre de la tierra no es el ejecutor de la última sanción.

Por fin, prueban la inmortalidad las consecuencias absurdas de la hipótesis contraria; y en efecto: la mortalidad del alma es la sanción de la moral epicurea, del egoismo y del materialismo: si nada hay después de la muerte: «comamos y bebamos que mañana moriremos». Esta degradante doctrina es anti-social y anti-humanitaria, porque apaga y extingue en el corazón humano sus más sublimes aspiraciones y sus más benéficos instintos é imposibilita la civilización y el progreso que no se consiguen sin el desinterés y sacrificios, que serían insensatos sin la recompensa de ultratumba. Solo la inmortalidad sanciona todos los grandes esfuerzos y sacrificios sociales de generaciones é individuos en pró de la humanidad.

Y es de advertir, que si el progreso y perfeccionamiento es ley de la humanidad, no puede ser el destino último del sér racional; la personalidad humana debe tener un fin propio, individual, en virtud de la responsabilidad personal, pues que el bien de la humanidad sobre la tierra exige sacrificios personales que quedarían sin sanción ni premio y que ni siquiera tendrían objeto para el individuo ¿Cuántos sacrificios de una generación para gozarlos exclusivamente la generación venidera! La inmortalidad, por tanto, es el único destino del hombre en la otra vida, que ha de conseguir en esta por medio del cumplimiento del deber y práctica de la virtud, que es el destino próximo en esta vida y su bien supremo.

El catolicismo, que es la filosofía del género humano, enseña también de una manera sublime tan sublimes verdades, basándose, no en el criterio falible del hombre, sino en la autoridad divina.

Para obviar dificultades es de advertir, con respecto á la ortodoxia, que solo es *de fé* la existencia del infierno y su duración eterna.

Todo lo demás que se refiere al lugar, naturaleza de la pena, gravedad é intensidad de la misma, estado moral de los réprobos, etc., puede ser más ó ménos probable, pero no puede afirmarse con certeza: no obstante, es opinión general en la Iglesia Católica que la pena consiste en el *fuego*, no siendo herejía, pero si temeridad, el negarlo.

Además del Antiguo Testamento, Jesucristo enseña la existencia y eternidad del infierno en varios lugares cuando habla del *fuego inextinguible*, de la *condenación*, del *fuego eterno*, en dónde no hay redención »

Sin embargo, cuál sea la naturaleza de ese fuego se ignora también.

Una última reflexión para el que llegase á dudar sobre la eternidad del infierno. Al ménos es probable su existencia: y entónces ¿cuál será el temerario que se arrojase al otro mundo con peligro de caer en un estado de infelicidad del

cual no podrá salir jamas? Luego en la práctica la sola duda de su existencia basta para que se haga por evitar todo lo que á él nos podría arrojar si existiese.

Además se replica por los sentimentalistas: ¿por qué no bastaría suponer para la satisfacción del crímen un castigo que durase siglos y hasta millones y millones de siglos? No basta, porque entónces se supone que aún después de la época de la prueba puede tener lugar el arrepentimiento, cayendo así en el absurdo de que la última sanción dependería del arbitrio del malvado: más aùn, se supone que Dios puede obligar por la pena á arrancar el arrepentimiento, quitando la libertad y la culpa el día que él juzgase deber cesar el castigo; pero debe tenerse en cuenta que después de la última prueba ya no ha lugar á arrepentimiento, y que la pena sólo es consecuencia del estado de culpabilidad en el mal de parte del rèprobo, que por su propia voluntad no quiso salir de ese estado, cuando aún había lugar para ello.

n! 24

El Purgatorio. El principio: «fuera de la Iglesia no hay salvación.» El alma después de la muerte

Queda inconcusamente demostrado que la sanción absoluta del bien y del mal, con respecto á la vida de prueba de los seres inteligentes y libres, exige premios y penas finales y eternas como restablecimiento decisivo y último del órden moral para los seres inmortales: sanción mas filosófica y expresión más perfecta y mucho más sublime de la armonía universal, que la teoría absurda è inmoral de Flammarión fundada en la pluralidad de las existencias y reencarnaciones sucesivas.

Ahora vamos á ver la profunda razón filosófica que exige en la sanción moral de ultratumba un término medio, un lugar de expiación temporal, que el catolicismo llama *Purgatorio*, y del cual se han mofado tanto el protestantismo y la heterodoxia de todos los tintes.

Y en efecto: ¿quien condenaría á igual pena la ligera falta de reverencia debida á la ancianidad y el crimen nefando del hijo desnaturalizado que clava el puñal parricida en el corazón del anciano venerando que le diera la existencia? Pues hé aquí la diferencia esencial y natural, moral y filosófica entre las culpas leves y las graves, ó entre el pecado venial y el mortal, según el catolicismo: para los primeros solo puede existir una expiación temporal ó *purgatorio;* las penas eternas no pueden ser aplicadas sino á las culpas graves ó mortales no perdonadas.

Mas aun: ¿Cuántos en el curso de esta vida de prueba, llegan al fin sin querer ó tener el tiempo suficiente para expiar la pena temporal debida por faltas graves, ya perdonadas en cuanto á la culpa? He aquí otra vez la necesidad de un lugar de expiación temporal en ultratumba: hé aquí el *purgatorio.* A la felicidad eterna no puede admitir la divinidad

las almas que no estén absolutamente puras ó purificadas, y concibe perfectamente la razón que si interviene la bondad divina perdonando la culpa y pena eterna, requieren los fueros de la justicia divina que esa misericordia se temple satisfaciendo á la justicia, la armonía y el equilibrio del órden moral con la expiación temporal. Es, pues, el purgatorio un dogma tan filosófico que en él resplandecen igualmente la justicia y la misericordia del Juez Supremo.

Un Dios que no tiene mas que justicia, es mas bien un Supremo tirano de las criaturas; pero un Dios que solo tiene bondad es el ridículo supremo de sus criaturas y del órden moral.

Pero el purgatorio es tan racional, que es lo único con que se quedan los que absurdamente niegan de una manera absoluta las penas eternas para el malvado impenitente, al que Dios, aunque quisiera, no podría brindar con la felicidad eterna.

Mas el dogma del purgatorio tiene en el catolicismo un aspecto mas hermoso y encantador, el sufragio que las obras buenas de la humanidad que vive puede merecer para la humanidad que sufre en ultratumba.

Y es extraño que en una época en que tanto se proclama el espíritu de filantropía y caridad, se desconozca la ternísima hermosura de un dogma que estiende ese espíritu mas allá de la tumba y estrecha la fraternidad universal con vínculos tan sublimes y gigantescos que no es parte á romperlos la guadaña de la muerte.

Para negar esto es necesario negar la caridad universal que lleva el alivio y socorro amoroso do quiera que exista un mal que remediar, ya sea en esta ó en la otra vida, con tal que no se oponga á los fueros de la justicia divina en la sanción moral: sería necesario negar el dogma hermosísimo de la *comunión de los santos* ó comunicación universal del mérito, dogma tan racional y filosófico que no es otra cosa que el principio de *solidaridad* universal humanitaria; pues, ¿qué cosa mas razonable y propia de la bondad del Criador que acepte en sufragio de los muertos, que padecen temporalmente, las obras meritorias de los vivos, ya que en esta vida las acciones buenas y malas influyen en la conducta ajena recíprocamente? ¿Cuántas veces no contribuyeron los vivos con sus malos ejemplos ó consejos á cometer las faltas por las que nuestros hermanos de ultratumba sufren en la otra vida?

Si, el catolicismo es una gran religión, porque proclama y ensancha sublimemente los sentimientos y aspiraciones mas generosas del corazón humano, sin dejar de rendir eterno y purísimo homenaje al órden moral, la mas grande garantía de la dignidad humana y de los fueros divinos.

Es de advertir, sin embargo, que para el catolicismo solo es fe la existencia del purgatorio, sin que tenga el mismo rango el lugar, naturaleza y duración de las penas que en él se sufren.

II

Pasamos ahora á resolver una dificultad que se relaciona íntimamente con la felicidad de ultratumba.

La filosofía heterodoxa y especialmente Flammarión acusan al catolicismo de estrechez é intolerancia en sus dogmas relativos á la felicidad suprema y final del hombre: según el catolicismo, dice, el número de elegidos es sumamente pequeño é inmensamente menor que el de los réprobos: baste recordar el siguiente anatema que profesa como dogma: «fuera de la Iglesia no hay salvación:» luego han ido al infierno las generaciones extrañas al catolicismo durante cuarenta siglos; y después de la existencia de la religión católica, además de las sectas disidentes todos los pueblos que no son cristianos, esto es, la inmensa mayoría de la humanidad. ¿No es esta la mas necia y cruel intolerancia?

Y si á esto se añade que es grande el número de niños que mueren sin el bautismo ¿qué reducido no queda el cielo de los cristianos? Y sobre todo ¿cómo condenar al infierno, no solo á los adultos que no han conocido la religión católica, sino á los inocentes niños que no tienen culpa por no haber recibido el bautismo? El catolicismo, por tanto, es la religión más intolerante y cruel; es indigna de Dios y de la humanidad».

Cuánto sofisma, y cuánta calumnia! Cuando contemplamos juzgada con semejante criterio á esa bendita religión, cuyo solo catecismo, al decir de Lamartine, es el código vulgar de la más sublime filosofía, no podemos ménos de compadecer á esas inteligencias extraviadas implorando para ellas la disculpa de Jesús: perdónalos, Señor; no saben lo que afirman.

Y desde luego: si el catolicismo tiene la certeza infalible de ser la verdadera religión ¿cómo extrañar que diga: «fuera de la Iglesia no hay salvación»? pues esto equivale á decir: fuera de la verdad no hay otra verdad. El órden moral y el órden religioso, es uno y absoluto considerado en sí. Luego si la religión católica es ese bien, ese órden religioso y moral, metafísica y filosóficamente hablando es el único verdadero, el único digno de Dios y del hombre, puesto que una es la verdad y uno el órden moral y religioso, como uno es el bien real y supremo. Pero ¿acaso quiere decir: «fuera de la Iglesia no hay salvación», que todo el que de *hecho* no esté en la Iglesia se condena? No seais intolerantes, pues, la Iglesia la extiende á toda la humanidad y léjos de ser ella intolerante, mientras continuamente aumenta la letanía de los santos, aun no ha colocado el primer nombre siquiera del catálogo auténtico de los condenados. Vamos á explicarnos.

Cuando se trata de la aplicación de un principio moral, nadie duda ó ignora que debe tenerse presente la imputabilidad ó el conjunto de condiciones necesarias para la responsabilidad moral, el conocimiento y la libertad, pues ¿quién no sabe que nadie está obligado á practicar lo

que invencíblemente ignora ó no ha podido conocer? Luego cuando se dice: «fuera de la Iglesia no hay salvación» se esceptúan los que de *buena fé* están fuera de ella.

Y de buena fé están fuera de la Iglesia todos los pueblos paganos que no han conocido la ley de Jesucristo; de buena fé pueden estarlo indudablemente muchos pueblos cristianos y quizas muchos individuos, católicos de nacimiento, extraviados por preocupaciones hipotéticamente insuperables, á quienes Dios ha de juzgar en el fuero de su conciencia. La Iglesia que no vé las disposiciones interiores, debe condenar en masa á las sociedades que se han desprendido de su seno, pero deja á Dios el juicio de sus individuos. O bien un cristíano se ha separado de ella por su propia voluntad y entónces es justo que sufra la pena merecida, ó bien se ha separado inocentemente, y entónces la Iglesia lo reconoce sin que él la haya reconocido. Pertenece al alma de la Iglesia.

Cierto es que el infiel, aunque sea de buena fé no forma parte en vida de la Iglesia; pero si ha practicado el bien, tal cual se lo haya revelado su conciencia natural, sin haber tenido lugar para conocer la revelación divina, no puede ser excluido de la eterna felicidad, pues tiene al menos la fé implícita de hacer absolutamente la voluntad de Dios. De ¿qué medio se valdrá Dios para ello, constituye un secreto; pero el designio en sí mismo no constituye un secreto, puesto que lo afirma San Pablo: «Cuando los gentiles, que no tienen ley escrita, hacen por razón natural lo que manda la ley, estos tales no teniendo ley son para sí mismos ley viva».

¿Puede imaginarse una justicia distributiva haciendo de su íntolerancia doctrinal más tolerantes aplicaciones?

Por esto la Iglesia condena los errores, pero salva á aquellos que los profesan sin culpa: jamás persigue en los desvíos intelectuales, ni la fatalidad del nacimiento, ni los azahares de la educación, y lo único que su seno maternal rechaza, á imágen y semejanza de Dios, es el crímen sin arrepentimiento; que el mismo Dios no puede perdonar.

III

Sin embargo, el incrédulo suele preguntar con amarga sonrisa: ¿y las criaturas muertas antes del bautismo?—Hay que librarse de la confusión de palabras. La Iglesia estima tanto la felicidad de ver á Dios en la eternidad, que suele llamar condenación á la desgracia de estar privado de ella.

Así lo estarán los niños muertos sin el bautismo: gozarán de una especie de felicídad natural con el conocimiento abstracto de Dios, sin los pesares de la privación de Dios, porque no han tenido culpa en carecer de ella: esto es lo que se llama *limbo*. Por consiguiente á aquellos niños que llegaren cubiertos con la gracia sobrenatural, la felicidad sobrenatural de la visión intuitiva de Dios; á aquellos que llevaren ante

su Juez solamente las ventajas naturales, una felicidad proporcionada, la natural: es imposible imaginar mayor equilibrio entre las causas y sus efectos, á no ser que admitamos las ridículas reencarnaciones de Flammarion, como crée se verifica en los que mueren niños.

Si se pregunta por qué no obtienen la gloria sobrenatural los niños que mueren sin el bautismo, mientras la obtienen los adultos muertos sin él en buena fé, la respuesta es muy justa, porque aquellos no han combatido entre el bien y el mal.

Ni hay aceptación de personas concediendo la gloria sobrenatural al niño bautizado y negándola al no bautizado, porque Dios no está obligado á dar sino lo que naturalmente debe al inocente: así se esplica el principio de solidaridad: respeta Dios las medios naturales que pueden impedir la recepción del bautismo. ¿Por qué no imputamos á Dios la desgracia de no nacer ángeles ó querubines?

En fin, con respecto á la *buena fé* que disculpa al inocente es necesario advertir que los infieles muertos por una imprescindible necesidad en las supersticiones del paganismo, pueden estar mas seguros de la clemencia divina que un filósofo desertor del cristianismo en una sociedad cristiana, siendo muy del caso mentar aquí para lección de los apóstatas del catolicismo las palabras de Fenelon: « Amad la verdad con el mismo empeño con que atendeis á vuestra salud, á vuestra vanidad, á vuestros placeres, y la encontrareis. Hombre hay que emprende un viaje al Japon para encontrarlas: ¿cuándo se encontrarán hombres

que hagan, no un viaje en que den la vuelta al mundo, sino un pequeño esfuerzo de curiosidad para venir en conocimiento del gran misterio de su estado?

Súrcanse mares por demas procelosos, y atraviésanse espacios de cuatro mil leguas en busca de la pimienta y de la canela, que para muy poco sirven ¿y, no puede atraversarse la Mancha para aprender á ser bueno y digno de una bienaventuranza eterna? Es indíspensable hacerlo para confundir al incrédulo y cubrirle de vergüenza por su ignorancia en religión.»

Y parece, que las cosas no han cambiado desde los tiempos de Fenelon. ¿Cuál es el incrédulo de nuestros dias en cuya biblioteca podamos encontrar tantas apologías de la fé como libros contra el catolicismo? Por esto pululan las preocupaciones contra esa sublime religión de la que ha afirmado Rousseau que es el culto más puro y divino que haya existido jamás sobre la tierra.

Una última dificultad, tanto para el catolicismo como para la filosofía espiritualista. En la existencia de ultratumba el alma estará separada del cuerpo hasta el día del juicio final ¿cómo podrá mientras tanto obrar sin los sentidos? Esto no lo concibe el materialista. Pero ¿quien ignora que el sistema encefálico, condición presente para la actividad del alma, no es mas que un mero instrumento. Las voliciones, pensamientos y sentimientos son operaciones esencialmente espirituales, y siendo el alma esencialmente activa no puede per-

der unas facultades que no son resultado del organismo material.

La comunicación de los espíritus es por medio de las ideas y Dios será ese medio de comunicación porque todo lo veremos en él. Y ya que de Dios hablamos ¿no es cierto que siendo espíritu puro conoce, ve y oye todo lo que existe en el universo, por mas que carezca de sentidos?

Es ingeniosa á este respecto la anécdota de San Agustin que, para hacer comprender á su amigo Evodio como el alma puede ver y oír y gozar sin el recurso de los sentidos, le refiere el sueño del célebre médico materialista Genadio, debido quizás á las disputas con el mismo San Agustin.

Hélo aquí: «Una noche vió Genadio en sueños á un jóven muy bello que le dijo: «Sígueme» Genadio le siguió, y así llegó á una ciudad donde apenas hubo entrado cuando á su derecha oyó una música de una suavidad y armonía que superaban á cuanto habia oido hasta entonces... Al fin despertó: el sueño se desvaneció no dándole más importancia de la que comunemente damos á los sueños. En la noche siguiente, aparecióseles otra vez el mismo jóven y le preguntó sí le reconocia bien — Perfectamente, le contestó Genadio — ¿Y dónde me viste? replicó el jóven.

Genadio, que aun recordaba aquella deliciosa armonía, no le costó trabajo responder. Pero lo que allí observaste, le dijo el joven ¿lo viste soñando ó despierto? — En sueños, replicó Genadio. — Cierto es, replicó el joven, y lo que ahora sucede también lo ves en sueños. — Genadio permaneció conforme. —

Y ¿dónde está ahora tu cuerpo? le preguntó el jóven. — En un lecho, respondió Genadio.

Y ¿estás bien seguro, añadió el joven, de que tus ojos están ahora cerrados y tus oidos sin acción y que no los empleas para ver ni oir? — Lo sé, dijo Genadio. Pues ¿con cuáles ojos me ves y oiste la deliciosa armonía? replicó el jóven. Y como quiera que Genadio titubease acerca de esta pregunta, dijóle el jóven: Tú conoces, pues, que aun cuando los organos del cuerpo esten sin acción durante tu sueño, tienes sentidos por los cuales descubres todo lo que se te aparece en este momento: asimismo cuando hayas muerto, aunque se hallen inactivos tus órganos corporales permanecerás vivo, apto para ver y sentir, si bien que de otro modo.

Tanto impresionó á Genadio este sueño que dejó de ser materialista. Y en efecto es un ingenioso recurso del genio filosófico de San Agustin, que está al alcance de todos los que sueñan dorados ensueños.

Nuestra alma no se apaga con el cuerpo disuelto en la corrupción; es un destello divino que tiene actividad propia como el Espíritu Supremo, de quien recibió la existencia y su esplendor de eterna inmortalidad.

Después de lo dicho, permitasenos repetir que el catolicismo, al decir de Youffroy, *es una grande religión*; lo cual se reconoce en que no deja sin respuesta ninguno de los grandes problemas que interesan á la humanidad» ó que satisfacen sus mas grandes aspiraciones; por mas que debemos confesar que no hemos podido mas que dar una idea de esos grandes problemas.

APOLOGIA EXOTÉRICA

DEL CATOLICISMO

Llámase *exotérico* lo que es extrinseco á una cosa ó institución; por eso denominamos apología exotérica del catolicismo la que, á mauera de apéndice, vamos á exponer acerca del Pontificado, el Clero y la Biblia, pues aunque las tres cosas son intrinsecas á la institución del cristianismo, las considerarémos bajo el aspecto extrinseco de su grandeza y benéfica influencia en la humanidad, prescindiendo de su orígen divino.

Hacer la apología de la Biblia, del Pontificado y del Clero, que son fundamentales en la Iglesia, es hacer la apología del catolicismo. Así habremos conseguido bosquejar la apología apodítica ó intrinseca del catolicismo, como también la extrinseca ó exotérica, por sus benéficos resultados en el mundo.

El Clero en general y el Pontificado en especial son en nuestros días objeto de calumniosas

imputaciones y el blanco especial de las iras del racionalismo y de la masonería, porque constituyen lo que llaman el *clericalismo*, y al decir de Gambetta: «*El Clericalismo es el enemigo*», esto es, el enemigo del liberalismo, aunque no lo sea de la libertad, de la verdad, del progreso y de la civilización; cosas todas que deben al clericalismo antiguo y moderno, esto es, á la Iglesia de ayer y de hoy, su existencia y conservación en el mundo, como lo hemos demostrado hasta la saciedad. ¿Qué otra cosa es el Clero sinó el cuerpo sagrado para la conservación y propagación del cristianismo, tal cuál lo instituyó el Redentor del mundo en su Iglesia? El odio al Clero y al Pontificado de parte de la incredulidad, se comprende perfectamente: es el representante de la religión verdadera y el continuador de la misión de Jesucristo: y si á este calificó de *infame* la impiedad ¿cómo podrá tratar mejor al Clero?

Por esta razón se le ataca bajo todos aspectos procurando que en la opinión del pueblo y ante la sociedad se los mire con el más profundo desprecio. Es, por tanto, conveniente llevar la polémica religiosa, propósito especial de esta segunda parte, hasta este terreno, yá que á el nos lleva el ataque de los enemigos del catolicismo y de la Iglesia.

EL CLERO SECULAR

I

Gerarquía Eclesiástica

Para vindicar al Clero de las imputaciones calumniosas y dar una idea de su benéfica y alta misión en la sociedad nos vamos á servir de tres escritores eminentes, Chateaubriand, Lamartine y Belcastel, que dirán mejor que nosotros lo que pudiéramos exponer en favor de tan santa y civilizadora institución. Los enemigos de Jesucristo odian al llamado Clericalismo, y tienen razón, porque es obra é institución del mismo Jesucristo; es un odio insano, pero consecuente, aunque al mismo tiempo es la mayor honra para el mismo Clero.

Con la palabra *clericalismo* se suele espantar á ciertos católicos titubeantes y vergonzantes; apellidándoseles *clericales* reniegan del epiteto, como si fuera injurioso. Pero ¿qué? El *Clero* representa el gobierno de la Iglesia católica, luego todo católico es *clerical*, en cuanto acata

la autoridad de la Iglesia de Jesucristo; aunquet es verdad que los enemigos del catolicismo suelen darle el significado de instrumentos de las pretenciones particulares de los eclesiásticos á los que tildan de *clericales*, por más que esto sea un abuso como el del dictado de *ultramontanos*, para tergiversar el nombre de católicos con el de pretensiones inmoderadas del Pontificado, que se le atribuyen calumniosamente.

Mas entremos yá en el asunto principal.

Y desde luego, la gerarquía eclesiástica ¿es un engendro del fanatismo de la edad media y la organización del despotismo religioso para esclavizar las conciencias y conservar el monopolio de la influencia religiosa? Así lo ha afirmado la incredulidad para mejor lograr su intento de destruir la religión desacreditando el ministerio encargado de propagarla y conservarla en la sociedad. La rellgión no es un simple sentimiento, ni un mero conjunto ó código de doctrinas abandonado al criterio individual; es más, es una institución con su cuerpo de magistrados con autoridad de dirigir, enseñar la doctrina y administrar los sacramentos, como lo hemos expuesto al hablar de la institución de la Iglesia por Jesucristo: ¿Què sería una religión sin un cuerpo enseñante y administrador? Lo que el principio de autoridad y sociabilidad sin magistrados que gozasen del derecho de legislar, juzgar y ejecutar las normas que reglan las relaciones de los individuos en sociedad.

Ahora bien; recibida por Jesucristo la misión de enseñar á las gentes y constituida su Iglesia en el fundamento de los Apóstoles, Pedro, designado como cabeza de la misma, echó los fundamentos del poder eclesiástico. Desde entónces, y como lo exige la libertad religiosa y el dictámen de la razón, la autoridad eclesiástica debió separarse de la política y civil: el Maestro había recomendado «dar al Cesar lo que es del Cesar y á Dios lo que es de Dios.»

Reinaban todavia los primeros Césares y existía confundido entre la multitud el sacerdote que debía reemplazarles en el Vaticano. Lino sucedió á Pedro, Clemente á Lino y los demás sucesivamente; y esta série de Pontífices, herederos de la autoridad apostólica, no interrumpida en el transcurso de más de diez y ocho siglos, nos une á Jesucristo.

Con la dignidad episcopal vemos establecerse desde el principio las otras dos grandes divisiones de la jerarquía: esto es, *el sacerdocio y el diaconado.* San Ignacio exhorta á los habitantes de Magnesia á obrar en conformidad con su obispo, que ocupa el lugar de Jesucristo, con sus sacerdotes, que representan á los Apóstoles, y con sus diáconos, encargados del cuidado de las altares. Pio, Clemente Alejandrino, Orígenes y Tertuliano confirman estos grados.

Aunque no se haya hecho mención de los metropolitanos ó arzobispos antes del concilio de Nicea, este concilio habla de la citada dignidad como de un grado jerárquico establecido muy de antiguo; Atanasio y san Agustín citan metropolitanos anteriores á este concilio. Desde el segundo siglo está calificada Lyón de ciudad metropolitana, y san Ireneo, su obispo, gobernaba toda la Iglesia galicana.

Algunos autores han opinado que los arzobispos son también de institución apostólica, y en efecto, Eusebio y san Crisóstomo dicen que Tito, obispo, era reconocido cabeza de los obispos de la isla de Creta.

Las opiniones acerca del origen del patriarcado varían. Baronio de Marca y Riquerio hecen subir esta dignidad hasta los Apóstoles; parece, sin embargo, que no se estableció en la Iglesia sino en 385, cuatro años después del concilio general de Costantinopla.

El nombre de cardenal se aplicó al principio indistintamente á los primeros titulares de las iglesias. Como estas cabezas del clero eran regularmente hombres distinguidos por sus virtudes y ciencia, los papas les consultaban los negocios delicados, y llegaron á ser poco á poco el consejo permanente de la Santa Sede, hasta que pasó á ellos el derecho de elegir pontífices, cuando la comunión de los fieles se hizo demasiado numerosa para poder congregarse.

Las mismas causas que dieron origen á los cardenales cerca de los papas, produjeron los canónigos cerca de los obispos: los canónigos eran unos sacerdotes que componían el senaod episcopal. Aumentando los negocios de las diócesis, los miembros del sínodo se vieron obligados á distribuirse el trabajo. Los unos se llamaron vicarios foraneos los otros vicarios generales, etc., según la extensión de sus respectivos cargos. El consejo entero tomó el nombre de *cabildo*, y cada individuo el de *canónigo*, que significa administrador canónico.

Los simples sacerdotes, y aun los legos nombrados por el obispo para la dirección de una comunidad religiosa, dieron origen al órden antiguo de los abades. La historia constata cuan útiles fueron las abadías á las letras, á la agricultura y en general á la civilización europea.

Las parroquias se formaron en la época en que se subdividieron las órdenes principales del clero.

Siendo ya demasiado vastos los obispados para que los sacerdotes de la metrópoli pudiesen administrar los socorros espirituales y temporales á los puntos extremos de la diócesis, se erigieron iglesias en los campos. Los ministros destinados á estos templos campestres tomaron el nombre de curas, del latín *cura*, que significa cuidado, fatiga. El nombre no es pomposo, y se debiera glorificar pues tan bien llenaban las condiciones de su cargo.

Además de estas iglesias parroquiales, se constituyeron también capillas sobre el sepulcro de los mártires y solitarios. Estos templos particulares se llamaban *martyrium* ó *memoria;* y por una idea aun más dulce y filosófica se les llamaba también *cementerios*, de una palabra griega que significa *sueño*.

En fin, los beneficios eclesiásticos seculares debieron su origen á los *ágapes* ó comidas de los primeros cristianos. Cada fiel llevaba algunas limosnas para el sustento del obispo, del sacerdote y del diácono, y para el socorro de los enfermos y extranjeros. Los ricos, los príncipes y ciudades enteras dieron

tierras á la Iglesia, en lugar de aquellas inciertas limosnas. Divididos estos bienes en diferentes porciones, por el consejo de los superiores eclesiásticos tomaron el nombre de prebendas, canonicatos, encomiendas, beneficios curados, beneficios simples ó claustrales, etc., según los grados jerárquicos del administrador á cuyo cargo se confiaron.

Respecto de los fieles en general, el gremio de los cristianos primitivos se distinguía en *creyentes* ó *fieles*, y en *catecúmenos*. El privilegio de los *creyentes* era el ser recibidos á la santa misa, asistir á todas las oraciones de la Iglesia, y pronunciar la Oración dominical, que San Agustín llama por esta razón *Oratio fidelium*. Los *catecúmenos* no podian asistir á todas las ceremonias, ni se trataba de los misterios delante de ellos, sino con oscuras parábolas.

El nombre de *lego* se inventó para distinguir al hombre que no pertenecía al cuerpo general del clero. El título de *clérigo* se formó al mismo tiempo, y las palabras *laici* y *clerici* se leen en cada página de los antíguos autores. Usábase de la donominación de *eclesiástico*, así para hablar de los cristianos por oposición á los gentiles, como para designar el clero con relación á los fieles; por último, el título de *católico* ó universal se atribuyó á la Iglesia desde su orígen. Eusebio, Clemente Alejandrino y san Ignacio dan testimonio de esta verdad. Habiendo preguntado el juez Poleimon al mártir Pionos de qué Iglesia era, el confesor le respondió: *De la Iglesia católica, porque Jesucristo no conoce otra.*

No olvidemos en la explicación de esta jerarquía, que san Jerónimo la compara á la de los Ángeles, dos medios que enaltecieron la sabiduría y la fortaleza de la cristiandad; es decir, los concilios y las persecuciones, « Traed á vuestra memoria, dice La Bruyère. « aquel grande y primer concilio en que cada « uno de los Padres que lo componían se dis- « tinguía por algún miembro mutilado, ó por « las cicatrices que revelaban los furores de la « persecución, y que parecía les daban derecho « á sentarse en aquella asamblea general de toda « la Iglesia».

Hemos descrito la jerarquía apostólica: unid á ella el clero regular, de qué vamos á hablar, y tendréis la Iglesia entera de Jesucristo. No tememos decir que ninguna otra religión presenta tal sistema de beneficios, previsión de fuerza, mansedumbre y leyes morales y religiosas. Nada hay mas sábiamente ordenado que estos grados, que empezando en el último cantor de la aldea, van elevándose hasta el trono pontificio que sostienen y los corona. De este modo, mediante sus diferentes órdenes, tocaba la Iglesia todas nuestras necesidades: artes, ciencias, legislación, política, institutos literarios, civiles y religiosos, fundaciones caritativas; todos estos magníficos beneficios nos procedían de las órdenes superiores de la gerarquía, mientras los pormenores, por decirlo así, de la caridad y de la moral, se difundían por medio de los grados inferiores hasta las últimas clases del pueblo. Si antiguamente fué pobre la Iglesia, desde el primero hasta el último escalón, atribúyase esto á que toda la cristiandad era tan indigente como ella. Empero, no era justo exigir que el clero

subsistiese en la indigencia cuando la opulencia crecía en su derredor. Hubiera perdido todo su ascendiente, y ciertas clases de la sociedad, con las que no hubiera podido alternar, se hubiesen sustraido á su autoridad moral. La cabeza de la Iglesia era príncipe, para poder hablar á los príncipes; los obispos, iguales á los grandes, se atrevían á instruirlos en sus deberes; los sacerdotes seculares y regulares, exentos de ciertas necesidades sociales, se mezclaban con los ricos y reformaban sus costumbres; y, en fin, el simple párroco se acercaba al pobre, á quien por su destino debía aliviar con sus beneficios y consolar con su ejemplo.

No es esto decir que el más indigente sacerdote no pudiese también instruir á los grandes del mundo, é inducirlos á la virtud, mas no podía seguirle en sus costumbres como el clero superior, ni usar el conveniente lenguaje. La misma estimación de que gozaba emanaba en parte de las órdenes superiores de la Iglesia. Es, por otra parte, necesario que los grandes pueblos tengan un culto grandioso, y altares donde el miserable pueda encontrar los debidos socorros.

II

Por lo demás, nada hay mas excelente en la historia de las instituciones civiles y religiosas,

que todo lo concerniente á la autoridad, obligaciones é investidura del prelado entre los cristianos. En ellas se descubre la perfecta imágen del pastor de los pueblos y del ministro de los altares. A ninguna clase de hombres ha honrado mas la humanidad que á los obispos, y en ninguna sería posible hallar mas virtudes, grandeza é ingénio.

El jefe apostólico debía no tener defectos corporales, y ser tan irreprensible como el sacerdote sin mancha descrito por Platon en sus *Leyes*. Elegido por el pueblo, era tal vez el único magistrado legal que existía en los tiempos bárbaros; y como esta investidura envolvía una responsabilidad inmensa, asi en esta vida como en la otra, estaba léjos de ser solicitada por medio de la intriga. Los Basilios y los Ambrosios huian al desierto, temiendo ser elevados á una dignidad cuyos deberes intimidaban á sus mismas virtudes.

No solo estaba obligado el obispo á cumplir sus deberes religiosos, esto es, enseñar la moral, administrar los Sacramentos y conferir las Órdenes, sino que aceptaba también el peso de las leyes civiles y de los debates políticos, para apaciguar un príncipe, evitar una guerra ó defender una ciudad.

« Era tal el convencimiento, dice d'Hericourt, « de que la obligación de recibir á los extran- « jeros era un cargo inherente al episcopado « que san Gregorio quiso, antes de consa- « grar á Florentino, obispo de Ancona, « expresase si habia sido por imposibilidad ó « por avaricia el no haber ejercido hasta allí « la hospitalidad con los extranjeros. »

Exigíase del obispo que aborreciese el pecado, mas no al pecador; que sostuviese al débil, y abrigara un corazón paternal para con los pobres. Debía, no obstante, guardar cierta medida en sus dones, para no fomentar profesiones peligrosas ó inútiles, como los farsantes y gladiadores, verdadera ley política que refrenaba por una parte el vicio dominante de los romanos, y por otra el de los bárbaros.

Si el obispo tenía parientes pobres, le era permitido preferirlos á los extraños, mas no enriquecerlos; « porque, dice el cánon, debe « atender en tal caso á su indigencia, mas « nunca á los vínculos de la sangre. »

Y ¿sería extraño que con tanta virtud los obispos se captasen la veneración popular? Inclinábase la cabeza para recibir su bendición; cantábase á su vista el *Hosanna*; llamábaseles *muy santos y muy amados de Dios*, siendo estos títulos tanto mas magníficos cuanto eran justamente adquiridos.

Civilizadas ya las naciones, los obispos, mas circunscritos en sus deberes religiosos, gozaron de los bienes que habían hecho á los hombres, y procuraron dispensarles otros nuevos, aplicándose mas particularmente á conservar, la moral, á las obras de caridad y á los progresos de las letras. Sus palacios fueron el asilo de la urbanidad y de las artes. Llamados por sus soberanos al ministerio público, é investidos con las primeras dignidades de la Iglesia, desplegaron talentos que excitaron la admiración de Europa.

III

En cuanto al clero inferior, no es dudoso que á él se debían esas buenas costumbres que brillaban aun en la multitud, tanto de las ciudades como de los campos. El rústico sin religión es una fiera, sin freno de educación ni de humano respeto; una vida penosa ha exasperado su carácter, y la propiedad le ha robado la inocencia del salvaje: es tímido, grosero, desconfiado, avaro, y mas que todo ingrato; pero merced á un milagro, este hombre, naturalmente perverso, es benévolo y recto en manos de la Religión. Su pusilanimidad se torna en valor, su inclinación á la doblez en una fidelidad á toda prueba, su ingratitud en un agradecimiento sin límites, y su desconfianza en una seguridad absoluta. Compárense aquellos aldeanos impíos que profanaban las iglesias, devastaban las propiedades, y quemaban á fuego lento las mujeres, los niños y los sacerdotes, con esos habitantes de la Vendea, que defendían el culto de sus padres, únicos libres cuando toda la Francia se doblegaba al yugo del Terror; compárese y adviértase la enorme diferencia que la religión establece entre los hombres.

Háse culpado á los curas de ciertas preocupaciones de estado ó de ignorancia; pero la

sencillez del corazón, la santidad de la vida, la pobreza evangélica y la caridad de Jesucristo les constituían en una de las clases mas respetables de la sociedad. Viéronse muchos que, mas que hombres, parecían espíritus benéficos bajados del cielo en bien de los desvalidos. ¿Cuántas veces se privaron del sustento para darlo á los necesitados, y se despojaron de sus vestidos para cubrir al desnudo? Y ¿habrá quien se atreva á denostar á estos hombres, por alguna severidad en su opinión? ¿Quién de nuestros soberbios filántropos querria que en el rigor del invierno se le despertase á media noche, para administrar los Sacramentos en lo mas distante de los campos, al moribundo que espira sobre la paja? ¿Quién de nosotros querria sentir continuamente partido de dolor su corazón al aspecto de la miseria, que no puede socorrer, viéndose rodeado de una familia cuyos demacrados semblantes y hundidos ojos revelan el horror del hambre y de todas las necesidades? ¿Nos sería grato acompañar á los curas, ángeles de la humanidad, á la mansión del crímen y del dolor, para consolar al vicio bajo las formas mas repugnantes, y derramar el bálsamo de la esperanza en un corazón desesperado? ¿Accederíamos á separarnos del mundo de los dichosos, para vivir eternamente entre los sufrimientos, no recibiendo al morir por única recompensa á tantos beneficios, sino la ingratitud del pobre y las calumnias del rico? Después de Chateanbriand léase ahora la opinión de Lamartine sobre el Clero y el sacerdote.

«¿Qué es el sacerdote?» pregunta Lamartine; Es el ministro de la religión de Cristo, encargado de conservar sus dogmas, de propagar su moral y de administrar sus beneficios á la parte del rebaño que le ha sido confiada.

Como conservador del dogma cristiano, sus deberes de tal no pueden caer bajo nuestro exámen; el dogma misterioso y divino por su naturaleza, impuesto por la revelación, aceptado por la fé, se opone á toda crítica: el sacerdote solo se debe, como el fiel, á su conciencia y á la Iglesia, única autoridad de que depende. Sin embargo, aquí mismo la elevada razón del sacerdote puede influir útilmente en la práctica, sobre la religión del pueblo á quien enseña.

Algunas credulidades banales, algunas supersticiones populares se han confundido, en las edades tenebrosas é ignorantes, con las altas creencias del puro dogma cristiano; la superstición es un daño para los espíritus débiles: al ministro esclarecido de una religión que infunde la luz—porque toda la luz de ella nos ha venido—es á quien compete hacer desaparecer esas sombras que empañan la santidad y que harian confundir á los espíritus prevenidos; el cristianismo, es la civilización práctica, es la razón suprema, sin las invenciones de almas piadosas extraviadas, ó las groseras credulidades de los cultos del error.

El deber del sacerdote es hacer caer estos errores respecto de la fé y reducir la credulidad, ó incredulidad de su pueblo á la grave y misteriosa sencillez del dogma católico, á la contemplación de su moral, al desarrollo progresivo de sus obras de perfección. La verdad

jamás necesitó del error, y las sombras nada agregan á la luz.

Como moralista, la obra del sacerdote es todavía más hermosa. El cristianismo es una filosofía divina escrita de dos modos: como historia, en la vida y muerte del Cristo; como preceptos en las sublimes enseñanzas que trajo al mundo.

Estas dos palabras del cristianismo, el precepto y el ejemplo, se encuentran reunidos en el Nuevo Testamento ó Evangelio. El sacerdote los tiene siempre en la mano, siempre á la vista, siempre en su corazón. Un buen sacerdote es un comentario viviente de este libro divino. Cada una de sus misteriosas palabras responde justamente al pensamiento que le interesa; y encierra un sentido práctico y social que guía y vivifica la conducta del hombre.

No existe verdad moral ó política que no se encuentre germinada de un versículo del Evangélio; todas las filosofías modernas han comentado uno y en seguida lo han olvidado; *la filantropía* nació de su primer y único precepto, *la caridad*.

La Libertad ha marchado en el mundo sobre sus pasos y ninguna servidumbre degradante ha podido subsistir ante su luz; la *igualdad política* ha nacido del reconocimiento que nos obligó á hacer de nuestra igualdad y de nuestra *fraternidad* ante Dios: las leyes se han dulcificado, las cadenas han caído y la mujer ha reconquistado el respeto en el corazón del hombre. A medida que su palabra ha resonado en los siglos, ha hecho *desplomar un error ó una tiranía*, y puede decirse que el mundo actual

con sus leyes, sus costumbres, sus instituciones y sus esperanzas, no es otra cosa que el verbo evangélico más ó ménos encarnado en la civilización moderna!

Pero su obra está léjos de haber llegado á su término; la ley del progreso ó del perfeccionamiento, que es el trabajo activo y poderoso de la razón humana; debe seguir la ley del Evangelio: ésta nos prohibe contrariarla, nos impulsa siempre hácia algo mejor; y nos impide que desesperemos de la humanidad, ante la cual abre sin cesar nuevos y más claros horizontes; y cuanto más abrimos nuestros ojos á la luz de sus doctrinas, vemos en ellas más promesas en sus misterios, más verdades en sus preceptos y más esperanzas en su porvenir.

El sacerdote posée, pues, cuando tiene ese líbro en su mano, *la moral*, *la razón*, *la civilización y la política*. Sólo tiene que abrirlo, leerlo y *esparcir á su alrededor el tesoro de luz y de perfección, cuya llave en él ha depositado la Providencia*».

Rogaríamos á los detractores del Clero, que meditasen esta compendiosa apología.

EL CLERO REGULAR

El voto religioso

Las Ordenes monásticas y religiosas, que constituyen el Clero regular, es una institución grande, múltiple y fecunda, cuya esencia reside en ese voto triple y tres veces glorioso, de castidad, obediencia y pobreza voluntarias, voto basado en los consejos evangélicos, que han elevado el nivel de la naturaleza humana, haciendola superior á sí misma; que han llenado de beneficios la tierra y que es uno de los más bellos florones del cristianismo, que el libre pensamiento no puede ni sabe comprender, porque es una elevación sobrenatural y divina, que tiene por autor al Hombre-Dios.

«El voto de castidad negativo de la misma sociabilidad; el voto de pobreza y de obediencia, ataques flagrantes á la dicha, á la libertad y á la dignidad del hombre, son otros tantos golpes inferidos á su vida y á sus derechos, que acaba de proclamar la Asamblea Constituyente». Estas palabras que son otros tantos golpes mortales inferidos al sentido común, fueron cubiertas de aplausos por la Asamblea de la revolución

de 1779, á pesar de constituir una de las más pesadas inecias intelectuales y morales y de las que el liberalismo se ha convertido en éco perpétuo, revelando su esencia liberticida.

Aceptar por medio de la virtud y de la humildad cristiana el vivir en cierto modo ignorados de la ley, puede ser para las corporaciones religiosas una noble resignación que les permite aun trabajar y sufrir por el bien de sus hermanos. Pero muy distinta es la satisfacción que se les debe y los simples sacerdotes tenemos el deber y el derecho de reivindicar para ellas contra las aviesas diatrivas del liberalismo, la gloria de este mundo y la gratitud humana, por encima de la cual han colocado su vida.

No es la apología histórica de las órdenes religiosas lo que pretendemos escribir, porque sería menester un volumen para bosquejar siquiera sus rasgos mas salientes. Sin embargo, para este lacónico compendio sobre la dignidad del voto religioso nos vamos á servir del ilustre escritor católico De Belcastel.

I

El estado religioso en gérmen, oculto, pero imperecedero en la palabra, consejos y actos de Jesucristo, se descubre ya en las conmunidades voluntarias agrupadas en torno de los primeros Apóstoles. Hállase en plena sávia desde los pri-

meros siglos del cristianismo; arroja en el corazón de la edad media su florecimiento mas espléndido y sus mas vastas ramas. Sus manifestaciones varian; mas es uno en su principio vital: *el estado de perfección cristiana.*

Contemplativo en Oriente, vésele desplegar en las playas occidentales todas las formas y todas las potencias de la acción. Allí medita, con mas sublimidad y eficacia que la filosofía pagana acerca de las verdades eternas, y mediante su aspiración sin trégua á la eternidad, recuerda á los vivos que el sol creado, no es sino pálida imágen de otro sol sin sombra y sin declinación. Era necesario levantar al cielo las almas prostituidas en el abyecto materialismo y sensualismo epícureo é idólatra que degradaba á los pueblos paganos.

Como se adapta á todas las grandes necesidades de la humanidad, en occidente desmonta el suelo; consume sus vigilias en el estudio, y salva del olvido las obras maestras del génio antiguo. Ya engendra á la fe civilizadora de Jesucristo innumerables muchedumbres. Ya es el escudo de la Europa, contra la invasión bárbara y la musulmana, y en el día la cruz de pié en las islas que miran al Asia, impide que el Mediterráneo se convierta en un lago bárbaro. Ya forma generaciones varoniles á todas las generosidades del patriotismo, como á todos los arranques del valor, ó prepara á la mujer fuerte del Evangelio para los austeros deberes del hogar.

Ya asiste á los enfermos y da de comer á los pobres

Ya liberta á los cautivos y carga con sus cadenas.

Ya ensancha el campo de la ciencia, y traza las páginas mas bellas de la metafísica humana y divina que han alumbrado las cumbres del humano pensamiento.

Ya está de guardia al pié del tabérnáculo en que reside, en real presencia, el Dios Redentor de la humanidad.

De siglo en siglo, sin abandonar jamás el puesto de la adoración, es el eterno holocausto y la oración viva para cuantos no oran.

Ya se inmola y hace penitencia por los irreflexivos que pasan sus dias olvidando que tienen un término.

Afirmar, á costa de sus solitarias y á veces sangrientas vigilias, esa admirable solidaridad cristiana, la única que no es un sueño, porque descansa en la unidad del género humano, en la persona del Hombre-Dios.

Así se desarrolla el estado religioso á través de las edades, imágen viva y siempre creciente del mismo Maestro, que fué sucesivamente niño sin amparo, hijo sumiso, operario oscuro, doctor público, predicador de los pueblos, salvador de las almas y de los cuerpos enfermos, reparador universal del mal moral, modelo supremo por su muerte de obediencia filial.

La vida de las Ordenes religiosas, ó, por mejor decir, de ese grande estado de la Religión, que es padre de todas las órdenes pasadas, presentes y futuras, se mezcla íntimamente con la vida de la Iglesia, y llena

con el brillo de sus obras sus sobrenaturales anales.

A través de las persecuciones ó de los honores, de los respetos y de los odios con que los poderes civiles la han cargado sucesivamente; á través de las defecciones interiores, de las fragilidades y pasiones de que, como toda la raza en que ha entrado el limo del hombre, lleva el inevitable peso, marcha desde hace quince siglos sin desfallecer.

En las horas de crisis halla siempre en sí para regenerarse, el fermento inmortal de la sávia divina, y operarios predestinados para reavivar sus institutos ó las órdenes tentadas de desfallecer.

Mejor que el fénix antiguo, sale de la prueba del fuego, en que todo lo perecedero queda reducido á cenizas; rejuvenecido y trasfigurado.

En el grande ejército de la Iglesia militante reconócese su huella por un surco de gloria; legión escogida bajo la autoridad directa y venerada del Jefe soberano del catolicismo, marcha á la conquista de las almas para Jesucristo, en todas las playas, bajo los rayos de todos los cielos del globo.

Y si se pregunta áun en el día donde se recluta el apostolado católico, bien sencilla será la respuesta.

De diez evangelizadores del millar de millones de infieles que espera la herencia de la palabra divina, nueve pertenecerán á las Congregaciones religiosas.

¡Y hé ahí la grandiosa institución á la que

en nombre del Estado que cambia de principio y de jefe diez veces en ochenta años, un Parlamento que desapareció al nacer se atrevió á lanzar el ultraje al pasar!

Entre los insultadores y los insultados, ¡qué contraste mas aplatastante!

No harémos ciertamente á los fecundos antepasados de esas posteridades grandiosas que se llaman Ordenes, á esos gigantes de la fe, de la abnegación y del genio, llamados San Benito, San Bernardo, Santo Domingo, San Francisco, San Ignacio, Santo Tomás de Aquino, San Francisco Javier, San Vicente de Paul, la injuria de medirlos con los pigmeos que se levantan entre los guijarros del camino de los siglos para silbar á esas augustas memorias, Pero cuando con los ojos todavía húmedos por la admiración de que os llena el simple relato de los actos y de las obras de esos hombres, tras haber saludado el sepulcro del apóstol de las Indias, leído tres páginas del doctor Angélico, ó visto inclinarse á la cabecera de un moribundo á la Hermana de la Caridad, vuelve uno á caer de la esfera luminosa á que esa contemplación le lleva, para ir á dar con una frase de los retóricos del día, no se sabe que admirar mas, si la ignorancia incomprensible de los revolucionarios, ó su audacia, ó su malicia, ó la profundidad de las justicias de Dios que cambia en irracionales á los que se niegan á adorar á su Cristo.

¡Qué cuadro trazaría de los marovillosos anales del estado religioso considerados en su conjunto y de una ojeada una gran plu-

ma cristiana! Llamemos con todos nuestros votos al escritor inspirado que sepa pintarlos en la riqueza de su variedad y el explendor majestuoso de su unidad. La tarea que abordamos es mas modesta.

Considerarémos los principios sin evocar la imagen de esos grandes representantes del órden monástico, examinaremos rápidamente, su alcance doctrinal y social, el triple voto que constituye su esencia y que se ataca, y nos atreveremos á preguntar á esos patriotas inesperados de la moral del estado seglar, lo que encuentran en ese triple voto de deletéreo para esta y con qué motivo han podido descubrir en él un caso de indignidad.

Desprendámonos de los lugares comunes. Penetremos en la esencia de las cosas. En nuestros días, por otra parte, si hay monederos falsos del pensamiento que trafican con las palabras y con las turbas que con ellas se dejan engañar, existe asiminmo una opinión pùblica séria y fuerte, á la que subleva la mentira de las divisas, á la que hacen sonreir los *clichés* de la revolución. El chis-chas de las frases le fastidia; el polvo que levanta en torno de las cuestiones sociales el choque de la soberbia, del odio y de las codicias, recházalo. Por encima de esas ínfimas regiones busca la verdad cierta. Por atormentada que esté nuestra época á causa de sus mismos tormentos, ella es su honor. Distínguela de los siglos primogénitos suyos.

El décimoséptimo, bajo las pompas de su apariencia religiosa, política y literaria, oculta

rasgos pequeños y grandes miserias; inciensa muchas bellezas de convención.

El décimoctavo, para vengarse de la sujeción en que nació, se despechuga á placer. Reemplaza el respeto á todo trance con la ironía universal, pero se entrega á su vez á otros cultos convenidos. Sensiblería, falsificación del corazón, filosifismo, falsificación de la filosofía, entusiasmo de relumbrón por una pretendida naturaleza humana que jamás existió. Exhumación del paganismo con sus falsos dioses, sus falsos héroes, sus falsas virtudes, sus falsas democracias: todo es falso, todo es postizo en él. No tuvo de cierto sino la anarquía de sus repùblicas y la dictadura de los Césares que de ellas debían salir.

El siglo décimonono tiene una vista mas clara de la historia del hombre, un sentido mas profundo de sus destinos. Demasiadas ruinas oscurecen su aurora, demasiadas cuestiones vitales se plantean en él cada día para que se prende por largo tiempo de las bagatelas. En todas cosas y en toda dirección penetra pronto la superficie y se va al fondo. Los sentidos agotan el goce y descienden hasta las heces; el espíritu se remonta á las cimas, el estudio se remonta á las fuentes; la fe se remonta á su primitiva energía.

La Revolución se desenmascara; la Iglesia muestra su belleza sin velo. Es la hora de las negaciones supremas y de las aclamaciones integrales. Por tanto en la cuestión que nos ocupa no retrocederemos ante la verdad completa. Lejos de ser incapaces ó indignos, los institutos religiosos son precisamente por

su consagración divina y el poder de sus votos, los mejores obreros y los más grandes iniciadores de las generaciones que entran en la vida. Mientras mas extraños y superiores al hombre parecen, mas aptos son para formar hombres.

Esa es la ley universal: el artífice ha de ser mayor que su obra.

II

Antes de tomar cada voto particular para extraer de él su virtud elevadora, si consideramos al voto monástico en general, encontramos en él cinco ideas, cinco rasgos dominantes, que constituyen la fisonomía propia del estado religioso.

Idea de promesa. Idea de religión. Idea de regla. Idea de sacrificio. Idea de investigación de un bien mejor.

¿Cuál de ellas, preguntamos á sus detractores, encontrais contraria al órden público? ¿Cuál deja de llevar en sí una fuerza social? ¿Por ventura cada una de ellas separadamente, y todas reunidas, no llevan impreso el sello de la más pura y más alta realidad? ¿No son lecciones en acto? Acaso la cruz, enarbolada por los institutos cristianos en la cúspide de sus casas como en el corazón de sus miembros, no es el símbolo permanente de esas grandes ideas, al propio tiempo que de toda virtud necesaria al género humano?

Para empezar por la primera, si las corporaciones religiosas se glorian de ella, hay en el voto que pronuncian una solemne promesa hecha á Dios por un sér inteligente y libre; una promesa que, después de la prueba, y en las condiciones requeridas, liga su porvenir para siempre; una promesa á la cual, para decirlo de paso, una infidelidad es tan rara, que queda para el perjuro, aún á los ojos del mundo y del hombre sin fé, como un estigma de excepción. Pués bien: ese cumplimiento puntual hasta el último suspiro de la palabra empeñada, ¿no es un sorprendente ejemplo de lealtad, de constancia y de honor?

¿Es, pués, la idea de promesa, con esa inviolable fidelidad en cumplirla, la que es objeto de vuestro escándalo, oh libre-pensadores? ¿Queréis decir que es menester arrancar del alma de los hombres un principio tan antiguo y tan estorboso, sustituirle con más elásticas fórmulas, abrir un campo mas vasto y más cómodo á la conciencia de los pueblos? ¿Os formais un ideal refinado de independencia, en que el hombre abdique para siempre, con el honor de mandarse á sí mismo, el derecho para la voluntad de hoy de gobernar la del día siguiente y se glorie estúpidamente de no obedecer sinó a la impresión de la hora que pasa, como la arista sigue al viento que se la lleva, ó el viento mismo, que no es, después de todo, sinó una ola de aire impelida por otra? Pero entónces romped vuestras Cartas, vuestras

Constituciones y vuestras leyes, vuestros contratos privados y vuestras obligaciones públicas. Derribad vuestros hogares sobre el mármol destrozado de vuestros altares.

Destruid todas vuestras corporaciones civiles, licenciad vuestro foro, vuestra magistratura y vuestros ejércitos. Anonadad todo cuanto ha constituido hasta aquí el órden y la seguridad de las civilizaciones, queremos decir, la palabra del hombre libremente empeñada, libremente recibida, bajo la mirada de un Señor universal, testigo incorruptible y Juez soberano. Pero vosotros mismos, ¿no exigis la promesa profesional, jurídica y matrimonial?

¿Acaso no habeis empeñado jamás vuestra palabra á un amigo?

La misma parte de libre conducta que pareceis recobrar, se la entregais á la ley, puesto que la constituís en juez de las condiciones que hacen rescindir la promesa. ¡Ah! por más que hagais, no mutilareis jamás la humana naturaleza hasta el punto de arrebatarle esa magnífica facultad de querer más allá del momento fugaz y de proyectar su voluntad sobre el porvenir. ¡No os engañeis, estrechos medidores de los derechos del hombre, que no tocais sinó un punto y nunca habeis dado vuelta al alma humana, creada á imágen del Sér infinito! ¡Cuidado! ¡El voto religioso, que es la forma más grave de la promesa, no ménos que la promesa en sí, no es la abdicación del sér libre. Es su acto mas intenso y su más esplendente manifestación. ¡Es el Tábor de la libertad! Pues esa voluntad débil y móvil que sin cesar se nos escapa, el voto cristiano, la trasfigura.

Hace de ella una voluntad inquebrantable. La fija para siempre en las alturas que alcanzára en una hora de gracia, en un impulso sublime. Gracias al voto, la visión del bien superior con que el alma se vió sorprendida, el movimiento qne á él la llevó, se vuelven la ley, el mérito y la fuerza de toda la vida. Gracias al voto, la voluntad del hombre participa, en cierto modo, de la gloria y de la inmortalidad divina. Ahora bien: Dios es soberanamente libre, al mismo tiempo soberanamente inmutable en su querer. Menester es creer eso, ó llevar la franqueza hasta el ateismo. ¿Què es, pues, de la querella presentada contra el voto, en nombre de la libertad?

Esa palabra de ateismo me conduce á la segunda idea del voto monástico, la idea de la religión. Dicha idea llega hasta la consagración divina de la persona que la pronuncia. Está escrita en el mismo hombre, de manera que le queda indisolublemente unida.

La *Religión* es el nombre genérico de todas las corporaciones ligadas por los sagrados votos, ya de hombres, ya de mujeres, órdenes, institutos ó simples congregaciones. El voto es, en efecto, ¡cosa trivial á fuerza de ser cierta! una promesa hecha á Dios en virtud de un llamamiento de Dios. Dios es su inspirador, su testigo, su custodio, su juez y vengador.

Quizá sea esa consagración divina, esa

presencia de Dios, activa y dominadora, la que os irrita y os persigue, fanáticos de laicismo, que no quereis frailes ni en la sociedad ni al frente de las escuelas.

Pues bien: no queremos demostrar aquf la necesidad de la religión para los hombres y para los pueblos; escrita está en la historia del mundo y en la concencia con una elocuencia que toda paráfrasis debilitaria.

No queremos hablar ni de los derechos de las familias, ni de la liberiad de conciencia: la causa está juzgada; pero afirmamos dos verdades tan claras como la luz del día, las cuales infligen el mas formal de los mentis á las teorías laicistas que se precian de permanecer respetuosas hácia la Religión. La primera es que poner fuera de la ley á las Ordenes católicas activas ó contemplativas, no es, para con la Religión, ni respeto, ni diferencia, ni neutralidad. De hecho es la guerra, no solo á algunos hombres. sinó al principio mismo, pues proscribir á los que llevan por excelencia el nombre y la librea de Cristo, y proscribirlos por eso solo, es afirmar bien alto, ante los conciudadanos, las familias y los pueblos, que la Religión es, por lo menos, una inutilidad, si no un peligro; es hacer de un modo fragrante sospechosa á la Religión cristiana,y denunciarla al desprecio público. A despecho de tadas las palinodías la palabra, el acto es en si destructor de la Religión; sila Religión pudiese morir, díría que se le infiere, á sabiendas ó sin saberlo, un golpe mortal.

La segunda prevención es que la enseñanza de

la juventud por las Ordenes religiosas es una predicación perpétua y una demostración en acto de la Divinidad. La creencia en ella y el culto que le es debido, con todos los deberes que de ella dimanan, entran, á cada hora, por las avenidas del pensamiento, del corazón, de la imaginación y de la vista en el alma de los niños. Derraman en ella una sávia cristiana que penetra y llena su sér moral para siempre. Por más que las borrascas de las pasiones sacudan esa pobre alma pecadora y caida, la fé subsiste. Antes del término fatal, la sávia divina reflorecerá en el alma del pecador arrepentido, y en su razón reaparecerá la tradición de los destinos inmortales. Pues la humanidad así conducida no rompe jamás con el último fin; conserva intactos el horror al mal y el respeto al bien.

Si, pues, la Religión es la primera de las necesidades sociales, la enseñanza de las corporaciones religiosas es un eminente servicio prestado á la causa pública entre los innumerables que le presta.

Existe otra idea, cuyo irrecusable sello lleva en sí, bajo un vivo relieve, el voto de los religiosos; la idea de regla: una regla libremente aceptada, libremente seguida. Su mismo nombre presta aquí un brillante testimonio. y la historia ha consagrado para ellos el nombre de clero regular.

¡La] regla! ¿Es por ventura en ella, liberales, donde encontrais una amenaza para la sociedad civil y un ataque á los derechos del hombre?

No hay un político, un legislador digno de su mandato, que no vea en ella, por el con-

trario, una lección permanente de respeto hácia las leyes, una semilla de órden arrojada en los corazones é inteligencias, que será mas adelante una garantía para la paz pública, y para el hombre privado, prueba de un buen gobierno de la vida, en la perseverancia y el trabajo. ¿Acaso no es la regla el espejo del órden? Acaso la patria, como la familia, no tiene una necesidad absoluta, para prosperar y vivir, de un sentimiento profundo de la regla y del órden grabado en los carazones, las inteligencias y los actos? Acaso, para el individuo como para la sociedad un resorte regulador de las fuerzas, no es una fuerza más, añadida al servicio útil y á la energía de las facultades? ¿Acaso el mismo genio, cuando no tiene freno, no vá á parar á estériles extravagancias?

¡La regla! Pero todo en la naturaleza proclama su fecunda grandeza. Los millones de astros que desde hace millares de siglos se mueven en el espacio sin chocar jamás; la sangre que circula en las venas del hombre con latidos cadenciosos; el árbol que no da fruto sino con la poda sabia y regularmente hecha; el rio contenido que arrastra aguas mas vigorosas, no hay una energía que no se acreciente cuando se la contiene. Ahora bien: cuando se ha obedecido durante largos años á esa armonía poderosa de la regla religiosa que no deja perder ni una hora, ni un acto en una agitación sin objeto; cuando se ha visto ese ideal del órden en una comunidad de hombres siempre al nivel de si mismos y de la inspiración que los guió, es imposible que no se conciba y no se conserve el sentido del respeto al órden, junto con el deseo de realizar en si cualquier carrera que uno abrace, un gobierno apacible y poderoso de si mismo, que es, después de todo, no solo la dignidad, sino la dicha del ser racional, que, pasando al dominio público, se convierte en verdadera grandeza de las naciones.

III

Sí el espíritu de regla es una virtud social; si las corporaciones religiosas son eminentemente propias, por el principio de su existencia y su ejemplo permanente, para inculcar en los pueblos la regla moral, ¿qué decir del espíritu de sacrificio, que es el primero de sus atributos y la misma esencia de sus votos? Ese espíritu no se le negará sin duda, pues es el cuerpo mismo del delito; una de las más grandes reconvenciones que se le dirigen, es sacrificar bienes que son la herencia natural é inalienable del hombre.

Hagámoslo constar primero: el sacrificio es algo más que la simple virtud.

La virtud, hablando con propiedad, es una deuda que hay que pagar á la justicia. El sacrificio va mas allá. Es el don de lo que no es debido. Es la inmolación gratuita, fruto

supremo del amor. Ahora bien; solo el amor engendra el amor; sin él, la fraternidad no es mas que una palabra de relumbron. ¿Habrá quien se atreva á decir que la abnegación sea cosa mala y el amor antisocial?

Y luego, ¿creeis por ventura, que la sociedad humana no esté necesitada de sacrificios? ¡Pero si de él nace, y de él vive! El es á la vez la raiz y la flor de las civilizaciones. Suponed, el egoismo puro, y el mundo no es más que una cueva de tigres, disputándose sus presas.

Suponed, liberales, la abnegación universal, y teneis el ideal de la felicidad pública. Entre el egoismo sin freno y la abnegación sin reserva, entre el canibalismo y la comunidad de las familias cristianas, el Estado social tiene mil grados. Pero mientras más se desarrolla del lado del sacrificio, más se eleva y obra el bien público. De la base hasta la cúspide de la pirámide, ciudadanos, familia, pátria, él es el cimiento, la fuerza y la honra.

Cuando una madre, rendida, á costa de su vida, corriendo con la leche de sus pechos, alimenta al fruto de sus entrañas desgarradas, ¿qué existe en el fondo de ese acto? El espíritu de sacrificio. Cuando el pobre, encontrando á otro más pobre, divide con él el pan necesario del día, ¿quién conserva una existencia y corona la otra de una aureola superior á lo que da? El espíritu de sacrificio.

Un rio se desborda, el mar se subleva: ¿quién salvará á los desgraciados que las olas van á hundir en su seno? El sacrificio.

La peste estalla: ¿Quién asistará al enfermo

en torno del cual hace el vacío el terror? Sacerdote, médico ó hermana de caridad, ¿qué importa? es también el sacrificio.

La bandera nacional está en peligro: cae en un campo de batalla, en la sangre del héroe que la defendia. ¿Quién la levantará, voluntario ó conscrito? También es él, el sacrificio.

¿Qué! No podeis dar un paso al través del mundo sin ver en él la dignidad, la fecundidad, la gloria del sacrificio, y quereis hacer del estado de sacrificio perpetuo una presunción cierta de indignidad!

Diríase en verdad, que habeis jurado una guerra implacable al buen sentido, no menos que á la Iglsia; diríase que vuestra divisa es el grito infernal: «¡Perezca la humanidad antes que la Revolución!»

Nada diremos de los servicios prestados por los religiosos; no hacemos ver sino el poder de la idea de sacrificio, de que son por confesióu de los propios enemigos, heroica y permanente personificación; y afirmamos que esa idea, de que son inseparables, es una prenda de educación ganerosa y varoníl que los seglares del Estado, sea cual fuere su mérito individual son impotentes para presentar.

No es eso todo. La idea de sacrificio puro, de la inmolación por sí misma, en el sentido del famoso principio «el arte por el arte» no está en el voto de los instintos católicos.

Sería un sentimiento ciego, y nada es ciego en los actos inspirados por la fé. La razón domina y siempre dirige; la razón,

que la Iglesia no sacrifica jamás, oidlo bien, cuyos verdaderos é impeescriptibles derechos proclama sin cesar, como lo hace áun en el día con tanta sabiduría y magnificencia el Pontífice soberano, infalible depositario de la verdad.

Hé ahí por que la fé y la razón concordes, nos enseñan que el voto religioso, renunciación á bienes legítimos, debe hacerse en vista de uñ bien mayor. Esa es la esencia del voto.

¿Qué puede haber, áun bajo el punto de vista de las sociedades temporales, para un seglar de mas útil, de mas noble y de mas fecundo?

Si; esa aspiración á la perfección, ese *sursum corda* por excelencia, es la realización de la idea de progreso, que llena el mundo moderno entero con su resonancia.

Esa palabra y esa idea fatidicas, vuelven sin cesar á vuestros lábios, enemigos de los frailes.

Vuestro Dios, que llamais á veces un perpetuo llegar á ser, si es que teneis uno, no es otra cosa.

Pero el progreso, como la libertad, como la fraternidad, es un tèrmino sagrado que habeis robado al Catolicismo.

Nada de todo eso pertenece á la Revolución. Esta lo altera y lo profana todo. Nada inventa.

Solo Jesucristo prendió en el corazón del hombre esa sed inestinguible de un estado de cosas siempre mejor que lo devora y decuplica su energía vital.

«Sed perfectos, como mi Padre celestial es perfecto,» dijo el Hijo de Dios al atravesar la Judea.

¿Quien, pues, antes de Crisio, habia lanzado al aire mortal esa incomparable palabra de donde nació, á la vez que el impulso crístiano hacia la santidad, el mevimiento ascencional de las saciedades humanas?

¿Quien, pues, fuera de los pueblos bautizados, exparimenta ese sentimiento y se mueve en virtud de esa fuerza?

Ignoranlo, y lo ignoraron las naciones antiguas.

Ahora bien; el voto religioso es una traducción viva de la virtud nueva impresa en la conciencia de la humanidad.

¿Cómo haceis, liberales, para atreveros á decir que el religioso es un hombre que se suicida ó que se disminuye? ¡No! Mil veces no! Como el águila, no abandona la tierra sino para desplegar sus grandes alas en la inmensidad del espacio, y volar de claridad en claridad hasta las esferas infinitas. ¡No! No es una cobarde abdicación lo que simboliza la cuchilla sagrada cuando traza en su cabeza, haciendo caer su cabellera, una blanca corona.

Es la diadema de la reconquista heróica.

Un dia, hace tres mil aúos, en los montes abruptos que se levantan al Norte de Grecia, un adolescente de régia estirpe, hereda un trono pequeño y un gran nombre. Reune al punto á los compañeros de juego de su infancia, y para festejar el advenimiento de su jóven realeza, distribuye á todos, una tras

otra, todas las provincias del estrecho reino; y como le preguntasen si nada reservaba para sí: «¡Conserso la esperanza!» exclamó.

Diez años después, aquel jóven, al soplo mas vasto quizá que haya llenado un pecho humano, había arrastrado un puñado de soldados, surcando con sus triunfos el Africa y el Asia, hasta las riberas del Indo; sin aliados, sin tesoro y sin caminos de hierro, había conquistado un imperio cien veces mas grande que su régia herencia, y dejaba un nombre cuyo eco en la memoria de los hombres no será jamás dominado por otro profano como él.

Todo religioso es un Alejandro. Solo que lo que fué la vanidad de un sueño para aquel incomparable ambicioso de un noble humo se convierte, para el fraile que se despoja de los bienes mas envidiados de este mundo, en la mas cierta, la mas viva de las realidades: ha conquistado el bien superior á las cosas que pasan, conserva su conquista.

Muestra á la vez á los discípulos que le toman por maestro la alegría sin mezcla de los bienes que ha conquistado, de la eternidad que espera, y la moderación de los deseos por medio del sóbrio uso de las cosas de la vida del tiempo.

Completa es la lección para la generación que sale de esa escuela.

Así, señores politicos, lo habeis visto; promesa, y fidelidad á la promesa;—culto por excelencia tributado á Dios; espíritu de regla, espíritu de sacrificio, aspiración perpetua del

alma hacia la perfección: tales son las ideas generales que se hallan en símbolo y en acto en las órdenes religiosas, mediante los votos que se les echa en rostro cual pùblico baldon.

Lo preguntamos bien alto á todos los que aman su patria: los principios dominadores de la vida religiosa, ¿no son mil veces dignos de servir de guía á la jerarquía social entera?

No os atreveréis á proclamar en voz alta que el sacrificio es una necedad — la lengua no lo toleraria—ni á pretender que la independencia ilimitada del individuo es vuestro ideal.

Porque, donde quiera y siempre, os burlais de esa independencia. No existe una ley civil, económica ó militar cuyo peso le estimeis; y vuestra república social es la absorción completa del ciudadano en el Estado: cuerpo y alma.

Solo que imponeis al hombre sacrificios forzados: lo inmolais al derecho cesáreo, cuyo único árbitro es á todas horas el capricho del número ó de un autócrata advenedizo, mientras que la educación cristiana, cuyo tipo acabado son los institutos católicos, enseña al hombre el sacrificio libre en nombre de una potestad que tiene el derecho de mandar á todos, y el poder de hacer á todos eterna justicia.

¿Quién pone mejor á salvo la libertad y la dignidad humanas? ¿En qué lado están los verdaderos servidores del pais?

Si en la idea general del voto religioso se

encuentran semejantes fuerzas y semejantes lecciones, ¿qué será ahondando uno tras otro el pensamiento fundamental de cada uno de los tres célebres votos: obediencia, pobreza, castidad?

Cuando escribimos con profundo respeto esas tres palabras que brillan como diamantes en la corona moral de la humanidad, y pensamos en los que insultan, á esos héroes del cristianismo, nos llenamos de compasión por los insultadores. ¡Ah! Tristes esclavos de la Revolución, instrumentos conscientes ó inconscientes del espíritu del mal, rebeldes á Cristo, rebeldes culpables, pero pusilánimes, vosotros que no os atreveis aún á llevar la negación radical de Dios, por temor de que las piedras todas de los monumentos se levanten para aplastaros, ó que un rayo de la conciencia pública hiera de muerte vuestra palabra, pero que, con la misma boca con que escarneceis el voto cristiano, proferís á los piés de vuestros secretos el juramento infernal de arrancar á Dios del alma del mundo: vosotros que, aun repudiando la fé de los testimonios de Cristo no teneis el valor de atacar de frente la moral del Evangelio, porque desafía al ultraje, y vuestros mismos profetas han confesado cien veces su suprema belleza, pero que perseguís con guerra á muerte las instituciones que engendró el Evangelio: vosotros, que así flotais entre la audacia á la inconsecuencia y jamás nos dais vuestra última palabra, ¿quiénes, pues, sois vosotros, y qué quereis? En vez de la divisa: Obediencia, Pobreza, Castidad, ¿vais á escribir en el frontispicio de vuestra sociedad ideal: *indisciplina y concupiscencia*? Tened, pues,

una vez siquiera la bravura de las conclusiones finales, y sabed arrostrar le sentencia del género humano, cuyo soberano desprecio merecen vuestras doctrinas sin máscara.

Hé aquí, pues, la grandeza del voto religioso triplemente glorioso, triplemente santo y heróico. Y no podia ser otra cosa desde que fué propuesto por el Hombre-Dios como el ideal de la perfección cristiana, y como un dechado perenne para el común de los hombres y para las sociedades humanas.

Ahora, si se nos pregunta ¿para qué sirven las órdenes religiosas y cuáles son sus beneficios, sería una respuesta satisfactoria referirnos únicamente á la benéfica influencia moral que en la sociedad ejercen por el solo hecho del estado de perfección cristiana que representan. Sin embargo las órdenes religiosas no solo son honra y prez del catolicismo y de la civilización por ser la encarnación del génio benéfico y sublime de la religión, representado en las grandes instituciones que tienen por objeto la satisfacción mas cumplida de las mayores y mas urgentes necesidades de la sociedad.

¿Para qué necesidad social no existe, en efecto, una institución religiosa, sobre todo con relación á las necesidades y servicio abnegado de la enseñanza, caridad y beneficencia, así como para la propagación de la doctrina cristiana entre las naciones salvajes? La inmensidad de sus beneficios no es siquiera posible ser indicada en un gran volúmen; y como quiera que hemos publicado una obra al respecto, á ella remitimos á nuestros lectores, seguros de que no podrán menos de reconocer que han colmado al mundo

con la grandeza de sus beneficios, realizados con heroismo y abnegación.

EL PONTIFICADO

Sus grandezas y beneficios

Para complemento de lo expuesto sobre el Clero, vamos á añadir algunas reflexiones, tomadas del notable escritor Ferreiroa, para confirmación de cuanto dejamos dicho acerca de la benéfica influencia de la Iglesia en los destinos de la civilización y de la humanidad, por mas que lleguemos á merecer la nota de repetidores. Las grandezas y beneficios del Pontificado, á pesar de las preocupaciones de la incredulidad, constituyen uno de los hechos mas innegables de la historia de la civilización, hasta el punto de haber obligado á autores heterodoxos como Vogt, Macaulay, Guizot y Ranke, á hacer á este respecto confesiones y declaraciones las más honrosas en favor del Pontificado.

En efecto; la aparición de la Iglesia de Jesucristo cuando el Imperio Romano estaba en su apogeo, fué un acontecimiento providencial. La

unidad de ese coloso, al decir de San Agustin, no era fatal ni casual; antes bien había sido dispuesta por Dios para el triunfo de la unidad eterna, universal y espiritual, para esa unidad fraternal entre las naciones, la unidad del género humano, base de la unidad de la civilización cosmopolita, *católica*, cuya conquista es el trofeo más espléndido del Pontificado, continuador de la obra redentora del Hombre-Dios, de quien es Vicario el Romano Pontífice, y cuya misión ha cumplido con honor al través de los siglos.

Y en verdad; consumado el sacrificio del Calvario, fundada la Iglesia y abierta la fuente inagotable de regeneración moral, la unidad del Imperio romano en medio de las infinitas divisiones de razas, de pueblos, de lenguas, de costumbres, de climas, de ideas, fué provechosísima para la formación de la sociedad de las almas, del reino del amor, del imperio de la virtud y del bien, imperio que, léjos de tener por límites los rios, ni los mares, ni las montañas, había de extenderse del Septentrión al Mediodía y de Oriente á Occidente, abrazando en su seno á todos los hombres. Fué entónces cuando surgieron los Apóstoles, las vírgenes y los mártires; cuando el esclavo se creyó más grande en el ergástulo que el rey en su palacio; cuando el rico se hizo hermano del pobre, y todos los atribulados hallaron consuelo. Fué entónces, en fin, cuando nació la Iglesia de Dios.

Pero, ¿pudiera haber vivido esta sociedad perfectísima, que es el reino de Dios sobre la tierra, la imágen del reino de los cielos, la soberanía santa en su orígen, santa en su

objeto, y santa en sus medios, sin un jefe que la gobernase y dirigiese, sin una cabeza que impidiese los errores y las divisiones, sin un centro alrededor del cual se agrupasen todos?

O, lo que es lo mismo: la obra de Dios, que había de durar hasta la consumación de los siglos, ¿podía carecer de una fuerza que conservase en ella la triple unidad de la vida, de la inteligencia y del amor que había recibido de Nuestro Señor Jesucristo? De ninguna manera.

No hay unidad de Iglesia sin unidad de fé, ni unidad de fé sin un Jefe supremo, y Jesucristo, que trajo al mundo la unidad, la cual es la forma misma y la condición del ser de la verdad y de la belleza, de tal suerte quiso conservarla, que, la víspera de su muerte, abarcando con su mirada todos los tiempos, rogó por la unión de todos, para que el mundo creyese en la verdad de su misión divina.

Miéntras Él vivió fué el mediador de tan santa unidad; pero no queriendo perpetuar su presencia entre nosotros, nos dejó su divina persona oculta bajo ciertos símbolos de vida, y su palabra encerrada en la Escritura y la tradición: cosas todas que, no teniendo por sí mismas fuerza para defenderse contra las divisiones, habían menester de un depositario único y permanente, el cual fuese al mismo tiempo órgano supremo del Santo Evangelio, manantial inviolable de la comunión universal.

Era, pues, necesario que, permaneciendo

Jesucristo desde lo alto de los cielos como el vínculo misterioso de su Iglesia, tuviese en este mundo un Vicario que fuese el lazo visible, el oráculo viviente, la unidad madre y maestra. Milagro éste el más grande que podía hacerse, pues entre los hechos superiores á las fuerzas del hombre, de que está llena la historia del Cristianismo, no hay otro que nos haga meditar más, ni donde el dedo de Dios mejor se manifieste.

¿Cómo vencer, en efecto, las dificultades, los obstáculos, los inconvenientes que á esto se oponían? Colocar en medio de las revueltas y agitadas pasiones de los hombres, que se atropellan las unas á las otras, como las ondas en el mar alborotado, en medio del odio de las turbas, de la soberbia de los grandes, de la rivalidad de los soberanos, del desprecio de los sabios, á un hombre sujeto como nosotros todos á las humanas miserias, que es, la más de las veces, un humilde anciano, sin otra defensa que sus blancos cabellos, ni otra fuerza material que la de su brazo inerme, para que todas las potestades y todas las inteligencias se inclinasen ante él, para que fuese el depositario de la verdad y la defendiese siempre contra todos, sin dejarse intimidar por la fuerza ni halagar por la lisonja, ni corromper por el oro, ¿qué milagro más insigne y más estupendo? Pero es lo cierto que fué llevado á cabo y de maravillosa manera.

Hácia el año 42 de la Era cristiana, bajo el reinado del imbécil marido de Mesalina y Agripina, sucesor en el Imperio romano de

un loco monstruoso y antecesor de otro todavía más monstruoso, llegó á Roma el pescador Galileo Simón *Bar-Jona*, con el objeto de fundar al pié del trono de los Césares el imperio divino y eterno, profetizado por Daniel; y contra toda probalidad aquella Roma, dominadora del mundo, la Roma del gran Escipión y de Julio César, de Caracalla y Heliogábalo, de los grandes capitanes, los poetas dulcísimos y los Cèsares monstruosos, que encerraba en su seno habitantes de todas las razas, obras maestras de todos los pueblos, altares de todos los dioses; la gran ciudad que en la Suburra y en el Aventino, y mas allá del Tiber, hacía cínica ostentación de vicios horrendos y de lujo nunca igualado en los Foros, los pórticos y los teatros; la Roma de *panem et Circenses*, tirana del género humano, servida por esclavos, idólatra de monstruos, que cubría de flores el sepulcro de Nerón y ponía su mayor delicia en el espectáculo de la muerte y los gladiadores, pocos años después de la llegada de San Pedro contaba gran nùmero (*ingens multitudo*) de cristianos, y el imperio divino estaba fundado.

II

San Pedro fuè crucificado como su divino Maestro; casi todos sus sucesores, por espacio de tres siglos, regaron también con su sangre la fé que enseñaban; en todo este tiempo los fieles fueron acosados en Roma y en todo el Imperio como fieras; corrieron rios de sangre y de làgrimas; nuestra sacrosanta Religión fué objeto de las befas más atroces y las más absurdas calumnias que pueden imaginarse; nuestros padres en la fé se vieron obligados á ocultarse en las entrañas de la tierra, alcanzándoles también allí el hierro y el odio; hasta tuvieron que luchar muchas veces con las más dulces afecciones de la vida: el amor de los padres y el cariño de los esposos; fueron tenidos por infames, por locos, por ateos y por imbéciles; pero ni se doblegaron, ni se abatieron; y al cabo de tres siglos de lucha, la cruz, la ignominiosa cruz, suplicio de esclavos, coronó el Capitolio, trono del mundo; y no sólo estaba fundado el imperio divino, sinó en situación próspera y floreciente. Había triunfado de las fieras, de los garfios, de los ecúleos; había sabido vencer hasta la muerte: ya podía gobernar el mundo.

Cuando Constantino vió en el aire el *Labarum*, era la sangre de los cristianos, que había

germinado en la sombra y subido hasta el cielo como un rocío, la que se desplegaba allí bajo la forma de cruz triunfante.

Groseramente se equivocan los que se empeñan en negar la grandeza del Pontificado Romano en los primeros siglos. Ya entónces los sucesores de San Pedro eran los jefes supremos de la milicia cristiana, y la raiz que daba vida al árbol maravilloso, á cuya sombra descanzan los peregrinos del mundo; ya entónces la ciudad sagrada del paganismo, emporio de todas las grandezas, punto medio entre Oriente y Occidente, corazón geográfico del universo, era el centro de la nueva Religión y el hogar común de todos los cristianos.

Después de la muerte de los Apóstoles, los fieles no reconocen el centro del Cristianismo en Jerusalen, Antioquía ó Alejandría, sino en Roma.

En el siglo I, cuando aún vivía San Juan, el discípulo amado, los fieles de Corinto, divididos por algunos perturbadores, en vez de dirigirse al Santo Apóstol, ó á las iglesias más próximas, en busca de ayuda y consuelo, es á la Iglesia Romana á quien se dirigen, respondiéndoles el Papa San Clemente I, con su epístola primera á los corintios, que, segun Eusebio, era leída públicamente en muchas iglesias.

La epístola concluye con estas palabras: «Os enviamos á Claudio Efebo, Valerio, Viot »y Fortunato. Consoladles en su viaje, aco»giéndolos con espíritu de paz», etc. El orígen de las legaciones apóstólicas se remonta,

pues, al de la Iglesia, que ya San Pedro y San Pablo, solían hacer lo que San Clemente. Pero lo más notable de dicha epístola es un fragmento descubierto recientemente, en que San Clemente afirma con claridad la supremacia de la Iglesia Romana, diciendo á los corintios, entre otras cosas importantes, que si no obedecen á aquèlla, no serán del número de los elegidos.

Ya en los primeros siglos acudían á Roma los devotos á venerar las reliquias de San Pedro y San Pablo, los sabios á aprender las tradiciones romanas, los pastores de las iglesias á tratar los asuntos eclesiásticos, los herejes á buscar una protección que no hallaban. ¡Cuántos hechos no pudiéramos citar!

Entre los primeros peregrinos se cuentan San Policarpo, San Hegesipo, San Justino, San Ireneo, Orígenes, Tertuliano, y por cierto que Orígenes dice que quiso ver con sus ojos la más antigua de todas las iglesias: *Romanam Ecclesiam antiqusisimam videre.*

En las actas del martirio de los santos Mario, Marto, Abaco y Audifax, se lee que desde el fondo de Persia vinieron estos á Roma, *ad orationem apostolorum*, el año 270 de Cristo; Valentin Cerdón, Marción, Basílides, Marcelino, Teodato, Praxeas, Epígono, Alcibiades, Prócolo, Lucio, Feliciano y otros herejes del segundo y tercer siglo, se dirigieron á Roma para obtener la aprobación de sus falsas doctrinas; San Cornelio escribe á San Cipriano quejándose de que los novacianos envíen letras «á la Iglesia principal, donde ha nacido la unidad del sacerdocio»; el már-

tir San Ignacio, discípulo de San Pedro y San Juan, y sucesor de Evodio en la silla de Antioquía, dirije á Roma sus cartas con este título: «Al presidente de la unión de la caridad», en el siglo II, el Papa San Victor manda á las iglesias de Asia que corrijan la discrepancia en la celebración de la Pascua; en el siglo III, el emperador gentil Aureliano, dispone que la iglesia de Samosata sea entregada al Obispo reconocido por el Papa; Dionisio de Alejandría, llamado el Grande, acusado injustamente al Papa, es juzgado por éste, logrando al fin justificarse. Todo lo cual demuestra que en los primeros siglos es reconocido como principio fundamental del Cristianismo que Oriente y Occidento, ó sea todos los fieles y todas las iglesias del Universo, debían por necesidad conformarse y adherirse á la «Iglesia antiquísima y máxima «fundada por los dos gloriosos Apóstoles Pedro y Pablo», como dice San Ireneo.

Después del triunfo del Cristianismo, bien sabido es que el Pontificado resplandeció como el sol en el espacio, iluminándolo, vivificándolo y embelleciéndolo todo.

Grandes se nos muestran los Papas en aquella època tristísima de la invasión de los bárbaros, cuando el mundo era teatro de las escenas más espantosas que han presenciado el género humano, de horribles matanzas, de incendios de campos y ciudades, de saqueos numerosísimos, de hambres continuas é interminables guerras, de desolación horrenda y general.

Los Papas no se amedrentan, ni tiemblan,

ni se ocultan: imploran piedad de los bárbaros, alientan á los abatidos, consuelan á los atribulados, esperando la hora de la reparación y reconstrucción de las sociedades.

Y cuando llega esta hora, ¡qué trabajo tan fecundo el de la Cátedra de San Pedro, como luego verémos, para doblegar la fiera cerviz del godo y del franco, para oponerse á la tiranía del rey y del señor feudal, para romper las cadenas del esclavo, para rehabilitar la mujer, para fundar el monasterio, asilo de la ciencia y del trabajo, para derramar por todas partes raudales de bien y del amor!

Es indubitable que, rotos ó maltrechos los monumentos de la Roma imperial, hecho jirones su manto de púrpura, saqueada cuatro veces en el espacio de cerca de ciento cuarenta años, devastada, despoblada y empobrecida, fué más que nunca foco del universo, centro del mundo, eje de la sociedad, cabeza y corazón á un mismo tiempo del los pueblos todos.

El Romano Pontífice envía misioneros á todas las partes del orbe; el Romano Pontífice depone y consagra reyes y emperadores; el Romano Pontífice responde á las consultas de los reyes y de los pueblos; el Romano Pontífice exhorta y manda y rige á los Pastores y á las ovejas, y su voz es oída por el salvaje en sus bosques, por el chino al extremo del mundo, por el tártaro en sus desiertos, por el árabe en medio de sus arenales, por el isleño en sus islas azotadas por el mar, por el rey en su palacio, por el po-

bre en su choza, por todos los hombres en todas partes.

Todo esto, á pesar de las persecuciones y del odio de que han sido siempre objeto los Papas, pues ninguna otra institución ha sufrido más furiosos embates.

Intentaron ahogar en sangre al Pontificado los emperadores romanos; le hicieron blanco de sus burlas los filósofos y la plebe de Roma; juraron su destrucción infinitos herejes y enemigos ocultos; mas todos estos persguidores y la Media Luna victoriosa haciéndole guerra feroz, y los emperadores alemanes empeñándose en esclavizarle, y el Renacimiento pagano hiriéndole á mansalva, y Lutero separando de su seno reinos florecientes, y los filósofos del siglo pasado escarneciéndole y Napoleón decretando su ruina, y las revoluciones modernas encadenando al Papa en el Vaticano, sólo han conseguido poner de relieve la firmeza de la roca, contra la que se estrellarán siempre todos los huracanes.

Ningún sofisma, ninguna calumnia, ninguna objeción pueden destruir este hecho incontrovertible: hoy, como hace diez y ocho siglos, subsiste en pié el Pontificado, imperio de las almas.

En el espacio de estos diez y ocho siglos, ¿que cosa hay que no se haya transformado y cambiado? ¿Cuántas dinastías no desaparecieron? ¿Cuántas veces no se renovaron las humanas instituciones? ¿Por cuántas alternativas no pasó la misma Roma? Sólo hay una dinastía que, sin variar un ápice sus principios fundamentales, ni renegar de su pasado,

defendiendo siempre los mismos principios, y resistiendo siempre los más fieros embates, subsiste hoy como en los días de más vivo esplendor del imperio de Roma, gobernando el orbe cristiano, y esa dinastía es la de los Papas.

Hoy mismo, en nuestros revueltos y agitados tiempos, en que tantas almas sienten el odioso frío de la indiferencia religiosa, en que la fiebre de la soberbia, y el cáncer del sensualismo, y el predominio de los intereses materiales todo lo invaden y penetran, en medio de la gritería de las turbas, de los trabajos tenacísimos de la impiedad, de la indiferencia ó la apostasía de los Gobiernos, ¿no subsiste el Pontificado y se nos muestra verdaderamente grande?

Ved al actual sucesor de San Pedro en medio de las borrascas que intentan sumergir la Nave! La Revolución le ha despojado de sus Estados, le ha puesto el cetro de caña en las manos y le ultraja indignamente; mas ¿puede impedir que se muestre grande, verdaderamente grande?

Como si estuviera sostenido por millones de bayonetas, eleva su voz en defensa de la justicia y condena la iniquidad; como en los días más prósperos del Pontificado, envía misioneros á las regiones más remotas y hasta á los mares; como San León Magno y San Gregorio VII, resplandece por la sublimidad de su ciencia y de sus enseñanzas; como si no hubiera sentido jamás la pesadunmbre del infortunio, extiende tranquilo las manos para bendecir; domina con su acento la tempestad

desencadenada, el fragor del trueno, el ruido del viento, el furor de las olas, permaneciendo en pié con las tablas de la ley en la mano, cuando todo está por tierra, gobiernos, monarquías, asambleas, diplomacias.

¡Ah! La Revolución podrá arrojar al Papa de Roma, destruir el Vaticano; profanar el sepulcro del primer Papa; pero las piedras del Vaticano destruido rodarán por la tierra aplastando la Revolución, y resultará entonces con más claridad que nunca que, si esa luz se extingue, todo se extinguirá.

Son tantos los bienes que debemos al Pontificado, que, refiriéndolos todos, no cabrían en centenares de volúmenes.

Todos los frutos de aquella civilización cristiana, tan gallardamente descrita por Balmes en su *Protestantismo*, los debemos al pontificado. Como las abejas van formando lentamente el sabroso panal, y el escultor modelando la estatua á fuerza de inspiración, trabajo é inteligencia, formaron los Papas los Estados modernos, después de la pavorosa inundación de los bárbaros. Suavidad de costumbres, conservación del saber antiguo, amor al trabajo, regeneración de la familia, abolición de la esclavitud, celibato eclesiástico, respeto á la virginidad, propagación del Catolicismo, universidades, escuelas, ciencias y artes, orden social, todo se lo debemos á los Pontífices, que amamantaron á los pueblos con la leche sabrosísima de las verdades cristianas, y los educaron mucco tiempo sobre sus rodillas, como hace la madre cariñosa con el hijo de sus entrañas. Es esta una cuestión

de hecho que cualquiera puede comprobar leyendo los historiadores más imparciales y rectos.

III

Sólo es posible que nos fijemos aquí en los puntos más culminantes, considerando la obra de los Papas respecto al orden *moral*, al *social* y al *intelectual*.

Respecto al primero, bien conocido es el triste estado de la familia en el paganismo: la degradación de la mujer, la frecuencia del adulterio y del divorcio, el poder ilimitado del padre sobre el hijo, la exposición de los recién nacidos. Estado lamentable que remedió el Cristianismo, rehabilitando la mujer, enalteciendo la virginidad y proclamando la santidad é indisolubilidad del matrimonio. El inefable misterio de la Encarnación, es decir, del Dios Salvador, concebido por una mujer y nacido de una mujer, preservada por singular privilegio de la mancha original, y Madre sin dejar de ser vírgen, comenzó por conciliar el amor y el respeto de los pueblos hácia la mujer, madre del hombre, y hácia la mujer que consagra á Dios la virginidad, y al mismo tiempo, elevado el matrimonio á la dignidad de Sacramento indisoluble, fué consagrada á Dios la sociedad por mediación de la familia.

De aquí el empeño que pusieron los Papas en defender la indisolubilidad del matrimonio, contribuyendo poderosamente de esta suerte á la civilización moderna; pues, como dice De Maistre, los príncipes, de capricho, y en capricho de abuso en abuso, hubieran concluido por establecer el divorcio, y acaso la poligamia; y este desorden, llegando, como sucede siempre, á las últimas clases sociales, Dios sabe los males que hubiese causado.

El valor de los Papas en defensa del matrimonio cristiano es admirable, y así nos lo demuestran tantos hechos.

Con energía prohibieron varios Papas tener muchas mujeres á la vez á los reyes francos Gontrán, Cariberto, Sigeberto, Chilperico y Dagoberto.

El Papa San Nicolás, muerto en 867, y su sucesor Adriano, obligaron al rey Lotario á separarse de una concubina y unirse con su mujer legítima; Gregorio V obligó al rey de Francia, Roberto, á separarse de una mujer con quien se había casado ilegalmente; Alejandro II impidió al emperador Enrique repudiar á su legítima esposa; Urbano II y Pascual II obligaron al rey de Francia, Felipe I, á separarse de Bertranda, con quien se había unido, repudiando á su mujer legítima. Omitiendo otros muchos hechos, algunos de ellos acaecidos en España, pues como dice D. Vicente de la Fuente, « la mayor parte de los hechos de Inocencio III, relativamente á España, fué para anular los matrimonios ilegítimos de los principes», ¿quién ignora lo que hizo Clemente VII con Enrique

VIII de Inglaterra, prefiriendo la salvación del matrimonio á la pérdida de aquel reino para la Iglesia?

Y en el mismo orden *moral* que vamos examinando, aunque sea muy someramente, por los estrechos límites á que tenemos que ajustarnos, ¿no fueron los Papas los que difundieron por todas partes las buenas costumbres del código moral más sublime, cual es el Evangelio, por medio de sus misioneros, sus Obispos, sus religiosos, sus vírgenes, su protección y su amor á todo lo que es santo y puro?

Solamente las Ordenes roligiosas, alentadas, aprobadas y defendidas por los Papas, han traído más bienes al mundo que los filántropos de todos los siglos. Desde los Benedictinos, que ennoblecieron y santificaron el trabajo, hasta las humildes Congregaciones de mujeres, consagradas en nuestros tiempos al socorro del pobre, del anciano y del enfermo, ofrecen un espectáculo tan extraordinario de heróicos sacrificios é insignes virtudes, que el ánimo no puede menos de quedar suspenso y maravillado ante tanta grandeza moral.

Los Papas, ya en los primeros siglos cuidaron de los pobres y de los enfermos, como lo demuestra la división de Roma en diaconías, en las que había hospitales y hospicios, en donde eran alimentados con las rentas eclesiásticas las viudas y otros necesitados, y ya entonces la caridad de los Papas era tan grande, que Dionisio, obispo de Corinto, da gracias á San Sotero (177-179) por las abundantes limosnas enviadas por éste á *los her*

manos que trabajan en las minas, y San Dionisio Papa envió dinero á Cesárea de Capadocia en el siglo III, para redimir á los cristianos que habían sido hechos cautivos por los bárbaros. Desde Roma corría por toda la tierra el raudal inmenso de caridad que brotó de las llagas de Nuestro Señor Jesucristo.

¿Y que otra religión sino la nuestra tiene santos? Y los Papas ¿no procuran siempre formar santos, y no fueron muchos de ellos santos, y no dieron casi todos buen ejemplo? Muchos ineptos y malvados hablan con frecuencia de la corrupción de los Soberanos Pontífices. Basta recordar aquí, como ya han observado varios, que de doscientos cincuenta y tantos papas que reinaron en diez y nueve siglos, solo nueve ó diez son acusados de malas costumbres; de estos nueve ó diez solo hay dos ó tres, cuya acusación aparezca algo justificada, y en cambio son honrados como santos una tercera parte de los papas. ¿Quién no verá en esto una especial protección de Dios, teniendo en cuenta que los Sumos Pontífices son hombres, y á mayor abundamiento reyes?

Repecto al órden *social*, ¿cuánto no hemos ganado con las doctrinas traídas al mundo por el Cristianismo y sostenidas y propagadas por los Romanos Pontífices? Todo poder dimana de Dios, y obedeciendo á los príncipes, obedecemos á Dios; pero los príncipes no deben mandar nada contra Dios, y si lo mandan, primero se ha de obedecer á Dios que á los hombres. Hé aquí la doctrina defendida por los papas, de la que dimana la

separación de los dos poderes, temporal y espiritual, y la independencia de éste con respecto á aquel, lo cual, como dice Balmes, ha sido una de las causas mas poderosas de la libertad, que bajo las diferentes formas de gobierno disfrutan los pueblos civilizados. «Esta independencia del poder espiritual, á mas de lo que es en sí por su naturaleza y objeto, ha sido desde el principio de la Iglesia, bajo la dirección de los papas, un perenne recuerdo de que el poder civil no tiene ilimitadas sus facultades, de que hay objetos á que no puede llegar, de que hay casos en que el hombre puede y debe decirle: «no obedeceré.»

Todavía hay quien habla neciamente del absolutismo favorecido por los papas; pero es lo cierto que la monarquía europea se ha distinguido por su suavidad, y no hemos sufrido nunca tiranía parecida á la de los emperadores romanos, á la de los soberanos orientales, lo cual debemos á los sucesores de San Pedro.

Ellos fueron los que no se doblegaron jamás ante los tiranos, defendiendo la ley eterna del derecho y de la justicia, ellos los que sostuvieron contra la fuerza bruta que hay una ley superior á todas las leyes humanas, ellos los que osaron llevar á la práctica estos principios salvadores, deponiendo á tiranos como Enrique IV, Federico II y Luis el Bávaro.

IV

¡Dichoso el mundo si los principios defendidos por los Pontífices hubieran prevalecido siempre y tuviéramos un tribunal que juzgando en nombre de Dios á las naciones y á los soberanos, previniesen las guerras y las revoluciones!

Por desgracia, solo prevalecieron en la edad media, en la que los papas estuvieron próximos á realizar tan hermoso ideal.

Arbitros supremos, entonces, de las diferencias entre los príncipes y los pueblos, defensores de la justicia pública, pacificadores del mundo arruinado por guerras calamitosas, centros del poder público, religioso é internacional, investidos por la fuerza de las cosas de una magistratura suprema, reyes, príncipes y pueblos estaban sometidos á ellos indistintamente, completando el Supremo tribunal del papa la organización social. ¡Tribunal beneficioso para los pueblos oprimidos y vejados! Excomulgaba á los tiranuelos feudales, convertía las iglesias en lugares de refugio, trabajaba incansablemente por la paz de los Estados, establecía la tregua de Dios, defendía enèrgicamente el celibato eclesiástico impidiendo así que el sacerdocio católico fuese convertido en una casta, como en Oriente.

Y de pacificar los Estados no se cansaron

nunca los Papas. Con razón el protestante Sismondi los llama *pacificadores de los grandes.*

Sólo podemos citar aquí algunos de los hechos que nos muestran la mediación de los Papas. En el siglo IX, cuando los hijos del Emperador Ludovico Pío se habian sublevado contra su padre, el Papa Gregorio IV marchó á Francia para reconciliar la familia imperial; en el mismo siglo, el Papa San Nicolás I intervino entre el rey Carlos y su sobrino, que se disputaban la posesión de Borgoña; en el siglo X, el Papa Juan XV restableció la paz entre Etelredo ó Etebredo, rey de los sajones, y Ricardo, duque de Normandia; Benedicto IX pacificó á Polonia en los años 1033 y 1074; en los siglos XII y XIII, Alejandro II, Inocencio III, Inocencio IV, pacificaron varios Estados de Europa; ¿cuánto no trabajó Bonifacio VIII á últimos del siglo XIII para unificar á Francia è Inglaterra? En el siglo XIV vemos á Clemente V, Clemente VI é Inocencio VI dar la paz á Esclavonia, Servia y Hungría; un legado de Inocencio VI procuró reconciliar á Don Pedro I de Castilla y á Don Pedro IV de Aragón; en el siglo XVI, el Papa Paulo III se dirige á Niza para pacificar á Carlos V y Francisco I, y en el siglo XVII, Urbano VIII negocia la paz entre Francia y España.

Si no tuviera que ser tan breve esta reseña de los bienes traídos al mundo por los sucesores de San Pedro, ¿cuánto no podriamos añadir?

Los Papas son los autores de las Cruzadas que tantos servicios prestaron á la civilización, difundiendo entre grandes y pequeños el espíritu

del Cristianismo, preparando nuevas vías al comercio; dando ocasión á importantes descubrimientos, disminuyendo la soberbia feudal, evitando en Europa luchas intestinas, abriendo inmenso campo al heroísmo cristiano.

Los Papas fueron defensores intrépidos de la independencia de los pueblos contra los hunnos, los vándalos, los lombardos, los sarracenos y los turcos.

¡Qué figura tan sublime la del Papa San León, cuando revestido de sus ornamentos pontificales, y seguido de sus diáconos, obligó á retroceder á aquel bárbaro Atila, el azote de Dios, cuyo solo nombre hacía temblar de miedo á los afeminados patricios, al bárbaro conquistador que decía de sí mismo: «Soy el azote del mundo, no crece la hierba donde mí caballo ha puesto el pié». Parécenos San León el símbolo viviente del Pontificado, de la razón contra la fuerza, de la independencia contra la tiranía, de la santa libertad de las almas contra el poder cesáreo. Pues este ejemplo, en una ó en otra forma, es imitado por muchos Romanos Pontífices, San Zacarías y Estéban II en el siglo VIII se opusieron á la dominación de los lombardos; en los siglos IX, X y XI, los Papas Gregorio IV, Juan X, Benedicto VIII, emplearon todo su poder y autoridad para rechazar á los sarracenos; Victor III levantó él mismo un ejército, y bajo la bandera victoriosa de San Pedro fueron derrotados los sarracenos, quedando muertos cien mil; varios Papas, y entre ellos los españoles Calixto III y Alejandro VI, consagraron todas sus fuerzas á la destrucción del imperio musulmán; muchos Papas auxiliaron á España en la heróica lucha de la Reconquista, poema sublime de la independencia de los pueblos; el ilustre y sábio Papa Pío II murió puesto él mismo al frente de un ejército contra los infieles, y nadie ignora la parte que tomó San Pío V en la batalla eternamente memorable de Lepanto, que es una de las más preciadas glorias españolas en aquel siglo décimosexto, en que la historia de España es la historia del mundo, en que el nombre español era venerado y respetado de un confín á otro confín de la tierra por ser eminentemente católica.

Pero no sólo defendieron los Papas la independencia de las naciones, sino que tendieron siempre la mano con amor de padres á todos los oprimidos, á todos los vejados, y hasta á los míseros judíos, los cuales fueron protegidos entre otros Papas, por Alejandro II, Inocencio III, Gregorio IX, Inocencio IV, Juan XXII, Clemente VI y otros muchos Papas. Ydesde el Gran San Atanasio, hasta el Arzobispo Mosquera en nuestros tiempos; ¿quién será capaz de contar los Obispos que hallaron refugio en Roma? Y ¿cuántas majestades caídas, cuántos perseguidos ilustres no le hallaron también en aquella ciudad de las ruinas, bajo la egida del Vicario de Jesucristo?

Se gloría Europa de no contar esclavos en su seno, pero ¿quién ha trabajado mas que los Papas por aliviar primero y abolir después la bárbara esclavitud á que estaban sometidas tres cuartas partes del género humano al comenzar el Pontificado, y la cual en nombre de la razón filosófica Platón y Aristóteles, Cantón y Cicerón creían la cosa

más natural y legítima del mundo? No es posible referir aquí los nombres de todos los Papas que trabajaron en favor de la abolición de la esclavitud, ni los medios de que se valieron.

A principios del siglo III, el gran Papa Calixto I, permitiendo el matrimonio de los esclavos cristianos con las nobles romanas cristianas, se da la mano, á través de los siglos, con León XIII, el Pontífice reinante, que alienta y protege al Cardenal Lavigerie en su cruzada contra la horrenda trata de negros, que aun subsiste en África. Todos los Papas que median entre Calixto I y aun mejor dicho, entre San Pedro y León XIII, trabajaron directa ó indirectamente por la abolición de la esclavitud, pues no hay doctrina que condene esta orible plaga como nuestra santa Religión, con su espíritu de amor y fraternidad universal, con sus sublimes principios acerca de la dignidad humana, con Jesucristo, muerto por todos en la cruz regeneradora. « Ya no hay judíos, ni griegos, ni esclavos, ni hombres « ni mujeres. Todos sois una misma cosa en « Jesucristo, decía el Apóstol.» (*Galat.* III, 28).

Pasando ahora al orden *intelectual*, probado está por ilustres apologistas, la armonía de la fe y de la ciencia; esos dos rayos de luz que emanados del mismo foco, han producido la grandiosa civilización cristiana; y claro es que los Papas no pueden ser enemigos de la ciencia, uno de los factores de esa civilización, de que son los padres y maestros.

Lejos de ser los Papas enemigos de la ciencia, es un hecho innegable que la Roma pontifical ha sido siempre un gran centro intelectual, que allí han ido á beber la ciencia sabios ilustres de todas la naciones, que allí han sido fundadas escuelas para todos los pueblos, que allí no se ha descuidado nunca el estudio de las lenguas sabias y de las lenguas orientales, que como en otros tiempos eran enviados á las provincias cónsules y pro-cónsules fueron enviados después misioneros y obispos que llevaban la Religión al mismo tiempo que la cultura; que desde Roma se han difundido por todo el orbe la lengua latina, la literatura sagrada y la profana, la gramática, la música, la arquitectura, la pintura, en suma, las ciencias, las artes y las letras. ¡Acusar á los Papas de enemigos de las luces! ¿Podria darse delirio más grande?

¿No fueron los Papas quienes protegieron á los monjes, dedicados á conservarnos los monumentos del saber antiguo? ¿No conservaron ellos mismos en sus palacios los tesoros artísticos de la antigua Roma? ¿No fundaron escuelas y universidades? ¿No fueron los primeros que enviaron exploradores á Oriente? ¿No favorecieron la famosa expedición de Marco Polo? ¿No fué un Papa quien protegió á Rogerio Bacon? ¿No reformaron el calendario? Medio siglo antes de Copérnico, ¿no encontró la astronomía protectores en Roma?

Pero ¿qué ciencia hay que los Papas no hayan protegido y alentado? En plema decadencia de la literatura clásica latina, sobresalió el Papa español San Dámaso, el epigrafista de las Catacumbas, por su buen gusto y la elegancia de su dicción. En plena Edad Media

gobernó la Iglesia el sabio Gerberto (Silvestre II); hay un siglo de León X, como hay un siglo de Augusto; muchos Papas se distinguieron ellos mismos por su ciencia, entre otros, San León Magno, San Gregorio Magno, San Gregorio VII, Inocencio III, Nicolas V, Calixto III, Pío II, Gregorio XIII, Urbano VIII, Benedicto XIV. ¿Y no favorecieron siempre con honores singularísimos á los sabios? Si en los primeros siglos fueron hanrados en Roma San Justino, San Ireneo, Orígines y San Dámaso, que tuvo por Secretario á San Jerómino, en los tiempos modernos vemos elevados por su ciencia á la dignidad cardenalicia á los Mai, Mezzofanti, Wiseman, Pitra, Hergenrother, Newman, Zigliara.

¿Pero cómo no habían de ser los Papas amantes de la ciencia, si es el cristianismo el que la ha engendrado y el desenvolvimiento intelectual de Europa ha sido esencialmente teológico?

Del siglo v al siglo vi nos asombran con su ciencia los Santos Padres griegos y latinos; del vi al xii, sólo en los Obispados, en los Concilios y en los Monasterios surgen hombres ilustres por su ciencia; los siglos xii, xiii y parte del xiv nos ofrecen aquel período gloriosísimo en que el Catolicismo circula como la sangre por las venas de las naciones europeas, en que brotan la escolástica y la mística, dos de los esfuerzos más poderosos del espíritu humano para conocer la verdad y alcalzar el bien; en que San Bernardo conmueve al mundo con su palabra de fuego; en que el Occidente, abrasado por ardiente llama de amor,

se lanza sobre el Oriente impetuosamente; en que escriben San Alberto el Magno, D. Alfonso el Sabio, Duns Scoto, Alejandro de Hales; en que Santo Tomás asombra al mundo con su *Suma*, obra más de ángel que de hombre; en que San Buenaventura escribe su maravillosa *Reductio*; en que es lanzada á los cielos la flecha gótica como suspiro del alma por la patria de arriba; en que los inmensos poemas de las catedrales góticas; con sus bosques de agujas, su población de estatuas, sus flores de mármol, sus ángeles, sus vírgenes, sus santos, cantan la gloria de Cristo como los cielos refieren la del Criador, envía á lo alto el *hosanna* más grandioso, el saludo más bello, más patético, más sublime que brotó jamás de hechos humanos.

Hay quien se empeña en atribuir á la llamada Reforma los descubrimientos y adelantos de los tiempos modernos; pero eso es yá una vulgaridad desmentida como lo hemos demostrado en el tomo anterior. El el descubrimiento de la brújula, de la imprenta y del nuevo Mundo, fueron hechos antes de que Lutero rompiese la cadena de oro de las tradiciones católicas, y después de Lutero, desde Copérnico y Galileo, hasta Le Verrier, Secchi, Couchy, Moigno y tantos otros, los católicos han tenido parte importantísima en el progreso de las ciencias, siempre estimulados y favorecidos por los Papas, como lo demuestra el sabio Pontífice reinante, que tantos desvelos ha consagrado á la restauración de la filosofía cristiana, de los estudios históricos y de las letras humanas.

Para comprender que los Papas no son enemigos de la ciencia, bastaría contemplar á Roma, la ciudad de las Bibliotecas, de los Museos, de los Colegios, de los manuscritos, de las inscripciones, de los libros, donde Miguel Angel, Bramante, Rafael, Vignole, y otros cien tienen sus obras maestras, donde los Papas han conservado recuerdos de todas las edades y de todas las razas, donde escribieron Baronio, Belarmino, Pallavicini, Noris, Bona, Orsini, Bosio, Bianchini, Borgia, Cancilleri y tantos otros, donde existe el monumento inmortal de la *Propaganda Fide*, y dondə todos los pueblos van á aprender y meditar.

En fin, los Papas no podían ser enemigos de la ciencia, siendo como son Vicarios de Aquel por quien todas la cosas subsisten, de Aquel que trajo la luz al mundo, de la que hizo depositaria á la Cátedra de S. Pedro.

El Pontificado es el fautor mas esplèndido y glorioso de la civilización moderna!

LA BIBLIA

Hoy día es supina vulgaridad ignorar las grandezas sublimes, las altísimas enseñanzas y las bellezas incomparables contenidas en el libro mas antiguo y mas augusto que posee el género humano. Es un monumento tan grande y excelente que no tiene rival ni semejante.

En él se encuentra la filosofía de la historia en sus mas altos principios, así como la historia del mundo y de la humanidad desde el principio de los tiempos. Ideas sublimes sobre el hombre y la mujer, sobre la sociedad doméstica, política y civil, sobre la moral y la religión, acerca de la grandeza y ruina de las naciones y de los imperios, y acerca de todo lo que interesa y engrandece á la humanidad. Dios, el hombre y la creación son el objeto magnífico de ese libro.

Nos agradecerán nuestros lectores, sin duda alguna, que coronemos nuestro humilde trabajo dando una idea sobre el mismo, transcribiendo un discurso inmortal.

Hay un libro, dice Donoso Cortes, tesoro

de un pueblo, que fué en tiempos pasados estrella del Oriente, adonde han ido á beber su divina inspiración todos los grandes poetas de las regiones occidentales del mundo, y en el cual han aprendido el secreto de levantar los corazones, y de arrebatar las almas con sobrehumanas y misteriosas armonías. Ese libro es la Biblia, y es el libro por excelencia.

En él aprendió Petrarca á modular sus gemidos; en él vió Dante sus terríficas visiones; de aquella frágua encendida sacó el poeta de Sorrento los expléndidos resplandores de sus cantos. Sin él, Milton no hubiese sorprendido á la mujer en su primera flaqueza, al hombre en su primera culpa, á Luzbel en su primera conquista, á Dios en su primer ceño; ni hubiera podido decir á las gentes la tragedia del Paraiso, ni cantar con canto de dolor la mala ventura y triste hado del humano linaje. Y para hablar de España, ¿quién enseñó al maestro Fr. Luis de León á ser sencillamente sublime? ¿De quién aprendió Herrera su entonación alta, imperiosa y robusta? ¿Quién inspiró á Rioja aquellas lúgubres lamentaciones, llenas de pompa y magestad, y henchidas de tristeza, que dejaba caer sobre los campos marchitos y sobre los mustios collados, y sobre las ruinas de los imperios como un paño de luto? ¿En cual escuela aprendió Calderón á remontarse á las eternas moradas sobre las plumas de los vientos? ¿Quién puso delante de los ojos de nuestros grandes escritores místicos los oscuros abismos del corazón humano? ¿Quién

puso en sus labios aquellas santas armonías y aquellas fatídicas amenazas, y aquellos arranques sublimes, y aquellos suavísimos acentos de encendida caridad y de castísimo amor que unas veces ponían espanto en la conciencia de los pecadores, y otras levantaban hasta el arrobamiento las limpias almas de los justos? Suprimid la Biblia con la imaginación y habreis suprimido la bella, la grande literatura, ó la habreis despojado al menos de sus destellos mas sublimes, de sus mas expléndidos atavios, de sus soberbias pompas, y de sus santas magnificencias.

¿Y que mucho que las literaturas se deslustren, si con la supresión de la Biblia quedarían todos los pueblos asentados en tinieblas y en sombras de muerte? Porque en la Biblia están escritos los anales del cielo, de la tierra y del género humano; en ella, como en la divinidad misma, se contiene lo que fué, lo que es y lo que será; en su primera página se cuenta el principio de los tiempos y de las cosas; y en su última página el fin de las cosas y de los tiempos. Comienza en el Génesis, que es un idilio; y acaba en el Apocalípsis de San Juan, que es un himno fúnebre.

El Gènesis es bello como la primera brisa que refrescó á los mundos; como la primera aurora que se levantó en el cielo; como la primera flor que brotó en los campos; como la primera palabra amorosa que pronunciaron los hombres; y como el primer sol que apareció en el Oriente. El Apocalipsis de San Juan es triste como la última mirada de un

moribundo. Y entre este himno fúnebre y aquel idilio, vense pasar unas en pos de otras á la vista de Dios, todas las generaciones, y unos en pos de otros todos los pueblos; las tribus van con sus patriarcas, las repúblicas con sus magistrados, las monarquías con sus reyes y los imperios con sus emperadores. Babilonia pasa con su abominación: Nínive con su pompa; Menfis con su sacerdocio: Jerusalén con sus profetas y sus templos; Atenas con sus artes y con sus héroes; Roma con su diadema y con los depojos del mundo; nada está firme sino Dios; todo lo demás pasa y muere, como pasa y muere la espuma que va deshaciendo la ola.

Allí se cuentan ó se predicen todas las catástrofes; y por eso están allí los modelos inmortales de todas las tragedias; allí se hace el recuento de todos los dolores humanos; por eso las arpas bíblicas resuenan lúgubremente, dando los tonos de todas las lamentaciones y de todas las alegrías. ¿Quién volverá á gemir como Job, cuando derribado en el suelo por una mano excelsa que le oprime, hinche con sus gemidos y humedece con sus lágrimas los valles de Idumea? ¿Quién volverá á lamentarse como se lamentaba Jeremías en torno de Jerusalén, abandonada de Dios y de las gentes? ¿Quién será lúgugre y sombrío como era sombrío y lúgubre Ezequiel, el poeta de los grandes infortunios y de los tremendos castigos, cuando daba á los vientos su arrebatada inspiración, espanto de Babilonia?

Cuéntanse allí las batallas del Señor; en cuya

presencia son vanos simulacros las batallas de los hombres; por eso, la Biblia, que contiene los modelos de todas las tragedias, de todas las elegias, y de todas las lamentaciones, contiene también el modelo inimitable de todos los cantos de victoria. ¿Quién cantará como Moisés, del otro lado del mar Rojo, cuando cantaba la victoria de Jehová, el vencimiento de Faraon y la libertad de su pueblo? ¿Quién volverá á cantar un himno de victoria como el que cantaba Débora, la Sibila de Israel, la Amazona de los hébreos, la mujer fuerte de la Biblia? Y si de los himnos de victoria pasamos á los himnos de alabanza, ¿en cuál templo resonaron jamás como en el de Israel cuando subían al cielo aquellas voces suaves, armoniosas, consertadas, con el delgado perfume de las rosas de Jericó y con el aroma del incienso del Oriente? Si buscais modelos de la poesía lírica ¿què lira habrá comparable con el arpa de David, el amigo de Dios, el que ponía el oído á las suavísimas consonancias y á los dulcísimos cantos de las arpas angélicas; ó con el arpa de Salomón, el Rey sábio y felicísimo, que puso la sabiduría en sentencias y en proverbios, y acabó por llamar vanidad á la sabiduría; que cantó el amor y sus regalados dejos y su dulcísima embriaguez y sus sabrosos transportes y sus elocuentes delirios? Si buscais modelos de la poesía bucólica ¿en donde los hallareis tan frescos y tan puros como en la época bíblica del patriarcado; cuando la mujer, la fuente y la flor eran amigas, porque todas juntas y cada una de por sí eran el símbolo de la primitiva sencillez y de la cándida inocencia? ¿Donde hallareis si nó los senti-

mientos limpios y castos, y el encendido pudor de los esposos, y la misteriosa fragancia de las familias patriarcales?

Y ved, por qué todos los grandes poetas, todos los que han sentido sus pechos devorados por la llama inspiradora de un Dios, han corrido á aplacar su sed en las fuentes bíblicas de aguas inestinguibles, que forman impetuosos torrentes, ahora rios anchurosos y hondables, ya estrepitosas cascadas y bulliciosos arroyos, ó tranquílos estanques y apacibles remansos.

Libro prodigioso aquel, en que el género humano comenzó á leer, treinta y tres siglos há; y con leer en él todos los dias, todas las noches y todas las horas, aun no ha acabado su lectura. Libro prodigioso aquel, en que se calcula todo, antes de haberse inventado la ciencia de los cálculos: en que sin estudios lingüisticos, se dá noticia del orígen de las lenguas; en que sin estudios astronómicos, se computan las revoluciones de los astros; en que sin documentos históricos, se cuenta la historia; en que sin estudios físicos, se revelan las leyes del mundo. Libro prodigioso aquel, que lo vè todo y que lo sabe todo; que sabe los pensamientos que se levantan en el corazón del hombre, y los que están presentes en la mente de Dios; que vé lo que pasa en los abismos del mar, y lo que sucede en los abismos de la tierra; que cuenta ó predice todas las catástrofes de las gentes, y en donde se encierran y atesoran todos los tesoros de la misericordia, todos los tesoros de la justicia, y todos los tesoros de la venganza. Libro en fin, que cuando los cielos se replieguen sobre sí mismos como un abanico gigantesco, y cuando

la tierra padezca desmayos, y el sol recoja su luz y se apaguen las estrellas, permanecerá él solo con Dios, porque es su eterna palabra resonando eternamente en las alturas.

Ya veis, cuán libre y extendido campo se abre aquí á las investigaciones de los hombres. Obligado empero, por la índole exclusivamente literaria de esta ilustre asamblea, á considerar á la Biblia solamente como un libro que contiene la poesía de una nación digna de perdurable memoria, me limitaré á indicar algo de lo mucho que podría indicarse y decirse acerca de las causas que sirven para explicar su poderoso atractivo y su resplandeciente hermosura.

II

Tres sentimientos hay en el hombre, poéticos por excelencia: el amor á Dios, el amor á la mujer, y el amor á la pátria; el sentimiento religioso, el humano, y el político; por eso, allí donde es oscura la noticia de Dios, donde se cubre con un velo el rostro de la mujer, y donde son cautivas ó siervas las naciones, la poesia es á manera de llama que falta de alimentos, se consume y desfallece. Por el contrario, allí donde Dios brilla en su trono con toda la magestad de su gloria; allí donde impera la mujer con el irresistible

poder de sus encantos; allí donde el pueblo es libre, la poesía tiene púdicas rosas para la mujer, gloriosas palmas para las naciones, alas espléndidas para encumbrarse á las regiones altísimas del cielo.

De todos los pueblos que caen al otro lado de la Cruz, el hebreo es el único que tuvo una noticia cierta de Dios; el solo que adivinó la dignidad de la mujer, y el único que puso siempre á salvo su libertad en los grandes azahares de su existencia borrascosa. Y si nó, volved los ojos al Oriente, al Occidente, al Septentrion y al Mediodía, y no encontrareis ni á la mujer, ni á Dios, ni al pueblo, en cuanto baña el sol, y en cuanto se extiende el mar, y en cuanto se dilatan los términos de la tierra. Bajo el punto de vista religioso, todas las naciones eran idólatras, maniqueas ó panteistas. La noticia de un Dios consustancial con el mundo, esparcido entre todas las gentes en las primitivas edades, tuvo su orígen en las regiones indostánicas. La existencia de un Dios, principio de todo bien; y de otro, principio de todo mal, haciéndole oposición y contraste fué invención de los filosófos persas; y las repúblicas griegas fueron el ejemplo de las naciones idólatras. El Dios del Indostan estaba condenado á un eterno reposo; el de las persas ó una impotencia absoluta, y los dioses griegos eran hombres.

Por lo que hace á la mujer, estaba condenada en todas las zonas del mundo al ostracismo político y civil, y á la servidumbre doméstica. ¿Quién reconocería en esa esclava con

la frente inclinada bajo el peso de una maldición tremenda y misteriosa, á la más bella, á la más suave, á la más delicada criatura de la creación, en cuyo divino rostro se retrata Dios, se reflejan los cielos, y se miran los ángeles? Por último, si buscais un pueblo libre, un pueblo que tenga noticia de la dignidad humana, no encontrareis ninguno en todos los ámbitos de la tierra, que se eleve á tan grande magestad y que se levante á tanta altura. En vano le buscareis en aqullos imperios portentosos del Asia, que cayendo con estrépito unos sobre otros, vinieron todos al suelo con espantosa ruina. En vano le buscareis en la tierra de los Faraones, donde se levantan aquellos gigantescos sepulcros, cuyos cimientos se amasaron con el sudor y con la sangre de naciones vencidas y sujetas, y que publican con elocuencia muda y aterradora que aquellas vastas soledades fueron asiento un día de generaciones esclavas. Y si apartando los ojos de las regiones orientales, los volveis á las partes de Occidente ¿qué veis en las repúblicas griegas, sinó aristocracias orgullosas y tiránicas oligarquías? ¿Qué otra cosa viene á ser Esparta silla del imperio de la raza dórica, sinó una ciudad oriental, dominada por sus conquistadores? ¿Y qué viene á ser Atenas, la heróica, la democrática, la culta, pátria de los dioses y de los héroes, sinó una ciudad habitada por un pueblo esclavo y por una aristocracia fiera y desvanecida, que no se llamó á si propia pueblo, sinó por que el pueblo no era nada!

Vengamos ahora á la nación hebrea; y antes

de todo hablemos de su Dios, porque su nombre está escrito con caractéres imperecederos, en todas las páginas de su historia. Su nombre es Jehová; su naturaleza espiritual, su inteligencia, infinita; su libertad, completa; su independencia, absoluta; su voluntad omnipotente. La creación fué un acto de su voluntad independiente y soberana. Cuanto creó con su poder, se mantiene con su providencia. Jehová mantiene á los astros en sus órbitas, á la tierra en su eje, al mar en su cauce. Las gentes se olvidan de su nombre; y él retira su mano de las gentes; y la inteligencia humana se vió envuelta de sùbito en una eterna noche; y entónces eligió un pueblo entre todos y le llamó hácia si, y le abrió el entendimiento para que entendiera; y entendió, y le adoró puesto de hinojos, y caminó por sus vías, y obedeció sus mandamientos, y se puso debajo de su mano llena de venganzas y de misericordias, y ejecutó el encargo de ser el instrumento de sus inescrutables designios, y fué la luz de la tierra.

Unico entre todos los pueblos, escogido y gobernado por Dios, el pueblo hebreo es también el único cuya historia es un himno sin fin en alabanza del Dios que le conduce y le gobierna. Apartado de todas las sociedades humanas, está solo, solo con Jehová, que le habla con la voz de sus profetas y con la de sus sacerdotes, y á quien responde con cánticos de adoración, que están resonando siempre en las cuerdas de su lira.

Los cánticos hebreos recibieron de la unidad magestuosa de su Dios, su limpia sencillez, su noble magestad y su incomparable belleza. ¿Qué viene á ser la sencillez de los griegos, milagro del artificio, cuando se ponen los ojos en la sencillez hebráica, en la sencillez del pueblo predestinado, que vió en el cielo un solo Dios, en la humanidad un solo hombre y en la tierra un sólo templo? ¿Cómo no había de ser maravillosamente sencillo un pueblo para quién toda la sabiduría estaba en una sola palabra, que la tierra pronunciaba con la voz de sus huracanes, el mar con la ronca voz de sus magníficos estruendos, las aves con la voz de su canto, los vientos con la voz de sus gemidos?

Lo que caracteriza al pueblo hebreo, lo que le distingue de todos los pueblos de la tierra, es la negación de sí mismo, su aniquilamiento delante de su Dios. Para el pueblo hebreo, todo lo que tiene movimiento y vida, es rastro y huella de su magestad omnipotente, que resplandece así en el cedro de las montañas como en el lirio de los valles. Cada una de las palabras de Jehová constituye una época de su historia. Dios le señala con el dedo la tierra de promisión, y le promete que de su raza vendrá Aquél que anunció en el Paraíso en los tiempos adámicos por redentor del mundo y por rey y señor natural de las naciones. Esta es la época de la promesa, que corresponde á la de los patriarcas. Apartado de los caminos del Señor, levanta ídolos en el desierto, cae en horrendas supersticiones é idolatrias, y el Señor le anuncia disturbios, guerras, cautiverios, torbellinos grandes y tempestuosos, la

ruina del templo, el allanamiento de los muros de la ciudad santa, y su propia dispesión por todos los ámbitos de la tierra. Esta es la época de la amenaza. Por último, llega la hora en la plenitud de los tiempos, y aparece en el horizonte la estrella de Jacob, y se consuma el sacrificio cruento del Calvario; y el templo cae, y Jerusalen se desploma, y el pueblo judío se dispersa por el mundo. Esta es la época del castigo.

Ya lo veis, la historia del pueblo hebreo no es otra cosa, si bien se mira, sinó un drama religioso, compuesto de una promesa, de una amenaza y de una catástrofe. La promesa la oyó Abraham, y la oyeron todos los patriarcas; la amenaza la oyó Moisés, y la oyeron los profetas; la catástrofe todos la presenciaron. Vivos están los autores de esta tragedia aterradora. Vivo está el Dios de Israel, que tan grandes cosas obró para enseñanza perpétua de las gentes; vivo está el pueblo desventurado que puso una mano airada y ciega en el rostro de su Dios, y que peregrino en el mundo, vá contando á las naciones sus pasadas glorias y sus presentes desventuras.

Si es una cosa puesta fuera de toda duda, que la esplicación de su historia, está en la palabra divina, no es ménos evidente que hay una correspondencia admirable entre las vicisitudes de su poesía y las evoluciones de su historia. La primera palabra de su Dios es una promesa; su primer período histórico, el patriarcado; y los primeros cantos de su musa dicen al pueblo la promesa de su Dios,

y á Jehová las espenanzas de su pueblo. El encargo religioso y social de la poesia hebraíca, en aquellos tiempos primitivos era ajustar paces y alianzas entre la divinidad y el hombre; siendo los mensajeros de estas paces, por parte del hombre, su profunda adoracion; por parte de la divinidad su infinita misericordia. Nada es comparable al encanto de la poesía bíblica que corresponde á este período.

El patriarca es el tipo de la sensillez y de la inocencia. Mas bien que el varón incorruptible y justo, es el niño sin mancilla de pecado; por eso oye á menudo aquella habla suavísima y deleitosa con que Dios le llama hácia sí; por eso, recibe visitas de los ángeles. Más bien que el hombre recto, que anda gozoso por las vías del Señor, es el habitante del cielo, que anda triste por el mundo, porque ha perdido su camino, y se acuerda de su pátria. Su único padre es su Dios, los ángeles son sus hermanos. Los patriarcas eran entónces, como los apóstoles han sido después, la sal de la tierra. En vano buscareis por el mundo, en aquellos remotísimos tiempos, al hombre, pobre de espíritu, rico de fè, manso y sencillo de corazón, modesto en las prosperidades, resignado en las tribulaciones, de vida inocente y de honestas y pacíficas costumbres. El tesoro de esas virtudes apacibles resplandeció solamente en las solitarias tiendas de los patriarcas bíblicos.

III

Huesped en la tierra de Faraón, el pueblo hebreo se olvidó de su Dios en los tiempos adelante, y amancilló sus santas costumbres con las abominaciones egipciacas; dióse en tónces á supersticiones y agüeros en aquella tierra agorera y supersticiosa y trocó á un tiempo mismo su Dios por los ídolos, y su libertad por la servidumbre. Arrancóle de ella violentamente la mano de un hombre gobernado por una fuerza sobrehumana, el más grande entre los profetas de Isrrael, y el más grande entre los hijos de los hombres.

Cuéntase de muchos que han ganado el señorío de las gentes, y asentado su dominación en las naciones por la fuerza del hierro; de ninguno se cuenta sinó de Moisés, que haya fundado un señorío incontrastable con solo la fuerza de la palabra. Ciro, Alejandro, Mahoma, llevaron por el mundo la desolación y la muerte, y no fueron grandes, sinó porque fueron homicidas. Moisés aparta su rostro lleno de horror de las batallas sangrientas, y entra en el seno de Abraham, vestido de blancas vestiduras, y bañado de pacíficos resplandores. Los fundadores de imperios y principados, de que están llenas las historias, abrieron las zanjas y echaron los cimientos de su poder, ayudados de fuertisimos ejércitos y de fanáticas muchedumbres. Moisès está solo en los desiertos de la Arabia rodeado de un gigantesco motin por seiscientos mil rebeldes, y con esos seiscientos mil rebeldes derribados en tierra por su voluntad soberana, se compone un grande imperio y un vastísimo principado. Todos los fllósofos y todos los legisladores han sido hijos, por su inteligencia, de otros legisladores, y demás antiguos filiósofos. Licurgo es el representante de la civilización dórica: Solón el representante de la cultura intelectual de los pueblos jónios; Numa Pompilio representa la civilización etrusca: Platón desciende de Pitágoras; Pitagoras de los sacerdotes del Oriente. Solo Moisés está sin antecesores.

Los babilionos, los asirios, los egipcios y los griegos estaban oprimidos por reyes, y él funda una república. Los templos levantados en la tierra estaban llenos de ídolos; él da la traza de un magnífico santuario, que es el palacio silencioso y desierto de un Dios tremendo é invisible. Los hombres estaban sujetos unos á otros; Moisés declara que su pueblo solo está sujeto á Dios. Su Dios gobierna las familias por el ministerio de la paternidad; las tribus por el ministerio de los ancianos; las cosas sagradas por el ministerio de los sacerdotes; los ejércitos por el ministerio de sus capitanes y la república toda por su omnipotente palabra, que los ángeles del cielo ponen al oido de Moisés en las humeantes cimas de los montes, que, turbándose con la presencia del que los puso

allí, tiemblan en sus anchísimos fundamentos y se coronan de rayos.

Con los patriarcas tuvo fin la época de la promesa. Con la palabra Dios cambia de súbito el semblante de su pueblo, y la poesía hebrea se conforma de suyo á ese nuevo semblante y á aquella nueva palabra. Dios se ha convertido de Padre que era, en Señor; el pueblo de hijo que era, en esclavo: Dios le quita la libertad, en castigo de sus prevaricaciones, y en premio de su rescate; — «Yo soy vuestro Dios y vosotros sois mi pueblo — había dicho Jehová á los santos patriarcas: «Yo soy tu Señor y tu propietario; el que te libró de la servidumbre de los Faraones;» esto dice Jehová por boca de Moisés á su pueblo prevaricador y rebelde: Dios deja de hablar dulce y secretamente á los hombres; los ángeles no visitan ya sus tiendas hospitalarias; la blanca y pura flor de la inocencia no abre su casto cáliz en los campos de Israel, que resuenan lúgubremente con amenazas fatídicas y con sordas imprecasiones. Todo es allí sombrío; el desierto con su inmensa soledad, el monte con sus pavorosos misterios, el cielo con sus aterradores prodigios. La musa de Israel amenaza como Dios y gime como el pueblo. Su pecho que hierve como un volcán, está henchido hoy de bendiciones, mañana de anatemas; sus cantos imitan hoy la apacible serenidad de un cielo sin nubes, mañana el sordo estruendo de un mar tumultuoso; hoy compone su rostro con la magestad épica, mañana se descomponen sus facciones con el terror dramático;

poco después, parece una vacante en su desórden lírico; ya se ciñe las palmas y canta la victoria, ya se innunda de llanto y deja que se escapen de su pecho tristes y dolorosas elegías.

Moisés, que es el mas grande de todos los filósofos, el mas grande de todos los fundadores de imperios, es también el mas grande de todos los poetas. Homero canta las genealogías griegas, Moisés las genealogías del género humano: Homero cuenta las peregrinaciones de un hombre, Moisés las peregrinaciones de un pueblo: Homero nos hace asistir al choque violento de la Europa y del Asia, Moisès nos pone delante las maravillas de la creación: Homero canta á Aquiles, Moisés á Jehová: Homero desfigura á los hombres y á los dioses, sus hombres son divinos y sus dioses humanos; Moisés nos muestra sin velo el rostro de Dios y el del hombre. El águila homérica no subió mas allá que la cumbre del Olimpo, ni voló mas allá de los griegos horizontes. El águila del Sinaí subió hasta el trono resplandeciente de Dios, y tuvo debajo de sus alas todo el orbe de la tierra. En la epopeya homérica todo es griego; griego es el poeta, griegos son los dioses, griegos los héroes. En la epopeya bíblica todo es local y general á un tiempo mismo.

El Dios de Israel es el Dios de todas las gentes; el pueblo de Israel es sombra y figura de todos los pueblos, y el poeta de Israel es sombra y figura de todos los hombres. Entre la epopeya homérica y la bíbli-

ca, entre Homero y Moisés, hay la misma distancia que entre Júpiter y Jehová, entre el Olimpo y el cielo, entre la Grecia y el mundo.

Ya lo veis, para los que como nosotros comprenden la inconmensurable distancia que hay entre la divinidad gentílica y la hebrea, y entre el sentimiento religioso del pueblo de Dios y el de los pueblos gentiles, la causa de la índole diversa de sus grandes monumentos poéticos no puede ser una cosa recóndita y oculta: éralo en tiempos pasados, cuando todas las gentes andaban en tinieblas y cuando la naturaleza del hombre y la de Dios eran secretos escondidos á todos los sabios. Pero como quiera no podeis tener por ocioso y por fuera de razón que mayores torrentes de luz esparzan la claridad de sus rayos sobre tan árdua y tan importante materia, bueno será que haga una estación aquí para llamar vuestra atención hacia la distancia que hay entre la mujer hebrea y la gentílica, y hacia los diversos encargos que les dieran esas gentes en los domésticos hogares.

IV

Y no extrañeis, que inmediatamente despues de haberos hablado de Dios, os hable de la mujer. Cuando Dios enamorado del hombre, su mas perfecta criatura, determinó hacerle el

primer don, le dió en su amor infininito á la mujer para que esparciera flores por sus sendas, y luz por sus horizontes. El hombre fué el señor, y la mujer el ángel del Paraiso.

Cuando la mujer cometió la primera de sus flaquezas, Dios permitió que el hombre cometiera el primero de sus pecados para que vivieran juntos; juntos salieron de aquellas moradas espléndidas, con el pié lleno de temblor, el corazón de tristeza, y con los ojos oscurecidos con lágrimas. Juntos han ido atravesando las edades, su mano puesta en su mano, ahora resistiendo grandes torbellinos y tempestades procelosas, ahora dejándose llevar mansa y regaladamente por pacíficos temporales, surcando el mar de la vida con grande bonanza, y con sosegada fortuna. Al herir Dios con la vara de su justicia al hombre prevaricador, cerrándole las puertas del delicioso jardin que para él había dispuesto con sus propias manos, tocado de misericordia quiso dejarle algo que le recordara el suave perfume de aquellas moradas angélicas; y le dejó á la mujer, para que al poner en ella sus ojos, pensara en el Paraiso.

Antes que saliera del Edén, Dios prometió á la mujer, que de sus entrañas nacería, andando el tiempo, el que había de quebrantar la cabeza de la serpiente. De esta manera, el Padre de todas las justicias y de todas las misericordias juntó al castigo con la promesa, y el dolor con la esperanza. Conservóse completa esta tradicción primitiva,

según la cual la mujer era dos veces santa, con la santidad de la promesa y la del infortunio, entre los descendientes de Seth, que merecieron ser llamados hijos de Dios. Alteróse empero notablemente entre los descendientes de Cain, que por su mala vida y estragadas costumbres fueron llamados hijos de los hombres; los primeros respetaron á la mujer, uniéndose con ella en la tierra con el vínculo santo, uno é indisoluble que el mismo Dios había formado en el cielo: los segundos la envilecieron y degradaron, instituyendo la poligamia, mancha del lecho nupcial; siendo Lamec el primero de quien se cuenta que tomó por suyas dos mujeres. Con estos malos principios, fueron los hombres á dar en grandes estragos; hasta que generalizada la corrupción se hizo necesaria la intervención divina; y la subsiguiente desaparición de los hombres de sobre la faz de la tierra, cubierta toda con las aguas purificadoras del diluvio.

Aplacado el rostro de Dios, volvió á poblarse la tierra, conservando empero, para perpétua enseñanza de los hombres, claros testimonios de sus iras: y se levantaron por todas partes grandes imperios, compuestos de diversas gentes y naciones. Hubo entónces, como en los tiempos antidiluvianos; quienes fueron llamados hijos de Dios; y otros se llamaron hijos de los hombres; fueron los primeros los descendientes de Abraham, de Isaac y de Jacob, que llevan en la historia el nombre de hebreos; fueron los segundos

los otros pueblos de la tierra, que llevan en la historia el nombre de gentiles.

Desfigurada entre los últimos la tradición de la mujer, no llegó hasta ellos sino una vaga noticia de su primera culpa, y no vieron en ella otra cosa si nó la causa de todos los males que afligen al género humano; borrada, por otra parte, casi de todo punto la tradición del matrimonio instituido en el cielo, los pueblos gentiles ignoraban que la mujer había nacido para ser la compañera del hombre; y la convirtieron en instrumento vil de sus placeres y en víctima inocente de sus furores. Por eso instituyeron como sus ascendientes antidiluvianos, la poligamia, que es el sepulcro del amor; y por eso le dieron, cuando así cumplía á sus antojos livianos, libelo de repudio, instituyendo el divorcio, que es la disolución de la sociedad doméstica, fundamento perpétuo de todas las asociaciones humanas. Por eso la hicieron esclava de su esposo, para que estuviera sin derechos y para que permaneciera perpétuamente en su poder, como una víctima á quien la sociedad pone en manos del sacrificador, ó debajo de la mano de su verdugo.

Esto sirve para explicar, porque el amor, que es para nosotros el más santo de todos los placeres, y el más puro de todos los consuelos, era considerado por los gentiles como un castigo de los dioses. El amor entre el hombre y la mujer tenía algo de contrario á la naturaleza de las cosas, que repugna como un sacrilegio toda especie de unión entre séres entregados por la cólera

divina á enemistades perpétuas. Cuando en los poemas griegos aparece el amor, luego al punto pasa por delante de nuestros ojos un fatídico nublado, sintoma cierto de que están cerca los crímenes y las catástrofes. El amor de Elena la adúltera pierde á Troya y al Asia; el amor de una esclava, siendo causa del ódio insolente y desdeñoso de Aquiles, pone á punto de sucumbir á los griegos y á la Europa. Hasta la virtud en la mujer era presagio de tremendas desventuras; la honestidad de las mujeres latinas puso el hierro en las manos romanas, y por dos veces produjo la completa perturbación del Estado. Las catástrofes domésticas iban juntas con las catástrofes políticas. El amor toca con su envenenada flecha el corazón de de Dido; y arde en llamas impuras, y se consume en los incendios de una combustión expontánea. Fedra es visitada por el dios, y se siente desfallecer, como si hubiera sido herida por el rayo, y discurre por sus venas una llama torpe y un corrosivo vitriolo.

Vosotros, los que os agradais en las emociones de los trágicos griegos, nó os dejéis llevar de sus peligrosos encantos, que son encantos de sirenas. Esos amantes que allí veis, están en manos de las Euménides; huid de ellos; que están señalados con la señal de la cólera de los dioses, y están tocados de la peste.

La mujer hébrea era, por el contrario, una criatura benéfica y nobilísima. Poseedores los hebreos de la tradición bíblica, y sabe-

dores del fin para que la mujer fué criada la levantaron hasta sí, amándola como á compañera suya; y aun la pusieron á mayor altura que el hombre, por ser la mujer el templo en donde había de habitar el Redentor de todo el género humano. No fué á la verdad el matrimonio entre la gente hébrea un sacramento, como lo había sido ántes en el Paraiso, y como había de serlo en adelante, cuando el Anunciado al mundo viniese en la plenitud de los tiempos; fué sin embargo una institución grandemente religiosa y sagrada, al reves de lo que era en las naciones gentílicas. Las bodas se celebraban al compás de las oraciones que pronunciaban los deudos de los esposos para atraer sobre la nueva familia las bendiciones del Cielo; con estas solemnidades y estos ritos, se celebraron las bodas de Rebeca con Isaac, de Ruth con Booz y de Sara con Tobias. El gran legislador del pueblo hébreo había tolerado la poligamia y el divorcio, desórdenes difíciles de ser arrancados de cuajo, cuando tan hondas raices habían echado en el mundo, y sobre todo, en sus zonas orientales. Esto no obstante, ni el divorcio ni la poligamia fueron tan comunes entre la gente hebrea como entre los pueblos gentiles, ni produjeron allí la disolución de la sociedad doméstica neutralizadas como estaban aquellas instituciones con saludables y santas doctrinas: por lo que hace á la esclavitud de la mujer fué cosa desconocida en el pueblo de Dios: como quiera que la esclavitud no se compadece con aquella alta prerogativa de

ser madre del Redentor, otorgada á la mujer desde los tiempos adámicos.

V

Las tradiciones bíblicas, que fueron causa de la libertad de la mujer, fueron al mismo tiempo ocasión de la libertad de los hijos; los de los gentiles caían en el poder de sus padres, los cuales tenían sobre ellos el mismo derecho que sobre sus cosas: los de los hebreos eran hijos de Dios; y uno de ellos había de ser el Salvador de los hombres. De aquí, el santo respeto y tiernisimo amor de los hebreos á sus hijos, igual al que tenían á sus mujeres; de aquí el exquísito cuidado de las matronas en amamantar á sus propios pechos á los que habían llevado en sus entrañas; siendo tan universal esta costumbre, que solo se sabe de Joas, Rey de Judá, de Mifiboseth y de Rebeca, que no hayan sido amamantados á los pechos de sus madres.

De aquí, las bendiciones que descendían de lo alto sobre los progrenitores de una numerosa familia, y sobre las madres fecundas; *sus nietos son la corona de los ancianos*, dice la sagrada Escritura. Dios había prometido á Abraham una posteridad numerosa; y esa promesa era considerada por los hebreos

como una de las más insignes mercedes: de aquí, la esmerada solicitud de sus legisladores por los crecimientos de la población, cosa advertida ya por Tácito, que hablando del pueblo hebreo observa lo siguiente: *Augendae tamen multitudini consulitur: nam et necare quemquam ex agnatis nefas.*

Si poneis ahora la consideración en la distancia que hay entre la familia gentílica y la hebrea, echareis luego de ver que están separadas entre sí por un abismo profundo; la familia gentílica se compone de un señor y de sus esclavos; la hebrea, del padre, de la mujer y de sus hijos; entran, como elementos constitutivos de la primera deberes y derechos absolutos; entran á constituir la segunda deberes y derechos limitados. La familia gentilica descansa en la servidumbre; la hebrea se funda en la libertad. La primera es el resultado de un olvido; la segunda, de un recuerdo; el olvido y el recuerdo de las divinas tradiciones; prueba clara de que el hombre no ignora sino porque olvida, y no sabe sino porque aprende.

Ahora se comprenderá facilmente, porque la mujer hebrea pierde en los poemas bíblicos todo lo que tuvo entre los gentiles de sombrío y de siniestro; y porque el amor hebreo á diferencia del gentil, que fué incendio de los corazones, es bálsamo de las almas. Abrid los libros de los profetas bíblicos, y en todos aquellos cuadros ó risueños ó pavorosos con que daban á entender á las sobresaltadas muchedumbres, ó que iba deshaciéndose el nublado, ó que la ira de Dios es-

taba cerca, hallareis siempre en primer término á las virgenes de Israel, siempre bellas y vestidas de resplandores apacibles, ahora levanten sus corazones al Señor en melodiosos himnos y en angélicos cantares, ahora inclinen bajo el peso del dolor las cándidas azucenas de sus frentes.

Si reunidas en coro en las plazas pùblicas ó en el templo del Señor cantaban ó se movían en concertadas cadencias, al compás de sonoros instrumentos, las castas y nobles hijas de Sión parecían bajadas del cielo para consuelo de la tierra, ó enviadas por Dios para regalo de los hombres. Cuando los míseros hebreos, atados al carro del vencedor pisaron la tierra de su servidumbre, pesóles mas de la pérdida de su vista que de su libertad; sin ella érales el sol odioso, el día oscuro, el canto triste; y luego que por falta de lágrimas suspendieron su llanto y por falta de fuerzas sus gemídos, cerraron sus ojos á la luz y colgaron sus inùtiles arpas en los sauces tristes de Babilonia.

Ni se contentaron los hebreos con fiar á la mujer el blando cetro de los hogares, sino que pusieron muchas veces en su mano fortísima y victoriosa el pendón de las batallas y el gobierno del Estado. La ilustre Débora gobernó lá república en calidad de juez supremo de la nación; como general de los ejércitos peleó y ganó batallas sangrientas; como poeta celebró los triunfos de Israel y entonó himnos de victoria, manejando á un tiempo mismo con igual soltura y maestría, la lira, el cetro y la espada.

En tiempo de los reyes, la viuda de Alejandro Janneo tuvo el cetro diez años: la madre del rey Asa le gobernó en nombre de su hijo, y la mujer de Hircano Macabeo fué designada por este príncipe para gobernar el Estado después de sus días. Hasta el espíritu de Dios, que se comunicaba á pocos, descendió también sobre la mujer, abriéndole los ojos y el entendimiento para que pudiese ver y entender las cosas futuras. Hulda fué alumbrada con espíritu de profesía; y los reyes se acercaban á ella sobresaltados de un gran temor, contrictos y recelosos, para saber de sus labios lo que en el libro de la providencia estaba escrito de su imperio.

La mujer entre los hebreos, ahora gobernase la familia, ahora dirijiera el Estado, ahora hablara en nombre de Dios, ahora por último avasallara los corazones cautivos de sus encantos, era un ser benéfico, que ya participaba tanto de la naturaleza angélica, como de la naturaleza humana. Leed sinó el cantar de los cantares, y decidme si aquel amor suavísimo y delicado, si aquella esposa vestida de olorosas y cándidas azucenas, si aquella música acordada, si aquellos deliquios inocentes y aquellos subidos arrobamientos y aquellos deleitosos jardines no son mas bien que cosas vistas, oidas y sentidas en la tierra, cosas que se nos han representado como en sueños en una visión del Paraiso.

Y sin embargo, para conocer á la mujer por excelencia, para tener noticia cierta del encargo que ha recibido de Dios, para considerarla en toda su belleza inmaculada y

altísima, para formarse alguna idea de su influencia santificadora, no basta poner la vista en aquellos bellísimos tipos de la poesía hebráica, que hasta ahora han deslumbrado nuestros ojos y han embargado nuestros sentidos dulcemente. El verdadero tipo, el ejemplar verdadero de la mujer no es Rebeca ni Débora, ni la esposa del cantar de los cantares, llena de fragancias como una taza de perfumes. Es necesario ir mas allá y subir mas alto; es necesario llegar á la plenitud de los tiempos al cumplimiento de la primitiva promesa; para sorprender á Dios formando el tipo perfecto de la mujer, es necesario subir hasta el trono resplandeciente de María. *María* es una criatura aparte, mas bella por sí sola que toda la creación; el hombre no es digno de tocar sus blancas vestiduras; la tierra no es digna de servirla de peana, ni de alfombra los paños de brocado; su blancura excede á la nieve que se cuaja en las montañas, su rosicler al rosicler de los cielos, su explendor al explendor de las estrellas: María es amada de Dios, adorada de los hombres, servida de los ángeles. El hombre es una criatura nobilísima porque es el señor de la tierra, ciudadano del cielo, hijo de Dios; pero la mujer se le adelanta y le deslustra y le vence, porque María tiene nombre mas dulce y atributos mas altos. El Padre la llama hija y la envía embajadóres: el Espíritu Santo la llama esposa, y le hace sombra con sus alas, el Hijo la llama madre y hace su morada de su sacratísimo seno; los serafines componen su corte, los cielos la llaman Reina, los

hombres la llaman Señora; nació sin mancha, salvó al mundo, murió sin dolor, vivió sin pecado.

Ved ahí la mujer; porque Dios en María las ha santificado á todas; á las virgenes, porque ella fué Vírgen; á las esposas, porque ella fué esposa; á las viudas porque ella fué viuda: álas hijas porque ella fué hija; á las madres porque ella fué madre. Grandes y portentosas maravillas ha obrado el cristianismo en el mundo: èl ha hecho paces entre el cielo y la tierra; ha destruido la esclavitud: ha proclamado la libertad humana y la fraternidad de los hombres; pero con todo eso, la más portentosa de todas sus maravillas, la que más hondamente ha infiuido en la constitución de la sociedad doméstica y de la civil, es la santificación de la muger, proclamada desde las alturas evangélicas. Y cuenta, que desde que Jesucristo habitó entre nosotros, ni sobre los pecadores es lícito arrojar los baldones y el insulto; porque hasta sus pecados pueden ser borrados por sus lágrimas. El Salvador de los hombres puso á la Magdalena debajo de su amparo: y cuando hubo llegado el día tremendo en que se nubló el sol y se estremecieron y dislocaron dolorosamente los huesos de la tierra, al pié de su cruz estaban juntas su inocentísima Madre y la arrepentida pecadora, para darnos así á entender, que sus amorosos brazos estaban abiertos igualmente á la inocencia y al arrepentimiento.

Ya hemos visto de que manera el sentimiento religioso y el del amor, y la noticia

completa ó desfigurada de la divinidad y de la mujer sirve hasta cierto punto para ponernos de manifiesto las diferencias esenciales que se advierten entre la poesía bíblica y la de los pueblos gentiles. Solo nos falta ahora, para dar fin á este discurso, que vá creciendo demasiado, poner á vuestra vista, como de relieve la inconmensurable distancia que hay entre las constituciones políticas de los pueblos más cultos entre los antiguos y la del pueblo hebreo, depositario de la palabra revelada; y el diverso influjo que esas distintas constituciones ejercieron en la diferente índole de la poesía gentílica y de la hebráica.

VII

He manifestado antes, y confirmo ahora mi primera manifestación, que las fuentes de toda poesía grande y elevada son el amor de Dios, el amor á la mujer, y el amor al pueblo(1); de tal manera que la poesía pierde las alas con que vuela allí dónde los poetas no pueden beber la inspiración en esos manantiales fecundos, en esas clarísimas fuentes. Para que

(1) La prostitución de estos tres amores por el materialismo y el positivismo modernos ha dado orígen á la literatura y poesía pornográficas, que hoy están degradando á la misma sociedad que se llama culta.

existan esos fecundísimos amores, una cosa es necesaria; que sea conocida la divinidad con toda su pompa, la mujer con todos sus encantos, el pueblo con todas sus libertades y todas sus magnificencias; por esta razón, allí dónde se dá el nombre de Dios á la criatura, de mujer á una esclava, de pueblo á una aristocracia opresora, puede afirmarse, sin temor de ser desmentido con los hechos, que la poesía con todo su poema y magestad no existe, porque no existen esos fecundísimos amores.

Ahora bien: la noción del pueblo es el resultado de estas dos nociones; la de la asociación, y la de la fraternidad. ¿Sabeis lo que es el pueblo? El pueblo es una asociación de hermanos; y ved porque la noción del pueblo no puede coesistir en el entendimiento con la de la esclavitud. De dónde se sigue, que el pueblo no ha podido existir ni ha existido sinó en las sociedades depositarias de la idea de la fraternidad, revelada por Dios á la gente hebrea, por Jesucristo á todas las gentes. Lo que en las repúblicas griegas se llamó pueblo, no fué ni pudo ser un verdadero pueblo; es decir, una asociación de hermanos, sinó una verdadera aristocracia, ó lo que es lo mismo, una asociación de señores.

Esto explica, porque entre los griegos la poesía es eminentemente aristocrática. Homero canta á los reyes y á los dioses; nos dice sus genealogías; nos cuenta sus aventuras; nos describe sus guerras; celebra su nacimiento, y llora su muerte. Los poetas trá-

gicos presentan á nuestra vista el espectáculo soberbiamente grandioso de sus amores, de sus crímenes y de sus remordimientos. Los humanos infortunios y las pasiones humanas, para ser elevadas á la dignidad y á la altura de sentimientos trágicos, debía caer sobre las frentes y conturbados corazones de hombres de régia estirpe y de notabilísima cuna. El fratricidio no era un asunto trágico, si los fratricidas no se llamaban Eteocle y Polinice, y si la sangre no manchaba los mármoles del trono. El incesto no era digno del coturno, si la mujer incestuosa no se llamaba Fedra ó Yocasta, y si el horrendo crímen no manchaba el tálamo de los reyes. Por dónde se ve, que entre los griegos no había asuntos trágicos, sinó personas trágicas y que la tragedia no era aquella voz del terror, aquel acerbo gemido que la humanidad deja escaparse de sus lábios cuando la turban las pasiones, sinó aquella otra voz fatídica y tremenda que resonaba lúgubremente en los régios alcázares, cuando los dioses querían dar un espectáculo al mundo de las flaquezas de las dinastías y la fragilidad de los imperios.

Si volvemos ahora los ojos al pueblo de Dios, nos causará maravilla la grandeza y la novedad del espectáculo. El pueblo de Dios no trae su orígen ni de semidioses ni de reyes; desciende de pastores. Hijos todos los hebreos de Abraham, de Isaac y de Jacob, todos son hermanos. Rescatados todos de la servidumbre de Egipto, todos son libres; subjetos á un solo Dios y á una sola ley, todos son iguales. El pueblo de Dios es el único de

la tierra, entre los antiguos, que conservó en toda su pureza la noción de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad de los hombres. Cuando Moisés les dió leyes, no instituyó el gobierno aristocrático sinó el popular; y les concedió derecho de elegir sus propios magistrados, que, en calidad de guardadores de su divino estatuto, tenían el encargo y el deber de manerlos á todos, tan así en la paz como en la guerra, bajo el imperio igual de la justicia. Desconocíanse entre los hebreos los privilegios aristocráticos y las clases nobiliarias; y temeroso su gran legislador de que la desigual distribución de las riquezas no alterase con el tiempo aquella prudente armonía de todas las fuerzas sociales, puestas como su equilibrio y balanza, instituyó el jubileo, que venía á restablecer periodicamente esa justa balanza y ese sabio equilibrio. Dieron á sus magistrados supremos el nombre de jueces, sin duda para significar que su oficio era guardar la ley que les había dado Dios por su profeta, sin la ilegítima intervención de su voluntad particular y de sus livianos antojos. En este estado se mantuvo la república largo tiempo, hasta que el pueblo, amigo siempre de mudanzas y novedades, cambió su propio gobierno, instituyendo la monarquía por un acto solemne de su voluntad soberana. Este cambio sin embargo tuvo ménos de real que de aparente, como quiera que el rey no fué sinó el heredero de la autoridad del juez, limitada por la voluntad de Dios, y por la voluntad del pueblo.

Por eso, el pueblo es la persona trágica por excelencia, en las tragedias bíblicas. Al pueblo se derige la promesa y la amenaza; el pueblo es el que acepta y sanciona la ley; el pueblo es el que rompe en tumultos y rebeliones; el que levanta ídolos y los adora; el que quita jueces y pone reyes: el que se entrega á supersticiones y á agüeros; el que bendice y maldice á un tiempo mismo á sus profetas; el que ya los levanta sobre todas las magistraturas, y ya los destrosa con atrocísimos tormentos; el que magnifica al Dios de Israel, y recibe con himnos de alabanza á los dioses egipcios y babilonios; el que puesto en el trance de escoger entre las iras del Señor y sus misericordias, en el ejercicio de su voluntad soberana renuncia á sus misericordias y vá delante de sus iras. En Israel no hay mas que el pueblo; el pueblo lo llena todo; al pueblo habla Dios; al pueblo habla Moisés; del pueblo hablan los profetas; al pueblo sirven los sacerdotes; al pueblo sirven los reyes; hasta los salmos de David, cuando no son los gemidos de su alma, son cantos populares.

Las pompas de la monarquía duraron poco y se desvanecieron como la espuma. Fueron David y Salomon príncipes temerosos de Dios, amigos del pueblo, en la paz magnánimos y en la guerra felicísimos; gobernaron á Israel con imperio templado y justo y su prosperidad pasaba delante de sus deseos; el último fué visitado por los reyes del Oriente; levantó el templo del Sefior sobre piedras preciosas, y le enriqueció con maderamientos dorados;

la fama de sus magnificencias y de su sabiduría mas que humana se extendió por todas las gentes. Pero cuando estos principes dichosos bajaron al sepulcro, luego al punto comenzó á despeñarse la tempestad del imperio, sin que nunca mas tornara á volver en sí; dividiéronse las tribus, y rota la santa unidad del pueblo de Dios, se formaron de sus fragmentos dos imperios enemigos, dados ambos á torpezas y deleites. Siguiéronse de aqui grandes discordias y guerras, furiosos temporales y horrendas desventuras. Los reyes se hicieron idólatras y adoraron los ídolos; los sacerdotes se entregaron al ocio y al descanso. El pueblo se había olvidado de su Dios, y las muchedumbres tumultuaban en las calles.

En medio de tan procelosas tempestades, y corriendo tiempos tan turbios y aciagos, despertó Dios á sus grandes profetas para que hicieran resonar en Judá el eco de su palabra, y sacaran de su profundo olvido y hondo letargo á los reyes idólatras, á los sacerdotes ociosos y á aquellas bárbaras muchedumbres, dadas á sediciones y tumultos. Jamás en ningún pueblo de la tierra, antiguo ni moderno, hubo una institución tan admirable, tan santa y tan popular como la de los profetas del pueblo de Dios.

Atenas tuvo poetas y oradores; Roma tribunos y poetas. Los profetas del pueblo de Dios fueron poetas, tribunos y oradores á un tiempo mismo; como los poetas cantaban las perfecciones divinas; como los tribunos, defendían los intereses populares; como los ora-

dores, proponían lo que juzgaban conforme á las conveniencias del Estado. Un profeta era mas que Homero, mas que Demóstenes, mas que Graco; era Graco, Homero y Demóstenes, á un mismo tiempo. El profeta era el hombre que daba de mano á todo regalo de la carne y á todo amor de la vida, y que mensajero de Dios, tenía el encargo de poner su palabra en el oido del pueblo, en el oido de los sacerdotes y en el oido de los reyes. Por eso, los profetas amenazaban, imprecaban, maldecían; por eso, dejaban escaparse de sus pechos, poderosas y tremendas aquellas voces de terror y de espanto, que se oian en Jerusalen cuando venia sobre ella con ejército fortísimo y numerosísimo el rey de Babilonia, ministro de las venganzas de Jehová y de sus iras celestiales. Los poetas cesáreos miraban siempre, antes de hablar, los semblantes de los príncipes.

Los oradores y los tribunos de Atenas y de Roma tenian puestos los ojos, antes de soltar los torrentes de su elocuencia, en los semblantes del pueblo; los profetas de Israel cerraban los ojos para no lisonjear ni los gustos de los pueblos ni los antojos de los reyes, atentos solo á lo que Dios les decia interiormente en sus almas; por eso hicieron frente á los odios implacables de los príncipes, que habiendo puesto su sacrílega mano en el templo de Dios, no temian ponerla en el rostro augusto de sus profetas; por eso resistieron con constantísimo semblante á la grande indignación y bramido popular, creciendo su constancia al compás de las olas de aquellas

furiosas tempestades, sin que se doblegasen sus almas sublimes al miedo de los tormentos; por eso, en fin, casi todos, ó entregaron sus gargantas al cuchillo, ó buscaron en tierras extrañas un triste sepulcro.

Yo no sé, si hay en la historia un espectáculo más bello que el de los profetas del pueblo de Dios, luchando armados con el solo ministerio de la palabra contra todas las potestades de la tierra. Yo no sé si ha habido en el mundo poetas mas altos, oradores más elocuentes, hombres mas grandes, mas santos y más libres; nada faltó á su gloria, ni la santidad de la vida, ni la santidad de la causa que sustentaron, ni la corona del martirio

VIII

Con los profetas tuvo fin la época de la amenaza; con el Salvador del mundo, comienza la época del castigo. Antes de poner término á este discurso, hagamos todos aquí una estación; recojamos el espíritu y el aliento, porque el momento es tan terrible como solemne.

Sófocles escribió una de las más bellas tragedias del mundo, que intituló *Edipo Rey*. Esta tragedia ha sido traducida, imitada, reformada por los más bellos ingénios, y á

nosotros nos ha cabido la suerte de poseer con ese título una de las tragedias que mas honran nuestra literatura clásica.

Pero hay otra tragedia mas admirable, mas portentosa todavía, que corre sin nombre de autor, y á quien su autor no puso título, sin duda porque no es una tragedia especial, si no mas bien la tragedia por excelencia. Son sus actores principales Dios y un pueblo; el escenario es el mundo, y al prodigioso espectáculo de su tremenda catástrofe asisten todas las gentes y todas las naciones. Entre esa gran tragedia y la de Sófocles, á vuelta de algunas diferencias, hay tan maravillosas semejanzas, que me atrevería á intitularla *Edipo pueblo.*

Edipo adivina los enigmas de la esfinge; y es reputado por el más sábio y el más prudente de los hombres; el pueblo judío adivina el enigma de la humanidad, oculto á todas las gentes, es decir, la unidad de Dios y la unidad del género humano; y es llamado por Jehová antorcha de todos los pueblos. Los dioses dán á Edipo la victoria sobre todos sus competidores, y le admiten en el trono de Tebas. Jehová lleva como por la mano al pueblo hebreo á la tierra de promisión, y le saca vencedor de todos sus enemigos. Los dioses, por la voz de los oráculos délficos, habían anunciado á Edipo, entre otras cosas nefandas, que sería el matador de su padre: Jehová, por la voz de los oráculos bíblicos, había anunciando á los judíos, que matarían á su Dios. Un hombre muere á manos de Edipo en una senda solitaria; un hombre muere á manos del pueblo de Dios en el Calvario; este hombre era el Dios de Judá; aquel hombre era el padre de Edipo. Yo no sé lo que hay; pero algo hay, en este *similiter cadens* de la historia, que causa un involuntario, pero profundísimo estremecimiento.

Ya lo veis: unos mismos son los oráculos, y una misma la catástrofe; ahora veréis cómo una misma ceguedad hace inevitable esa catástrofe, y hace buenos aquellos tremendos oráculos.

Edipo sabe que mató á aquel hombre en aquella senda; pero su conciencia está tranquila, porque su padre era Polibio: Polibio estaba muy léjos de allí. y el que murió á sus manos, era desconocido y extranjero. Los judíos saben que mataron al hombre de Nazareth; saben que le pusieron en una cruz en el Monte Calvario, y que le pusieron entre dos ladrones para mas escarnecerle; pero su conciencia está tranquila; su Dios había de venir; pero aun estaba lejos; su Dios había de ser conquistador y rey, y había de rugir como el león de Judá: mientras que el hombre de la cruz había nacido en pobre lugar, de padres pobres, y no había encontrado una piedra donde reclinar su frente.—«Si eres hijo de Dios, ¿por qué no bajas de la cruz!» —dijo el pueblo judío;— «si el que murió á mis manos me había dado el sér, ¿como al darle la muerte no saltó el corazón en mi pecho? ¿Como es que no me habló la voz de la sangre?»—esto dijo el rey parricida.—Y el pueblo matador de su Dios, y el hombre

matador de su padre se complacieron en su sagacidad, y escarnecieron á los oráculos y se mofaron de los profetas.

Pero la divinidad implacable, que calladamente está en ellos, los empuja para que caigan, y quita la luz de sus ojos para que no vean los abismos. Ambos se hallan poseídos de súbito, de una curiosidad inmensa, sobrehumana. Edipo pregunta á Yocasta, pregunta á Tiresias, pregunta al anciano que sabe su secreto:—«¿Quién es el hombre de la senda? ¿Quién es mi padre? ¿Quién soy yo?»—El pueblo judío pregunta á Jesús:—¿Quién eres?—¿Eres por ventura nuestro Dios y nuestro rey»?—El drama aqui comienza á ser terribilísimo: no hay pecho que no sienta una opresión dolorosa, inexplicable, increible; ni frente que no esté bañada con sudores, ni alma que no desfallezca con angustias.

Entretanto, la colera de los dioses cae sobre Tebas; la peste diezma las familias, y envenena las aguas y los aires. El cielo se deslustra, las flores pierden su fragancia, los campos su alegria. En la populosa ciudad reina el silencio y el espanto, la desolación y la muerte. Las matronas tebanas discurren por los templos, y con votos y plegarias cansan á los dioses. Sobre Jerusalem la mística, la gloriosa, cae un velo fúnebre; por aquí van santas mujeres que se lamentan; por allí discurren en tumulto muchedumbres que se enfurecen. Todas las trompetas proféticas resuenan á la vez en la ciudad sorda, ciega y maldita, que lleva al Calvario al Justo.—«Una generación no pasará sin que vengan

sobre vosotros, matronas de Sión, tan grandes desventuras, que sereis asombro de las gentes; ya, ya asoman por esos repechos las romanas legiones: ya cruzan por los aires, trayendo el rayo de Dios, las águilas capitolinas. ¡Jerusalem! ¡Jerusalem! ¡Ay de tus hijos! porque tienen hambre y no encuentran pan, tienen sed y no encuentran agua: quieren hacer plegarias y votos en el templo de Dios, y están sin Dios y sin templo; quieren vivir, y á cada paso tropiezan con la muerte; quieren una sepultura para sus cuerpos, y sus cuerpos yacen en los campos sin sepultura, y son pasto de las aves.»

Edipo sale de su alcazar para consolar á su pueblo moribundo, y gobernando los dioses su lengua, los toma por testigos de que el culpable será puesto á tormento y echado de la tierra; lanza sobre él anticipadamente la excomunión sacerdotal; le maldice en nombre de la tierra y del cielo, de los dioses y de los hombres, y carga su cabeza con las execraciones públicas. El pueblo judío, tomado de un vértigo caliginoso, poseido de un frenesí delirante, puesto debajo de la mano soberana que le anubla los ojos y le oscurece la razón, y ardiendo en la fragua de sus furores, exclama diciendo: *Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos.* ¡Desventurado pueblo! ¡Desventurado rey! Ellos pronuncian su propia sentencia, siendo á un tiempo mismo jueces, víctimas y verdugos. Y después, cuando los oráculos bíblicos y los délficos se cumplieron, los torbellinos arrancan

al pueblo deicida de la tierra de promisión, y el parricida huye del trono de Tebas.

Edipo fué horror de la Grecia: el pueblo judío es horror de los hombres, Edipo caminó con los ojos sin luz, de monte en monte y de valle en valle, publicando las venganzas divinas; el pueblo judío camina, sin lumbre en los ojos y sin reposarse jamás, de pueblo en pueblo, de región en región, de zona en zona, mostrando en sus manos una mancha de sangre, que nunca se quita y nunca se seca.

Prefirió la ley del talion á la ley de la gracia, y el mundo le juzga por la ley que él mismo ha dado; dió bofetadas á su Dios, y ha ya diez y nueve siglos que está recibiendo las bofetadas del mundo; escupió en el rostro de Dios, y el mundo escupe en su rostro; despojó á su Dios de sus vestiduras, y las naciones confiscan sus tesoros, y le arrojan desnudo al otro lado de los mares; y dió á beber á su Dios vinagre con hiel, y con beber en ella á todas horas el pueblo deicida, no consigue apurar la copa de las tribulaciones; puso en los hombros de su Dios una cruz pesadísima, y hoy se inclina su frente bajo el peso de todas las maldiciones humanas; crucificó, y es crucificado. Pero el Dios de Abraham, de Isaac, y de Jacob, al mismo tiempo quejusticiero, es clemente; mientras que los dioses ningún otro consuelo dejaron á Edipo sinó su Antigona; el Dios que murió en la cruz, en prenda de su misericordia, dejó á sus matadores la esperanza.

Entre la tragedia de Sofocles y esa otra tragedia sin nombre y sin título, cuya maravillosa grandeza acabo de exponer á vuestros ojos con toda su terrible magestad, hay la misma distancia que entre los dioses gentiles y el Dios de los hebreos y los cristianos; la misma que entre la fatalidad y la Providencia, la misma que entre las desdichas de un hombre y las desventuras de un pueblo, que ha sido el mas libre de todos los pueblos, y el mas grande de todos los poetas.

Hasta aquí el discurso del ilustre Donoso Cortès sobre la Biblia. Su elocuentísima palabra, su alta y sublime entonación se ha colocado á la divina altura de la Bíblia, en cuanto es posible á la elocuencia humana, para describirnos las inefables grandezas, los cuadros sublimes y las divinas enseñanzas contenidas en ese libro por excelencia. Por eso estamos seguros de que no solo no habriamos podido decirlas mejor y con mayor eficacia, sinó que ha sido grande nuestro acierto al honrar esta obra con tan magnífico y elocuente final que resarcirá en parte al lector de lo pesado y vulgar de nuestro pobre estilo y de lo fastidioso de todo tratado didáctico.

Por lo demas réstanos decir dos palabras para poner fin á nuestra humilde obra.

CONCLUSION

Al terminar el presente trabajo renovamos la declaración de no tener en su confección más mérito que el de un mero compilador, pues hemos acudido al contingente de los autores mas notables en filosofía de la religión.

No hemos aspirado á otro mérito que al de la selección y sincretismo, aunque quizás sin el debido acierto; pero creemos de todos modos que es una obra de actualidad y meritoria vulgarizar los conocimientos histórico científicos sobre el catolicismo, que es la gran institución de civilización y de progreso. Esta satisfacción nos basta, preocupándonos muy poco la gloria del propio nombre: nuestra gloria y nuestro triunfo es la gloria y el triunfo del Cristo para bien de la humanidad.

Por lo demás creemos haber demostrado que el catolicismo es la religión universal, la religión verdadera, la gloria y el honor del género humano, el acontecimiento mas transcendental de la historia, el mas sublime, el

mas benéfico y la prenda augusta de honor, civilización y progreso para las sociedades humanas.

Creemos haber demostrado que el catolicismo es divino porque es el único que satisface todas las exigencias de la naturaleza humana, y porque no solo es divino por su origen, sino también por el acuerdo de sus doctrinas dogmáticas con las verdaderas conquistas de la ciencia: la revelación y la fe observan un perfecto paralelismo con la ciencia y la razón en sus verdaderos adelantos; y es este el triunfo magno de los tiempos modernos, y una prueba decisiva, adaptada á la época, sobre la divinidad de la religión.

Sin embargo, oremos al Señor para que se digne convertir á tantos espíritus extraviados, que son incrédulos y hasta enemigos del catolicismo porque no lo conocen, y no lo conocen, porque no lo han estudiado, siendo en general verdaderos prodigios de ignorancia en materias de religión, apesar de ser verdaderos talentos muchos de ellos, en ciencias profanas. Pero la verdad triunfa apesar de todos los sofismas y de todos los sofistas. ¡La ciencia y la religión vencerán! Es una consecuencia necesaria del verdadero progreso y de la augusta civilización.

Qué debe vencer la ciencia es un postulado racional.

¡Hasta cuando las preocupaciones han de sostener su ominoso despotismo! Es contrario á la dignidad y destino del hombre y de las sociedades. De otro modo habría

que renegar del progreso y conquistas de la ciencia.

Qué debe vencer la religión verdadera, el catolicismo, es también un postulado divino-racional.

Jesucristo es el Salvador y Reparador universal del género humano, es el Hombre-Dios. ¿Podremos acaso creer en la insuficiencia é ineficacia del sacrificio de un Dios-Hombre? Es imposible por honor de la humanidad y la gloria del Dios-Redentor.

Hombres de poca fe ¿porqué dudais? Jesucristo lo ha dicho: «Yo he vencido al mundo,» esto es, al error y al mal.

En cuanto á los que no creen, nos permitirán que terminemos con una anécdota histórica, que recordamos siempre al considerar tantas personas instruídas que se declaran incrédulas.

Era Bouger, según el tristemente famoso d' Alembert, *la mejor cabeza de la Academia de ciencias.*

En las conferencias que aquel sabio tuvo con el Padre Berthonie, y que dieron por resultado su pública conversión, hizo esta elocuente revelación:

« Mi incredulidad no estaba en el entendimiento, pues jamás he dudado de la verdad de la doctrina católica, sino en el corazón por haber vivido víctima de mis pasiones.

« ¡Padre mío, no es mi inteligencia sino mi corazón el que necesita ser curado; cúremelo usted, con la aplicación de la sangre del Redentor, en el tribunal de la penitencia!»

¡Confesión sincera! que debiera ser la de muchos extraviados, y que explicaría todo el misterio de su incredulidad al parecer incomprensible.

FIN DEL TOMO SEGUNDO

INDICE DEL TOMO SEGUNDQ

Introducción 3

POLÉMICA RACIONALISTA. Objeciones contra la religión católica por el racionalismo.—El mito de Strauss—Refutación del «Exámen crítico de las doctrinas de la religión cristiana». Influencia social del cristianismo—Los dogmas de la caída y reparación—La Trinidad—La Encarnación—El Hombre-Dios—La Redención y su eficacia—La Eucaristía—Considéranse y refútanse las principales objeciones sobre estos dogmas 9

LA REVELACIÓN Y LA CIENCIA.—El Génesis y las ciencias geológicas—Concordancia de la Cosmogonía mosaica con la geogenia, cosmología y pre-historia científicas—Hipótesis de la formación de la tierra según el Génesis y la geogegenia—Orígen del mundo según M. Faye—El Génesis y la geognosia relativamente al diluvio universal y la edad del mundo—Argumentos contra la universidad del diluvio.

Crítica y valor del elemento geológico, paleontológico y arqueológico en las cronologías prehistóricas 87

EL DARWINISMO Y LA REVELACIÒN. Idea general del darwinismo—Crítica del transformismo bajo su forma general—La teoría de la evolución ante las ciencias fisiológicas y antropológicas . . . 165

CONTROVERSIA EXEGÉTICO-CIENTIFICA. Objeciones contra la Biblia deducidas de las ciencias etnográficas—El hombre primitivo: orígen del lenguage. La lingüística. Astronomía y cronología

– Falsedad de los cómputos deducidos de los conocimientos astronómicos y cronologías de los pueblos antiguos contra la cronología de la Biblia—La diferencia cronológica entre la Vulgata y la Versión de los Setenta—Los libros santos —Refútanse las objeciones que contra su autenticidad y veracidad se pretenden deducir de los mismos y se confirman estas por caracteres intrínsecos y extrínsecos. 185

La Religión y la Biblia ante la historia y tradiciones de los pueblos. Las tradiciones relativas al Ser Supremo y la unidad de Dios—Sobre la Trinidad—El Hombre y su caída—Universalidad de la tradición sobre la Vírgen—Madre; el Reparador. Expectación universal 244

La Filosofia de la Naturaleza y la Revelación. La teoria de la pluralidad de los mundos habitados.—Naturaleza organización y estado social de los planetícolas. Es una teoría racional y no se opone á la Bíblia—El dogma de la encarnación y redención en sus relaciones con la pluralidad de los mundos habitados.—

La teoría cosmogónica del sistema del universo. Fin, término y renovación de los mundos, según la ciencia y la Biblia.—La vida futura y la contemplación de los mundos.

La pluralidad de existencias y reencarnaciones del alma según la teoría absurda de la palingenesia es incompatible con las exigencias de la inmortalidad del alma—Eternidad de los destinos de ultratumba. El Purgatorio, El principio: «fuera de la Iglesia no hay salvación». El alma después de la muerte. 275

Apología Exotérica del catolicismo. El Clero Secular: su gerarquía y misión benéfica en la sociedad.—El Clero Regular: apología del voto religioso. El Pontificado. Sus grandezas y beneficios bajo el triple aspecto moral, social é intelectual. La Bíblia. Sublimidad de la misma é influencia trascendental de sus doctrinas. 441

Conclusión 485

ADVERTENCIA

La presente obra será distribuida por el precio indispensable para cubrir los gastos de la edición, que es de 2 $ 85, por ambos volúmenes; pues deseo conservar el honor de no haber publicado cosa alguna con ganancia propia, y sí únicamente por la satisfacción de servir en algo á la religión y á la pátria.

M. Soler.